

VALERIU MARCU

MAOUIAVELO

LA ESCUELA DEL PODER

LA HERENCIA DEL PASADO

FLORENCIA PENETRA EN EL MUNDO

Cosme de Médicis, el hombre más poderoso del elemento civil, el banquero y comerciante más rico del mundo, poseedor de más de dos mil kilogramos de oro fino, quien al retirar su crédito puso término a las guerras de Venecia, Milán y Nápoles, quien tuvo en prenda la mitra del Papa y cuya sucursal en París graduaba la disposición de ánimo del rey de Francia, contaba cuarenta y cinco años de edad, cuando, después de una larga y azarosa carrera política, llegó a ser el dueño absoluto de la República de Florencia.

Los Médicis siempre fueron enemigos de los dispersados restos feudales y de las familias oligárquicas de la ciudad. Se indignaban de que las familias antiguas, que durante las revueltas de sus subalternos perdieron sus fortunas en las cortes de príncipes extranjeros con sus disipaciones, orgías y créditos a los amigos, pudiesen gobernar y disponer de la república, y arrastrarla a peligrosas aventuras. Los Médicis eran gratos a los «populares», ricos surgidos del pueblo, los cuales pasaban la vida entre libros de contabilidad, de comercio y agricultura, minuciosamente llevados. Pero tampoco se identificaban en absoluto con estos prudentes del «Debe y Haber» del país de la estadística, Florencia. Ni tampoco los Médicis retrocedieron ante la rebelión radical. Florencia veía en los miembros de esta familia a los aliados de las catorce corporaciones más bajas, pues solían incitar a la libertad, a la venganza y a la justicia a los pintores, sastres, leñadores, afiladores, carpinteros y zapateros; y dejaban invadir el Palacio del Poder a los cardadores de lana, descalzos y harapientos, que tremolaban en sus manos la bandera arrebatada al intendente de la ciudad, al «gonfaloniere».

Y entonces aparecían como los salvadores de la amenazadora igualdad de la pobreza.

Los Médicis tampoco se desligaban por completo de ninguna de las partes beligerantes. A los nobles, a quienes combatían, prestaban dinero a interés usurario; aconsejaban a las Corporaciones más elevadas; ayudaban a repartir los beneficios a los nuevos ricos; con el gremio de escribanos y jueces los unían intereses espirituales, y con los gremios textiles, de lana, seda, pieles y cambio, grandes intereses materiales. Y hasta mantenían relaciones secretas con los funcionarios desterrados por ellos mismos de la ciudad.

Una extraordinaria tenacidad política animaba a esta familia. Sus antepasados trabajaron por el poder con la paciencia de aquellos arquitectos y artífices de las catedrales toscanas que no podían abrigar la esperanza de inaugurar sus templos. ¡Un Médicis hizo pintar en su palacio una tortuga como emblema de la familia! Todos trabajaban por el poder, de padres a hijos, pacientes y sin desviarse de su meta.

A través de una oposición de cien años, aunaron los más ancianos para los más jóvenes influencia tras influencia, hasta que lograron asegurar su triunfo para el gobierno exclusivo. Pues, no porque la firma «Cósimo de Médicis, Figli e Nepoti» fuera una de las más ricas de Europa, podía esta imponer su emblema de familia a la república. Ricas eran también otras dinastías toscanas de comerciantes y banqueros. Pero ninguna podía combinar y representar de manera tan formidable como los Médicis: el miedo de todos los extensos sectores de la población ante las tormentas de las guerras civiles como ante la tranquilidad de la tiranía; el deseo ardiente de los ciudadanos por la ley; el poder del dinero y la irradiación de la cultura individual.

Cuando Cosme llegó a ser el señor de la ciudad, los florentinos dijeron: el nuevo «Stato» está aquí.

El «Stato», que llegó con Cosme al poder, era el antiguo partido de los Médicis.

Alrededor de los Médicis se agrupaban, desde hacía medio siglo, las familias que crecían juntas, que tenían intereses comunes y que no se abandonaban en las horas difíciles de quiebra

financiera. Los hijos y los nietos, aun en pañales, eran ya destinados para determinados futuros cargos.

Esta unión amistosa abarcaba de cincuenta a cien familias, y en ninguna parte se hallaban escritas las leyes de asociación que regían a los ricos «populares». Mas el peso del poder descansaba en los Médicis. No era absolutamente necesario que las reunidas casas de los nobles intervinieran directamente en la gobernación, pues con su influencia encauzaban las actividades de los funcionarios a quienes habían proporcionado el empleo. La independencia de la administración era sólo una palabra abstracta de la Constitución, pero sin ninguna realidad.

Al llegar Cosme al poder no ensanchó las fronteras de su propio estado de cincuenta familias; pero extendió sus beneficios fuera de los límites de su partido. En la antesala del poder se encontraron dos mil partidarios, que formaron el «Stato» ampliado, el partido ampliado. Para éstos Cosme se convirtió en el «padre de la patria».

La República misma gozó durante su gobierno de un floreciente y derrochador bienestar. La tierra de la ciudad, «abonada» con los intereses que de todas partes del mundo afluían, fructificó en forma de jardines, villas y palacios. Lo monumental embriagaba a los florentinos, y únicamente los pobres se quejaban de que los cada vez más numerosos edificios de piedra no les dejasen lugar para estirar sus miembros, y de que los echaran formalmente de la República. Siempre más apretujados tenían que vivir los «miserabili», porque los precios de los terrenos y de los alquileres se habían triplicado en veinte años.

Pero más rica en acontecimientos que la nueva pobreza, era la nueva riqueza; la reciente y orgullosa generación de pudientes, entusiasta de galas y colores, que brillaba en la Florencia de Cosme.

En la plaza del Mercato Novo las setenta oficinas de cambio tenían sus escritorios al aire libre. Muchos de esos bancos poseían en la ciudad sus palacios, pero el estar representado en el Mercato Novo pertenecía a la tradición. Porque aquí, desde hacía dos siglos, se realizaba el negocio del cambio. Aquí también se hallaba la balanza pública de monedas, en la cual eran pesados y colocados en bolsas lacradas todos los florines de oro. Si una bolsa de dinero ostentaba el sello florentino, nadie dudaba ya de su peso. La mayor parte de esas casas de cambio tenían sus sucursales en Venecia, París, Londres, Genova o Brujas. Para los señores de este mercado no existía diferencia entre ningún deudor del mundo: los campesinos florentinos necesitados de dinero para sus menudas transacciones; los comerciantes de granos del país deseosos de poner a buen recaudo su cambio; los barones escoceses y normandos, que dejaban en garantía sus castillos y sus tierras; la casa reinante de Castilla, que empeñaba sus joyas; los reyes de Francia, que pignoraban los réditos de provincias enteras.

En los libros de contabilidad del *Mercato Novo* se reflejaban las preocupaciones de todo el mundo: las deudas de los nobles y de los prelados de Nápoles, Inglaterra, Francia, el Tirol, Bohemia y Dalmacia.

Los señores feudales y sus asociados, tambaleantes y confundidos debido a impulsos económicos alterados, encontraban a menudo su salvación en los florentinos. Los armados caballeros, con séquito y acompañamiento, al no tener medios con que pagar, debían convertir en dinero sus castillos, bosques y tierras. El dinero, cada día más, se convertía en el único rasero para medir el valor de las cosas. Porque honores y empleos, gloria y soldados, amor y mujeres, soledad e independencia sólo se adquirirían con dinero. Muchos nobles también fueron arruinados por la conspiración peligrosa de los banqueros florentinos.

Las potencias centrales, formadas últimamente, recibían la misma ayuda, pero en forma muy distinta. Las grandes monarquías centralistas contaban con una base más amplia que los particulares y que las pequeñas soberanías. Y los banqueros florentinos, por medio de sus relaciones económicas, muy ramificadas, crearon para estas nuevas potencias las condiciones financieras que éstas necesitaban. El crédito público y la deuda en suspenso, que los florentinos combinaron para los reyes de Francia e Inglaterra, formaban parte del ambiente económico que las jóvenes naciones necesitaban para su unidad.

La aristocracia del dinero en Florencia conservaba aún esta posición de ser la auxiliadora de un estado nuevo, cuando las fuentes de riquezas del Mediterráneo empezaron a agotarse. Sus sucursales y factorías desalojaron a todos los competidores italianos en el extranjero. Así, antes de que la «Signoria» comprara Siena, Lucca, Pisa y Arezzo, ya se había apoderado de los bancos de esas ciudades.

El mercado de dinero de Florencia no hubiese tenido esa constancia y tenacidad, si hubiera sido el punto de reunión de mezquinos usureros, deseosos únicamente de obtener beneficio personal, y no de aventureros cautelosos, hombres valientes y audaces que pisaban un terreno firme de oro. La riqueza, en valores efectivos, no fue el resultado de una conjunción pasajera, y generalmente tampoco fue la consecuencia de especulaciones llevadas a cabo felizmente por casualidad. El *Mercato Novo* podía sobrevivir a las gigantescas quiebras y a las repentinas cesaciones de pago, porque estaba convenientemente alimentado y animado por una economía conjunta.

Esta estabilidad de la riqueza fue el resultado de una unión que se extendía, hasta en sus ramificaciones más insignificantes, a la compra de materias primas, a la industria manufacturera, y al crédito comercial, de mercaderías y dinero, con operaciones a menudo arriesgadas. A juzgar por las sumas, también otras ciudades habían hecho grandes negocios de préstamos. Pero ninguna sabía combinar tan bien como Florencia, el crédito con la exportación e importación al norte y sur de Italia, a Francia, a Inglaterra y a Oriente. Ninguna tenía tantos ojos ni oídos para enterarse y relacionar las necesidades antiguas y nuevas de lo que produce la riqueza. Ninguna sabía utilizar tan bien, para sus negocios, los presentimientos y rumores de desavenencias futuras entre los príncipes ávidos del poder. Y ninguna calculaba tan correctamente cuándo iba a producirse en distintas ciudades la escasez o la abundancia de dinero, la falta o superfluidad de mercaderías.

Florencia no conocía lo que era carecer de mercancías a pesar de tener que importar, para su industria nacional, lana de la Champaña, Chipre, Flandes, Grecia, Cerdeña y Lombardía, pinturas de Inglaterra y de Provenza, seda, para los brocados más finos, de Siria y China, armiño y pieles de Asia Menor.

En los angostos callejones, entre el Mercado Viejo y el río Arno, una tienda seguía a otra. Aquí el minorista vendía de todo. Aquí al parecer se estaba en continua feria, que recordaba las de Oriente. Pero lo que la mirada podía abarcar era sólo una parte mínima de las mercancías. Las galerías laberínticas y las cámaras de los altos edificios cuadrados, que con sus sombras oscurecían las calles y los mostradores, estaban repletas de mercaderías prontas a satisfacer las necesidades de toda la región.

Y todos los países tenían confianza en estas mercaderías.

De aquí, de Florencia, en la mayoría de los casos, surgían las modas del vestir, los gustos refinados para vivir con lujo y las viviendas y palacios más suntuosos. Porque Florencia no sólo producía dinero sino también las comodidades, lujos y exigencias de la vida, siempre nuevas.

Para que una alfombra fuese valiosa, aunque fuera francesa, debía ostentar primeramente el emblema de una familia tejedora de las orillas del Arno. Una silla, un jarrón de bronce, se tenían por perfectos sólo cuando llevaban la marca «Via di Callimala». Las mujeres creían que ayudaban mejor a su hermosura natural al comprar en Florencia las cintas para sus sombreros, los peines para sus cabellos, los botones para sus vestidos; y los sacerdotes pensaban que ejercitaban con más dignidad su ministerio si el telar de sus casullas se hallaba en Florencia. En aquella verdadera organización industrial los encargados de la administración ponían su mayor empeño en proteger la calidad de sus productos. «Que sea Florencia muy alabada, en conversaciones y canciones, por los señores barones y por toda la población en mérito a la bondad de sus productos» dicen los estatutos de la Corporación de lanas.

En los talleres, a orillas del Arno, por consiguiente, la personalidad del obrero no estaba disminuida. El trabajo manual se consideraba como un arte. Ni el patrón ni el obrero desaparecían bajo el cúmulo de mercancías. Allí donde la pobreza amenazaba perjudicar no solamente al productor, sino también a la producción misma, es decir, en la industria casera, la oligarquía de la ciudad procuraba ayudar por medio de la Iglesia. En sus sermones los eclesiásticos instruían cómo los tejedores y tejedoras tenían que devanar el hilo, según las instrucciones de las corporaciones, y en las confesiones se les preguntaba con insistencia a los pobres si habían faltado contra el sagrado mandamiento de la calidad del trabajo. Pero Cosme Médicis no se conformaba aún con estas riquezas puramente materiales; y así, cuando un conocido Popular había sufrido pérdidas inesperadas, o había perdido sus bienes en el juego, o no había podido comprar el ajuar a su hija casadera, o cuando los intereses usurarios amenazaban arruinarlo, entonces una carta amistosa de este dador voluntario era su salvación.

Cosme decía que le hubiese gustado tener hasta a Dios entre sus deudores.

Por esta razón ayuda a todos los encallados, a todos los que representan un nombre, una tradición, a todos los que en su desesperación hubieran podido recurrir a los caudillos desterrados de los

partidos de Albizzi o Strozzi. Porque el modo que Cosme tiene de combatir a sus enemigos es registrar sus nombres en el gran libro de la familia Médicis, donde se anotan las sumas de dinero regalado. Hasta para esto le acompaña y sirve la estadística a «este gran sabio y comerciante», como le llama su hijo Pedro. Cosme heredó de su abuelo este libro «del préstamo muerto, con Interés político sólo indirecto» y en el cual figuraban muchos nombres hostiles que con el tiempo llegaron a ser los amigos más valiosos. En vez de perseguir a sus opositores, en vez de estrangularlos en la cárcel, ahogaba sus impulsos rebeldes. No compra, sino ayuda. No exige ninguna retribución, pero el agraciado es delicado de conciencia. Ante todo no perturba sus días con luchas inútiles. El banco de Cosme cumple también funciones de policía: se preocupa por la tranquilidad absoluta y por la satisfacción general.

Al nuevo señor de Florencia no se le ve nunca en los sitios donde la ciudad comenta sus asuntos. Cosme evita acudir al palacio de la Signoria. No le gusta aparecer en público, odia todo lo oficial, y el aplauso le molesta como una amistad íntima con desconocidos. La ambición le ordena ocultar su poder. No se considera exento de errores; sólo una vez afirma, en tono de excusa, que no se puede gobernar la ciudad con padrenuestros, y otra vez: el honor está adherido a nuestra vestimenta y ésta se puede comprar como se quiera. Cosme no se considera un advenedizo. Nadie le oyó nunca hablar de sí mismo. Nunca se exhibió como ejemplo, ni dejó entrever a sus amigos lo dramático de su pasado. Y siempre trabaja, como si fuese necesario conquistar su posición todos los días de nuevo.

Con regularidad acude Cosme, a hora muy temprana de la mañana, a su despacho de su banco. Desde aquí administra la ciudad y vigila los capitales esparcidos por toda Europa. Acá llegan todas las noticias y aquí Cosme atiende a los ciudadanos. Aquí Florencia y todas sus empresas privadas forman una unidad: Cosme ve en los hombres a *sus* criaturas, y en la ciudad a *su* creación.

Cosme descubrió que la «apariencia» le proporcionaba un medio cómodo de reinar. Permitió a los florentinos la «apariencia» de la libertad, la apariencia de resolución, la apariencia de igualdad; y al final de su gobierno, hasta de la riqueza no quedaba más que «la apariencia», el aspecto exterior. Cosme respetaba las vanidades, las tradiciones, las costumbres, y, sin embargo, todo lo sometía a su voluntad. Es digno de admiración en los Médicis ver cómo medran en la política, cómo un simple ciudadano, como Cosme, sin corona, sin confirmada legitimidad, igual entre los iguales, domina, a pesar de todo, a la comunidad dividida entre sí, y se eleva, como un soberano, por encima de los simples y de los inteligentes.

Gracias a su oportunismo, Cosme ha fabricado pieza a pieza las complicadas e indirectas ruedas y mecanismo de su soberanía, como la Edad Media no las conocía aún.

Acostumbró a los florentinos a ser dúctiles, flexibles y oportunistas; hizo que les pareciera natural todo lo relacionado con los negocios: la «combinazione». Con este modo de encarar la vida pretendía apaciguar a la población, que estaba acostumbrada a resolver sus desavenencias no con palabras, sino con armas, y los problemas de la república no con leyes, sino con destierros y condenas a muerte.

Cosme se retiraba con regularidad a la quietud acogedora y sedante del monasterio de San Marcos, que se encontraba cerca del Banco de los Médicis. Hizo reconstruir esta antigua iglesia y arruinada casa de los dominicos, y regaló fraternalmente a su generación, y a las venideras, la biblioteca más rica de Occidente. Nunca, ni antes ni después de Cosme, en las ventanillas de Banco alguno se abonó con tanta satisfacción, como en el Banco de los Médicis, letras de cambio y cuentas por manuscritos y códices.

Donde se presumía la existencia de un manuscrito griego o romano, allí se abría para los florentinos la tierra de promisión. Los ojos de la república, las noventa sucursales de sus comercios y Bancos, verdaderos «miradores» de los Médicis, esparcidos por todo el mundo, debían espigar los lejanos monasterios y descubrir a Plutarco y a Aristóteles, guardados como reliquias en plúteos, no comentados ni alterados por ninguna traducción árabe; libros que desafiaban al tiempo con la verdad de sus sentencias. Después de una paciente aplicación de medio siglo, los florentinos vuelven a dar al Occidente el pasado.

En las casas de los nobles la biblioteca conquista el lugar siempre más importante. A menudo arrebató a los aristócratas el celo por los libros. Strozzi rompe su amistad con Cosme Médicis y se vengó de éste fletando un barco a Constantinopla para traer el primer ejemplar de la *Política* de

Aristóteles. Este hecho fue para los Médicis la gota de agua que hizo rebasar su paciencia y entonces, por venganza y envidia desterraron de la república a su afortunado competidor.

Junto con el monasterio de San Marcos, Cosme ofrecía a los humanistas, en el centro de Florencia, un ambiente de felicidad. San Marcos se hallaba separado del mundo y, sin embargo, estaba animado de actualidad en sus mismas fuerzas espirituales. Cosme no era ningún sabio. Pero su alma plena de humildad buscaba el contenido y las formas de la claridad griega. Encontró en lo antiguo la ciencia del dominio de la inquietud en el hombre, y del pavor del individuo aislado ante su frivolidad y cambios pasajeros. Por eso se mezclaban en él, como así también en su círculo de protegidos eruditos, el cristianismo con el platonismo. San Marcos llegó a ser la mejor escuela para un soberano: le enseñaba a ser modesto por medio del propio conocimiento y le proporcionaba la moral individual nacida en sus propios pensamientos. Un piadoso monje del monasterio de San Marcos, que sabía cómo la soberanía absoluta echa a perder a los hombres, cómo la abundancia y exceso del poder envenena con malos deseos de vanidad y superfluidad y lujo al individuo, escribe que únicamente el monasterio pudo impedir que Cosme se convirtiese en un «vulgar déspota».

Pero el amor de los Médicis por el perfeccionamiento no era originalidad suya; Cosme sólo respondía en esto a las exigencias del tiempo. Al convertirse en el entusiasta de una voluntad general, posibilitó y facilitó su soberanía.

Porque la inclinación a la cultura era tan propio de esa república como su posición geográfica, como su sentimiento antifeudal del comercio, como la institución de su ciudad, como la carencia de monumentos antiguos, que no pesaban sobre su iniciativa creadora, como su amor a la forma republicana, como su independencia durante siglos del Papa y del Rey, como el impulso trabajador y al mismo tiempo ansioso de innovaciones de sus ciudadanos, como su inclinación a los experimentos políticos, como la tonada melódica de su habla, de la que se derivó el italiano, como la luz que, desde las alturas de Fiésole, hace resplandecer la ciudad con una claridad plateada prometedora de todos los encantos del mundo.

Esta cultura mundial fue llevada por la nobleza comercial de Florencia. La gente culta se reunía, en esta ciudad, para disfrutar y compartir las ventajas del poder y de la riqueza. La educación y todo lo que se relacionaba con ésta adquirió un predicado patricial de nobleza. Pasear con un libro en la mano por las calles de Florencia garantizaba la misma seguridad que en otra ciudad llevar espada. Todos consideraban a un individuo tanto más hombre cuanto más instruido era.

Todo lo que de gusto y educación se notaba fuera del ambiente de los nobles existía gracias a la influencia moral y estética de la aristocracia. El parecerse a los oligarcas, a los Médicis, Caponi, Albizzi, Strozzi, Pazzi, Salvati, Frescobaldi, Gualteroti, Bartolini, Antonori, Soderini, era el sueño dorado de los montureros, pintores, fundidores de campanas, fundidores de cobre y cambistas. En los talleres de éstos el gusto de los nobles y su autoridad, como árbitros de la moda, se discutía más que de política. Así como existe la flor y nata de la soberanía — un «Stato» —, así también hay la flor y nata de la cultura. Y así como el pueblo nunca puede ser el gobierno, tampoco puede éste ser la cultura. En Florencia la cultura y la soberanía llegaron a identificarse —hecho que la historia sólo conoció en la Grecia del siglo IV antes de J. C. Y las dos épocas son sólo momentos breves de la humanidad: instantes de sesenta años.

Por regla, general la cultural y la educación son cosa de palacios, a no ser que la soberanía se entumezca por la rigidez de la dictadura. Con la riqueza se compra la instrucción, se posibilita la cultura. Mas en Florencia la cultura y la educación respondían no sólo al poder y al dinero, sino también al espíritu y a los ideales de la nobleza misma. Ya no es posible distinguir allí al que dio el dinero del que dio el impulso. La cultura correspondía a los ideales y a las ilusiones que el poder tenía de sí mismo. La riqueza encontró su justificación en la cultura. Un noble ignorante pasaba por degenerado entre los de su categoría y rango. Y entonces éste también pertenecía al vulgo.

Como para un caballero germano era un honor el haber acudido a muchas guerras, y para un caballero de Castilla el haber cortado muchas cabezas de moros, así para un noble florentino la cultura era un honor social. La musa, la representación plástica de la soberanía, no ostentaba ni balanza de oro ni espada, sino que tenía en su mano un libro. En este afán por el libro y por la cultura se revela el placer de los florentinos por la vida que tiende hacía el infinito. Es la cultura pacífica del individuo libre, que no conoce ninguna casta de eruditos, ningunos mandarines del saber. Esta ciencia, este saber, no servía para ganar dinero y tampoco daba «derecho a empleos». Tenía por misión extender las fronteras del goce intelectual, las posibilidades de los sentimientos y quería enseñar a ver lo hermoso; la gente culta eran los caballeros de una sociedad brillante. Éstos

sentían su fuerza individual y no la impotencia de la pobreza, que generalmente atenaza a los hombres de ciencia en sus habitaciones. Los cultos eran los activos y los optimistas. Era indispensable poseer libros griegos y romanos, era indispensable pasarse leyendo noches enteras, pero no menos indispensable era sentir el aguijón carnal en su cuerpo, ir de caza, montar a caballo, amar, pescar y viajar.

«Amamos, escribe Marsilio Ficino, los colores puros, las luces, las voces, el esplendor del oro, la blancura de la plata, la ciencia y el alma»

Los que abrigaban tales sentimientos nuevos, los patricios del tiempo de los Médicis, no eran a pesar de todo unos fantasmas. No buscaban lo absoluto por ninguna parte para coronarlo. No querían caer, a causa de amar lo antiguo, en los brazos de un sueño infinito y perdido. Lo romano, lo griego no era para ellos ningún resurgimiento de un mundo sumergido, sino la configuración práctica de su propia existencia individual. El entusiasmo por la Roma patriarcal mitigaba en los patricios florentinos sus austeridades caseras. La hipocresía, acompañante fiel y natural de todas las culturas, adquirió en Florencia una conciencia nueva y serena. De un arte se convirtió en una virtud. Porque los nobles vivían tanto para la cultura como para el poder.

El rostro de la oligarquía florentina tenía, a pesar de toda la diferencia e individualidad, un duro rasgo común. La frialdad se notaba ya en la fachada de sus palacios con los rojos y simétricos ladrillos. A estos señores les agradaba la vida regularizada. Empezaban el día a toque de campana y dedicaban la mañana y la tarde a asuntos oficiales. Lo primero que hacía el florentino todas las mañanas a primera hora era oír misa. «Después iba, como cuenta un cronista, por las calles hacia su tienda o escritorio en la Piazza o en el palacio de la Signoria, vestido en verano con toga negra plegada al cuello y un birrete de seda negra con un largo borlón, y en invierno con capa negra y una capucha seria.» Raras veces faltaba en su casa a la hora del almuerzo y permanecía una hora de sobremesa con sus hijos y su mujer. Era el señor inflexible de su familia, frente a su esposa era severo. Generalmente no tenía para con *ésta* una inclinación *más* profunda que la que pudiera tener para el escribiente del registro que inmortalizaba los nombres de los recién casados en el libro de la Iglesia. La esposa era lo inevitable, la obligación frente a la soberanía de la ciudad. Porque cada familia de nobles representaba un sillar en el edificio del «Stato» y del partido ampliado. Si algún, importuno, o presuntuoso, repudiaba a su esposa, podía ser expulsado del partido, catalogado entre los opositores y arruinado económicamente.

Todo el amor, toda la solicitud que el noble sentía por su casa, lo concentraba en sus hijos. Entre manuscritos y estatuas les predicaba el culto al estudio y al humanismo. Les enseñaba a no desear alterar las relaciones políticas, a huir de las controversias tanto de la calle, como de la familia reinante, y aspirar, sin embargo, a encontrar la libertad en el poder. Esta educación la basaba el noble al mismo tiempo en el amor hacia sus hijos y en la lealtad hacia Florencia. Su vida privada empezaba en el círculo de sus amigos. Aquí perdía el florentino el peso de la obligación, la dignidad de la responsabilidad; aquí esperaba de la mujer otras virtudes y del humanismo formas más livianas.

El aristócrata pasaba su juventud con los literatos principiantes; al lado de ellos y del mismo profesor había aprendido gramática y retórica; los mismos ideales les habían arrebatado, los mismos manuscritos les habían entusiasmado. Ahora el noble recibía en su salón — donde todos los objetos; el friso, las mesas, el techo y las sillas revelaban el sentido monumental de la república— a la multitud de inconstantes literatos.

El conjunto de talentos literarios, cuyo centro de educación era Florencia, transformaba la abundancia y riqueza de pensamientos de los antepasados en vendibles y centelleantes monedas de ideas. Estos literatos expresaban sus sentimientos aristocráticos con menos consideración que los nobles. Estampaban las sentencias significativas de la nueva conciencia de la época, y se expresaba así; Cicerón y nosotros, Platón y nosotros. Dividirán la humanidad en dos partes, profundamente separadas entre sí: en conocedores, y en ignorantes de la antigüedad. Los humanistas, que en Florencia se insultaban crudamente entre sí, se sentían fraternalmente unidos con todos los hombres cultos esparcidos por todo el mundo. Veían cómo en todas las ciudades se formaban centros de estudios separados del vulgo. Este archipiélago espiritual estaba unido y animado por la misma voluntad del ideal aristocrático.

El humanismo, cuya capital se asentaba a las orillas del Amo, no podía ser otro que cosmopolita.

Los literatos no eran ni florentinos ni italianos, sino latinos. Hasta el final del reinado de Lorenzo el italiano se consideraba como lengua para entenderse los animales. Dante debía enojarse en su propio infierno, no haber compuesto su *Divina Comedia* en italiano. El latín era para ellos la patria conquistada de su pensar y de su sentir.

A estos hombres el presente, con sus ciudades, fortalezas y fronteras, sus reuniones populares y sus tiranías, les parecía demasiado estrecho para atarse al espacio y al tiempo. Se permitían un lujo raro y maravilloso: el de no recordar las cosas existentes y en formación. Oponían, al correr de los acontecimientos y a la historia, su talento y algunos su genialidad.

Su anhelo tendía y se dirigía hacia lo nuevo, lo pintoresco, lo inmediato, hacia todo lo que entre la tierra y el cielo se hallaba bañado de luz. Su curiosidad quería ver y sentir; no comprendían las ideas universales. Todas las abstracciones comunes de la Edad Media, todas las columnas de la moral, fueron derribadas. Veían en la historia de los papas sólo al Papa, en la historia de los reyes sólo al Rey, en el amor sólo el desahogo de la pasión y en la guerra únicamente el asesinato. Las villas, los palacios, los teatros de la república en las márgenes del Arno eran las almenas desarmadas de un modo de pensar antiguerrero. En este punto y en esta ciudad los literatos de la paz estaban de acuerdo con los banqueros y los políticos. Claro es que los motivos de los comerciantes no eran puramente humanísticos como los de los literatos. Rara vez se olvidaba que la paz era el ambiente más saludable para hacer riqueza; y este conocimiento de la necesidad cosmopolita del negocio les hacía aún más comprensibles a las olas y brotes de entusiasmo por todo lo antiguo de sus invitados. Los ideales, los impulsos de la cotidiana existencia personal, eran los mismos. Los comerciantes y los literatos querían vivir, no como héroes, ni como guerreros, ni como ascetas, sino como verdaderos epicúreos, como sabios, y, si no era posible de otra manera, como diletantes.

Alababan al hombre como un milagro, que procura descifrar todos los otros milagros de la naturaleza. Y aquí al dulce relente de las noches florentinas, estimulados los florentinos por el propio espíritu, seducidos por las ideas, sentencias y conclusiones antiguas, la Europa bélica de los españoles, alemanes, musulmanes y franceses era motejada como bárbara.

No veían en la guerra ningún hálito de poesía y se referían compasivamente a la pléyade de poetas y pintores españoles, que, precisamente, debían a la guerra sus mejores inspiraciones.

«No tengo obligación alguna, dice el historiador Valla, de morir por ningún conciudadano, ni por dos, ni por tres. Y mucho menos tengo obligación de correr a la muerte por la totalidad de conciudadanos, que no conozco en absoluto y los cuales no significan nada para mí.»

«Quien sirve a la comunidad, piensa Alberti, no sirve a nadie; cuanto algo es más *un* bien común, tanto menos es divino.»

«Si la comunidad de una ciudad se reuniese en la plaza para decidir la guerra, dice Simonetta, entonces el heraldo debería proclamar: «Todos los prudentes y los que saben leer y escribir deben abandonar en seguida nuestra reunión. Nosotros, animales ignorantes, queremos estar entre los nuestros».

Todas las virtudes colectivas, que de la batalla hacían el terreno eterno de las fuerzas y la convertían en la única posible e incorruptible balanza de la justicia, examinadora de todas las sentencias, ambiciones y esfuerzos, parecían a los humanistas como la negación de toda dignidad y de toda nobleza. El hombre hermoso, de voluntad firme, que tiene un adarme de espíritu, el hombre que merece ser agraciado por el destino, el hombre que en algún tiempo ha comprendido una idea, ese hombre desprecia la guerra. La cobardía y el disimulo se trocarían en muy grandes virtudes, si no hubiese posibilidad de ser atacado por el pueblo armado.

La guerra se halla en la categoría más baja de todas las pruebas experimentales. Una frente coronada con laureles se convierte en una cabeza de asno. El individuo tiene, mientras vive, infinitas posibilidades; y toda posibilidad, toda forma y toda belleza son aniquiladas por la guerra. El hombre es excelso para los humanistas sólo porque vive, y no porque muere.

Y cuando, a pesar de todo, la vida y los días son interrumpidos por la guerra, cuando el condotiero reúne a sus hombres y ondean los gallardetes de las compañías, cuando los guerreros esperan con corazón ardiente la mañana de la batalla, besan el suelo al ver al enemigo y se persignan tres veces antes de matar, robar y por fin morir, en esos días y en esas ocasiones el humanista busca el asilo apacible lejos de las fuerzas combatientes. El humanista no lucha contra nada y tampoco combate contra la guerra. Su espíritu le veda toda revolución armada. Entonces únicamente lo que hace es retirarse aún más lejos; se entrega al cuidado de sí mismo y al del jardín de su cultura y deja al mundo engolfado en sus impulsos consumidores e

incalculables. Desde el triunfo de la familia de los Médicis ya no estuvo Florencia animada por ningún deseo bélico. Las combinaciones de los banqueros y los ideales de los humanistas lograron que la ciudad pudiera seguir en política exterior la línea trazada en la sentencia de Leonardo de Vinci: «¡Huye de la tormenta!»

Guerrear por una parcela de tierra vecina contra una ciudad enemiga o contra un príncipe hostil les parecía a los florentinos algo indigno del pensamiento y del deseo. Les exaltaba una ambición completamente distinta: penetrar a través del mundo, por todas partes, y donde hubiere posibilidad de lucro, en Oriente o en Occidente, y hacer participar en las ganancias a una empresa de la ciudad, ése era su ideal.

Y si, no obstante, era necesario conquistar algo inmediatamente, para asegurar las vías de comunicación de Florencia a Liguria, Siena y Umbría, o para adueñarse del río Arno desde su nacimiento hasta su desembocadura, entonces la Signoria enviaba contra los obstáculos carros de guerra llenos de oro. Se esperaba a que un partido ganase, en la ciudad hostil, y después se compraba al ganador. De esta manera Siena, Pisa, Lucca y Arezzo, ciudades que en algún tiempo fueron verdaderos paraísos y comerciaban en el vasto círculo del Mediterráneo, fueron adquiridas por Florencia.

La pólvora de estos conquistadores pacíficos — su espíritu comercial— producía un efecto más guerrero, más revolucionario y más perdurable que el ejército más poderoso.

Era éste un proceso que, en la vida cotidiana florentina, no tenía en sí nada de solemne y que no se percibía conscientemente.

La penetración a través del mundo se realizó materialmente por medio de la moneda acuñada en la república —por medio del «florín» —, y espiritualmente por medio de un nuevo concepto de la vida, por medio del poder del individuo como individuo. Fue una gran abertura que se producía en la conciencia, preparada ya desde hacía tres siglos. El proceso fue católico, al principio, como todo lo importante en Occidente. «Quien ama a Dios con alma fervorosa, se decía en la mística de San Bernardo, se transforma en Él.» Y ahora también el hombre se proclamaba como un ser superior, ¡pero sin Dios y sin dioses! Me he creado yo mismo, exclama el hijo de la tierra. Lucha por su independencia, toma posesión de sí mismo, se proclama «individuo», olvida la hora de su muerte, su existencia eventual, su poca importancia. Trabajar en sí mismo: formar su espíritu y embellecer su cuerpo, le parece tan importante como ganar una batalla, escribir un libro, descubrir un mundo o construir una catedral. Grande como un gigante se encumbra el «yo» odioso para todos los piadosos. El hombre, el individuo, celebra, por medio de Florencia, su entrada formal en el mundo.

El individuo huye de la comunidad, de las obligaciones que entraña la administración común, del dominio de la Iglesia, del bien tradicional y del mal tradicional; huye del vulgo.

Este cambio en el individuo, en toda su complejidad, se empieza a vislumbrar en tiempo de Cosme Médicis y da comienzo con Nicolás Maquiavelo, quien con los tesoros de los tres continentes echó los cimientos de todas las bibliotecas de Europa; comenzó también con Pico della Mirándola, autor de la «dignidad del hombre», con Marsilio Ficino, que devolvió a Occidente las armonías de Platón. Este ensalzamiento de los elegidos, que trastrocó todas las montañas y cumbres de la conciencia tradicional, alcanza luego, en tiempos de Lorenzo Médicis, su esplendor y realidad más efectiva. El individuo completamente solo escala la altura máxima de este mundo: ¡se convierte en el poder mundial de la idea! El alma de un individuo libre tiene más valor que las de todos aquellos que no pueden lograr la soberanía del espíritu. Y este individuo libre es, en aquella misma época y en la misma ciudad: Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Ariosto, Guicciardini y

¿Nicolás Maquiavelo!

NICOLÁS MAQUIAVELO VE EL PODER

A través de las tinieblas de los siglos se percibe la figura de Lorenzo de Médicis, nieto y heredero de Cosme. Cabalga por un bosque de olivos de plateados reflejos, acompañado por sus perros, servidores, monteros y amigos. De súbito frena su caballo y toca ligeramente el hombro de Marcelo Ficino, al par que le pregunta:

—¿Qué es lo que proporciona la felicidad, según tu- opinión? —¡El espíritu!

—No, ¡la voluntad! — contesta Lorenzo.

Tiene fe en la voluntad — esta palabra que significa todo para aquellos «lobos del saber» del Renacimiento — pues le arrebatada con la sensación de una fuerza ilimitada. A Lorenzo le parecía que todo lo que se desencadenaba sin freno en la naturaleza, en los temporales y borrascas, en las tormentas y en la nieve, era domado, apresado y formado por la voluntad individual del hombre! por eso no encontraba su ideal dentro de los límites, por amplios que fueran, de las posibilidades humanas: sólo lo infinito le parecía perfecto. Y allí donde presiente ese algo superior, en un ser que abriga los mismos sentimientos que él en cuanto a predisposición, se despierta en Lorenzo el sentido del deber; por eso le entusiasma cualquier talento. Y este hombre pictórico de Indescifrables contradicciones, de contrastes enigmáticos, que dedica cuartetas a una violeta y ordena incendiar ciudades desprevenidas, que con letanías entusiastas rinde culto al pudor y muere a la edad de cuarenta y cinco años a causa de la pasión más entusiasta por las hijas de Venus, vive preocupado por los hombres de talento, por los hombres extraordinarios de su tiempo.

Pero este Médicis no sólo descubría a los ingenios de su círculo, sino que también sentía las debilidades de su ambiente humanístico. La ironía hacia sí mismo, el alejamiento de sus propios amigos, le enseñaban las debilidades humanas.

Todo filósofo, compositor, pintor, escultor, matemático, o filólogo, todos se reunían alrededor de Lorenzo. Su casa en la Vía Larga — palacio, biblioteca y museo al mismo tiempo — estaba abierta para todos. Sólo la fachada, el nombre y la aureola eran de un príncipe. En las habitaciones reinaba un libre ir y venir. Ninguna etiqueta recordaba al soberano, ningún maestro de ceremonias dirigía los saludos. Presidía la mesa todos los días uno de los cincuenta huéspedes: el matemático Pablo Toscanelli, cuyas cartas y mapas debían indicar a Colón el camino a través del océano; Sandro Botticelli, Miguel Ángel, el poeta y filólogo Poliziano, el poeta Luigi Pulci, los filósofos Marcelo Ficino o Pico della Mirándola. Lorenzo facilitaba las relaciones entre los ya célebres y los principiantes, y la amistad entre los primeros espíritus de Italia. Su casa medio principesca, medio plebeya, eclipsaba a las cortes de la península y llegó a ser el anhelo de los humanistas de todos los países.

Y como ya llegó a ser costumbre inveterada, la gente se olvidó que Lorenzo era aquel a quien se recurría en apuros económicos. Además regalaba a sus amigos lo impagable, lo que la naturaleza misma le había concedido: los impulsos de su amplia alma, que abarcaba a todos. Les tocaba con la varita mágica de su suerte; porque el destino había regalado a este hombre el don de seducción. Dominaba todas las dificultades y a todo enemigo. Cuando Florencia se encontró en una guerra infortunada contra Nápoles, fue a caballo al campamento del enemigo y convenció al rey de las ventajas de una alianza con la república toscana. Ningún puñal del adversario, ninguna trampa, ninguna conspiración logró derrocarlo. El Papa Sixto IV murió el día en que a él convenía, -y que él esperaba. El sucesor, Inocencio, llegó a ser su mejor amigo. El santo Padre nombró cardenal a un hijo de Lorenzo, de catorce años de edad, niño que más tarde fue el Papa León X. Las alianzas y las amistades de las potencias europeas le favorecieron. Cuando viajaba, los vientos le eran siempre favorables, y nunca sus fiestas fueron perturbadas por tormentas. Todos los azares se volvían a su favor. Si los lisonjeros le llaman «hijo del sol», ciertamente lo adulan, pero no mienten.

Lorenzo no gobernaba ya más la ciudad, como Cosme, desde un despacho del Banco. Las empresas comerciales de su familia no le interesaban, y cada balance sólo le producía aburrimiento. Educado como un príncipe, adulado desde su juventud, acompañado siempre por jóvenes ostentosos, implorado a causa de sus rentas por los potentados y literatos de toda Italia, juzgaba que el poder disponer de mucho dinero era una cualidad natural de un soberano. Nada debía fracasar por falta de dinero y todo, lo que era vendible debía pasar a ser de los Médicis. Las más escogidas caballerizas, las más grandes cacerías, las más raras piedras preciosas, las más valiosas colecciones, los más maravillosos jardines róscanos llegaron a ser de su propiedad. El sentido comercial de sus antepasados, que a pesar de toda su generosidad financiera habían ajustado sus gastos a sus entradas, esta nueva moralidad de un mundo en formación le faltaba completamente. La vida señorial, contraria a la economía de sus antepasados, contraria a las máximas de ahorro proclamadas precisamente en aquel tiempo, formaba su elemento y el de su ambiente. La educación para la vida casera y de hogar, firmemente arraigada en las ciudades italianas, se interrumpió. Pero no solamente para sí mismo, para las fantasías de su gusto, despilfarraba Lorenzo una de las más grandes herencias europeas, sino también para ganar a los florentinos. El

lujo y la profusión llegaron a ser para él tanto una necesidad personal, como también un principio político. Durante el desfile de carnaval toda la ciudad se convertía en un escenario. Leopardos y panteras, centenares de mujeres lujosamente vestidas, lacayos ataviados de terciopelo y seda, centenares de parejas de perros atraillados, un número ilimitado de halcones se presentaban en esta explosión de alegría. La suntuosidad notoria, los séquitos triunfales y los mismos edificios debían convencer a todas las clases sociales de la población, que los Médicis eran los distribuidores de la felicidad, y que debían ahogar toda aviesa intención política de sus enemigos, en colores, luz y canto.

Todas las empresas comerciales de la ciudad se contagiaron del modo de ser de Lorenzo.

El intercambio de mercaderías fue poco a poco toreándose por el intercambio de monedas siempre más activo. Las especulaciones de dinero eran por cierto más arriesgadas, pero producían más ganancia que el camino largo, cuyo recorrido permitía hacer el trabajo, para convertirse en mercancías y sólo después en dinero. El sencillo negocio de cambio de moneda interesaba a los fuertes capitalistas. La pequeña usura y aun la grande, siempre se hospedó y tuvo su asiento en Florencia: penetraba en todas las industrias y las oprimía. El dinero fácilmente ganado abandonaba a su dueño con la misma facilidad. No se daba reposo al dinero, ni la posibilidad de acumularse; el escepticismo general era tan profundo que no se detenía ni ante lo más sagrado para ellos: el dinero. El dinero dominado por el placer florentino, se permitía el lujo más exagerado: no se convertía en capital. Alegrarse de una manera espléndida con todo género de expansiones y matices, hacer de cada fiesta familiar una fiesta de la ciudad, gastar fortunas, heredadas o ganadas con intereses usurarios, en trajes, festines, juegos y mujeres, era de buen tono entre viejos y jóvenes. Si se invertían bienes, eran entonces capital muerto: se construían palacios. El edificar elevaba el ánimo y el brillo social. Los plebeyos estaban orgullosos de los edificios de los grandes; la arquitectura, pues, pertenecía a la fiesta general, al régimen de Lorenzo. Él la apoyaba con su ejemplo y con leyes. Un decreto de su Signoria anunciaba la exención de impuestos para todos los que edificasen en lugares donde hubiera alguna casa.

Los Médicis reinaban pregonando la despreocupación más absoluta.

El soberano de la República era el que menos se preocupaba por el futuro. En sus canciones de carnaval él invitaba a los ciudadanos a divertirse desde la mañana hasta el próximo día. Y tanto al príncipe y a los hombres que le rodeaban les parecía absurda la idea de educar al pueblo, a los florentinos, porque reconocían que la corrupción y la ignorancia eran los medios principales para dominar. Por eso todos debían gozar de la corrupción de costumbres.

Por tal causa no es de extrañar que su firma comercial no pudiese ya entregar las sumas necesarias que Lorenzo y su reinado precisaban. Todas las empresas de los Médicis, en sus mismas raíces, recibieron al cabo de media década, profundas resquebrajaduras y golpes. De las noventa sucursales bancarias en el exterior, unas tras otras cerraron sus puertas. Los representantes de sus empresas, dispensados de toda inspección, imitaban la despreocupación de Lorenzo, y, con su descuido o apenas velado robo, ayudaron a la quiebra de la firma.

Cuanto más expuestos los valores efectivos en el exterior, tanto mayores sumas retiraba Lorenzo del banco. Con dichas sumas edificaba palacios y compraba tierras. Nunca habían tenido los Médicis tantas haciendas como al final de su talento calculador. Lorenzo ya no era comerciante, ni un banquero más, sino el propietario principesco de latifundios en toda Toscana.

Y para proteger su firma de una quiebra vergonzosa, la ciudad debía salvarla con sus finanzas.

Si su familia hasta ese momento, durante un siglo de largo trabajo, había conquistado el poder por medio del dinero, ahora el dominio adquirido debía pagar por su conservación y también por su violación.

Al cabo de poco tiempo las finanzas de la ciudad se quebrantaron tanto como las de la casa de los Médicis.

Lorenzo no conocía ninguna debilidad ni ninguna excepción para embargar y expropiar. Encontraba medios para desviar hacia sus cajas fuertes todo manantial de dinero, que hacía correr hacia la república una corriente de oro, por mínimo que fuera. En las incautaciones le inflamaba la razón de Estado y sólo en esto su soberanía se mostraba sin clemencia, sin sonrisas y sin escepticismo. Según este criterio, el humanista, que siempre manifestaba que quien no conocía a Platón no era ni un ciudadano ni tampoco un hombre, hizo saquear la ciudad de

Volterra para robar los tesoros que encerraba¹. También obligaba a los curas, administradores de las dotes de las muchachas pobres, a entregarle los capitales. En todas las administraciones de la ciudad, lo mismo en la aduana que en el impuesto de la sal, él, tenía a su gente, a comisión y éste era el personal encargado de robar para la caja de los Médicis. Hasta los escribanos le entregaban porcentajes de todas sus entradas, y ningún contrato se firmaba sin que Lorenzo hubiera ganado algo también, debido a su tarifa arbitraria.

El brillo de su reinado, que prometiera alegría para todo el mundo, llegó a ser una magia pagada muy cara.

Pero la aprobación de la plebe seguía acompañándole. Precisamente por su política de impuestos, amplió los fundamentos de su poder; porque así tenía a los pobres contra los ricos: y de los muchos es más fácil ocultar la verdad que de los pocos, esconder la realidad bajo esperanzas. En manos de Lorenzo los impuestos sobre los bienes llegaron a ser un instrumento popular, una fuente siempre fresca de sus réditos nuevos y de su astucia extraordinaria. La administración de impuestos funcionaba como una máquina de tortura, que no exprimía de las víctimas la sangre inútil, sino el oro. La población de Florencia tributó a la familia reinante un entusiástico aplauso cada vez que los ricos enemigos fueron empobrecidos por los gobernantes más ricos todavía. Lorenzo se cuidaba en recordar al ciudadano, con los impuestos directos, las finanzas de la ciudad. El florentino ordinario no debía saber que él pagaba la mayor parte del brillo. La escala de los impuestos a los réditos tenía catorce tarifas; la más baja aportaba el catorce por ciento, la más alta el treinta y cuatro por ciento. Pero todo esto era todavía una ley y, aplicado imparcialmente, hubiese garantizado una norma. Más la violación de la ley estaba a la orden del día: siempre nuevas cargas, nuevos impuestos progresivos a los réditos, se decretaban contra los enemigos y amigos de ayer. Lorenzo denunciaba amenazador, a la opinión pública, a los pagadores remisos como oligarcas rapaces. Él podía desposeer a cada uno; hacer valuar de nuevo por la Signoria a cada uno de los pudientes. El funcionario del fisco reemplazaba a la policía. El fisco era el órgano de la soberanía de Lorenzo y no ya el banco de los Médicis, como en tiempos de Cosme. Lorenzo quería con el impuesto a los bienes librarse del «Stato», de su propio partido, de las familias ricas, que le habían dado el poder. Aquél de los ricos que no le obedecía ciegamente, el que transgredía la disciplina secreta y arbitraria del «Stato», debía convertirse en un mendigo. Con objeto de alcanzar su absoluta soberanía personal, Lorenzo trabajaba no solamente con su propio «Stato» contra Florencia, sino también con el pueblo contra el «Stato». Este de Médicis violaba la más importante, la única intangible ley: la ley no escrita de los augures.

Precisamente en el círculo más reducido creía no necesitar ningún disimulo, y allí aparecía sin máscara. Era impaciente, brusco, quería que lo entendiesen por medio de señas, exigía sumisión. Lorenzo trataba a los señores más conspicuos y más ricos de Florencia como si fuesen niños, los tenía bajo su tutela, fiscalizaba sus matrimonios y sus amores, prohibía a las familias poderosas el casamiento entre sí, amenazaba diariamente con la igualdad ante el fisco. Prefería a los menos ricos, hasta a los que no pertenecían a esta particular institución de la república, al «Stato», y eliminaba de esta unidad a los más estimados.

A los más poderosos del «Stato», los Pazzi y los Salvati, los echó sencillamente de este condominio de la soberanía. Procuraba arruinar financieramente a los comercios y a bancos de Pazzi, los cuales en los últimos cinco años habían tenido mejores balances que su firma.

Pero los hombres del «Stato» no eran ningunas criaturas y tampoco tenían necesidad del oro de los Médicis. No se los podía tener bajo tutela, ni sobornar, ni intimidar. A ellos no se les podía contar cuentos de hadas sobre la patria, la libertad y la constitución. No eran solamente ¡os comerciantes con dinero y con un partido endeudado en la república, sino también con muy ramificadas relaciones en toda Italia. Contaban además con la gratitud de los obispos, el amor del Santo Padre, y la amistad de Venecia, Milán y Nápoles.

Y del medio de sus iguales surgió el peligro para Lorenzo y para su menos importante hermano

¹ Desde siglos éste fue el primer saqueo de una ciudad italiana

Juliano. El joven rico Francisco Pazzi fue especialmente atormentado por las autoridades públicas, por indicación de Lorenzo. Los funcionarios más bajos no le dejaban ni a sol ni a sombra ejercitando su oficio con maldad; le citaban so pretexto de aclarar sus declaraciones acerca de los impuestos, le hacían esperar durante varias horas, para descubrir más tarde nuevas posibilidades de dificultades malévolamente preparadas. Lo que empezaron las instituciones pequeñas, finiquitó la grande: la Signoria creó una ley de herencia, que en realidad fue dirigida únicamente contra la casa de los Pazzi. Sin embargo, Francisco evitaba ser un enemigo abierto y declarado de Lorenzo. Su profundo odio recíproco se manifestaba en la amistad sin conflictos de los festines.

Francisco Pazzi no podía soportar mucho tiempo la humillante situación a la cual lo forzaba Médicis. Tenía en Florencia numerosos parientes, y muchos jóvenes, endeudados amigos, que estaban dispuestos a dar la cara en un bautismo de rebelión sangrienta.

En Roma su partido era mucho más importante. Su casa se ocupaba de los negocios del Vaticano, y prestó a la Santa Sede grandes sumas de dinero, que los Médicis se negaron a adelantar al Papa Sixto IV.

En torno al trono del cristianismo se formó ahora la «Fronza» contra los Médicis, formada por los desterrados del «Stato» de Florencia. Los aliados de Francisco eran: su pariente y jefe de su casa: Jacobo Pazzi, el arzobispo de Pisa, Francisco Salvan y Rafael de Riario, cardenal íntimo del Papa. «Santo Padre, dice á Sixto uno de los conspiradores, el éxito de nuestra victoria en Florencia depende de la muerte de Lorenzo, Juliano y tal vez de otros más.» «No quiero a ningún precio, replica el Príncipe del cristianismo, la muerte de ninguno de los dos. No puedo dar mi consentimiento para esto. Aunque Lorenzo es un pillo, sin embargo yo no deseo su muerte. Sólo quiero el cambio en el «Stato». «Bien, se le contesta, trataremos de hacer todo lo posible. Pero si los Médicis mueren ¿nos perdonará entonces el Santo Padre?» «Ah, contesta éste, atormentado, ya lo he dicho: sólo quiero el cambio en el «Stato»...»

El Santo Padre abandona la sala del consejo, y sus amigos deciden asesinar a los Médicis. En las fronteras de Toscana ya se encuentra un ejército del Papa, para entrar en la ciudad una vez ganada la revuelta.

Los jefes de la conspiración, de regreso en Florencia, apresuraron los acontecimientos. El secreto dura ya demasiado tiempo. El sábado de la Semana Santa se reúnen los amigos por la mañana. Los estimados personajes de la banca y de la iglesia no solamente aprueban su acción, sino que están prontos ellos mismos para matar de una puñalada a sus víctimas. El momento y la ambición los induce a una rápida y hábil traición. El odio contra los Médicis es tan profundo que no delegan ese trabajo en ningún verdugo a sueldo. La soberanía debe conquistarse con su propio puñal. El plan del atentado se discute nuevamente en todos sus pormenores, pero también con una premura apremiante. Hoy deben morir Lorenzo y Juliano; y al mismo tiempo los florentinos serán llamados u obligados a la libertad.

Los amigos se separan: unos van a la iglesia para cometer el asesinato, otros van a la ciudad con su gente armada, para ocupar la Signoria, la casa de los Médicis y los puentes del Arno.

Francisco Pazzi entra con unos pocos amigos en la catedral ya atestada de gente. En las primeras filas ante el altar está de pie Lorenzo, iluminado el rostro por las luces de las velas de Pascuas. Los asesinos que le han destinado se deslizan a través de la multitud y se colocan muy próximos a él. La mirada de Francisco busca su víctima: *Juliano Médicis*. Quedamente alguien le susurra al oído: ¡Juliano no está ahí! Durante un instante se asusta. Pero pronto se decide, abandona la iglesia, y se dirige presuroso al palacio de los Médicis. Una vez allí, Francisco Pazzi es recibido en seguida. En la casa de su amigo, y debido al dominio maravilloso de su voluntad, pierde toda su inquietud, para mostrarse en cambio amable y ágil. Francisco, dice alegre y humorísticamente a Juliano que está un poco extrañado de que haya venido a buscarle para ir juntos a los oficios, que si Juliano se quedaba en sus habitaciones molestado por sus presentimientos, ahora llegaba él solícito para librarle de esta tristeza. Durante el camino a la catedral bromean. Francisco abraza aún a su víctima, para ver si éste lleva bajo el traje la cota de malla.

A la hora justa entran en la iglesia.

Juliano se acerca a su hermano, para recibir con él del cardenal Riario la sagrada hostia. Ese momento, cuando ambos Médicis, de rodillas ante el sacerdote, inclinan la cabeza hacia el suelo, es esperado por los conspiradores. El puñal de Francisco penetra en la nuca de Juliano. Éste cae. Francisco se ensaña aún más contra su víctima y desgarró al moribundo con una corta espada. Pero a Lorenzo los puñales de sus asesinos sólo le han rozado levemente y su caída no dura más que un momento. Y como es un brillante esgrimista, se defiende enfurecido con la espada; y, protegido por dos criados, se salva detrás de las rejas de la sacristía.

Cuando las palabras del cardenal de Riario, quien leía la misa, se interrumpieron por el ruido y fragor de la lucha, el pueblo arrodillado en la iglesia creyó que se derrumbaba la cúpula o que ardía el altar. El pánico protegió a los conspiradores de la intervención de la multitud, en aquel lugar tan sagrado; pero de súbito ésta comprendió que se trataba de un atentado. Colérica se precipita hacia el presbiterio, para dar muerte al cardenal. Los eclesiásticos protegen su huida detrás de las rejas de hierro. La sacristía había salvado a de Riario, así como también a Lorenzo.

Pero no solamente en la iglesia sino también en la ciudad se levanta el pueblo, se levanta a favor de Médicis, y sobre todo le secundan las corporaciones más bajas.

El arzobispo Salvati logró, con un corto número de armados, penetrar en la Signoria. Sin embargo el «gonfaloniere», partidario de los Médicis a toda prueba, no se deja sorprender; llama a la guardia y criados del palacio, y con éstos arroja por las ventanas que dan a la plaza a los que habían logrado entrar. En un momento le fue colocado al arzobispo un lazo alrededor del cuello, y le dejaron colgando hacia fuera del balcón entre cielo y tierra. Muy próximos, desde un balcón del mismo piso, cuelgan también á muchos de su acompañamiento. Todos los conspiradores ya están en manos de la multitud. Cada prisionero es acibillado y muerto. Setenta partidarios de Pazzi son linchados durante los dos primeros días después del atentado.

Francisco Pazzi, atrapado por la multitud, se atreve todavía a gritar: «¡*Popolo e Liberta!*» Miles de manos quieren destrozarlo. Desnudo, sangrando por muchas heridas, es arrastrado por las calles, para ir por fin, a pender al lado de Salvati, desde el balcón de la Signoria. Francisco no profiere una sola queja: mira fríamente a sus torturadores. Su pariente, el anciano Jacobo Pazzi, es muerto por la chusma. Contra él, como jefe de la familia, el furor popular echa más espuma. La multitud arrastra su cadáver por toda Florencia. «Cuando por fin, cuenta un testigo ocular, llegaron a los portones de su casa, aseguraron una soga a la gran aldaba de las puertas, tiraron del muerto hacia arriba y gritaron riéndose a coro: «¡Llama ahora a tu casa, llama ahora!»

Pazzi personifica, en estos días, para los florentinos la idea general de todo lo agobiante. Esta familia y su nombre parece ser para los florentinos el único obstáculo que se opone a la felicidad.

La defensa de los Médicis se convierte, con la aprobación de las autoridades, en una revuelta popular. En este movimiento arden todos los contrastes de la República en el choque de las clases sociales. Lorenzo comprende entonces que puede utilizar para, su la suma de estos contrastes.

Y todo el pasado de esta ciudad: el anhelo de todas las corporaciones de ascender hacia la soberanía, el odio permanente de las facciones, que se extendía desde la plaza pública, lugar de reunión delante de la Signoria, a todos los barrios, a todas las casas; la decadencia de la nobleza patricia dividida en bandos que se destruyen mutuamente, todos estos hechos y reminiscencias de la historia de Florencia se unen en un sentimiento de odio contra los poderosos y rebeldes enemigos de los Médicis.

Pero la matanza verdadera, la sistemática, empieza después que los culpables de la conspiración, después que todos los amigos de Pazzi y Salvati, ya habían expirado. Ahora debían sufrir los inocentes. Durante treinta noches la República es un país donde se mata sin piedad. Cuando la noche envuelve en tinieblas a la ciudad, entonces el miedo y la venganza imperan. En la plaza principal se reúnen los vengadores: la policía nuevamente alistada, junto con los voluntarios. Buscan a los sospechosos. Tiemblan todos los que, amantes de la verdad, se habían atrevido a lanzar alguna vez una mala palabra o a emitir una opinión contra Lorenzo, su padre o su abuelo. Se sabía que todos estos escépticos de tierna pos pretéritos desapruban el complot en la iglesia, se sabe también, que muchos republicanos quieren aprovechar el atentado como una ocasión para allegarse abiertamente a la familia reinante, y por lo tanto la autoridad pública obra como si todo «no-de Médicis» fuera un asesino.

Hábilmente Lorenzo abre las rejas que tenían aprisionado el odio que siempre nace de los contrastes sociales. En Florencia, los partidarios de la revuelta tenían su asilo en las Corporaciones.

El camino desde la Corporación al despacho de la Signoria, donde se podía denunciar anónimamente, era el preferido. En las Corporaciones se ocultaban las fuerzas y energías del odio y furor. Y como dentro de la Corporación la enemistad no podía descargarse, la misma se derramó en la Piazza. De la Corporación surgió la masa de los agitadores, para incendiar las casas de los enemigos, para matar las mujeres y niños de los adversarios. La corporación era la ley, el derecho no sancionado, de los florentinos, el derecho a la guerra civil, y era como el orgullo más grande de los ciudadanos.

En otro tiempo Lorenzo habría querido liquidar esta guerra civil crónica.

Pero ahora no se oponía a ella. Por eso se ganó la adhesión agradecida de la plebe y se deshizo al mismo tiempo de todos sus distinguidos enemigos y de muchos ciudadanos ricos, que vieron en su persona el final de la libertad florentina.

Lorenzo de Médicis ejecutó también este trabajo sin edictos ni proclamas. Su palacio llegó a ser en esos días un campamento armado. Todos los realmente indignados por el asesinato y todos los aduladores se dieron cita en su casa, para, como decían, regalarle a él y a la ciudad sus armas y sus fortunas. Lorenzo, enlutado, llora la muerte de su hermano ante estos solícitos amigos y se queja únicamente del exceso general de la desgracia. No necesita pronunciar los nombres de sus enemigos, ¡sabe que el pueblo mata a placer! Y permanece mudo. Si alguien solicita su ayuda, entonces él se escuda en su falta de influencia, «determinada por la ley popular».

Todo poder verdadero debe tener la posibilidad de lavarse las manos entre los inocentes.

Al final de estas jornadas, Lorenzo se justificó a sí mismo y los desmanes de todos los enardecidos, ante las autoridades de la ciudad, reunidas en una solemne sesión: «¡Qué celo... Qué adhesión y solicitud en vengar a mi hermano!... No solamente tengo que alegrarme por eso, sino atribuirlo a mi honor y a mi gloria... Allí donde generalmente vengadores y asesinos encuentran protección, es decir, en la Iglesia, ahí son entregados los Médicis a los asesinos... Para los Pazzi no hay ninguna disculpa; si la hostilidad los acuciaba, hubieran podido atacarnos tranquilamente... Pero han confundido la enemistad personal con los asuntos de la ciudad.. -Siempre os apreciaré como a mis padres, siempre cumpliré vuestras órdenes... Nunca me negaré, si vosotros me lo ordenáis, a terminar con mi misma vida esta lucha comenzada con la muerte de mi hermano...»

Después de la derrota de Pazzi y hasta la muerte de Lorenzo, o sea hasta el año 1492, Florencia conoció durante unos quince años la tranquilidad interior. La soberanía absoluta, ansiada por los Médicis, llegó a realizarse.

A pesar de eso, nada hería a Lorenzo más profundamente que la acusación hecha a su persona de violar la constitución de la República o aun de querer solamente corregirla. Lorenzo tenía siempre muy presente la lucha de su familia contra la oligarquía y buscaba constantemente el acercamiento a las Corporaciones más humildes. Se proclamaba como amigo del plebeyo, del artesano, hablaba del pueblo y se quejaba de su pesada carga a los zapateros y sastres. Palmotear amistosamente el hombro de un «miserabile», era una de sus astucias políticas.

Lorenzo llegó a conceder a los ciudadanos el placer de las elecciones y una alegría mayor todavía: la de ser elegido. Pero los elegidos en las urnas eran siempre de los suyos. Lorenzo estableció un sistema cerrado de influencia.

Antes de su gobierno las elecciones se realizaban con intervención de una comisión puramente técnica que, conforme a las leyes, a menudo violadas arbitrariamente, tenía que decidir quiénes eran los candidatos. Los nombres de los candidatos se depositaban en la bolsa cerrada un nombre de la Signoria sacaba de la bolsa un nombre, y solamente después el nombre llegaba a las elecciones abiertas.

En el tiempo de Lorenzo la comisión estaba compuesta por amigos suyos, y la bolsa cerrada se convirtió en *abierto*. La mano de Médicis reemplazaba así la del azar.

Mas esta clase de magia no satisfacía a Lorenzo. Le parecía ser una base demasiado estrecha de la legalidad.

Dejó que continuaran actuando las numerosas autoridades y hasta les dio nuevos nombres brillantes; pero a todas las instituciones, so pretexto, siempre popular, de tener que poner más orden en las finanzas, las sometió a una nueva autoridad: *¡el Consejo de los Setenta!*

En el Consejo de los Setenta tenían cabida únicamente amigos de los Médicis: solamente los que durante los diez últimos años habían demostrado ya su adhesión como miembros de una comisión de la ciudad.

Los numerosos florentinos en los municipios y la Signoria, como instancia superior, y todo el personal administrativo fue renovado — hasta los días de Lorenzo — por elecciones que se realizaban cada dos, tres o seis meses. En consecuencia, era imposible que existiese una burocracia teniendo en cuenta esa costumbre.

Médicis ansiaba ahora, en vez de «ad honorem», un personal permanente. Porque solamente la superioridad técnica de la burocracia permite abarcar con una mirada las relaciones entre el número ínfimo de dirigentes y la masa de los dirigidos, y poner a la mayoría a los pies de los señores del gobierno. Sin oficinas, en rigor de verdad, sin sus pupitres laberínticamente colocados, sin la presunción de dependientes, sin el formalismo de superfluidad rigurosamente regulada, el hombre libre, que no está atado, como en la Edad Media, a una comunidad, no puede ser ni amasado, ni pisoteado, ni desanarquizado, ni disciplinado.

Uno de los muchos florentinos de amplia cultura jurídica, entre los cuales en la mayoría de los casos fue reclinado ese personal, era *Bernardo Maquiavelo*,

Ya hacía dos siglos sus antepasados habían servido dignamente a la República en altos cargos, sesenta de ellos como portadores de estandartes y cincuenta como priores. Siempre estuvieron sus antepasados al lado de aquellos «populares», que deseaban los días de rebelión, para penetrar en las esferas de soberanía. Los Maquiavelo eran una generación de políticos, para los cuales el mecanismo del poder tenía pocos secretos. Los recuerdos y la historia de esta República, la cual tan a menudo apareaba la mayor inseguridad con el mayor bienestar, mantenían despierto su interés hacia todos los caminos que conducían a la Signoria. Estas firmes tradiciones de las familias protegían a la ciudad del despotismo de la mayoría de las restantes ciudades italianas. No dejaban llegar al poder a ningún loco, como en Milán, donde un soberano hablaba con sus súbditos solamente a través de rejas; ninguno que, como en Ferrara, lanzara sobre sus ciudadanos perros sanguinarios como distracción; ninguno que, como en Nápoles, erigiera para sus adversarios asesinados un cementerio privado, para pasearse allí tranquilamente. Aunque los florentinos no podían encontrar un fundamento seguro para la libertad, sin embargo la reconocían como hermana de la cultura, y la virtud más deliciosa. En Florencia, gracias a las tradiciones de libertad de las familias, que estaban dispuestas a hacer uso de sus puñales como los toros de sus cuernos, el mal en el poder tenía siempre sus límites.

La lucha de los antepasados por la libertad parecía a los ciudadanos del tiempo de Médicis demasiado cruel y demasiado costosa, por el riesgo permanente de destierro, de la pena de muerte, de la cárcel, por la expropiación de sus bienes, por el estado de alerta continuo de todas las fuerzas humanas.

Con preferencia Lorenzo permitía que precisamente estos descendientes fuesen funcionarios. Con familias como la de los Maquiavelo se acentuaba la tradición general republicana. Los nombres de conocidos populares justificaban y facilitaban el camino hacia la soberanía absoluta. Lograr todos sus fines ocultamente, era el proceder proyectado de la política de Médicis. Podía seguir estos métodos con éxito, porque aquí trabaja por esa política la fuerza de lo que llegará a ser — todos los momentos objetivos, que no resaltan a la vista y que sin embargo producen un efecto regulado —. Finalmente, la administración, con exclusividad de la publicidad independiente de la Piazza en Florencia, siempre creciente, era más económica que la actividad honorífica de los ciudadanos en todas las instituciones. La burocracia llegó, pues, a ser una necesidad.

Lorenzo podía encontrar fácilmente el personal necesario — jurídicamente ya y con fama simpática de «populares» —. Porque precisamente las viejas familias estaban empobrecidas. No atinaban a comprender, cómo era el nuevo método para hacer fortuna, y perdieron la ocasión de lograrla.

Bernardo Maquiavelo tampoco podía vivir ya solamente con lo heredado. Su mujer, como él, hijos de una vieja generación de Populares florentinos, poseen sólo el ensueño y no los medios de la distinción patricia. Tienen cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Su patrimonio se agota formalmente, al no tener entradas. Bernardo es un mal calculador, no entiende nada de negocios, pero, sin embargo, puede abarcar con una ojeada el tiempo que lo separa de la miseria. Pero lo que no puede este hombre, enfrascado en los libros de derecho, es abandonar la ciudad y convertirse en un labriego en sus tierras.

Florencia le deja abierto sólo un camino: el de la burocracia. Se convierte en un empleado malhumorado del fisco. Bernardo es un hombre de escaso espíritu, abatido por las preocupaciones, y que siempre es más precavido que audaz. Como jurisconsulto en materia de impuestos conoce

exactamente esta verdadera «cocina» de oro de los Médicis; pero el miedo le hace permanecer en obstinado mutismo.

Sólo en su casa es locuaz, mas acerca de la política no quiere hablar ni entre sus cuatro paredes, según admonición de la autoridad. Su natural y hábilmente oculta disposición de ánimo belicosa echa venablos contra los sacerdotes ante su mujer e hijos. Lleva hasta la cena en la mesa de su casa el lenguaje anticlerical, y la superstición antisacerdotal de las calles de Florencia. Su esposa se espanta cada vez más; tiembla y sufre por la fe de sus hijos. Ella quiere que su hijo Nicolás sea sacerdote² y por eso trata de salvarlo de la lengua viperina de Bernardo, componiendo para su hijo los cánticos a la Santa Virgen; pero en el niño Nicolás triunfa el padre. Se deleita ya riéndose con la grosería, sazónada con pimienta, de la inquina anticristiana. Los chistes de su afligido padre eran las únicas palabras de encantamiento para este niño en el que no hacían mella los cuentos de hadas.

No lejos de Ponte Vecchio, en la angosta callejuela — que más tarde se llamaría Vía Guicciardini —, se encuentra una casita de tres pisos que Bernardo ha heredado de sus antepasados y donde Nicolás Maquiavelo empieza la historia muy modesta de su existencia. Pasa el día entero en la calle; porque así, apretadamente, transcurre entre las fachadas oscuras de las altas casas la vida salvaje de los niños florentinos. Éstos acompañan como un coro de tiroleses los acontecimientos de la República, y son más crueles, más sanguinarios, más diabólicos que los adultos. Mendigan, amenazando, durante los días de Carnaval, se burlan de los cadáveres, tal como lo hicieron durante la revuelta de Pazzi, y forman implacable policía de moralidad con Savonarola, para luego saquear su monasterio mientras profieren gritos de alegría. Desde niño Nicolás se familiarizó, para toda su vida, con la calle. Ésta pierde para sus ojos toda su mística idealización. Ha aprendido sus conmociones al mismo tiempo que a hablar. Su memoria y su amor por lo concreto comprendían en la calle a través de los ojos, bocas y rostros, la realidad de la gente plebeya. La calle de Florencia penetra profundamente en la conciencia de Nicolás; en su alma vive la topografía de toda la ciudad. Es el primer ciudadano intelectual. Otros hijos de los funcionarios o patricios leen ya griego o lo están aprendiendo en una de las corporaciones superiores, otros se dedican a la música, escultura o pintura. Pero él sólo aprende las maldiciones y críticas desde los muros de las casas y alcantarillas. Nicolás Maquiavelo representa una excepción, por la carencia absoluta de talento práctico, en la artística Florencia. No le interesa ningún cuadro, ninguna estatua, ninguna melodía. El arte produce en él solamente cansancio. Y cuando más tarde se encuentra con Rafael y conoce a Miguel Ángel, aun entonces sus fines no le preocupan más que el viento que sopla en los países lejanos.

Nicolás se permite todavía, como todo hombre joven y fuerte, el lujo de la distracción y sigue la llamada de los caminos fáciles, que no conducen a ningún fin. Quien siente en sí muchas fuerzas, es despreocupado al principio de su existencia consciente. Los gérmenes de todas las aptitudes no le dan tiempo para perseverar en una carrera. Generalmente sólo la gente común sabe lo que quiere ser.

Pero Bernardo comienza a estar diariamente preocupado por sus hijos que van creciendo. El primero, seis años mayor que Nicolás, Toco, es sólo un lastre inútil en el empobrecido barco de la familia. Ya ha proporcionado la prueba de su inutilidad. El hermano más joven es la única esperanza. Pero, sin embargo, a éste le gustan ya las aventuras. Nicolás no se decide por la jurisprudencia, que le abriría el camino seguro hacía la burocracia. El aire saturado con las sentencias latinas y ejemplos romanos produce en él la usual fiebre humanística. La erudición en derecho es entre los funcionarios lo acostumbrado. Ésta conduce al muchacho de oficina a oficina, de escalón a escalón de jerarquía. En cambio, como humanista, se puede perdurar como hombre de ingenio; sin empleo, tal vez, pero también se puede escalar y alcanzar lo extraordinario, lograr la fama en un momento. Una poesía perfecta, una traducción exquisita, un discurso clásicamente elaborado, tienen más valor que la aplicación casuística de los juristas. Cercanos al poder, alrededor de Lorenzo, están los humanistas y no los juristas. Cuando el retrato del Dante se coronó en la iglesia de San Giovanni, cuando su obra y la de Petrarca se glorificaron³, porque escribieron en italiano, el idioma contra el cual, como asegura Lorenzo, hasta ahora solamente se ha pecado, Nicolás Maquiavelo no tenía más que quince años. Pero la nueva corriente que fluye de esta unión — lo correcto del latín, con los sonidos plebeyos de la Piazza —, arrastra al joven. Esta corriente responde a la inclinación innata de Nicolás a lo no heredado y penetrante. Como todo florentino

² Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469.-

³ 160 años después de la muerte del Dante y 93 después de la de Petrarca.-

no completamente ignorante, aprende el latín, después de leer, escribir, y calcular. Lo que interesa en lo antiguo, no es la literatura. Busca lo inmediato: hechos, fechas, acontecimientos de la historia romana. También ésta le parece aún un ejemplo del clasicismo pasado, un dogma válido para todos los tiempos.

Esta mezcla del latín con lo nuevo, con el italiano, se convierte en el fundamento de su aleación espiritual, en el cimiento de todo su ser.

Nicolás aparece ya como un peregrino anónimo a través de Florencia — ningún contemporáneo ni explorador posterior conoce los momentos aislados de la vida de su juventud — y concreta su fuerza de empuje y de oposición. Esta fuerza será la del nuevo humanismo. Por medio de Maquiavelo este humanismo penetra en la política. Si los primeros humanistas, hasta los tiempos de Cosme, eran, ante todo, hombres de ingenio, secretarios también de grandes señores y que a veces llegaron ellos mismos a ser grandes señores, ahora esos humanistas sienten ante todo el interés político. Maquiavelo, Guicciardini, Vettori, Aretino y León X siguen ocupándose de literatura, pero solamente en cuanto tiene relación con la política.

Y, sin embargo, entre esos primeros humanistas, Nicolás es el de cultura menos sólida. Sus contemporáneos no lo cuentan entre los eruditos. «Maquiavelo no es, escribe Varchi el historiador de Florencia de aquel tiempo, un literato, sino más bien carece de ilustración literaria.»

Lo único que hace es acentuar más fielmente las nuevas tendencias. Las eleva primero para sí y después para los demás por encima de todo principio espiritual.

De tiempo en tiempo parece como si la cultura se ahogara agobiada por su propio lastre. Las bibliotecas parecen necesitar ser expurgadas y seleccionadas. Lo que Lorenzo, Pico della Mirandola, Marcelo Ficino comenzaron en este sentido, lo terminó Maquiavelo, tan desconocido e independiente como aquellos. Precisamente la genial autoeducación de su juventud le proporciona los medios para eso. El humanismo necesitaba un hombre de sus defectos individuales, de su carencia de fantasía religiosa, de su no pensar en Dios, de su sofistería, de su firmeza, y de su frialdad. Necesitaba un temperamento que no entendiéndose más que de lo teórico, filológico, de libros, y de lo convencional.

La pasión del espíritu humano, la lucha por la libertad, siempre encadenada a lo antiguo, debía experimentar lo individual, el drama de Maquiavelo. Desde que el poder, el dominar a los hombres, era mirado como algo bueno, como una copa donde burbujea el vino que ha de centuplicar las propias fuerzas, los seres humanos se esfuerzan por conseguirlo. La lucha por el poder conoce todas las formas y trabazones posibles de la fuerza, de la violencia y de la traición. Variada y sin embargo monótona, como los días del pasado, se manifiesta esta ansia, que es tan inseparable a los hijos del pecado heredado, como el peso de sus cuerpos.

Nicolás Maquiavelo no ha desterrado la moral del trato político de los pueblos, clases y capas sociales. Él no ha convertido, con la fuerza gigantesca de un demonio personificado, el mundo idílico en otro belicoso.

Antes, durante y después de Maquiavelo, no solamente el tirano, no solamente el dictador, sino también todo político en general, y el demagogo especialmente, tenía que ser un gran disimulador, un talento en apariencia, un penetrante conocedor de la oportunidad, un virtuoso aprovechador de todas las debilidades, un calculador de todas las fallas de memoria, un fustigador de las vanidades, un hábil juglar con los idealistas, un amante de astucias, y un adorador de la fuerza.

Nicolás Maquiavelo solamente ha expresado en frases estos momentos anímicos aislados, que brillan a través de los siglos. Por eso llamaba por su nombre una realidad eterna, el eterno impulso. Los héroes de su tiempo eran ciegos y sordos para comprender las palabras convencionales, que el poder necesita para su justificación. Vio en su obrar el espíritu de la fuerza y lo ponderó como una naturaleza de los llamados, de los decididos, de los afortunados. Él podía ver estos estados y estos momentos más claramente, porque su tiempo quebró todas las ideas de santidad de la Edad Media. Porque aunque esto, que sus sucesores llaman maquiavelismo, es eterno; sin embargo, hasta el final del siglo xv se consideraba como una infamia en la política, que siempre iba acompañada por la mala conciencia.

En ninguna parte el arrepentimiento, el abismo entre lo bueno y lo malo, entre cielo e infierno, llegó a ser tan consciente y tan claro, como fue superado en la República de los Médicis. Florencia se convirtió en una ciudad de escépticos.

El hombre público se mantenía neutral respecto a todos los ideales e ironiza a todas las ideas heredadas acerca de la moralidad. El mundo moral no le interesaba. Él estaba convencido de que

todas las ideas pueden ser falsas como también ciertas. En esta creencia se sentía superior y libre. Se puede ver cómo los cronistas se quejan del corazón indiferente de muchos florentinos ricos.

Todas las conmociones del entumecido modo de pensar, del profundo entusiasmo, todas las profecías pesimistas no podían sacudir la frialdad de aquellas gentes.

El cielo les parecía vacío y la tierra llena de posibilidades para los pérfidos, los desconsiderados. Una mezcla de valor, venalidad y habilidad determinaba su forma de vida y las relaciones de la gente entre sí. Llegó a estar de moda alabar lo que, en general, se realiza solamente en secreto, y no perjudicaba a su dignidad el vivir sin ideales de honestidad, de familia, de amor, de religión o de valor. Creían poder prescindir o rasgar el velo que siempre oculta algo las cosas y los sentimientos, y no se estremecían al ver desnudo su propio corazón y el de los demás hombres.

La política se purifica para ellos de todo el concepto moral. Un mundo semejante, sin ninguna idea divina, sin ninguna invención, contrario a toda suposición, que no sea visible, un mundo sin ficción, es lo que forma el realismo político de los florentinos.

«Es una verdadera locura — escribe el amigo de Maquiavelo, Guicciardini — especular o discurrir de lo sobrenatural, o de las cosas que no se pueden ver.»

Y Vettori, cuya vida aparece unida a la de Nicolás, cree que es otra locura querer inquietar a la ciudad con ideales. Esa locura, que siempre se oculta en lo demasiado exquisito, es para él un enemigo de lo bueno. El ser más flexible, el querer otra cosa más que el aprovechar inmediatamente las circunstancias favorables y desfavorables, es para Vettori, aspirar a lo «no real».

Los florentinos del tiempo de los Médicis querían emplear su conocimiento y observación política en servir solamente a lo posible y real y no a lo ideal.

Pero la única realidad es para estos hombres el individuo y solamente el individuo, así como Miguel Ángel cree que se debe abandonar la representación pictórica de los árboles, de las llanuras, de los puertos, de las calles y dejarla a los talentos inferiores o menores, porque el verdadero objeto de los pintores es el cuerpo humano solamente, así también la política florentina considera como único objeto de su arte al individuo.

Y esta particularidad espiritual, no atada a ningún sistema político, era la de Nicolás Maquiavelo, mucho antes de que la desgracia personal le obligase a escribir. Libre de todos los dogmatismos, de todas las sombras de autoridades entregadas, gozaba en la experiencia. Muchas veces en su vida se doblegará como subordinado. Según sus propias palabras: «seguirá a algunos que lleven puestas mejores mantas». Pero, sin embargo, nunca abandonará ni perderá la independencia de su pensamiento. La política, como objeto y fin del hombre, nació con este joven, que en Florencia no ha encontrado aún ningún empleo, pero que espera todavía un puesto de funcionario.

Los intereses de la gente ante la cual se inclina, no le impiden decir la verdad. Es como si él explicara un sistema de líneas y figuras y no las nociones de la política; de este modo logra siempre encubrir los hechos con las palabras y la lógica de su decir.

Pero este enamorado de la lógica se cuida mucho de conceder a la razón un papel importante en las relaciones políticas. Su principio político le dice que, tan pronto está contra la gente, la razón es fácilmente derrotada. Para él lo determinante en la política no es la razón sino las pasiones y el temperamento individual. Le gustaría definir estos afectos algebraicamente; determinar de una vez para siempre sus cantidades y sus relaciones recíprocas.

La lucha, que agita al mundo, y la inquietud que colma los días, y todas las amarguras que agotan las ciudades y las aldeas, se anidan y crecen en el pecho del individuo. El mundo es impulsado hacia lo grande y hacia lo general por las mismas pasiones que mueven al hombre aislado hacia lo pequeño, y hacia lo particular. El hombre vive a través de todos los siglos en perpetuo estado de guerra. Su existencia es el ruido permanente de la desarmonía. En las desgracias la gente se aflige sin límites, pero se cansa también de la felicidad. Cuando la felicidad es dada a los hombres, éstos se hinchan de vanidad y orgullo, atribuyen todo a sus virtudes y llegan a ser insoportables para los que les rodean. Cuando la desgracia hace presa en ellos son despreciables y se les puede comprar por un precio ridículo. Tanto en la desgracia como en la felicidad los hombres son empujados por un furor ardiente, por un profundo apego a la vida. Por eso siempre están dispuestos para la lucha. Si no luchan por necesidad, luchan por ambición, la cual nunca los abandona, sea cualquiera la altura a que hayan ascendido. No hay vencedores satisfechos, ni saciados durante mucho tiempo. Su deseo de conquistar es

insaciable y mayor aún que la posibilidad de satisfacerlo. El descontento es lo que determina todo, y lo que siempre produce efecto; una parte de la humanidad quiere poseer más de lo que tiene, mientras que la otra, tiene miedo de perder lo conquistado. Así se llega a la enemistad, a la guerra, a la ruina de un país y a la elevación de otro. Y, sin embargo, estos merodeadores y aprovechadores son muy simples. Obedecen en alto grado a la fuerza del momento. Se parecen a esas pequeñas «aves de rapiña, a las que les domina tanto el deseo de la presa, que no advierten la presencia de sus hermanas mayores, también aves de rapiña, cerca de ellas, para matarlas». La experiencia de sus antepasados o su razonamiento no puede impedir que fracasen; porque son indolentes, viven con la mano a la boca, nunca creen que les puede pasar algo, distinto a lo que hasta ahora les ha pasado, y casi siempre recorren los caminos allanados por otros. Su obrar es sólo imitación.

«La malicia de estos tales — escribe Maquiavelo — ni puede ser vencida por el tiempo, ni atenuada por beneficios.»

«Si la maldad permanece oculta durante algún tiempo, es por alguna causa oculta todavía, que se llega a conocer solamente cuando la malicia llega a revelarse. El tiempo, esta madre de la sabiduría, descubre todas las infamias.»

El conocimiento del mal es tan antiguo como el hombre pensador, y la lucha contra el mismo es tan vieja como la religión. Y es Maquiavelo el que por primera vez expresa y eleva a principio el desistimiento de la lucha contra el mal. Pero no es que haga un bien del mal. No subvierte la moral, no es hipócrita ni en un solo momento de su vida. Lo malo es para Maquiavelo una realidad dada, que hay que aceptar forzosamente y que no se puede cambiar, como la muerte, como el mar y como las cuatro estaciones del año. Pero el mal no sólo existe, sino que es también el maestro de las obras del mundo. No reconocer el mal, es como si nos arrojásemos al abismo de las aguas profundas o corriésemos hacia el fuego. Todo lo que la ansiedad y el deseo nos dicen acerca del bien, corresponde a la predisposición optimista o mentirosa del individuo. Son juegos con seres posibles, con el devenir. El pensamiento constante en lo que Debería-Ser es la huida ante la observación, es la fantasía en el paraíso de la pereza, «porque, escribe, es una diferencia muy grande entre cómo uno vive y cómo debiera vivir, y quien se atiene a lo que debiera suceder, en vez de atenerse a lo que en realidad sucede, trabaja más bien para su pérdida que para su conservación. Un hombre que siempre y en todas partes quiere hacer el bien ante todo, debe necesariamente perecer entre tantas personas que no son buenas»

El hombre que obra mal hace solamente lo que le obliga a hacer la naturaleza, porque los elementos innatos de su cuerpo y de su espíritu lo tienen apresado como con una tenaza. La fuerza — *la necessità* — es madre de todas las cosas. Maquiavelo quiere que el político compute esta fuerza y esta naturaleza, como el marino calcula el viento y el arquitecto el cimiento de los edificios. La naturaleza es, según él, toda una realidad y solamente si se conoce la multiplicidad caótica, de la cual aquélla se compone, se puede obrar práctica e inmediatamente. De su modo de ser y de pensar habla el sentimiento de la vida del florentino sin Dios, que ha inventado los lentes, ha construido calles, ha pintado cuadros con perfección, y que cree ahora poder regir a los hombres de la misma forma, como ha encauzado el río Arno. Para Maquiavelo la sensación de que ningún Dios ha creado la naturaleza es ya tan natural, que ni lo acentúa ni lo discute. Por eso, según él, no hay en el taller de la vida humana ninguna moralidad y ninguna inmoralidad, sino solamente afectos, únicas fuerzas que se pueden determinar. Instintos sanguinarios, sagacidad, exceso o ingratitud, mucho odio, poco amor, algo de gusto hacia la traición, sentimiento de venganza, de pasión por las innovaciones, fiebre de cambios y alteraciones, inclinación hacia las aventuras, codicia de oro, aburrimiento, pasión por la gloria, ambición, envidia, hambre, vanidad, miedo por el presente y por el futuro; todo esto es lo que mueve y determina al hombre. Sin agotamiento y sin descanso éste combina ese juego de las pasiones. Hay que unir las para lograr el inmediato fin político.

Los fuertes, los decididos, los penetrados por el ímpetu de la *virtù* — la virtud del poder — conocen la realidad y se alegran de ella. Saben que «la naturaleza ha colocado — escribe Maquiavelo — las riquezas en medio de las gentes, expuestas más al robo que al trabajo honrado por alcanzarlas, más a las malas artes que a las buenas; y si se observa el obrar de los hombres se ve que todos los que han conseguido grandes riquezas o gran poder, lo han logrado por medio del engaño o la fuerza, y cómo lo que han arrancado para sí, por medio de astucia o superioridad de fuerzas, lo intitulan con el honroso nombre de *ganancia*, para hacer olvidar la forma despreciable como lo adquirieron». Pero no todos están llamados para penetrar en estas

esferas; porque no se trata de una simple lotería de la fuerza, en la cual cada bandido ordinario recibe su billete. Únicamente entra en la palestra el hombre elegido, para quien el atreverse tiene sentido solamente cuando se trata de lo superior, del poder. Este hombre a fuerza de su *grandezza del ánimo* y su *fortezza del corpo* es el creador libre de todo su presente. Este elegido, al mismo tiempo empujado y consumido por los elementos de la *virtù*, debe acercarse al ideal de la inteligencia; sabe que las relaciones se encuentran en un continuo cambio, entiende las nuevas situaciones y se adapta a ellas en seguida, no insiste en seguir el mismo método, que ayer le trajo un éxito parcial, cambia sus cálculos como el viento; a pesar de su virtuosa habilidad por ser flexible, conserva en todas las situaciones de la vida su orgullo primitivo, como si el destino no tuviera ningún poder sobre él; y a pesar de toda su precaución siempre está dispuesto a actuar. Porque en el obrar inmediato puede descubrir la enorme cantidad de las realidades políticas, que nunca puede revelar la pura observación sin experiencia. Este hombre agraciado con la virtud del poder es, ante todo, pérfido. Porque la forma de su *virtù* — todo su talento por el poder — debe vencer al enemistoso y siempre pérfido destino, es decir: la fortuna. Es una lucha natural de las fuerzas. Las perspectivas son iguales, porque los medios son iguales. De un lado el hombre sin Dios, que aspira al fin superior terrestre, y de otro lado la fortuna no gobernada tampoco por ningún Dios.

La lucha contra la fortuna es la lucha del hombre contra su propia restricción, la imposibilidad del aspirante por conocer exactamente el día de mañana y todas las fuerzas que determinan el día de hoy. Las armas del individuo son: la voluntad, la premeditación, la asiduidad. En los campos y dominios, sobre los cuales el hombre nada puede y nada sabe, penetra muy fácilmente el tenaz elemento de la fortuna. Cuantas veces el hombre intenta penetrar en esos dominios, tantas la fortuna trata de intimidar y detener. Pero también puede seducir, por arte de magia, y mostrar lo difícil como fácil. La fortuna derriba al aspirante en la oscuridad, y si quiere ser todavía más pérfida, entonces lanza relámpagos del sereno cielo, o deja llegar al héroe hasta el fondo de su meta y le abre una fosa bajo sus pies, y el hombre cae en la incomprensible nada. La virtud debe construir diques y canales para detener y encauzar la corriente imprevista y arrebatadora. Entonces esa introducción podrá restringir las olas. La fortuna domina solamente el cincuenta por ciento de nuestras acciones. Pero cuando los hombres no están animados por ninguna *virtù*, cuando no unen, ni disciplinan las fuerzas de la naturaleza y de las pasiones, entonces la fortuna aplasta a estos débiles y a los que carecen de voluntad.

La *virtù* del individuo poderoso se adueña en cambio de las caóticas pasiones del individuo común y lo domina.

El poseído por la *virtù* del poder dispone solamente del elemento malo del hombre, como escribe Maquiavelo, «de estos siervos fieles, que siempre serán siervos, de estos hombres honrados, que siempre serán pobres, de estos infieles y atrevidos, que quieren sustraerse a toda obligación de los deshonestos, de los alucinados por el robo y de los andrajosos», los cuales él moldea con la *necessita*, con su espíritu y su violencia. Su *virtù*. puede hacer correr el «pathos» de la conversión histórica a través de todos los canales del egoísmo en los individuos desorientados y dispuestos al desorden. Ennoblecen a estas bestias, a estos rebaños necesarios para la soberanía, con la *virtù*, que en otros tiempos fue ennoblecida por Persia, Cartago y Roma. «Así se dice también, y con razón — escribe Maquiavelo —, que el hambre y la pobreza hacen a los hombres activos, y la ley los hace buenos.»

Maquiavelo, a través de tres conceptos fundamentales de su razonamiento: *virtù*, *fortuna*, *necessita*, descubre al mundo su nueva realidad del poder: ya nunca más almas piadosas, que paguen el diezmo, nunca ya la idea de comunidad cristiana influya en el mundo, ni más cruzadas, sino territorios firmemente conquistados, fortalezas, una organización de empleados trabajando racionalmente, y una dirección que funciona puntualmente; Maquiavelo descubre la poderosa llamada, que desde él no acabará más, de los territorios *per armi -propri*.

. Es el poder lo que ve su fantasía. Felipe II de España, el Papa Julio II, Luis XII y Francisco I de Francia, el emperador Carlos V, todos los hombres de la soberanía venidera tienen algo de esta *virtù* de Maquiavelo.

Así como Florencia fue antes la fiel expresión de los italianos y de los modernos europeos en general, así como en el estrecho espacio de esta República a fines de la Edad Media se reveló el variado espíritu de los siglos venideros, así también fueron los razonamientos de Maquiavelo,

joven que acaba de cumplir treinta años, una aceptación previa de los sentimientos y las energías de los grandes contrastes que darían origen a las unidades políticas del continente.

DIOS Y EL PODER

Las relaciones en el interior de Toscana son insignificantes. Los intereses de los grupos combatientes tienen fines limitados.

Todo el territorio de la República no es mayor que Macklen-burg-Schwerin en el siglo XX. La población de Florencia no supera a los noventa mil habitantes, y la de todo el país, con sus ochocientas plazas rodeadas de murallas y con las doce mil localidades abiertas, es de medio millón de personas. Sin embargo, Florencia se eleva hasta ocupar el centro de los países más importantes. Desde las ventanas de la Signoria se puede contemplar cómo se transforma la ilusión y la realidad de Europa. Un oído atento, como el de Maquiavelo, oye aquí los elementos fundamentales del acontecimiento político. Las calles de Florencia, animadas por todas las realidades y momentos discutibles del Occidente, despiertan por eso en un solo día de su existencia más interés que mil años de la vida de las estepas rusas o mongólicas.

Florencia, que durante un siglo había penetrado lenta pero firmemente en todos los centros importantes del continente, es arrebatada de súbito por los acontecimientos del mundo. Las necesidades ajenas se unen a los asuntos toscanos. El mercado del dinero de Florencia había ayudado a centralizar la monarquía francesa y ahora la fuerza de esta monarquía amenaza y se cierne sobre Florencia y sobre toda Italia.

Cada uno de los cuatro grandes Estados —España, Inglaterra, el imperio de los Habsburgo y Francia— percibe en su unidad la superioridad frente a los otros. Este ímpetu bélico, que se levanta poderosamente desde el interior de todo y se convierte en la llama que ha de inflamar las luchas de muchos siglos, empuja al rey Carlos VIII de Francia hacia Florencia e Italia. Antes de empezar Carlos II la invasión, para preservar los supuestos derechos de la Corona sobre Nápoles, envía emisarios a todas las ciudades importantes de Italia. Florencia, por su riqueza monetaria, por su situación geográfica, por su autoridad, era la llave de todas, ciudad en la cual valía la pena penetrar sin violencia y, si era posible, so capa de amistad. Pedro de Médicis —hijo y heredero de Lorenzo—, el soberano desordenado de Florencia, más amante de los deportes que del Estado, quien durante muchas horas juega a la pelota, quien aun en público mide sus fuerzas con luchadores, señor que abofetea a sus amigos y parientes, que bebe mucho y quien durante días enteros no es visto por nadie porque se encierra con mujeres, prefiriendo esta ocupación a todas las demás, este hombre, pues, *se niega* a favorecer esta campana de Carlos. No había duda de que este hijo del gran Lorenzo era bastante tonto, pero esta vez quería lo justo. Su negativa no estaba inspirada en ningún motivo patriótico, porque en toda Italia nadie sentía tales motivos. Pedro sólo temía las desavenencias con sus vecinos a causa de la campaña de Carlos y, ante todo, amaba su tranquilidad.

El problema de cómo aparecer ante Carlos VIII excita y anima ahora a todas las fracciones y a todas las pasiones de los quinientos florentinos de la más alta alcurnia. Las críticas diarias de la oposición, es -decir, de los nobles «populares», se ocupan en esta ocasión sobre política exterior.

Pero, en resumen, todos están a favor de Francia. «En nuestros corazones — dice un florentino — florece la flor de lis.»

El gran secreto en que siempre había permanecido la política exterior — cómo proceder respecto a la campana de Carlos — trascendió de los palacios a las casas de los humildes. Muchos de éstos no sabían nada en concreto, pero vivían a la expectativa general, sintiendo el aguijón de la aventura, de lo dramático.

Solamente un hombre, el monje dominico *Jerónimo Savonarola*, en el monasterio de San Marcos, abarca de una mirada los acontecimientos.

Durante largas noches en vela, orando, lucha por la salvación de Florencia y del mundo. Pero Dios sólo le ayudará si él, así lo piensa, despreciare todo lo mundano y solamente tuviere como aliado el ideal divino. -Y con esta profunda voluntad de salvación, animado por dulce entusiasmo, por el continuo cantar de los himnos, tiene visiones. Dios se le revela.

El monje Jerónimo Savonarola adquiere la seguridad del profeta. Su conciencia, formada en la celda del monasterio de San Marcos, se convierte en el centro magnético del obrar, en el poder

activo. Es el instrumento de la devoción. «Soy, exclama, como el granizo, que golpea a todos los que están descubiertos».

El monje Savonarola se burla de los mezquinos cálculos con los que los entendidos en política y los maestros de la famosa «Combinazione» florentina piensan detener la invasión esperada. Es el único que en esta ciudad de filósofos, banqueros y críticos más sagaces de la realidad, que empezará tal vez mañana, es el único, digo, que reconoce: «¡Esta campaña de Carlos causará una inmensa desgracia!». Savonarola rompe el silencio, cuchichea por todas -partes y anuncia la campaña de los franceses en prodigiosas profecías con fantasías propias del Antiguo Testamento. Espanta a la gente, la embriaga con el miedo. «¡Oh, Italia! —clama—. Horror sobre horror te invadirá, el horror de la guerra además de la carencia de alimentos, el horror de la peste aparte de la guerra, y continuos rumores, por desgracia, ciertos, se sucederán. Apenas se rumoree que un ejército de bárbaros se acerca, cuando ya aparecerá éste y otros más. Un rumor desde el Occidente, un rumor desde el Oriente, rumor sobre rumor por todos lados... Los sacerdotes perderán su dignidad, los príncipes vestirán trajes de estameña y los pueblos serán aplastados por la desgracia».

Para el predicador de tantos suplicios y desgracias la catástrofe esperada es inevitable. En vano se volverían contra ésta las fuerzas humanas; y exhorta a los florentinos, entumecidos por el dolor ante su pulpito, a que no tomen las armas contra el invasor, sino que se dediquen a aborrecer sus pecados propios y ajenos.

Los miles de muertes que se avecinan es una revolución necesaria de Dios: El Todopoderoso purifica con su justicia los crímenes de la Iglesia. ¡Italia!, toda Florencia dice: «Un profeta está entre nosotros».

Pedro Médicis y todos los demás miserables de la política tos-cana son solamente pequeños obstáculos despreciables. El adversario principal está en Roma, se llama Borgia y se le da el nombre de Alejandro VI. Contra este jefe del mundo, contra este engañador, que reina en la silla de Salomón y que por su dinero abre para todos las puertas del templo, debe levantarse el universo entero. Savonarola eleva a la pequeña república toscana a un terreno de principios morales y la incita a la rebelión mundial. Su pulpito debe ser la montaña de la restauración y reunir a los piadosos, que lloran por la desviación de la Iglesia, mucho más allá de San Marcos; confortar en su indignación a todos los combatientes de Cristo: «en Alemania, en Francia, en España, en todas las ciudades y castillos, en todos los pueblos y villas». Porque todos ellos, dice, me aseguraron en voz baja su buena disposición.

Savonarola se cree el fuego para las conciencias ardientes de los creyentes, y busca la necesaria e inmediata fuerza, para perjudicar al adversario. «¡Oh, quitadles entonces, Oh Señor —reza —, quitadles todo, todo lo que poseen!»

Savonarola juzga que sus visiones: los santos armados, las flechas que llueven del cielo, las negras cruces de Roma, que todo lo oscurecen, y las doradas de Jerusalén, que todo lo iluminan, son solamente un anuncio del terrenal poder de los soldaos. En su imaginación todo se arma contra Roma. «El cielo y la tierra, los ángeles y los buenos, y hasta los malos», todos avanzan juntos, y Carlos de Francia es sólo el primero de este ejército.

La predicación y la celda nunca han conformado a este monje. Conoce exactamente los asuntos mundanos, aunque habla solamente por medio de símbolos. Sus dominicos le traen mensajes de acá y de allá. Le han informado que Carlos VIII es contrario a los Borgia. El infatigable enemigo de Alejandro VI, el cardenal della Rovere —el Papa Julio II, más tarde— acompaña a Carlos de Francia.

Exasperado por interminables esperas, Savonarola exclama: «¡Oh, espada, espada, tú pondrás todo en orden otra vez!»

Al parecer la ciudad ya no pertenece a nadie. Los Médicis han trabajado bien en este sentido durante sesenta años y han cumplido con el objetivo de toda dictadura: no dejar a ningún jefe de la oposición; o eran muertos, o enviados al destierro. La propia seguridad se funda en el aniquilamiento de toda posible sucesión. Por eso la ciudad sólo es de los Médicis, porque no hay nadie para proclamar la caída de-esta familia. Sólo faltan pocos días para que Carlos VIII de Francia llegue a Florencia, al frente de sus tres mil seiscientas lanzas, sus seis mil arqueros bretones, sus seis balles-teros, sus ocho mil tiradores suizos, su numerosa artillería liviana, rodeado por los grandes de Francia, España e Inglaterra, numerosos caballeros pocos caballerosos, y los emigrantes italianos. Al venir desde Lyon a través de Grenoble, ha cruzado los Alpes por Mont Genevre, ha saqueado Rapallo y

ha organizado fiestas en plena campaña en Turín y Asti, en Cásale y Piacenza. Ahora se halla con su ejército en suelo toscano, a unas horas de Florencia, en Pisa.

Florencia resplandece, pero sólo por su impotencia, al encuentro de las tropas del rey. La ciudad se siente prisionera e incapaz de tomar ya ninguna decisión. Una emoción hueca se ha apoderado de la gente y la arroja de sus casas. Maldiciones y gritos recuerdan los días anteriores a los Médicis, días ya casi olvidados. Delante de la casa de los Médicis, conocidos grupos excitados profieren amenazas. Diez mil hombres de los gremios más humildes se deslizan por la ciudad para esperar pacientemente durante varias horas las noticias en la Piazza, delante de la Signoria. Las tropas de Pedro están fuera de las puntas. La guardia no se atreve a salir de sus habitaciones. La multitud, pobres y ricos, peregrina hacia la iglesia de San Marcos.

La voz de Savonarola ha clamado contra los Médicis, como únicos responsables desde hace cinco años. Su palabra puede convertirse ahora en acción.

Entre el gentío de los peregrinos se encuentra también Nicolás Maquiavelo. Pero el monje impresionará a este corazón tan poco como a fe de los florentinos, que arde de repente. Nicolás permanece indiferente, como tierra sin alma durante la noche, y todas las palabras piadosas que escucha ahora zumban molestas en sus oídos. ¿Qué quiere este monje en resumidas cuentas? ¿Por qué se preocupa de las cosas mundanas de Florencia? Maquiavelo tiene la impresión de que la Iglesia quiere robarle su patria. No es que él sea partidario de Pedro Médicis, pues siente sólo desprecio hacia este conglomerado de todas las debilidades. Pero, ¿qué diferente se ha imaginado Maquiavelo al hombre que representase el nuevo poder, al héroe de la soberanía!

Le parece inverosímil que en esta Florencia atea, un cura se eleve por encima de las esferas del poder. Pero este dominico es una realidad; y sus discursos inflamados lo convierten en el hijo triunfante del día.

Savonarola es la única sorpresa en la vida de Maquiavelo. Ninguna derrota, ninguna victoria, ningún asesino como Baglione de Perugia, ningún tirano de ciudad como Hércules de Este jamás le han sorprendido. Sin embargo, al conocer a este monje experimenta tal sorpresa que lo paraliza. Lo ve de cerca y no lo entiende. Maquiavelo es ciego para comprender esta genialidad de la fe, como también es ciego para Miguel Ángel, Leonardo de Vinci y para Rafael. Si Savonarola no fuese sacerdote, Maquiavelo trataría de acercarse a él, no para lisonjearle, ni compartir el poder, sino para ver junto con él; pues toda su vida ha buscado la proximidad del poderoso. Maquiavelo es siempre un amante púdico del poder; pero tiene que sentirlo con sus manos, obrar con él en la oscuridad, si no fuese posible de otra forma. El ocuparse y pensar en el poder llena todo su ser. «El poder es — escribe — el alimento que se me debe y para el cual he nacido».

Pero no puede acercarse a un sacerdote que no es ningún Papa, sino solamente un innovador, y sacerdote que en vez de la gran virtud de la acción, proclama la fe absoluta. Odia la cogulla con toda la fuerza de su imaginación y de sus prejuicios.

Maquiavelo desearía poder experimentar, aunque fuese en un solo monje, así lo escribe, de una sola vez todas las malas experiencias que hará en el transcurso del tiempo con todos los monjes en general.

¿Y qué hará ahora este monje, a quien miles de manos ofrecen el poder? Savonarola contesta y maldice a Cosme Médicis, muerto ya hace mucho. «Si Cosme os ha dicho que no se puede reinar con Padrenuestros, no os olvidéis nunca que es el juicio de un tirano», de este modo os lo dice, «para esclavizar la ciudad y separarla de Dios». Pero estas palabras no son otra cosa que la esencia misma del espíritu de Maquiavelo; por lo tanto Savonarola predica contra el florentino desconocido y hostil.

Mas tal vez detrás de todas estas palabras, al parecer en parte del otro mundo, se oculta solamente una gran astucia para hacerse con el poder de este mundo; tal vez, a pesar de todo, el monje se da cuenta de lo indispensable que es el poder, tal vez el blanco traje del dominico es únicamente la túnica que cubre osados planos de soberanía. «Porque quien lee la Biblia con atención — escribe Maquiavelo — verá que Moisés, para dotar de valor a sus piadosos levas e innovaciones, tuvo que matar a mucha gente».

Pero el monje, que por lo general siempre ha vomitado fuego, precisamente ahora, cuando puede amoldar, amasar y torcer el destino, usa todo su poder para tranquilizar a los florentinos. De súbito se convierte en un ser pacífico, pasa por alto las duras asperezas de las cosas, ve otras felicidades. A los que esperan de él una señal para destruir, predica enérgicamente misericordia. «¡Oh, Señor, Tú

que has muerto por nosotros, perdona, perdona!... ¡Florentinos! ¡Dad limosna, orad y estad unidos!»

No quiere que haya ninguna rebelión en Florencia; confía solamente en Carlos de Francia y no en las miradas sombrías de aquellos que quieren aniquilar todo lo de los Médicis. Todos los cronistas y también todos sus enemigos declaran que Savonarola hubiese podido fácilmente en estos días aniquilar a la vieja soberanía y arrancarla para sí mismo.

Savonarola califica al poder como el látigo de Dios, pero él mismo no puede ni crearlo ni usarlo. Le repugna el germen de] pecado, que se halla en el poder, aun cuando éste se dirija para lo bueno. Su mundo interior y sobrenatural rechaza el poder. Su conciencia no lo soporta.

Nicolás Maquiavelo ve en seguida esta fuerza angelical y esta debilidad política.

«Este monje —piensa Maquiavelo — confía ahora en la masa de los fieles, la cual mañana perderá su fe. Este monje confía en Florencia, en la ciudad de las disposiciones de ánimo, del capricho del día. Este monje no aprovecha la hora para hacerse fuerte y poder obligar a los piadosos a seguir siendo piadosos y a los infieles a tener fe, ¡Savonarola no entiende -nada del poder! No se parece en nada a Moisés, Teseo o Rómulo, que sabían que si se quedaban indefensos no serían obedecidos por su pueblo. ¡El monje es para Maquiavelo un gran desperdiciador de la oportunidad! Savonarola — escribe — no sabe que el tiempo no se hace esperar, que la suerte cambia y que la malicia no puede ser reconciliada por ningún beneficio.»

Savonarola aun disponiendo de grandes medios ilimitados no tiene organización propia, ni propios hombres armados. Quiere conservar lo más excelso, sin coraza que lo proteja. Y como por fin se da cuenta de cuan indispensable es el poder y ve cómo la palabra y la fe se disuelven en la nada, tiene que recurrir a un poder prestado.

Ahora en este punto culminante de la crisis, la vieja Signoria de los Médicis, el viejo «Stato» de los ricos «populares», tiene que librar al pueblo de Pedro Médicis, Solamente ella puede, según su opinión, expulsar a Pedro, pues es el único cuerpo político. La rebelión contra este Medieís debe proceder del único poder existente.

Y todos los nobles «populares» coinciden con la misma opinión de Savonarola. Pedro había empujado a la ciudad y a todos ellos hacia la desgracia. Porque si Médicis no se hubiese opuesto al rey de Francia, sino que más bien se hubiese unido Toscana en favor de Carlos, entonces Florencia sería hoy la aliada de un ejército poderoso en suelo italiano. Cien de los primeros señores de la ciudad son invitados por la Signoria a un consejo. A pesar de sus sentimientos contra los Médicis, algunos titubean todavía cuando deben hablar como rebeldes. La costumbre de sesenta años, sin contar los beneficios recibidos, el miedo a las consecuencias, aunque no fuera el amor a la dinastía, no les permite encontrar la palabra salvadora. Hasta que Pedro Caponi, el mejor diplomático de Lorenzo y Pedro, abre por fin todos los corazones: «Pedro Médicis — exclama — no es capaz ya de conducirnos. Es tiempo que salgamos para siempre de estos gobiernos de niños». De acuerdo con su propuesta, deciden los ciudadanos de Florencia la alianza con Carlos, la cual en esta ocasión sólo significa una palabra: «capitulación». Creen que salvarán lo más posible si el precio de la entrega es Pedro Médicis. Pero éste se les adelantó a la capitulación.

«No tengo — dice, decidiéndose prontamente — ni bastante dinero ni poder ni autoridad para poder resistir». Y el que unas semanas antes era todavía un enemigo jactancioso de Carlos, ahora es el primero en correr a caballo a su encuentro. Pedro Médicis dona a Carlos todas las fortalezas de Toscana, le regala todos los pasos y entradas que su padre construyó como inexpugnables, le hace entrega del puerto de Liorna, le dona Pisa, le transfiere todos los futuros impuestos de Florencia. Su conversación con su vencedor no es más que una interminable donación, y cuando calla se postra de rodillas ante el monarca forastero. A lo único que aspira Pedro con todo esto es ¡legar a ser la mano derecha de los franceses contra Toscana.

Finalmente obtiene la alianza contra Florencia, que la Signoria está firmemente decidida a obtener contra su señor Pedro de Médicis.

Porque Carlos VIII se inclina en favor de Médicis.

Animado por esa ayuda, Pedro se dirige desde el campamento francés a Florencia, para restablecer su autoridad. Pero hoy ya no es el ser frívolo de antaño. La lucha por el poder es seria. Pedro Médicis entra en Florencia en la tarde del 8 de noviembre de 1494. En seguida se da cuenta de que la gente, los objetos, la ocasión, todo le es hostil. El poder se le escapa de las manos, como sólo

en un sueño se niega a servir el arma que uno quiere usar. «Y he aquí — escribe un testigo ocular — al Médicis horriblemente abandonado. Un amigo le huye, el otro le esquiva». Nada ni nadie le puede ya ayudar: ni el dinero, ni la fuerza, ni las promesas. Su hermano Julián, más tarde el Papa León X, trata de ganar a la gente de los suburbios, e intenta repartir dinero. ¡Pero de los Médicis ni el dinero se acepta ya! El «condottiere» de la ciudad, el propio cuñado de Pedro, contesta a la orden de marchar contra la Signoria con la razón de que él ha jurado lealtad a la República y no a la casa de los Médicis. Así es cómo de súbito, desde la tarde del 9 de noviembre, vuelven a tener valor los juramentos que se hicieron a la República hacía sesenta años y que durante ese tiempo carecieron en absoluto de significación. De pronto se oye un solo clamor: ¡Pueblo y libertad! De súbito Médicis encuentra en toda la ciudad solamente a un hombre, un hombre completamente desconocido, quien llama: ¡Palle!⁴. Inmediatamente repican las campanas de la Signoria en favor de la República y se conmueven todos hasta la médula de los huesos. Desde ese momento ya no es necesario utilizar la fuerza contra los Médicis. A ningún hombre es causado ni el más pequeño rasguño. El «Stato» no teme ya a los humildes ni a los plebeyos y deja desfilar las banderitas de la Signoria con las antorchas encendidas por la ciudad durante aquella noche. Estas gentes gritan: ¡Pueblo y libertad! e impiden la venganza de los saqueadores. De pronto aparece la soberanía de los Médicis como una tiranía imposible e insostenible, no sólo para sus enemigos, no sólo a los grandes, siempre intrigantes, sino a todos, a los nobles y al pueblo, a los nuevos ricos y a las antiguas familias, a los nuevos pobres y a los pobres de siempre, y también a todos los que han gozado de este poder, a todos a los que antes éste había llegado a ser común y natural. Los propios parientes de Pedro se avergüenzan del nombre Médicis y quieren llamarse desde hoy en adelante «populares». Los más íntimos, los amigos fieles de Lorenzo y de Pedro, acuden como en procesión a la plaza delante de la Signoria para vitorear a la República. La Signoria debe poner un dique de lanzas contra estos nuevos amigos de su institución.

Una soberanía de sesenta años, que donó a la humanidad el brillo de siglos, *se terminó en Florencia en cuatro horas*. A las ocho de la noche Pedro intentó por última vez penetrar en la Signoria. Sus viejos amigos, los «signori», le negaron la entrada. A medianoche, Pedro, disfrazado, a caballo, abandona furtivamente la ciudad y se dirige a Bolonia.

"Nunca", dice a Pedro Médicis, emigrante, el soberano de Bolonia, Bentivoglio, "yo hubiera abandonado la soberanía huyendo. Sino que con el arma en la mano me hubiese dejado antes hacer pedazos". Bentivoglio se siente todavía seguro en medio de su prosperidad y además tiene confianza en su firmeza y en su astucia. No puede imaginarse ningún terremoto ni desprendimiento de tierra, que moldee el nuevo estado de almas, y contra el cual el hombre aislado es impotente, ya sea éste un potentado en la cumbre de su poder, ya un investigador de la verdad en la soledad de su mesa de trabajo. Mas Bentivoglio debía experimentar esto también pronto. Sólo unos años después de esta orgullosa afirmación tendría que huir también sin lucha de Bolonia, como lo hiciera su huésped de Florencia. El cataclismo y desprendimiento de tierra, que había aniquilado el poderío de Pedro, alteró profundamente los sentimientos de los florentinos.

Los florentinos están prestos a traspasar todos los límites por su ciudad, libertada ya de los Médicis, y están prontos a emprender la lucha contra Carlos de Francia.

El rey y sus soldados, recibidos con júbilo por los florentinos, después de la expulsión de Pedro, como libertadores del tirano, exigían ahora el restablecimiento de los Médicis.

La Signoria sorprendida, no vacila. Llama a los principales ciudadanos de la ciudad y prepara la resistencia en sus más mínimos detalles. Quiere organizar una lucha de barricadas sin precedencia, una lucha en centenares de callejones angostos contra el ejército difícilmente flexible de los franceses.

A la Signoria le resulta fácil llevar a cabo esta resolución, debido a la exasperación de los florentinos. Oprimidos por el alojamiento de los soldados, se juzga esto como un robo, como una inundación. Cada uno cobija al enemigo en su casa, cada uno se siente amenazado, cada uno quiere defenderse. Los rumores sobre los saqueos conmueven a la ciudad. Cuando se oye venir a los soldados extranjeros se cierran las puertas, se esconden las mercaderías, se cierran las casas. Por la noche los soldados matan a golpes a los ciudadanos, y los ciudadanos asesinan a los retrasados y extraviados soldados. En las oscuras callejuelas del barrio "Borgo ognisanti" ya arde la lucha callejera. Espantados por el ruido, los suizos creen que el rey se encuentra en peligro. Se arman y están por

⁴ ¡Pallej: balas eran el dibujo en el escudo de los Médicis.

empezar el asalto de la Signoria, vigilada. En último momento las tropas del rey sueñan para que los suizos se retiren a sus cuarteles.

Sorprendido por la firme voluntad de los florentinos, que unas pocas semanas antes lo festejaban como un libertador, e intimidado por los peligros amenazadores de esta ciudad, Carlos está dispuesto a ceder. Al rey se le puede hacer cambiar de parecer tanto más fácilmente cuanto que el mismo no sabe lo que quiere. Su irresolución fluctúa entre los románticos colores de Occidente y Oriente. Se juzga a sí mismo como un Lancelote, como un Tristán, como un Carlomagno. Se cree el rey de la cristiandad, capaz de convertir a todo el mundo. Ya quiere restituir a Pedro Médicis, por razones caballerizas de legitimidad, ya desea dar principio a una amistad eterna con la Signoria. Ya ve su tarea en la reforma de la Iglesia, en la depuración del Papado, ya quiere firmar una alianza con Alejandro VI. La razón más profunda de su vacilación no radica solamente en que su alma se halle abierta a una gloria fácil y a todas las distracciones, sino ante todo en el contraste fundamental dentro de su política general. Quiere emancipar a la Iglesia francesa del Papa y, sin embargo, aspira a renovar las tendencias universales de Roma con su propia coronación como emperador del mundo. En las banderas del rey resplandecen al lado del escudo francés las palabras: «Voluntad de Dios» y «Embajador de Dios». Su manifiesto, fechado en Florencia, impreso en alemán, francés y latín, jura unir solamente a la cristiandad y libertarla del peligro amenazador de los turcos, pero no querer conquistar territorio alguno.

El rey de Francia encuentra en Florencia al profeta de la Iglesia enferma y de la humanidad herida. Savonarola lo ha anunciado y alabado. El monje insta ahora al monarca que siga su campaña contra Roma, le muestra cómo la reforma de la Iglesia llenaría con el nombre de Carlos la tierra, el mar y hasta el cielo mismo. Le hace ver al rey la imperiosa necesidad inmediata de un concilio contra Borgia. Y promete monstruosas pruebas contra el Papa. Nunca se sintió Savonarola tan cerca de su meta: ¡mostrar a todo el mundo en el concilio cómo se imagina a Roma!

Savonarola vivía en muchos corazones, aun antes de que los hombres lo vieran; y después de haberlo escuchado una vez ya no lo olvidaban más. Vivían en la República, en toda Italia, en toda Europa diez mil segundos Savonarolas, y en Florencia hablaba, lloraba y maldecía por todos ellos Jerónimo.

Ideales de dignidad, de fe, de pureza, ideales que sólo pueden tener su fuente en la Iglesia, hablan de Savonarola a Carlos.

La situación moral del mundo, la oposición hirviente en todos los países, diez años antes de las tesis de Lutero, en Wittenberg, el ejército dispuesto al asalto de Roma, este joven rey de veinticuatro años de edad, ¿no confieren todos estos hechos una importancia sin precedentes a esas jornadas y conferencias de los florentinos? El monje iba a penetrar, por la fuerza de los acontecimientos venideros.

Otros príncipes europeos, que debían como soberanos realizar la reforma, no eran más piadosos que Carlos. Pero eran más parciales y por eso políticamente más seguros. Ante todo tenían detrás de sí los factores más importantes de sus propios países. Toda Francia, en cambio, se ríe o está indignada por esta guerra y considera la campaña italiana como una repetición infantil de las cruzadas del siglo xii. Toda Francia se burla de los caballeros del rey, quienes no piensan más que en una carrera de gloria, de aventuras y de robos. Y todo el mundo fija como el primer año de la sífilis el de esta campaña. Los franceses le llaman enfermedad italiana; los italianos, enfermedad francesa.

Savonarola no hubiese podido encontrar ningún brazo humano peor y más inseguro que el de Carlos. El rey está siempre dispuesto a empezar treinta cruzadas y terminar cada una de ellas en la primera ciudad conquistada que le ofrezca mujeres, orgías y botín. Y la reforma se conviene en sus manos en una extorsión contra Alejandro Borgia, para que este Borgia le facilite la conquista de Nápoles.

Allanan al rey la paz con Florencia y su retirada de Toscana, argumentos completamente diferentes a los de Savonarola. Carlos se encuentra en Florencia sin dinero. Ya dos veces estuvo por interrumpir la campaña por ese motivo. Las ciudades francesas rehúsan ayudar a la guerra ni con una sola moneda de oro. Pedro Médicis, protegido del monarca, se ha convenido, con su expulsión, en un pobre hombre. Va mendigando por toda Italia armas y dinero. La Signoria, por el contrario, puede, gracias a la asociación de los «populares» ricos, pagar al contado. Pacta con el monarca la paz y la retirada a costa de 110.000 florines, que son entregados a Carlos, quien no sólo abandona

Florenia, sino que otorga a los florentinos el derecho de ejercer el comercio en su reino con el mismo privilegio que los franceses.

Este tratado de comercio es el único punto de la paz que se cumple por ambas partes. Este derecho de comercio permanece como fundamental material de la República. Florenia logra, en el caos que se inicia, una zona asegurada para el comercio, y mantiene, a pesar de las derrotas venideras de los franceses, una honrosa lealtad hacia Francia. Porque esta lealtad redundaba al mismo tiempo en beneficio de su propia economía. Carlos VIII de Francia ha merecido el título, otorgado por la Signoria, de «Restaurador y protector de la libertad florentina».

Pero todo el pueblo florentino —la masa de los nos iniciados— cree que la retirada de Carlos se debe al profeta. Solamente Savonarola, dicen, con su devoción ha salvado a Carlos del camino tenebroso. Savonarola vive en la misma creencia. Todo, le parece ahora, se aúna para coadyuvar a la reforma del mundo. Y bendice las tropas que marchan sobre Roma como el ejército de los piadosos.

La revolución en Florenia misma arde con furor y toma mayor cuerpo diariamente, después de la retirada de Carlos.

Ahora, cuando la necesidad es opresiva, cuando la deuda pública, garantizada con el tres por ciento, produce sólo un medio por ciento, cuando la Signoria se ve compelida a pagar con obligaciones que representen sólo una tercera parte de su valor nominal, cuando la renta —el papel preferido de los pequeños ahorradores y herederos, el orgullo de la República en tiempo de Cosme— ha descendido al más bajo nivel, la oposición reanima las uniones religiosas, ya lastimadas por el nuevo tormento material.

Esta hirviente moralidad, anti-Médicis y anti-oligárquica, busca una voluntad. Su profeta se la da. «¡Oh Florenia —exclama Savonarola—, no eres más que un pedazo de carne con ojos. Los días de tus canciones y tus bailes ya no volverán nunca. Lava tus calles, lava tus plazas con ríos de lágrimas. Maldito sean los libros inútiles, maldita sea la belleza vanidosa. Maldita sea la ciencia falsa, maldito sean los pecadores en el fruto de sus cuerpos y de sus campos, en el trabajo de sus casas y ciudades, maldita sea la alegría, malditos sean todos los que viven con alegría y de alegría.»

Muchos, que no saben ni griego ni latín, que trabajan penosamente o que también penosamente no hacen nada, los que van a dormir con regularidad y se levantan temprano —el pueblo—, pueden más fácilmente soportar una guerra de treinta años que un nihilismo moral de treinta años. Y estos mismos creen ahora que deben vengar la inmoralidad de los Médicis.

La antigüedad, que desde hacía más de un siglo plasmaba de nuevo los sentimientos y las esferas de la vida, y entre sus problemas llevaba también los del escepticismo, representó el movimiento de los espíritus aristocráticos, dentro y fuera de la Iglesia. Donde el Renacimiento en su periferia tocó al pueblo, allí éste lo imitó, pero con bastante vacuidad. Nadie puede imaginarse una reunión del pueblo del Renacimiento, a la usanza de una reunión de los jóvenes de Savonarola. El Renacimiento fue un acontecimiento individual, no colectivo. Formaba una montaña espiritual, abierta para todos, pero inaccesible para el hombre común, y ante todo para las masas. Tampoco el Renacimiento proclamó los derechos iguales de los hombres, sino los desiguales. Anuncia que cada uno tiene el derecho a ser más que su prójimo. No sólo el Papa, no sólo el rey, no sólo él rico, no solamente el hombre de raza. Como todo movimiento espiritual exige un propio esfuerzo. El Renacimiento no conoce ningún estado de felicidad que proporcione la varita mágica del pensar. El espíritu es en general el enemigo del raciocinar. Si lo necesita, es sólo por curiosidad paja conocer de pasada esta limitación, y también esta situación de la vida. Tal vez sólo la genialidad superior concede derecho espiritual para pensar, cuando un hombre es consumido interiormente como Savonarola. Éste permanece como el único hombre razonador en una época superior del espíritu, cuyos representantes se hallaban i carentes de pensamientos. Para estas gentes de hambre de vida y de ciencia el razonamiento aparecía como una cárcel, como un encadenamiento vital a un punto de vista, un estado, suficientemente bueno para los reformadores y contra los reformadores.

También por eso el Renacimiento ha abierto un abismo aun más profundo entre los instruidos y los ignorantes. El conocimiento de la vida de la antigüedad y el de la vida de los tiempos de los Médicis, ofendía a los hombres y ya por eso a la religión. El dolor individual de la fuerza consideraba toda ley, toda costumbre religiosa, sólo como una división de la muchedumbre, como habladuría de los débiles y poco varoniles. Pero la masa permanecía devota. Para ésta valían todavía los viejos conceptos protectores de la costumbre. Aunque el pueblo y los humildes en su vida cotidiana no eran más morales que los encumbrados, por lo menos estaban apegados los días

de semana a las viejas costumbres cristianas y los domingos a los viejos ideales cristianos; ¡tal vez porque les faltaban los medios para moverse fuera del bien reconocido y del mal reconocido! Si entre los pobres dominaba el vicio, era sólo en secreto, escondido, y no era alabado ni poetizado. Y todos estos devotos, para los cuales la expulsión de Médicis significaba sólo el *principio* de la justicia, todos los que, seducidos y animados por la palabra libertad, no querían más que «Stato» sin Médicis, y la antigua oligarquía, sin el caduco jefe, ofrecen al monje la disposición y oportunidad para la revolución política.

Su prédica, que es modo de pensar de muchos, llega a ser completamente política para la constitución democrática. Lo mismo que una vez Lorenzo, el soberano de la ciudad, violó la constitución, así lo hace ahora Savonarola; y lo mismo que una vez Cosme dominó la ciudad desde su oficina, así la domina ahora el monje desde su celda del monasterio. A él llegan los irritados y rigurosos «populares», que mañana hablarán en la Signoria y en la Piazza contra el poder de los tiranos. Savonarola llega a ser el jefe del partido radical.

«Los malos príncipes de Italia —predica el monje— nos son mandados como castigo... Sus palacios y granjas son refugios para los criminales... Sus casas son las casas de todas las monstruosidades del mundo para sus ilimitadas ansias. Allí viven los atrevidos que chupan la sangre del pueblo. Allí adulan los filósofos las eminencias y los poetas los árboles genealógicos de sus señores... Pero lo peor es que en esta Babilonia, en esta ciudad de locos y ateos, se considera a los sacerdotes como aliados del mal...»

Después de la retirada de Carlos, Savonarola, en la cumbre de su poder, concita contra Florencia toda la enemistad de Italia, toda la animadversión del Papa, toda la animosidad de las libres fuerzas europeas,

Toscana se convierte en el escenario de la guerra. Se acabaron ya los días pacíficos, las firmes y seguras relaciones de luengos años. Las ciudades sometidas a los florentinos, ante todo Pisa, se rebela contra la Signoria; pueden buscar para sí aliados entre los «condottieri» del Emperador, de Venecia, de Milán o del Papa. Florencia parece proscripita en su propio territorio toscano. Noble y ofendida, demuestra misericordia y osadía al mismo tiempo. Contrariamente a sus propias rigurosas leyes, Florencia abre las puertas de su ciudad a los campesinos expulsados de los pueblos toscanos; Savonarola insiste también en que los fugitivos sean alojados en casa de los ricos. Florencia, sin dinero, hace la guerra contra la pobreza, contra el enemigo del exterior y contra los infieles. Florencia tiene solamente una faz, en la cual arde toda la desesperación. Florencia agoniza, Florencia está apestada, de Florencia huye todo el mundo, todos los comerciantes, todos los banqueros; Florencia no vende ya ni un paño ni un brocado. En sus casas mueren los niños, porque no tienen pan; en sus plazas están tendidos los enfermos; en sus calles la gente cae extenuada; miles de mujeres de Florencia claman delante de la Signoria; el único alimento de Florencia, la única esperanza, la única munición, es la fe.

«Nuestros monjes —escribe Savonarola a su hermano— y los hombres y mujeres del pueblo, cuando mueren y encomiendan sus almas al Salvador, parecen dormir y no morir; así que los sobrevivientes no solamente no temen la muerte, sino que más bien la ansían.»

Pedro Médicis, en el destierro, piensa ahora que sólo tiene que presentarse a las puertas de esta ciudad, que lo ha expulsado hace ya tres años, y convertirse de nuevo en un soberano. Sus ocultos amigos anuncian que Pedro quiere darles pan, que el monje y la revolución habían agotado las fecundas llanuras de Toscana, que Pedro es portador nuevamente de los tiempos de Lorenzo, que tendrán buena, aunque terrestre, comida. Pero la ciudad hambrienta olvida el hambre cuando oye hablar de Médicis. Pedro y todos sus aliados son rechazados por los florentinos. «Y aunque todo el mundo hubiese intervenido a favor de los Médicis —escribe un cronista— no nos hubiesen doblegado.» Después de la victoria, la ciudad olvida la oración, para respirar y alegrarse libremente.

Savonarola advierte a los florentinos: «No os dejéis poseer tan fácilmente por la alegría o por el dolor. ¡No omitáis ninguna medida práctica! ¡Sed prudentes para poder ser guerreros con todo el rigor y fuerza!»

En el punto culminante de una crisis de tres años, el monje es penetrante como la crisis misma. Solamente ahora, piensa Savonarola, empieza la lucha contra el peligro del mundo y por la *reforma del mundo*. Tiembla, porque los florentinos no le pueden ya seguir, después de la victoria sobre sus inmediatos adversarios, y ora en la catedral ante la multitud: «¡Oh, Señor, abre el corazón de este pueblo, para que entienda las cosas, que en mí viven, y las cuales Tú me has revelado y ordenado!»

Pero el Señor no lo oye, porque el monje piensa que Dios influye demasiado estrechamente en la política.

Savonarola es para los florentinos sólo una promesa que se formula para evitar un suplicio mayor, un juramento fruto de la reacción piadosa, pero del que se olvida una vez superada la dificultad.

El gran amor de los florentinos hacia su profeta ocultaba desde su origen una mala inteligencia fundamental, la cual de súbito se aclara para todos los que saben ver. Las fuerzas hostiles, los días comunes del infortunio, los inmediatos fines políticos, pudieron por algún tiempo velar esta mala inteligencia.

Los florentinos entendían por devoción, fe, cristianismo, no como Savonarola, la lucha contra todo el mundo, no la era dorada de la triunfante pureza apostólica, sino la lucha por la libertad y la República. Savonarola era para ellos el dolor moral, el aire fresco y renovador para actuar contra los Médicis. Representaba para ellos la bendición del cielo, la garantía divina para sus ansias ciudadano-democráticas. Mas para el monje, la República y la constitución, la libertad y la democracia, eran únicamente el medio para el fin de la reforma mundial.

Solamente la fe en la reforma del mundo ordena a Savonarola el trabajo político. Florencia debe llegar a ser una República ejemplar. Debe convertir a los pueblos con el ejemplo de su orden y de su libertad, sus finanzas regularizadas y sus leyes codificadas, su amor hacia Dios. Florencia tiene que demostrar al mundo que la Biblia, el libro en el cual se encuentra todo, debe ser también la norma de la constitución. Los florentinos van un trecho del camino con Savonarola, porque enlaza sus fines distantes con las inmediatas necesidades prácticas.

Savonarola ha cumplido su deber contra el peligro y ha sido la fuente de la energía, pero ahora él mismo se convierte en un peligro.

El Papa Alejandro, por las cartas interceptadas, se convenció de la importancia mundial del monje. Vio que San Marcos ocultaba una poderosa conspiración contra él, la cual se atizaba siempre de nuevo. Y para separar a Florencia de Savonarola, *se separó* él mismo de todos los enemigos de la República, y dejó ante todo que Pedro Médicis se hundiera.

Ahora, como Pedro Médicis no existía ya más, no se necesitaba a su enemigo Savonarola.

Alejandro VI, que consideró a Savonarola como un loco de una importancia regular y al que en general respetaba en principio, y que le permitió hablar y predicar, se volvió contra el dominico; pues este monje llegó a ser el aliado de los poderíos europeos contra el estado de la Iglesia.

El Santo Padre lanzó la excomunión contra el dominico.

Savonarola lanzó, a su vez, contra la maldición del Papa innumerables maldiciones y monstruosos sermones.

Los partidarios del dominico están confundidos por esta lucha. Sus conciencias se sienten cargadas de culpas. Si escuchan las prédicas del monje excomulgado incurrirán en el mismo pecado mortal que el predicador. Los cimientos de sus costumbres amenazan derrumbarse. Las campanas de las iglesias de Florencia tañen contra el monje. En los altares se apagan las velas en señal del duelo del Papa por el excomulgado. La misión divina del Papa se encuentra por encima de sus errores. Como todo hombre, Borgia puede equivocarse, y seguramente también como todo hombre, Borgia está cayendo en pecados. Pero ¿no es infalible como sacerdote supremo? ¿No ha dicho la venerada Catalina en Florencia — la Santa de Siena — que se debe obedecer al Papa, aunque éste fuere el mismo diablo personificado? Muchos de los fieles siguen amando al monje, pero huyen de sus prédicas. De esta manera piensan haber encontrado el justo camino entre la conciencia y la necesaria obediencia cristiana.

Savonarola no puede entrar ya en la catedral y predica en la iglesia de San Marcos. Clama contra Borgia y excita a la rebelión contra los infieles, antidemócratas de la ciudad.

Este monje, que al principio de la República era partidario de 3a amnistía para todos los enemigos inferiores, a los que ha salvado más de una vez, de pronto quisiera aniquilar a todos sus adversarios. «¡Oh, Florencia — amenaza —, ¿quieres ser más benigna que Dios? Convéncete de que ahora tu benignidad es una locura, tu clemencia es una crueldad... Al que quiera instituir un tirano o un gobierno de pocos, ¡a ése hay que cortarle la cabeza!... Cortadle la cabeza, aunque sea el jefe de la familia más noble, cortadle la cabeza... ¡Tomad la espada con vuestras manos! ¡Convertios en el terror de los espíritus malos! ¡Justicia, Señor! ¡Justicia, autoridades! ¡Justicia, mujeres y hombres! ¡Pues todos piden justicia! ¿Es para vosotros el Papa más que Dios?»

Las palabras de exterminio caen en el vacío. En estos días decisivos el monje no tiene otro poder que el fuego de su fe, y éste no puede ya incendiar la ciudad. Le falta la fuerza para llevar a

cabo sus propósitos. Puede conjurar, pero no ordenar; implorar, pero no obligar. Las palabras de terror, sin medios de coacción, son inútiles. Lo que Savonarola dejó de hacer cuando podía haberlo logrado, cuatro años antes, el 8 de noviembre de 1494: expulsar a los enemigos, intimidarlos, ahora intenta conseguirlo con la presión de una multitud anónima, lo único que le queda. Como no puede alistar soldados, organiza una procesión de fe. Esto, cree, le dará nuevas posibilidades. La devoción actuará contra el pecado y miles de niños en toda Florencia buscarán lo pecaminoso para destruirlo.

Divididos en pequeños grupos, conducidos por adultos, los niños atraviesan toda la ciudad y llaman a todas las puertas, pero en realidad sólo a las casas de los buenos ciudadanos, los que, aunque no desean la vuelta de los Médicis, también odian a Savonarola. Exigen todo lo «maldito», todo lo que, en tiempo de Lorenzo, había servido para las fiestas de Carnaval, la vida frívola, los placeres, y para las diversiones. Reúnen espejos, coloretos, dados, naipes, tablas de ajedrez, frascos de perfumes, bustos de mármol de mujeres sonrientes, retratos de señoras renombradas por su belleza, el *Decamerón* de Boccaccio, los libros de canciones mundanas, todo lo que sirve al pecado en general, y lo embellece, y lo hace más agradable y divertido. En centenares de bolsas arrastran estas vanidades hasta la plaza situada frente a la Signoria. Los devotos de la ciudad, llamados por sus adversarios «llorones», están ahí, apretados estrechamente, para ver cómo serán quemadas las vanidades de los hombres en cuyos corazones no tienen lugar los convites de Dios. Los monjes dan la señal. Se oyen las trompetas y el «Hosanna». Las campanas suenan. Humo y llamas oscurecen e iluminan las calles, y poderosos gritos de júbilo se levantan hacia el cielo.

Es la alegría de la fe, celebrada en la misma estación del año y en la misma plaza que las fiestas de Carnaval de Lorenzo. Savonarola quema las vanidades de sus enemigos porque no tiene poder para quemar a ellos mismos.

A Maquiavelo esta nueva corriente de fe, este renacimiento de la devoción, fuera de la Iglesia, debe parecer como una invasión de los bárbaros. No ve el poder que late en esta irrupción. Odiosa era para él su ciudad, frías y sin esperanza estaban las calles; porque todas conducían hacia la catedral, en la cual el profeta alababa, ante la multitud extasiada, la dicha de la muerte: «Vivimos en este mundo, mis hermanos, sólo para conocer que podemos morir».

Esta reforma del mundo, de que habla el monje, parece a Maquiavelo la restauración de un hecho, sobre el cual en general no se debería hablar en voz alta: ¡el cristianismo! Esta religión es para Maquiavelo una triste herencia. Se la admite como todas las realidades de este mundo. Pero Maquiavelo no quiere luchar contra el cristianismo, porque no tiene fe, porque al fin y al cabo la religión no le importa nada. Se debe visitar la iglesia con regularidad, confesarse, pero hay que hablar lo menos posible de la religión lo mismo que de la muerte. Hablar de religión, afirma Maquiavelo, trae desgracia. En el fondo el cristianismo es para él la más fundamental catástrofe del continente, porque ha debilitado al mundo. «Nuestra religión — escribe — ha beatificado más a la gente sumisa... que a la activa... Ha declarado el bien superior... el desprecio de lo mundano... Exige fuerza para sufrir y no para actuar enérgicamente. Este modo de vivir parece... haber debilitado al mundo... y haberlo entregado a los espíritus malos».

En lugar de esta vaga reforma mundial del cristianismo, que predice el dominico y por medio de la cual quiere sacrificar a Florencia, Maquiavelo desea una religión disminuida, de fines inmediatos y prácticos. La religión debe obrar como ayudante de la soberanía, y ser indispensable como la guardia civil para las almas humildes. La mejor religión reside, para él, allí donde manda el poder más fuerte: en la Roma antigua. Allí la religión, como el comandante del ejército, tiene una sola misión: ganar la batalla. «En el culto romano — escribe —, sí las gallinas comían, entonces se abría la batalla con un buen presagio; si no comían, se renunciaba a la guerra. Sin embargo, si la prudencia ordenaba ejecutar algo, entonces esto se ejecutaba también con desfavorables auspicios. Sólo que se encubría y se explicaba el hecho tan hábilmente que no parecía que se entablaba el combate menospreciando a la religión.» Maquiavelo se alegra cuando Savonarola desprecia los libros de los clérigos en tal forma «que los perros no comían va de ellos». Porque también, según la opinión de Maquiavelo, debería el clero vivir más modestamente, por lo menos en público. Pero no para reformar la Iglesia, sino porque el poder mundano necesita la ayuda de la Iglesia para mantener en la población un mínimo de honradez. Maquiavelo desea hacer, por medio de la Iglesia, más fácil la vida del funcionario. El funcionario no puede fiscalizar cada juramento emitido, cada declaración de impuestos. El sacerdote debe preocuparse por la honradez de la gente humilde. «Usted

debe mezclar en el asunto un poco de religión, para hacer que la gente sea obediente», escribe más tarde como funcionario a un subalterno, que tenía que cumplir una misión desagradable.

Los florentinos no comparten la aversión de Maquiavelo contra el cristianismo. Pero les habla al corazón, cuando pensaba contra la reforma del mundo. Savonarola les parece ahora como un demagogo portador de todas las discordias. «Alega — escribe Maquiavelo — puras razones, las cuales deben impresionar mucho a la gente, que no sigue reflexionando sobre ellas. Presenta a sus partidarios como hombres excelentes y a sus adversarios como decididos malvados...»

Mientras viva este innovador, aunque cada día sea más impotente, la ciudad será amenazada por la inquietud interior y por los peligros exteriores.

La Signoria no puede entregar a Savonarola directamente al Papa. Esto sería contrario a su dignidad de República soberana; no tiene tampoco ningún medio leal contra él. Busca otros motivos. La Signoria necesita un tumulto del pueblo, una revuelta, un acto de justicia, el linchamiento del monje.

Esta tarea la Signoria se la encomienda a los hijos de los ricos «populares», los cuales, a incitaciones del monje, fueron gravados con elevados impuestos en los días pasados de la crisis. Esta juventud dorada, llamada por los «llorones» los «malos compañeros», no se oculta a las autoridades, sino al ambiente general. También Nicolás Maquiavelo, a pesar de su pobreza, comparte las ideas de los «malos compañeros». Toda Florencia, pobre o rica, está harta, según la opinión de Maquiavelo, de ver cómo Savonarola cuenta sus mentiras del duelo del Carnaval, de la policía de niños, de devoción y de moralidad, hasta de ver quemar las vanidades, de oír profecías siniestras, y las disputas de los monjes. Florencia quiere vender brocados, quiere vivir en paz con todo el mundo; Florencia quiere ver iluminadas de nuevo las posadas y tugurios por la noche, las mujeres quieren mostrar sus escotes, prohibidos bajo amenaza de castigo, sus coloretos y vestidos, y los muchachos de la calle anhelan poder injuriar otra vez.

Como si hubiesen regresado felizmente de una larga expedición del país de la devoción a su vieja Florencia, los florentinos beben con exceso en los lugares públicos.

Esta hambre por todo lo mundano se convierte en su política inmediata, guiada por los «Bñalos compañeros» Esta juventud dorada provoca revueltas no solamente por sí mismas, sino también a causa del ambiente normal de la existencia común de los florentinos. Esta juventud dorada escupe fuego contra el monje, apalea a sus «llorones», apalea a los monjes de San Marcos, apalea a la policía de niños, propaga miles de rumores, ensucia todos los muros de la ciudad con insultos y maldiciones contra el monje, y en los festines jura venganza por esos seis luengos años de privaciones. Los «malos compañeros» atentan contra la vida de Savonarola, organizan atentados en el monasterio de San Marcos contra el dominico, y como éstos fracasan, se unen con unos franciscanos para intrigar en gran escala.

Dos franciscanos deben invitar a Savonarola a una prueba de fuego. Éste debe pasar por encima de las llamas. Los monjes franciscanos están dispuestos presuntamente a hacer lo mismo. Savonarola dice a sus monjes: «¡No necesitamos señales milagrosas para creer la verdad!» Pero ya se ha convertido en un hombre acosado y se deja forzar. Sus partidarios más fieles, irritados por la hostilidad de la ciudad, exigen ahora de él en la forma más vehemente este gran milagro, planeado por los «malos compañeros». Florencia está presa de una curiosidad mundana y carente de devoción. Por el milagro se apuesta como en una carrera de caballos, y en el día señalado discuten los partidarios y enemigos del dominico, pues cada uno teme que sólo su representante pase por el fuego.

Pero una lluvia interrumpe la prueba y también el milagro. Savonarola ha desilusionado la curiosidad y pasa por embaucador. Sólo con dificultad logra salvarse de los amenazadores, en su monasterio. San Marcos es asaltado y allí trata de defenderse. La rebelión, que necesitaba la Signoria para intervenir, llegó por fin, y aun forzada.

Se detiene al dominico.

Animado por el fervor de la soledad, Savonarola se arrodilla en la celda de la cárcel florentina. Y con las manos torturadas escribe su último libro: *Miserere*.

Los sufrimientos de la humanidad pesan sobre sus hombros. Su oído escucha cómo los pobres, los oprimidos, los que lloran, los que suspiran, claman ayuda, y su ojo ve que nadie se apresura a remediarlos. Con el ímpetu de la misericordia herida odia al individuo ensalzado en quien brilla el resplandor diabólico de la perversidad. Savonarola mira a los ojos del héroe de su siglo y tiembla al ver su ceguedad no cristiana, y su insensibilidad de piedra. «Quien no quiere asesinar a su prójimo

— se queja —, quien no siembra tumultos y discordias, no es ningún hombre para el mundo.» El tribunal formado por representantes del Papa y por los florentinos, que lo juzga, es el mal, que como un lobo hambriento mil y mil veces acecha, seduce, devora y extermina también a este hombre. «¿Puede un solo hombre — pregunta el dominico — resistir la superioridad de lo hostil, puede ser más fuerte que el mal que brota por todas partes desde el interior?»

Perecer en esta lucha es lo más excelso que le es dado a un cristiano. «Sí, concédeme — ora Savonarola — la muerte del mártir y déjame morir por Ti, como Tú has muerto por mí.»

No solamente gracias a los Papas, sino ante todo gracias a sus santos, sobrevive el catolicismo a todas las épocas. El catolicismo vence los tiempos, al dejarse penetrar por los mismos y hasta vencer. Lo eterno, la religión, el amor, la misericordia, sigue viviendo en la Iglesia a través de sus santos y sus profetas. Éstos atacan fríamente la necesidad progresiva de los tratos humanos y políticos, que siempre será mala. Este Papa Borgia era lo transitorio, y en cambio, Jerónimo Savonarola lo eterno de la Iglesia.

Se condena a Savonarola a la horca y a la cremación que seguirá a ésta.

En el lugar de la ejecución se aglomera la multitud, estrechamente apretada, como sólo ocurría en los buenos tiempos de sus predicaciones en la catedral. Pero ahora Savonarola ya no vive en sus almas, como en los últimos cinco años, sino que, por el contrario, hoy gritan miles de gargantas: «Profeta, llegó el momento. ¡Haz el milagro!»

«Y unos días después de haberlo quemado públicamente — escribe un cronista, que permaneció fiel al monje —, los florentinos hicieron un cerdo de cartón y arrastraron al cerdo por las calles, al par que gritaban continuamente: *¡El cerdo dominico! ¡El cerdo dominico!*, y otras cosas por el estilo, para los tontos.»

El odio contra los Médicis vive aún después de la muerte de Savonarola; ése es el más profundo, el más unánime sentimiento. Los florentinos, desacostumbrados a la lucha, están dispuestos voluntariamente a sacrificar contra los Médicis su tranquilidad personal, espiar, correr a la plaza delante de la Signoria y tomar verdaderamente las armas. Durante treinta años permanece este sentimiento como lo fundamental y lo característico del alma de la República. La soberanía sin los Médicis significa no solamente la libertad de la asociación de los ricos «populares», la cual en realidad regenta el poder, sino de todas las clases; porque aunque no todos podían tomar parte en el gobierno, en cambio sí todos podían hablar libremente. Porque los florentinos creen que su ciudad interiormente es libre, y la quieren, no solamente porque nacieron en ella. Su deseo de la libertad es la expresión de su patriotismo ciudadano.

Este deseo es el que Savonarola legó a los florentinos por encima de su triunfo y de su derrota: «La única forma de estado — dice —, la que nos conviene, es una república basada en un principio amplio y legal. Desgraciada de ti, Florencia, si alguna vez te entregas nuevamente a un jefe.»

El preámbulo de la nueva Carta Magna florentina de 1494, que regló la vida de los últimos treinta años de la independencia florentina, anuncia: «La presente reforma de la Constitución tiene por objeto la libertad de este pueblo florentino. Es nuestro deseo que, no solamente nosotros, sino también nuestros hijos gocen de lo más sagrado: la libertad, ¡y que nunca nadie se atreva a erigirse en soberano absoluto y esclavizar a los ciudadanos libres!»

Savonarola, ese entusiasta de lo indeterminado, el que todo lo ligaba con lo florentino, estaba también formado por un fuerte rasgo real.

Savonarola no exigía de cada cristiano la santidad. Decía que la devoción no puede adueñarse del hombre por entero y que siempre habrá en el individuo algo que le inclinará hacia lo mundano. Como teólogo tuvo en cuenta estas condiciones materiales del individuo y no incurrió en ninguna demagogia de igualdad o de pobreza. La teología, que siempre es un dique contra la locura impresionista de la sana razón del hombre en lo relativo a las cosas de la fe, formó a Savonarola primeramente como político. La teología lo preservó de convertirse en un monje rebelde y extasiado, a fin de exterminar la jerarquía mundana y de la Iglesia. Fue un discípulo de Tomás de Aquino y por tanto no fue hereje. Reconocía la autoridad del Papa, si bien creía que el Concilio se hallaba por encima del Santo Padre, y hasta aquel entonces se permitía discutir esa cuestión. Tampoco quería dividir a la Iglesia: fuera del catolicismo para él la humanidad no tenía ningún sentido. No negó ni un solo dogma de fe; no fue, desde el punto de vista teológico, ningún precursor de Lutero. No fue anabaptista, ni igualitario, ni tampoco quiso repartir Florencia entre los florentinos. Savonarola habló solamente de la igualdad de todos los «autorizados». Y los «autorizados» no eran para él el total de todos los habitantes de la República; solamente los

ciudadanos establecidos hacía mucho tiempo, cuyos antepasados ya habían desempeñado algún cargo en Florencia, éstos eran los que debían participar en sus decisiones y consejos.

«No se debe permitir —dice— que la plebe penetre en todas partes; si la multitud inundara los diques, entonces reinaría la tiranía al poco tiempo.» Los mejores, llamados a la soberanía son, según su opinión, una décima parte de los igualmente autorizados políticamente. Pero esta aristocracia debe estar impregnada por la caridad. La misericordia es para él el primer deber de los gobernantes.

El «Forum» permanente de los que tienen derechos iguales políticamente es el Gran Consejo, creado por Savonarola. Este Gran Consejo de los ciudadanos plenarios suprime la reunión, siempre tumultuosa, de la Signoria, a la cual todos tenían acceso, y que legislaba sobre la constitución y se llamaba Parlamento. Esta reunión popular de comunidades italianas siempre había sido el origen de la tiranía. Savonarola pensaba que se debía evitar que el humilde vendiese su libertad por un plato de lentejas.

Y este Gran Consejo encuentra en Maquiavelo su defensor más ferviente. Cuanto más antipático le era el monje, tanto más se apasionaba Maquiavelo por la mayoría de las instituciones políticas, que se fundaron gracias al dominico. «Nunca se podría satisfacer, — escribe Maquiavelo — a todos los ciudadanos florentinos, si no se les abriesen las puertas del Gran Consejo.»

Toda la escuela realista de los políticos florentinos, todos los ateos y paganos, están encantados por la restauración del Gran Consejo. Nada puede elevar más su disposición de ánimo que esta institución de su adversario piadoso. Porque el espíritu que todo lo cambia, no reconoce piadosos ni pecadores. Sólo los hombres que actúan sin demora creen y se juzgan entre sí separados y en lucha, cristianos y paganos, oprimidos y opresores, pobres y ricos, cultos e ignorantes, patricios y plebeyos, populares y aristócratas, corporaciones bajas y altas, burgueses y proletarios. «En la humanidad, tal como es, es decir, ya clara, ya confusa, la vida del individuo aislado y la de los pueblos, se penetran entre sí.»

Savonarola también era un platónico, como sus adversarios, los partidarios de los Médicis, aristócratas y paganos. Con Platón en la mano defendía el monje lo bello como el alma, como la idea del bien; y con Platón en la mano se eleva por encima y contra todo lo que el florentino culto coronaba solemnemente como sublime. Para Savonarola, las almas piadosas participan de la belleza de Dios. Lo bello es el reflejo divino de las cosas. A Savonarola recurrían los íntimos amigos de Lorenzo, los hombres de las academias de los Médicis, pues los desertores de la aristocracia siempre dirigen las rebeliones contra su propia clase; porque el poder siempre necesita un nuevo genio. Si el genio no busca el poder, entonces el poder viene hacia el genio. El poder sin genio es, al fin, nada más que un peso muerto. Un poder sin genio, aunque sea el más poderoso del mundo, es el más débil sobre la tierra. Se quiebra, se hunde. Porque todo lo que realmente es genio, lo que verdaderamente refleja la realidad, se convierte, al cabo de mil caminos y rodeos, en el poder. El genio arrastra consigo al poder. Avasallado por el genio, abrió Lorenzo Médicis la academia platónica, y ésta abrió todas las puertas de la República al enemigo Jerónimo Savonarola. Si Savonarola con una mano dejó quemar los escritos, luego, con la otra, salvó la biblioteca de los Médicis. Botticelli, Miguel Ángel y Rafael veían en Savonarola una figura eterna de lo ideal, y si Savonarola tiene visiones, no es el loco de su tiempo. Sus adversarios, los jóvenes del realismo absoluto, con Nicolás Maquiavelo a la cabeza, también ven visiones. «Se ha visto y oído — escribe Maquiavelo — antes de la campaña de Carlos VIII, en el aire, sobre la ciudad de Arezzo, a los guerreros que combatían. El aire puede estar lleno por espíritus combatientes, que prevén el futuro y avisan a la humanidad por compasión.»

Savonarola ha querido hacer triunfar la idea de Dios. La humanidad conoce sólo *una* fuerza del mismo origen que la religión: *¡el poder!* Nunca han concebido ni sentido los hijos de la tierra algo superior a Dios y al poder. Savonarola entreveía los ideales divinos, pero entendía poco del poder. Su polo opuesto, Maquiavelo, la personificación adelantada de los mundos venideros, no podía ver a Dios, pero entendía el poder. Entre Dios y el poder no hay ningún contraste. Pero si el poder no conoce a Dios, entonces ve sólo una parte de las coherencias y unidades, se aísla en un estrecho sector de la existencia; entonces es igual, como dice el dominico Campanella, de Maquiavelo, «al gusano de las entrañas humanas, que no pueden imaginarse lo grande que es su morada». Maquiavelo, que odiaba lo ideal como un escurrimiento de lo ilimitado de la especulación, como una forma de la inexistencia, se rebela contra todos los ejemplares de perfección, como Savonarola contra todo lo terrestre. Y, sin embargo, ambos son vencidos por lo que es el objeto de su odio. Maquiavelo es en este pueblo de tan numerosas, tan perversas, tan absolutas y, sin

embargo, tan efímeras fuerzas, el primer artífice del poder. Después que ha descompuesto mil veces el poder y ha vuelto a integrarlo, llega luchando hacia las metas superiores. Traza, sin quererlo, casi sin saberlo, el ideal de la *virtù*, la virtud de la soberanía. Quiere ampliar la soberanía de las fronteras de toda Italia. Y si al final de su vida llama a todos los italianos contra sus enemigos: «Matad a los españoles», entonces no se muestra como artífice del poder, ni como instaurador de una soberanía, sino como un profeta.

Savonarola forja para los florentinos con su fuego divino su libertad terrestre. Maquiavelo cimienta las bases del ejército nacional contra todos los ejemplares de perfección, como Savonarola sacrificado. Aquí, en Florencia, Dios se encuentra con el poder: porque Dios todavía no ha impedido ni una sola guerra, y sin el don de la fe no existe ningún campo de batalla.

MAQUIAVELO ENTRA EN FUNCIONES

LA CANCELLERÍA, LA VIDA Y LA POLÍTICA

Cuando murió Savonarola, Nicolás Maquiavelo era un hombre de ingenio, sin recursos, de veintinueve años de edad, y esperaba que la corriente general contra el dominico sacrificado le proporcionaría también un refugio gratis en las proximidades del poder. La locura de la revolución había pasado; él se sentía llamado por la insípida realidad, por el ambiente cotidiano, que esta locura había creado.

Logró ser elegido entre los cuatro solicitantes como funcionario y ser confirmado por la Signoria. Es agregado entonces por la Signoria a la segunda cancellería de los «Diez de la Libertad» como jefe de dicha oficina, y el 15 de julio de 1498 asume su cargo.

Nicolás Maquiavelo visita a su superior Marcelo Virgilio, el verdadero secretario de Florencia, el jefe de la primera cancellería de la Signoria, de la que depende su oficina.

Virgilio, seis años mayor que él, es su amigo. A éste tiene que agradecer ante todo su empleo; en todas partes ha hablado a favor de Nicolás; el secretario y primer canciller de la República ha contado maravillas a los «Signori» sobre la capacidad de su protegido. Una vieja amistad une a ambos. Juntos se habían emborrachado durante noches enteras, juntos se habían dedicado a la literatura, juntos habían injuriado a Savonarola.

Pero su modo de ser es completamente diferente. Marcelo Virgilio es un hombre locuaz, con todas las vanidades propias de los últimos representantes del humanismo. En sus horas libres actúa como profesor de literatura griega y romana, y considera por eso su posición de empleado como algo denigrante. El oficio de canciller le gusta sólo porque le concede una dignidad, porque su distinción artificial necesita un sello oficial. Lo principal es para él la retórica, porque ésta le proporciona, con su *fluir* amplio y sosegado, lugar para la erudición de las citas. Marcelo Virgilio es un hombre de criterio convencional, a quien toda idea nueva en literatura parece como una irrespetuosidad contra Virgilio y toda iniciativa en el oficio como una indiscreción contra la Signoria.

La constitución florentina tuvo buen cuidado de no conceder ningún poder a los burócratas de la ciudad, y Virgilio se siente bien en esta posición secundaria. Es un cómodo funcionario, para los cómodos superiores del Gran Consejo de los florentinos, que se renuevan con frecuencia. Su amigo Nicolás es, en cambio, un trabajador muy distinto.

Maquiavelo, por la cancillería, olvida la literatura, la pobreza, las vanidades, toda su vida personal, al extremo de que, cuando por primera vez entra en su oficina, se siente como si hubiere realizado lo que ha soñado durante largo tiempo. En seguida se enamora de las actas; las devora, como si contuviesen las narraciones más interesantes; y todo detalle de los informes le interesa.

«Hay que tener presente —escribe a un amigo— también las más pequeñas relaciones, porque de las pequeñas nacen las grandes y porque se puede reconocer también a los hombres por las pequeñeces.»

Como jefe de la segunda cancillería Nicolás puede huronear bastante, y más que bastante, la realidad. Porque los «Diez de la Libertad» de la segunda cancillería clasifican los informes de los embajadores, contestan sus preguntas, pagan y contratan agentes fuera de Toscana, negocian con los «condottieri» del país, compran cargamentos de salitre e inspeccionan las fortalezas y las cuentas presentadas a la ciudad. Todo lo que se refleja sobre el papel, relativo a la vida cotidiana de la República, y que no pertenece directamente a la alta política, Maquiavelo lo tiene ante sus ojos y al alcance de su mano desde la mañana hasta la noche.

Estos escritos satisfacen su ambición; son su laboratorio, en el cual analiza la esencia de los acontecimientos, para inferir de la misma el movimiento general del mundo político. Ni por asomo piensa en abandonar su pupitre para penetrar más arriba, en las esferas de la soberanía, porque el saber acerca del poder, y no el poder mismo, es su pasión penetrante y a menudo calculadora.

Nicolás, como jefe de la oficina, no puede tomar ninguna resolución. Oficialmente no puede ni decidir ni aconsejar; su cargo es subalterno; según el espíritu y según la letra de la ley, es funcionario más técnico-administrativo que político.

Sólo la fantasía de la posteridad lo cataloga como canciller de la República, asignándole así el puesto representativo, aunque tampoco de mucha importancia, de Marcelo Virgilio. Toda resolución depende en realidad, siempre que no pertenezca a la Signoria misma, de «Los Diez de la Libertad», quienes dirigen la segunda cancillería y manejan los asuntos. Estos «diez» forman una especie de ministerio colegiado, aunque más técnico, con una división de trabajo desordenada y confusa acerca de los asuntos exteriores y de la guerra. Maquiavelo goza de un privilegio sobre los diez, privilegio que siempre tienen los empleados de ministerios: el de que éstos se quedan y sus «excelencias» se van. Los diez son elegidos solamente para unos pocos meses. Pero Maquiavelo desempeñó su cargo durante catorce años.

Durante catorce años subió él apresuradamente todos los días, a la misma temprana hora de la mañana, una angosta escalera del municipio, donde lo esperaba una habitación grande, incómoda, mal amueblada, y en invierno mal calentada. Sí sus oficinistas no han llegado todavía, si hacen «novillos» en su asistencia a la oficina⁵, como cuando niños han hecho «novillos» en su asistencia a la escuela, o se excusan por enfermedad o asuntos del empleo, entonces él mismo copia los informes para los «Signori», registra, usa el sello y timbre, y escribe centenares de direcciones. Llegan por fin los retrasados, comen su almuerzo, sacan sus papeles, se rascan con la pluma de ganso y por fin echan la primera mirada hostil sobre el trabajo, y entonces Nicolás adopta una expresión amistosa. Se disculpa por haber venido demasiado temprano; porque no quiere ofender a sus subalternos con su celo. Sabe que, una vez despertada su malicia, ésta es más invencible que la severidad de los grandes. Nicolás no quiere enemistades en su oficina ni en su piso. En la democrática Florencia cada oficinista es un ciudadano, que puede llegar a ser peligroso. Todos tienen algún pariente en algún puesto de influencia. Para los fines de su cargo, Maquiavelo se adapta a sus colegas y a sus subalternos, y deja paso libre a los defectos de los demás. Permanece sentado tranquilamente, inclinado sobre sus actas, cuando los oficinistas interrumpen su trabajo y juegan a los naipes durante varias horas. «Hoy — leemos en una carta de la segunda cancillería — no puedo enviar todavía los pases, porque Andrés, el cual tenía que prepararlos, ha estado jugando todo el día al tric-trac.» En el trato mutuo de estos oficinistas no hay más que asperezas.

⁵ Expresión similar a «hacer rabona»; ésta más usada en algunos países de América, de lengua castellana. <N. del T.)

Es la intimidad de la gente baja, de aquellos que tienen que mirarse todos los días de frente, y de los que no tienen más secretos entre sí. Por eso las personas que se conocen a fondo, en las cárceles, en las oficinas o en la vida matrimonial, no pueden ya tenerse respeto mutuo. Sin algo de fingimiento, sin un mínimo de mentira, toda convivencia se convierte en una cuadra o en un manicomio.

La necesidad enfrenta a estos funcionarios uno contra otro. Todos comen en la cancillería. Antes de venir a la Signoria, Nicolás va al mercado y hace compras. Trae sus habas y algo de carne ahumada. «Mis cebollas — escribe un oficinista a Maquiavelo, quien se encuentra precisamente de viaje — están ahora en la sartén con grasa sobre el fuego, y dos colegas cuidan para que no se quemem. Vuelva pronto.»

Esta pobre gente se trenza a veces en obstinadas peloterías. La ira y el odio parecen formar el ambiente de ese despacho, hasta que la tormenta descarga. «Antonio — refiere un escribiente a Maquiavelo — otra vez se ha vuelto loco y ha peleado con Andrés. Éste se le ha adelantado con un zueco y le ha roto las costillas. El pobre hombre lleva ahora una montura, porque no ha encontrado nada más cómodo.»

Cada uno de estos eternos oficinistas, condenado a estar siempre con idénticos compañeros durante diez, veinte y treinta años, tiene alguna manía. Antonio parece ser el temible camorrista de la sociedad.

«He tenido mala suerte, Nicolás — escribe un oficinista —. El señor Antonio ha perdido su sartén y me la reclama. Yo, inocente, debo compensar el daño y pagarle además los intereses. No sé cómo podré valerme, pues me gustaría satisfacer a este señor.»

El mejor pasatiempo de esta gente es la obscenidad. Su enfermiza fantasía huye durante muchas horas de la oficina y del trabajo e imagina aventuras innumerables. Cada uno cuenta cómo ha engañado a la prostituta más cara, cómo ha seducido a la patricia más bella, cómo ha convertido en pecadora a la señora más encopetada de Roma, Venecia o Bolonia.

Para todo lo que es lascivia no hay que rogar a Nicolás. De todo corazón supera a sus colegas. En todas sus narraciones los burdeles de Florencia se convierten en paraísos y el paraíso en burdel. Estos oficinistas se desquitan así de su monótona vida de empleados y vilipendian todo lo que tiene nombre y posición.

Si se trata de burlarse de Florencia ante los oficinistas, entonces Nicolás es el primero entre su gente baja. En unas páginas describió a los florentinos como animales. Los enterados sonreían complacidos, reconociendo fácilmente bajo las máscaras a las personas de renombre de la localidad. En representación de todos los cuadrúpedos el cerdo pronuncia un discurso de acusación contra todo el género humano.

El oficio de estos empleados, aun siendo tan insignificante, les susurra al oído que son a veces seres superiores. Porque poseen su propio pupitre y pueden desesperar a la gente rica con comprobaciones de impuestos, pueden obligar a hacer antesala a los grandes señores para concederles los pases, y a los más célebres capitanes para la pólvora y los sueldos. Estos burócratas pueden dar rienda suelta a todas las calamidades sugeridas por la malicia contra uno solo o la masa de todos los no empleados. Son san-titos manchados de tinta ante el poder. ¡Son el lodo necesario de la soberanía! El Gran Consejo, el portador de la bandera de la justicia, los «Ocho de la Guardia», los «Seis del Juzgado de Comercio», los «Diez de la Libertad», las numerosas comisiones y subcomisiones, pueden cambiar y definir todo. Al fin y al cabo el ciudadano depende de la pereza, indiferencia y malicia de la oficina anónima. Porque ya el hombre en Florencia tiene dos vidas: una es la vida personal, otra la de las actas. Y la vida del papel puede exterminar la del individuo correspondiente.

Nicolás pasa, de buena gana, los días y las tardes en compañía de estos amanuenses.

Él es el amigo íntimo de su escribiente Blas Bonacorsi. Blas escucha detrás de las puertas, abre cartas de otros y registra las intrigas; cuando Maquiavelo está en viaje de servicio, relata con infatigable indiscreción por todas partes con qué celo trabaja su amigo, pide por él adelantos, es el primero que está convencido de la importancia de Maquiavelo, lo quiere de todo corazón, y habla de sí y de su amigo diciendo «nosotros». Blas es su impagable *alter ego*, para todos los caminos torcidos y para todas las encrucijadas donde pueda haber golpes. Pero si Blas redacta inexactamente los informes de las reuniones de la Signoria, entonces Maquiavelo pone en grandes letras sobre el margen del trabajo mal hecho: «¡Blas, mientes!».

Maquiavelo tiene una predilección particular, inexplicable, por la gente burlona. A menudo *se* hace amigo de monomaniacos, habla públicamente, se emborracha y comparte con ellos su pan. Parece disfrutar de su compañía; le gusta la libertad de lenguaje de estos medios locos y quejumbrosos. Parece como si quisiera sorprender las farsas de la naturaleza en sus criaturas. Por eso compone para los locos el estatuto de una sociedad de alegría.

El que guardare para sí — se dice en los artículos — el secreto que le fue confiado, más de dos días, será castigado; el que hable más tiempo, sin decir nada, el que diga lo contrario de lo que experimenta, el que pueda fingir mejor que los demás, el que durante la misa mire a todo el mundo con una expresión de idiota y se colocale obstruyendo el paso de forma tal que todo el mundo lo vea, ¡recibirá un premio!

En el buque loquero de su cancillería penetran las figuras políticas del exterior de Florencia. La historia no tiene nada de solemne para esta oficina de la Signoria. La vida transcurre en forma ordinaria, por grande que sean el peligro, la necesidad y la alegría. Lo que aquí realmente interesa es, aparte de la cuestión sueldo, sólo la crónica de los miles de escándalos italianos. Cuando Maquiavelo lee los informes sobre el matrimonio de La condesa Catalina Sforza de Forli e Imola — «o Catalina hará asesinar a su amante o el amante a ella y a su hijo mayor, o el hijo, que ya revela un espíritu osado, a la madre y al amante» —, en todo esto no ve nada escandaloso, sino una manifestación del poder. Aguarda con impaciencia a conocer cómo se desatará este nudo de falta de escrúpulos, de falsedad y de la voluptuosidad en beneficio de la soberanía. Ésta es para él la gente verdadera, siempre dispuesta a jugarlo todo para salvar su propia inexorabilidad. Ahí se juntan y encuentran los individuos creados en su imaginación con los individuos de la realidad. Ahí se encuentran el insignificante oficinista Maquiavelo con los hombres de Maquiavelo, y noticia a noticia, año tras año, estas figuras se le acercan siempre más. El nudo de Forli ha encontrado otro desenlace. El amante de Catalina, que estaba casado con ella en secreto, es asaltado y apuñaleado mientras se dirigía a caballo a una cacería al lado de la condesa. Se rumorea si la señora misma no habrá alquilado a los asesinos. Su indignación es extrema. Su amor y su honor están heridos. «Nosotros, los Sforza — escribe —, sí queremos matar no utilizamos los servicios de ningunos malvados asalariados, sino que nos deshacemos de nuestros adversarios nosotros mismos.» Y para demostrar su inocencia y su duelo, la hermosa y joven viuda erige cincuenta horcas en Forli y hace derribar las casas de sus calumniadores. Se convierte en una furia. Sin hombre que la ampare, se aferra mas todavía al poder, se venga para reinar y reina para vengarse.

Nicolás estima extraordinariamente el valor de esta mujer, la cual ha crecido en medio de conspiraciones, y cuyo padre, Galeazzo Sforza, soberano de Milán, fue asesinado en la catedral durante la misa, y cuyo hermano fue envenenado por su propio tío. Nicolás piensa ver rediviva en esta señora la antigua virtud de la hombría. Le da un ejemplo de cómo se puede cumplir, a pesar de todas las contrariedades de las circunstancias, la primera ley de la soberanía: preservarse. El valor de Catalina no es nada retórico, sino su verdadera y, tal vez, su única virtud. Su ciudad se rebela, su segundo esposo es también asesinado, como el primero, ante sus ojos, y ella misma es hecha prisionera. A su lado están sus seis hijos, sus doncellas, sus primos, su madre, su hermana, los cuales lloran todos desesperadamente. Catalina ordena silencio a su familia y le arenga así: «No debéis llorar, no debéis tener miedo, pues lo peor sería el demostrar que tenéis miedo. Porque entonces os diré en seguida lo que os van a hacer: seréis asesinados. Nuestros antepasados eran príncipes de la guerra, grandes «condottieri». Nunca conocieron el miedo, y por eso pudieron desafiar la prisión, el fuego, la traición. Cuando yo era una jovencita, fue asesinado mi padre. Pero no he perdido el valor; vosotros debéis ser como yo. Si no, os desconoceré a todos».

Esta señora prisionera piensa que el ser asesinada es un riesgo propio de la profesión del tirano, y por eso ahora tiene esperanza sólo en su sagacidad, sólo en la perfidia, la cual Maquiavelo tan a menudo ha de recomendar más tarde en la lucha contra el malicioso destino. Aquí puede aprender cómo la sagacidad de una valiente convierte en impotente a un ejército enemigo.

La Rocca, el fuerte que en cada ciudad italiana constituye la última barricada, se encuentra todavía en manos fieles. El capitán de la rebelión exige a Catalina la orden dirigida al comandante de la Rocca para que entregue las llaves. De buena gana lo hubiese hecho, contesta Catalina, pero conoce al rabioso que manda el fuerte. No la obedecerá. Lastimosamente

creará que ella actúa por voluntad ajena. Tienen que permitirle a ella misma ir a la Rocca; y por tal permiso deja en calidad de rehenes a sus hijos. Apenas llega al fuerte, anima a sus desalentados fieles y ordena el asalto contra la ciudad. Delante de la fortaleza son llevados sus hijos, que lloran. Amenazan matarlos ante los ojos de la madre. Catalina sube sobre las almenas de la Rocca, y levantando sus faldas hasta la cintura grita a sus enemigos: «¡Si vosotros me matáis estos hijos, soy bastante mujer para engendrar otros...!»

Catalina consigue retener la fortaleza, sus hijos no son asesinados, del exterior llegan socorros, y así permanece nuevamente como soberana de Forli e Imola.

Florenza había deseado siempre vivir amistosamente con Forli. Porque se hallaba en el camino más fácil de Venecia a Toscana.

En aquella época Maquiavelo debe alquilar soldados y comprar salitre en Forli. Pero ante todo su misión es, sin preguntar directamente, ver y oír sagazmente si Catalina aprueba la política amistosa de los florentinos hacia los franceses.

En un discurso adulador y felino Nicolás cuenta a la condesa, en la primera audiencia que se le concede, cuan elevado es el respeto de los florentinos hacia ella. Le habla de corazón, porque esta vez cree en todos los cumplidos que debe decir. Pero Catalina escucha con fastidio apenas un corto rato y le interrumpe. «Dice — escribe Maquiavelo a los «Signori» — que siempre la habían satisfecho las palabras que recibía de Sus Señorías en todo tiempo, pero que sólo los hechos siempre la habían disgustado.»

Exige un alto precio por sus soldados y presenta todavía cuentas viejas. Sin embargo, se llega por fin a un acuerdo.

Mientras tanto, Maquiavelo no puede entrever ni un ápice de su política. No puede anunciar a Florenza ningún indicio de sus pensamientos; e informa francamente acerca de su impotencia. Hasta ahora nunca había encontrado una boca tan cerrada, y a la cual no se le escapa ni una palabra inútil.

Y al final de su corta misión Maquiavelo experimenta otra sorpresa.

La condesa declara de súbito, informa Nicolás, que ha reflexionado durante toda la última noche y ha cambiado de opinión. El dinero no le importa. Lo que quiere es la alianza y protección contra Toscana. Florenza tiene que garantizarle la integridad de su territorio contra todo el mundo. «Yo no tenía por qué extrañarme — dijo —, porque cuanto más se discutiera el asunto, tanto mejor se la comprendería. Cuando oí este cambio, no pude evitar mi enfado y demostré abiertamente mi enojo... Pero no pude conseguir nada más de su Signoria.»

Su primera misión importante, que empezó lleno de esperanzas, termina, precisamente con la heroína de su fantasía, en un rotundo fracaso.

Nicolás empieza, en el segundo año de su actuación como empleado, una serie, de misiones diplomáticas, que él llama «El palpar la realidad», en una época de cambio en todas las relaciones políticas. Todo lo que era antes estable, que aparecía como herencia de un gran pasado delante de sus ojos. Entre ayer y hoy, entre las últimas horas de la vida de Lorenzo Médicis y el primer año de la muerte de Savonarola han transcurrido sólo cinco años, y, sin embargo, el pasado vivido por todos los florentinos, que acababa de deslizarse, podía parecer como un cuento de hadas de tiempos antiquísimos. Los intereses vitales de ayer desaparecieron para Toscana y- para toda Italia tan completamente como desaparecieron para los pueblos austrohúngaros después del año 1918. La humanidad olvida las situaciones generales profundamente arraigadas, como destierra de su conciencia a los muertos y se adapta rápidamente al paso de las cosas inesperadas. Más rápidamente se acostumbró a ello Maquiavelo; porque para él un espectáculo emocionante de la realidad política es el cambio de las suertes, las tragedias de los levantamientos y las huidas, el retorno, triunfo y ruina de la nueva soberanía en un breve lapso. Lo que el hombre vulgar soporta con indiferencia, gracias a su pereza, Maquiavelo lo sigue con la curiosidad intensa de un aventurero de vocación. Los toscanos olvidaron pronto el equilibrio político, garantizado por la paz en los cuatro estados de Italia: Milán, Venecia, Nápoles y Florenza. La invasión de Carlos de Francia, suscitada por los mismos italianos, había roto esta paz y este equilibrio, esta unión ideal, no política, sino espiritual, que brillaba en su infinita diversidad, esta música del alma.

La invasión había enseñado a las potencias del mundo la debilidad de esa península, que poseía las más hermosas ciudades, los depósitos atestados de mercaderías, los mejores productos manufacturados y agrícolas. La codicia de los poderosos vio en ella un paraíso, no defendido, de

frutos casi inagotables. A todo guerrero de Europa le latía el corazón con más violencia cuando oía las palabras: Florencia, Roma, Nápoles, Milán, Venecia, Bolonia, Siena, Cázale, Asti y Piombino. Cada soldado mercenario en Francia, España, Inglaterra y Alemania estaba dispuesto a ir a la guerra a crédito, si el tambor llamaba del otro lado de los Alpes. El descubrimiento del botón italiano fue para los hombres del siglo xvi más inmediato, más mágico, más real, más fácil que el descubrimiento de América.

Italia, que no era solo país, sino en su multiplicidad un verdadero continente, que había regalado a otras partes del mundo sus pensamientos, sentimientos, recuerdos innumerables, pagaba ahora también al mundo con las guerras, necesarias para que la humanidad cambiase. El trazado de fronteras entre Francia y Borgoña, la lucha entre España y Francia, la rivalidad entre Madrid y París, el fracaso de los planes imperiales de los reyes Carlos VIII, Luis XII y Francisco I; los del emperador Maximiliano y Carlos V, la restricción de Inglaterra en su reino insular, el peligro de los turcos, todo se decidió en el suelo de Italia, en el país de «nadie».

La paz volvió a reinar sólo en la segunda mitad del siglo xvi de manera estabilizada, pero eso significaba la falta de armas, la falta de acontecimientos y el mutismo.

En los comienzos de este camino, alrededor del año 1500, durante las misiones de Maquiavelo, estas tendencias hacia la catástrofe de Italia no las conocía en su significación directa ningún pensador o negociante. Todo lo que el mundo ve de súbito más tarde, eso mismo, los testigos oculares de los acontecimientos lo entienden sólo parcialmente. Porque la historia no es otra cosa que el doloroso escenario de la impotencia humana. El aniquilamiento del antiguo equilibrio de Italia se reveló para Florencia inmediatamente en la pérdida de su posición como capital espiritual de la península, y en las ocultas o manifiestas rebeliones de todas las ciudades y de todos los territorios sometidos, en el levantamiento o la traición de los pequeños vecinos autónomos o casi autónomos. Sí la invasión había hecho ver en el exterior la debilidad de Italia, ahora había enseñado a las ciudades italianas aisladas la debilidad de sus propios vencedores.

Antes que todas se revela, desde hace ya un siglo, vencida y comprada, la segunda ciudad de la República: Pisa. Pisa sentía que, con sus libertades ciudadanas había perdido su historia, como antes Amalfi y Génova, Luca y Pistoia, y como después de ella Florencia misma, ésta odiada profundamente en todos los rincones de Pisa. Sin independencia, sin libertad interior, las ciudades italianas no tienen razón de su existencia. Italia ha conocido durante siglos la superior dignidad humana: el que perdía la libertad, moría de vergüenza. Las ciudades sometidas se convierten en recuerdos de cosas pretéritas. El levantamiento de Pisa es la insurrección de un museo, en el cual los recuerdos se transforman en voluntad y acción. La catedral y el baptisterio, la torre inclinada y el camposanto, se transforman de súbito en fortalezas, y delante de los muros de la ciudad permanecen pacientemente hombres, mujeres y niños armados. Durante diez años Florencia, que estaba distanciada de Pisa sólo por unas horas de viaje a caballo, fue separada de ella por una enemistad, que en su furor rechazaba innumerables ataques. La tenacidad de esta lucha hasta quiere cambiar la naturaleza. Los florentinos trabajan durante varios años por desviar de Pisa el río Amo, Florencia sangra en Pisa por una herida que cuesta energía y dinero incontables. Esta larga lucha, este trágico juego de paciencia, se convierte en la debilidad crónica de Florencia. Esta guerra minúscula, que se prolonga indebidamente, con batallas insignificantes y triunfos a medias, burla continuamente las Esperanzas de los florentinos y los convierte en ciegos para toda política clara y de miras amplias. Todos los que prometen sorprender a Pisa, todo aventurero que descubre los supuestos secretos de Pisa, y todo soberano europeo que promete ayuda diplomática, todos reciben dinero de la Signoria, generalmente tacaña. Pisa es el punto de partida de la enemistad contra Florencia, y Pisa es la aliada de todos contra Florencia. Florencia lanza campañas de exterminio contra los lugares cercanos a Pisa. Pisa suplica a París, Madrid, Viena, Roma que le permitan ser francesa, o española, o del emperador, o del Papa, con tal de no ser florentina.

Pisa debilita, con su rebelión, las fuerzas de oposición de las fronteras abiertas de Toscana. Esto la rodea con un cerco de impotencia, y da fuerza a muchos pequeños soberanos, quienes ejercen su dominio sobre los territorios completamente anárquicos de la Romanía del Papa, vecinos a Toscana, y los cuales alquilan sus soldados y sus «condottieri». Ahora, cuando Italia no tiene ya equilibrio alguno, estos pequeños gobernantes se creen más poderosos que nunca. Se cotizan muy caro los señores de Piombino y Urbino, los Vitelli, los Riaro, los Orsini, los Baglioni. Porque Florencia los necesita contra Pisa, y no menos los necesitan las potencias extranjeras, España, Francia y el emperador.

Los moderados señores «populares» que gobiernan en Florencia son amigos entusiastas de Francia. Todo buen republicano en Tos-cana es partidario de los franceses. A los ojos de los «Signori», Maquiavelo ha demostrado ser de la misma opinión durante su primera misión de importancia cerca de Catalina Sforza. Y en el registro no escrito de la confianza, que cierto grupo siempre lleva en la memoria, Nicolás es anotado como seguro y auténtico.

Nicolás, que siempre regresa con gusto de sus misiones, y se apresura a reanudar sus tareas cotidianas, encuentra, al volver de Forli, a Florencia de fiesta. Por la noche todas las Logias están iluminadas y el Arno brilla al resplandor de las antorchas, como una espada de acero. Los florentinos celebran la victoria de los franceses en Lombardía: la victoria del sucesor de Carlos VIII, Luis XII. Aliado con Venecia, el rey ha conquistado Milán, y está dispuesto, mediante mucho dinero, a enviar ayuda para el sitio contra Pisa. A Maquiavelo le hiere esta alegría hueca por los triunfos ajenos. Entre los festejos de la ciudad oye la melodía de la servidumbre de los florentinos. Esto choca con el estado de violencia de Toscana. Se siente tan limitado como la república misma. «Nuestra posición es tal — escribe — que el éxito de los franceses en Italia nos puede arrebatar la mitad de nuestro territorio, pero su derrota nos puede exterminar completamente». Tal vez él tampoco hubiese llevado otra política, si hubiera podido decidir. Porque la causa principal de la debilidad de Florencia no tiene su origen en personas determinadas, sino en el radical cambio de los asuntos italianos y europeos. Pero él nunca podía olvidar que las alianzas entre el más fuerte y el más débil son solamente una forma de subordinación para el menos poderoso. Este conocimiento lo impulsa a revisar espiritualmente, y siempre de nuevo, la impotencia de Florencia. No puede sentirse solemne y brillante en su debilidad, como se sienten ahora los florentinos.

Nicolás tampoco puede encadenarse a Francia tan dogmáticamente como sus señores republicanos; porque las guerras de Italia continúan todavía, y con esta sujeción exclusiva, con la falta de toda oculta reserva espiritual, se resta a la inteligencia la imposibilidad de actuar. También para Florencia sería conveniente la política que Alejandro VI sigue en el estado de la Iglesia. «Estamos — dice el Papa — a favor de Francia, y con Francia seguimos luchando contra España. Pero si la situación militar de Francia se convirtiere en insegura, entonces sería nuestro deber pensar en nuestra prosperidad. Si Dios permitiere a los españoles el ser fuertes, entonces sería un gran pecado querer algo que no sea Dios».

Pero la debilidad estrangula toda virtud, su exterminio empieza al separarse de la inteligencia. Florencia ha renunciado a toda propia elección. Es demasiado débil para buscar los más poderosos. Por necesidad de política exterior se deja dictar todas las medidas por esa misma política exterior.

«Y aunque la ciudad hace lo convenido — escribe Maquiavelo —, lo hace por obligación y no porque esté convencida.»

Esta debilidad de Florencia es el pensamiento que desvela a Nicolás; y esta debilidad lo convierte en un ser melancólico.

Pero la amargura no le impide realizar su trabajo diario. Parece como si él estuviese impulsado a luchar contra la condenación de la debilidad general en lo pequeño, en particular, y en cada acta de la administración militar, en cada informe del exterior. Así vive este personaje escéptico, melancólico y cínico como el hombre encadenado al deber. El trabajito, por minúsculo que sea, al cual todos se someten, piensa, debe ser efectuado, cueste lo que cueste. Mas, como se cuida de amaestrar a sus colegas de oficina, así, tiene buen cuidado de no proclamar sus sombríos presentimientos. Esto sería, contra su modo de ser, el parecer ahora como un reformador declarado de la política florentina. Sólo puede abrir su corazón cuando se encuentra a solas con los que lo entienden. Únicamente en su pequeño círculo, protegido por la amistad y la confianza de los moderados, puede expresar su opinión con tenacidad inesperada. Sólo a espaldas de los acontecimientos, protegido por las actas y por la ley, intentaba él que las cosas cambiasen. Pero si hubiera venido el Espíritu Santo para decirle: «Ve a la Piazza y echa en cara al mundo tu queja por la debilidad florentina», entonces Nicolás hubiese contestado: «Excelencia Divina, esto no me corresponde, ni tampoco a mis obligaciones. Tengo mucho que hacer. Soy un empleado. Hable Vuestra Señoría con Savonarola.»'

Por eso Maquiavelo no perturba tampoco el juego optimista de la Signoria con Luis XII. La fatalidad de los acontecimientos se ocuparía de esta tarea.

Las tropas francesas de ayuda, pagadas muy caro, que se encuentran delante de Pisa, viven cada día en mejor acuerdo con los habitantes de aquella ciudad y en peor con los florentinos. Los habitan-

tes de Pisa encuentran caminos expeditos hacia los corazones y las bolsas de esos ocho mil gascones y suizos. Los soldados no piensan en la guerra, sino en la vida fácil a costa de Florencia. La Signoria envía dos comisarios, con Maquiavelo como ayudante, al ejército de sitio. Los comisarios Informan del hambre insaciable y de la extrema Indolencia de los soldados mercenarios. Cuanto más enérgicamente exigen los comisarios de la Signoria que se combata, tanto más impetuosamente gritan las tropas por el sobresueldo ofrecido. El ejército se convierte en horda, se rebela y hace prisioneros a los comisarios. Nicolás consigue escapar, y va a Florencia a caballo para anunciar la catástrofe.

El ejército sitiador ya no existe.

Florencia se siente engañada. Los florentinos acusan a la segunda cancillería de Maquiavelo de que ésta haya derrochado enormes sumas para un fiasco. A los «Diez de la Libertad» se les llama ahora los «Diez Derrochadores». Los florentinos no quieren saber ya nada de los diez, y declaran una huelga electoral. Así, al expirar la magistratura de los diez, no eligen nuevos representantes. Florencia no puede ni continuar la guerra, ni hacer la paz. En todas las plazas y calles los ciudadanos censuran a las autoridades. En medio de esta excitación, que parece abrir el libre juego del levantamiento, la Signoria está además asustada por una carta recibida del rey de Francia. Luis defiende a sus amotinados de Pisa y afirma que Florencia no ha pagado ni alimentado a las tropas.

Para explicar al rey los acontecimientos de Pisa, la Signoria envía apresuradamente a Francia a los testigos de la rebelión: uno de los dos comisarios, Della Casa, y al que en tal oportunidad fuera su ayudante, Nicolás Maquiavelo.

Nicolás abandona Florencia de mala gana. La Signoria le otorga poderosos de Italia se llegan al rey de Francia como postulantes. Véncela solicita ayuda contra los otomanos; Ferrara y Bolonia solicitan protección contra el Papa; el Papa solicita mano firme .| contra Florencia, Ferrara y Bolonia. Y con mayor razón están representadas las soberanías de segunda y tercera categorías, así como también los vencidos: numerosos emigrantes de los partidos derrotados.

Muchos italianos conservan del poder sólo el instinto para intrigas. Por medio de adulaciones se acercan al trono y al primer ministro, el cardenal d'Amboise. Se preocupan por estudiar los deseos, las debilidades y los vicios de las personas que rodean al rey. Los italianos, reputados como de mejor educación y cultura más elevada, intentan dominar el gusto de la sociedad francesa algo ruda todavía; y así conquistan rápidamente las prime- | ras casas del reino. Ante todo se ganan los corazones de las señoras, las cuales aparecen ahora por primera vez en la corte, y encuentran en los libros italianos, en la moda italiana, en la música italiana la alegría de un mundo nuevo para ellas.

Los italianos que rodean el trono del rey de Francia, ante todo, maquinan planes unos contra otros. Si alguien tiene tres enemigos, entonces hace las paces con el primero, concierta un armisticio con el segundo y luego ataca al tercero. Resulta un negocien ideal para todos recibir territorios y concesiones a cambio de puras promesas, aseveraciones de amistad y cumplidos. Nadie deja ni traslucir que se halla próximo al agotamiento de sus fuerzas, y si lo dice, se sonrío como si fuera un buen chiste. Toda esta impotencia italiana, que rodea la corona y cuyos métodos y expresiones fundarán una escuela en todos los gabinetes y cortes europeos, se llama diplomacia.

En el recinto de esta corte, en este ambiente natural de intrigas, donde todo camino recto aparece como de perdición y todo camino torcido como el arte de la política, Della Casa y Maquiavelo causan una impresión algo torpe y provinciana.

Pero no son en absoluto ningunos ingenuos, ni ningunos fanáticos de la verdad.

Maquiavelo manifiesta que no teme la lucha con los embusteros más refinados, pues sabe ocultar tan bien la verdad, que nadie sería capaz de hallarla. Pero ambos florentinos, avergonzados por el asunto de Pisa no pueden ocultar la verdad. El aprieto en que se halla Toscana enardece sus corazones.

De un lado les falta el tiempo, este instrumento principal de la diplomacia italiana, y de otro lado creen que, describiendo la rebelión y la traición ante Pisa, pueden herir en su honor a la majestad y obligarla a actuar en favor de Toscana. Pero Luis los escucha, después del almuerzo y antes de la siesta, enojado y distraído. El cardenal d'Amboise interrumpe a los florentinos, pues cree que ellos no habían cumplido el convenio tratado, ni habían pagado ni alimentado suficientemente al ejército. Nicolás quiere demostrar lo contrario, ya que tiene en la memoria todos los datos y pormenores de la rebelión. Entonces el monarca le corta la palabra. d'Amboise intenta calmar los ánimos y dice que convendría dejar en paz el pasado; la guerra

contra Pisa tiene que seguir su curso en todo caso, pues la dignidad de Francia está en juego. Contentos, los florentinos contestan que éste es también el deseo de la Signoria. Pero, dice el rey, la Signoria debe también, como lo determina el pacto, seguir manteniendo al ejército *de sitio*. ¡Imposible!, replican los florentinos; las arcas de la ciudad están vacías, los ciudadanos están a punto de sublevarse; las tropas del rey tienen que conquistar antes a Pisa, y sólo entonces la Signoria pagará todo hasta el último céntimo. Luis d'Amboise, el séquito francés e italiano, están indignados por esta demanda; amenazan y se ríen de los florentinos en sus propias caras. Amenazan con Pedro Médicis, quien vive siempre como un fantasma eterno de la República inquieta; amenazan con el Papa, amenazan con todos los vecinos de Toscana. «Los franceses — informa Maquiavelo completamente desesperado a la Signoria — aprecian solamente a quien está armado o dispuesto a pagar. Miran a Sus Señorías de arriba abajo como a *Don Nadie*.»

La tensión entre Luis y la Signoria produce sensación en la corte. Florencia se convierte en el botín de las conversaciones diplomáticas. Todos se acercan apresuradamente al rey con planes contra la República. Pronto se oye decir que la misma Pisa, en torno de la cual se combate, Siena, el Papa o Venecia, quieren dar a Luis el dinero que Florencia no sacrifica. Por todas partes se difunden intrigas que llegan a oídos del rey. Della Casa y Maquiavelo corren de cortesano a cortesano para desmentir falsedades. Mas descubren siempre nuevos hilos, los cuales, si no se rompen en seguida, pueden convertirse en una trama peligrosa para Toscana. En este terreno duro de enemistades, Della Casa cae enfermo y hay que llevarlo a París. Maquiavelo se queda solo. Desde el principio él ha desempeñado el trabajo principal y ha escrito los informes a Florencia. Pero ahora no sólo está sin ayuda, sino también aislado. Si acaso hay algún partidario de Florencia, se muestra perplejo, luego indiferente y al fin hostil. Maquiavelo no sólo es pobre en cuanto respecta a él mismo, no sólo tiene que vivir desde hace varias semanas a crédito, sino que la Signoria tampoco le manda ahora medios para apaciguar a los numerosos e ínfimos malos cortesanos. Solamente un partidario de alta posición tiene Florencia todavía, «pero también a éste — escribe Maquiavelo — lo perderemos si para conservar su amistad no empleamos otros medios que no sean puras frases».

«No tenemos aquí — se queja — ni un solo intrigante. ¿Cómo podemos ganar el proceso, cuando no podemos pagar los gastos?»

Maquiavelo conoce los caminos que conducen directamente hacia los oídos del rey, y fácilmente los forzaría. ¡Con qué gusto, sería él aquí el maestro de intrigas y eliminaría un enemigo detrás de otro. Nicolás quisiera ser generoso y aparece tacaño; quisiera ser sincero y aparece como falso; quisiera ser importante y aparece como insignificante.

La corte abandona Nevers; va hacia Melun, Blois, Nantes y Tours. Nicolás sigue de mala gana al rey. Ha llegado a ser una carga para sí mismo. Advierte cómo manos ávidas están listas para atrapar a 3 Florencia, cómo los enemigos están por convertirse en ejércitos, y cómo para él están selladas todas las fuentes para informar exactamente a la Signoria.

Se siente responsable por todas las contrariedades de su misión. El honor de su ambición, la fe en su propia capacidad, han sufrido grave menoscabo.

Y allá en lo profundo de esta desesperación, madura, empero, una esperanza. Ya que le son negados todos los medios de la diplomacia común, tiene que ayudarle, por encima de todas las prácticas y negociaciones, la verdad. El cardenal d'Amboise es la cabeza principal de esa corte. A éste, Maquiavelo quiere mostrar a Italia en toda su desnudez. ¿Por qué la realidad no ha de atraer como la falsía? d'Amboise es un hombre inteligente. Tratará de hablar con él sobre política, como dos matemáticos sobre matemáticas.

Pero debe ser en un sitio alejado de esta corte. Separado de estos cortesanos aduladores, de estas puertas y paredes que oyen, de esta continua indiscreción.

Nicolás se entera que d'Amboise se ha ido de viaje por algún tiempo. Se informa del camino que el cardenal tomará a su regreso, va a caballo a su encuentro y lo halla en un pueblo. Es una hora avanzada ya y no quiere molestarlo por la noche. A la mañana siguiente, después de pasar la noche en vela, sorprende a su Eminencia. Pasa por alto todo lo secundario, todas las conveniencias; ni siquiera alude a su propia posición, y comienza su monólogo con voz tranquila y firme, diciendo «in medias res» al cardenal sorprendido: «Sería desventajoso para S. E. exterminarnos a nosotros, a los florentinos. Porque, tal como están las cosas ahora, nosotros somos los más débiles. Los enemigos del rey no somos nosotros, sino los más fuertes, los que ansían reunir a toda Italia bajo sa cetra: Venecia y el Papa. Venecia, porque es rica y protegida por el mar; el Papa, porque

la ambición de su hijo César no conoce límites. Si los franceses nos exterminaran, entonces nosotros seríamos absorbidos por Venecia o por Roma. Si hacéis a los poderosos más fuertes todavía y a los débiles más débiles, con eso ayudaréis a vuestros futuros enemigos. El provecho del rey sería obrar precisamente a la inversa: debilitar a los poderosos y halagar a los menos poderosos. No porque queremos a los franceses por puro interés y no sólo por gratitud somos para ellos de menos confianza. El rey puede confiar en el interés. Nos amenazan con exterminar nuestro actual régimen popular, siendo así que en toda Italia no tiene Francia un sostén de más confianza que el nuestro. Los populares están con Francia por el interés comercial, por miedo a los Médicis, por traición de partido y por instinto de conservación propia. Sí sus Excelencias se han convencido de esto, entonces obran contra sus intereses al separarse de nosotros por unos cuantos miles de ducados en cuestión. Entonces tiene V. E. que aceptar mi modesta misión. Con eso crecerán ante la opinión de los florentinos y tendremos posibilidad de darles dinero. Somos una República magnífica de comerciantes, necesitamos crédito; pero si nos acosaran todos los grandes y pequeños y se permitieran todas las calumnias, entonces materialmente no seríamos capaces de conseguir las sumas reclamadas, Francia recibirá nuestro dinero; pero reflexionen: nuestros señores tienen miedo de la Piazza, de los pagadores de impuestos, y por eso son tacaños. Vivimos en una República, nadie tiene derecho allí a tomar una decisión por su propia cuenta; por eso demora cada resolución.»

El cardenal, el ministro más poderoso de Europa, contesta que Maquiavelo sabe muy bien aducir pruebas. En muchas cosas tiene razón, y el "cardenal oye con gusto tales especificaciones; pero en lo que atañe al dinero, Su Majestad no está dispuesto a seguir las negociaciones. Su Majestad oye muchas cosas de Italia; pero cree sólo en «lo que se puede coger con las manos».

Desde el punto y hora de esta conferencia, durante la cual Maquiavelo logró disuadir a d'Amboise de su creencia en la mala" voluntad de los florentinos en lo que a pagar se refiere, a Maquiavelo le parece que desaparecerán todos los obstáculos y que se ha derrumbado la sucia pared de la envidia interpuesta hasta entonces entre él y el estado de cosas sobre el que debía informar. Nicolás ha ganado, tal vez por encima de todo inmediato éxito diplomático, su propia seguridad. Aunque Florencia tenga que pagar, ésta ha ganado su mejor agente.

A menudo conversa Nicolás con el cardenal, quien siempre lo recibe gustoso y lo escucha con paciencia. Parece como si Maquiavelo hubiese olvidado su limitada misión, y conversa sobre política en general. Se halla en su elemento: por primera vez en el centro del teatro mundial y en excitante conversación con el" actor principal, en vez de charlar, como de costumbre, en Florencia, con su oficinista Blas. Pero Nicolás no olvida su misión, solamente que la amplía por su propia cuenta; pero advierte en seguida la posibilidad de extralimitarse en su cometido.

«Trato ~ escribe — por todos los medios de aparecer como un hombre leal y fiel.» Da al cardenal consejos absolutamente sinceros. d'Amboise debía experimentar como una realidad las predicciones pesimistas de Maquiavelo sobre la política francesa en Italia. Pero ante todo, Maquiavelo quiere saber en ese momento cuál es realmente la posición de Francia respecto al hijo del Papa, César Borgia. Porque el peligro principal que amenaza a Florencia procede de Roma. César Borgia conquista alrededor de Toscana ciudad tras ciudad. Su poder guerrero, su gloria, su prontitud, parecen derribar en Italia todas las fronteras. Con la amenaza: ¡César Borgia!, los franceses podrían extraer a los florentinos su última gota de sangre. Maquiavelo trata de averiguar: ¿Son los franceses, respecto al Papa, tan amigos y piadosos como lo confiesan? ¿O tan hostiles como no lo dicen, pero como deberían serlo realmente en interés de Francia? Pero no hay ni amistad, ni hostilidad. Nicolás logró descifrar el carácter de su adversario, las normas de conducta y el procedimiento arbitrario de su naturaleza. Maquiavelo tropieza con la ambición de d'Amboise. Lo puro individual choca en él con los absolutos intereses políticos de Francia. ¡d'Amboise quiere ser Papa! Por eso aparece como bienhechor de la Iglesia, y por eso permite a César Borgia conquistar territorios para la Santa Sede. Pero esta concesión es solamente condicional. Ni Luis ni d'Amboise permitirían que el Vaticano se convirtiera en el estado más poderoso de Italia. Pero Roma llegaría a serlo si César lograra invadir a Florencia. Maquiavelo anuncia a la Signoria: ¡En la frontera de Toscana termina el amor de d'Amboise hacia el Papa! Esta seguridad, que Maquiavelo lee en los ojos de d'Amboise, es la noticia más importante. Constituye el fundamento de la política exterior de los años venideros. A la luz de estos éxitos, cuya importancia puede juzgar tal vez tan sólo Nicolás, pueden verse profundamente los acontecimientos de esta corte.

Maquiavelo envía a la Signoria sus primeros informes clásicos, en los cuales se oye pensar en voz alta a todos los adversarios de Florencia, en los cuales un día se diferencia de otro en el papel, como éste se diferencia también en la realidad. Maquiavelo encontró el país de su estilo y su concisión. Los sucesos corrientes de la política, los sentimientos alternados, aparecen en sus escritos en tal forma como si los midiese con el metro y los pesase con la balanza. De sus numerosas conversaciones comunica solamente la quintaesencia. Escucha todas las habladurías y todos los rumores, pero los tamiza durante noches enteras en su escritorio, y a menudo solamente una frase pasa por esta rigurosa censura. Si no tiene nada nuevo que decir, entonces se calla, a pesar de todas las insistencias y reclamaciones desde Florencia. «Si las relaciones no se cambian — escribe Nicolás a la Signoria —, entonces me callo, porque no informo más que la verdad.» Por el sentido de sus informes, el Maquiavelismo es el grado superior de la veracidad dentro de la posibilidad humana. En medio de esta humanidad, que siempre estará loca por los engaños, la quimera, los fantasmas y la glorificación de todos sus defectos espirituales y materiales, los escritos y legados de Maquiavelo siempre aparecerán como la gran escuela de la realidad y de la verdad. En sus informes, como muy sagaz y «diplomático», da veladamente consejos a la Signoria. Para este fin tiene que fingir que él es completamente insignificante; porque su tarea se reduce a informar, a comunicar los hechos «desnudos y simples» y dejar todo el dictamen a la Signoria. No debe ni mostrar iniciativa alguna, ni revelar el deseo de obrar independientemente. Si a pesar de todo expresara algún consejo, lo que ocurre bastante raramente, entonces observa en seguida, para tranquilizar a la Signoria, que él es un tonto. Acentúa la inseguridad de su juicio, o pone sus recomendaciones en boca de otra importante persona reconocida y apreciada. Desde la corte de Luis XII escribe a la Signoria que un personaje muy importante le ha asegurado por última vez, muy enérgicamente, que Florencia deberá pagar en todo caso, sea como amiga o como enemiga.

En principio, los florentinos ya hacía mucho tiempo que habían decidido enviar un embajador plenipotenciario y con las letras de cambio necesarias. Maquiavelo a propósito insiste para que la decisión se tome rápidamente. Conoce la negligencia y la lentitud de la burocracia.

«Sí fuese posible — escribe Nicolás —, deberían sus Señorías otorgar alas a su embajador. Piensen cuan rápidamente pasa el tiempo, y cómo en la situación actual nadie puede apresurarse lo bastante para superar todos los peligros tan a menudo mudables.»

El embajador mucho tiempo esperado llega por fin, y la primera misión de Maquiavelo en Francia ha terminado.

MAQUIAVELO CON EL MAESTRO DE LA TRAICIÓN

Cristo murió en la cruz por los hombres. Una gota de su sangre hubiese bastado, pero derramó un río. A este sacrificio de Cristo se agregan la pureza inmaculada de la Virgen, los sufrimientos de los mártires, los hechos de los apóstoles, de los santos y de los justos, todas las obras buenas. Por eso la humanidad tiene en el cielo un tesoro de devoción, y gracias a la misericordia también los pecadores pueden tener participación en esos beneficios, pues el Papa tiene en su poder las llaves de esta fuente de liberación. De este tesoro, de esta idea inatacable para la Iglesia, maravillosamente conciliadora para la humanidad, que abarca la realidad humana de todas las épocas y de todos los tiempos, surgió, en tiempos de Alejandro VI principalmente, un verdadero negocio, llamado la venta de indulgencias.

La Iglesia, con su organización administrativa central, había sido ya mucho antes de Alejandro, y en unión principalmente con los banqueros florentinos, la fuerza estimuladora de las nuevas potencias del mundo. La cámara apostólica obraba como exploradora de la cambiante economía, y justamente este contacto con el dinero es lo que dio a la organización vaticana un impulso atrevido, aunque disciplinado y calculado.

Alejandro VI amaba el dinero, pero su pasión del oro fue superada por la pasión y amor hacia sus hijos. Los amaba con la ternura de una madre y con la firmeza, dispuesta a todo, de una persona de pocos escrúpulos.

Todos los sentimientos que generalmente se repelen y contradicen unos a otros convivían pacíficamente en su alma, y así venios que siempre estaba dispuesto a perdonar, aunque su odio no conociera límites.

Su vida impulsiva era anárquica y al parecer sin objetivo político, porque su interés se mostraba tan personal como si todo el mundo fuese su pañuelo. Pero, sin embargo, siempre obraba convenientemente en pro del interés y poder político del Papado.

Los enemigos más próximos de Alejandro Borgia, los Orsini, a los que combatió en alianza con los Colonna, debían experimentarlo. Después que los Orsini fueron vencidos había que exterminar a los aliados, los Colonna. En eso consistió la habilidad política de los Borgia: después de la victoria común deshacerse del aliado de la lucha aun en el apogeo de la amistad. Este método no es una invención de Alejandro, que actúa gracias a sus capacidades como un virtuoso de la traición, pues grande es el arte de su fingimiento para este fin.

Cuando la suerte le es adversa se torna persuasivo y patético. «Amigo — le dice al embajador veneciano Giustinian —, dígame todo con sinceridad y abiertamente; en esta habitación se encuentran solamente Dios, usted y yo.» Pero Alejandro también se deja dominar por la ira, y entonces injuria en el idioma de sus padres: ¡en español!

Todo lo que en Alejandro es carácter vehemente, desenfrenado y exagerado, en su hijo César, «gonfaloniere» y capitán general de la Santa Iglesia, está reprimido y regulado. César se halla libre de vicios y del afán de placeres, y aunque se divierte de vez en cuando, siempre se muestra muy por encima de todo placer ordinario. Porque César en todo obra con cálculo, y ninguna debilidad humana moderada constituye su fin. Para César la única meta poderosa, concreta y clara, es el poder, al que quiere poseer como posee su caballo. En el alma de este joven de veinticinco años, de este hijo de la suerte, como le llaman los italianos, reina un orden completo. La sagacidad, la hipocresía, el terror, la generosidad, todo lo tiene sujeto firmemente con su mano.

Si Alejandro es algo traidor, su hijo es el mago de la traición. Este ha descubierto la música de la traición que atrae a todos, cual sirena, hacia el logro de su fin. El capitán general de la Iglesia no ejerce la diplomacia en el Vaticano con los embajadores, como su padre, sino en el campo de batalla donde traiciona a sus aliados antes, durante y después de los combates; porque ninguna víctima está suficientemente madura para él si antes no fue su aliada. «Ha transformado la guerra — escribe un cronista — en una serie de traiciones.»

Confirma esta afirmación lo acaecido a su aliado el duque Guidobaldo de Urbino, cuyos estados son los mejor situados y más fuertes de la Romanía, por lo que podrían convertirse en el centro de la oposición contra Roma. César Borgia se muestra amicísimo de Urbino: se regalan mutuamente brocados, caballos y alhajas, y se llaman en público y privado «los mejores hermanos de Italia». Cuando la amistad parece inquebrantable, César solicita a Urbino le preste su artillería, pues tiene que atacar a Camerino. Una noche, mientras Urbino se encuentra cenando en el jardín de su castillo, llega un mensajero con el anuncio de que la caballería de César está atravesando hostilmente la comarca. El siguiente aviso es ya más concreto y terminante: César ha cambiado la dirección de su ejército en marchas forzadas durante la noche, con' una rapidez inverosímil, y los cañones que recibiera prestados del duque de Urbino apuntan ahora a la ciudad de éste. El duque sólo tuvo tiempo para huir disfrazado del país. Y únicamente después de haber tomado Urbino es cuando César se dirige con los cañones prestados contra Camerino, lo ocupa, y entonces invita al soberano de la ciudad a negociar con él; una vez firmado un tratado generoso se despide de él, y seguidamente César lo manda estrangular juntamente con sus hijos.

Faenza, estado que durante varios meses se ha opuesto a las tropas del Papa, ahora capitula. César se compromete a conceder una retirada libre, y de este modo el príncipe de Faenza, Astore Manfredi, cuyos antepasados fueron los soberanos de la ciudad durante 200 años, puede emigrar al exterior. Pero César se muestra tan lleno de sentimientos humanitarios hacia la ciudad vencida, que Manfredi se siente obligado a agradecer este rasgo al capitán general del Papado. Pomposamente recibe el vencedor al vencido, y como señal de su amistad libera a los prisioneros sin dinero por el rescate, provee de alimentos a la ciudad hambrienta y prohíbe a los soldados que entren en la misma. Manfredi, joven melancólico de diecisiete años de edad, mira a su vencedor como al señor de la bondad y solicita permiso para permanecer en el séquito de César. De este modo se sella una alianza amistosa. César invita a Manfredi y a su hermano a ser sus huéspedes en Roma, donde son conducidos al Palacio Vaticano. Unos días más tarde aparecen sus cadáveres en la orilla del Tíber.

Solamente hay un soberano en toda la Romania que no cree ni una palabra de lo que afirma César: Catalina Sforza. El miedo que casi todos sienten, no sabe Catalina en qué consiste. Detrás de una muralla atravesada de balas, Catalina sigue resistiendo y luchando. Por fin algunos de los oficiales franceses del séquito de César matan a los que rodean a la condesa y toman a ésta prisionera, después de una penosa lucha. Catalina debe ir a Roma a caballo al lado de César. AHÍ se intenta asesinarla, pero los franceses, que la consideran como su prisionera, evitan este sacrificio y afirman que no es costumbre de caballeros matar a las señoras, y la conducen al refugio seguro de Florencia. César se halla apenado por esa pérdida; porque no quiere solamente los territorios de sus vasallos, sino también sus cabezas. Con la facilidad de un felino salta sobre su presa, y aunque no siempre logra capturarla, nunca pierde sus huellas: siempre las tiene a la vista. Hasta que su antecesor en el poder no esté bajo tierra, el territorio conquistado lo es sólo a medias.

Para cada ciudad y para cada tirano César tiene una forma distinta de engaño. Ya apadrina al sucesor del trono en la pila bautismal, ya adormece la vigilancia con breves pontificios, ya se alía con los ciudadanos descontentos contra el príncipe, ya aparece como el liberador de gravámenes injustos; unas veces proporciona el trigo a bajo precio, otras promete cancelar todas las deudas o compra sencillamente la guarnición de la plaza. Antes de que César Borgia empezara a actuar de esta manera, Roma había sido la ciudad más agitada de Italia, pues las dos familias de los provinciales potentados, los Colonna y los Orsini, dominaban al Vaticano.

Y fuera de las murallas de la ciudad eterna, en la Romania que se extiende de los Apeninos hasta el mar Adriático y hasta la llanura del río Po, la impotencia papal era aún mucho mayor. La Romania era, con pocas excepciones, el territorio políticamente más salvaje de Italia. Allí luchaban unos contra otros, y los señores estaban tan llenos de crímenes como sus súbditos. Los mendigos, los caballeros salteadores de caminos y los campesinos embrutecidos saqueaban a porfía a sus soberanos tradicionales, Y en cada aldea se notaba y latía el mismo espíritu como en un castillo de barones o duques. En esa región estaban casi siempre en pie de guerra entre sí los grandes señores feudales de la Iglesia, los Baglioni en Perugia, los Sforza en Pesaro, los Malatesta en Rímini, los Manfredi en Faenza, los Bentivogli en Bolonia, y no les importaba unirse con cualquiera siempre que se tratase de combatir al Papa, su soberano. El estado papal conservaba sólo un derecho teórico e hipotético, en cuanto a efectividad, de la soberanía, y tan irregular que raramente recibía los tributos de estos combativos súbditos.

Rodeados por semejantes príncipes feudales y en un clima europeo en donde sólo tenían derecho de vida y de pleitesía los fuertes y armados, durante una época en la cual se valoraban todas las uniones tradicionales y todas las ideas místicas por su contenido de poder, no es extraño que los Papas guerreros fueran los que sostuvieran al Papado.

Pero César Borgia fue el encargado de cumplir la misión de sostener por las armas al Papado en tiempos de su padre Alejandro VI. Es un buen ardid para los fines estatales: los Papas suben generalmente al trono pontificio cuando ya son ancianos, y difícilmente hubiese tenido un anciano la elasticidad necesaria para deslizarse por entre el laberinto de la Romania. Para cimentar el poder temporal de la Iglesia, Roma tiene en César una fuerza joven; porque él y no su padre es en los años decisivos el soberano temporal de la Ciudad Eterna. Alejandro se preocupa por la cristiandad y costea las empresas de su hijo.

Después de cuatro años se puede apreciar el fruto de este trabajo de César: ningún Papa fue en tiempo alguno tan poderoso---como Alejandro VI. Aunque a los sucesores en la silla de Pedro no les agrade el recuerdo de estos Borgia, no deben olvidar, sin embargo, que éstos les regalaron durante trescientos años ciudades, llanuras, ríos y colinas de sus territorios, y libraron a la Santa Sede de la preocupación odiosa de ser desterrados de su propio país. Padre e hijo lograron lo que hasta entonces nadie había conseguido: los Colonna y los Orsini fueron dominados en Roma, todas las casas de los barones sometidas, todos los territorios de la Iglesia centralizados y los señores de Urbino, Faenza, Rimini, Camerino, Perugia, Imola, Forli, Pesaro, Piombino y otros, desterrados o reducidos a la impotencia. Y al mismo tiempo se consiguió que el Colegio de Cardenales y la Curia fueran un instrumento obediente en manos del Papa.

Los Borgia tenían ya en su poder la herencia territorial de la Iglesia, cuyos límites eran conocidos. Pero César no era un hombre a quien se le puede poner coto en sus aspiraciones, ni limitar su voluntad. César iría más adelante, pues cuanto más fácil era el camino, tanto más quería avanzar.

Ahora tropezaba con dos vecinos: con Venecia y con Florencia. A entrambos los protegía la alianza francesa; pero había una diferencia: Venecia estaba en condiciones de defenderse, pero Florencia no.

En Toscana una dificultad sigue a la otra y una crisis da origen a la siguiente, no resolviéndose nunca plenamente y amontonándose hasta formar una torre. Todo el arte y habilidad de la Signoria consistía en mantener esa torre de forma tal que al caer no arrastrase en su derrumbamiento a Florencia y la sepultase. Por eso César piensa que podría apoderarse de Florencia sin disparar un solo tiro. A los franceses no les agradaría, cree César, pero se les pondría ante el hecho consumado y luego se negociaría. Lo que deseaba ante todo saber a ciencia cierta el capitán general del Estado Pontifical era el grado de oposición interior de Florencia. Por el momento se encuentra en la frontera de Toscana y debe volver a Roma; por eso solamente exige de la Signoria el derecho de paso para sí y para su ejército, pues desde Bolonia quiere atravesar la República, para alcanzar la ciudad sobre el río Tíber, pasando también por Piombino.

De regreso a Florencia desde Francia, Maquiavelo encuentra a su ciudad otra vez debatiéndose por su existencia. Es cierto que puede informar a la Signoria que las simpatías de Luis son por Florencia, lo mismo que las del cardenal d'Amboise, pero el rey está lejos, y César, en cambio, se encuentra en la frontera.

Durante la noche el pánico entumece a Toscana como una helada. Los caminos que conducen a Florencia revientan de campesinos que huyen con los carros, donde esconden su pobreza, y con los animales. «En la ciudad misma — escribe un cronista — no se trabaja, sobre todo en sedería, y la gente pobre se encuentra en la miseria más espantosa y hace oír su clamor.» La Signoria está tan desconcertada como todo el mundo. Ni permite ni prohíbe el paso. Mas apenas César ha puesto el pie en territorio de la República, cuando ya la Signoria hace con él un convenio.

Maquiavelo se había opuesto desde un principio a la política de la Signoria.

«Ya que no estamos en condiciones — dice — de impedir el paso, sería más inteligente y más ventajoso para nuestra dignidad conceder el permiso solicitado sin ninguna restricción.»

La soldadesca de César saquea los territorios que atraviesa, y la segunda cancillería de Nicolás procura proteger a la población con una huida regulada. Florencia está en estado de alarma y Maquiavelo recibe la orden de procurar armas a la ciudad. En esos días de general desvarío, Nicolás no se da abasto para cumplir encargos y más encargos.

A menudo se le envía a Pistoia, a Arezzo y a las fronteras de la República o al territorio de Val di Chiana, donde reina el desorden y la rebelión. Los habitantes de las aldehuelas de las llanuras se han de mantener en obediencia; los campesinos, debido a la inseguridad general, han robado las cosechas ajenas y se han apoderado de bienes que no les pertenecían. No quieren ya someterse a Florencia, y en todos estos territorios empieza a arder el fuego de la guerra civil.

El paso del ejército de César ha terminado; éste se encuentra ya en Roma y sus tropas han abandonado el suelo toscano; pero el levantamiento en Arezzo y en Val di Chiana es su legado. Uno de sus «condottieri», Vitellozzo Vitelli, un enemigo furioso de los florentinos — nunca olvida que su hermano fue decapitado por alta traición a la Signoria —, ha incitado esas regiones a la rebelión. César no confía en Vitelli, pero no se opone a que el «condottiere» mantenga a Toscana en perpetuo estado de alarma. Es un buen trabajo para los Borgia. César, de este modo, puede asegurar a la Signoria y a Luis que ya no tiene influencia alguna contra Vitellozzo. Y éste se queda en territorio de Toscana, en el foco de la rebelión. También le hubiera gustado sorprender a Florencia con unos centenares de hombres; pero César advierte a su antiguo capitán que tenga cuidado. «Y aunque el golpe tuviese éxito — le pregunta —, ¿cómo podrías mantenerlo?» Vitelli contesta en tono negligente: «La cuestión es empezar, pues la continuación y el final llegan siempre por sí mismos.»

Y van surgiendo de sus escondites y se dirigen hacia Vitelli todos los enemigos de los florentinos, todos los partidarios de los Médicis y todos aquellos a quienes la Signoria en algún tiempo hiciera algún daño. También se le unen el desterrado Pedro Médicis y algunos Orsini. Ahora ya todas las provincias levantadas se declaran a favor de los Médicis, aunque las aldeas de campesinos lo hagan solamente para salvar sus cosechas de las bandas de asesinos de Vitelli y sus amigos. Florencia se ve en la necesidad de mandar tropas y prevé que la guerra de guerrillas será larga. La minúscula Toscana tiene ahora dos frentes en su propio territorio: uno en Pisa y otro en Val di Chiana.

Florenxia, atemorizada, tiembla de indignación contra César. Tos-cana se alegraba desde hacía muchos años de su seguridad interior, pues en ninguna ciudad ni parte de Italia se cometían menos asesinatos ni menos asaltos. Allí los títulos de propiedad parecían seguros y solamente se producían cambios en la posesión por causa de crisis económicas y no por pura fuerza. Pero ahora todas las rutas comerciales que conducen a Venecia y a Roma se hallan amenazadas por los amigos de Borgia. Y en medio de la paz flota una incertidumbre que presagia la guerra. A los florentinos les zumban los oídos de tantas atrocidades que les llegan desde Arezzo, de Val di Chiana, y de todas las regiones de la frontera y acerca de la guerra con Pisa. Los habitantes de esta última ciudad emprenden ahora una ofensiva, y aunque es cierto que no pueden competir con el ejército de la Signoria, sí pueden sus escaramuzas aniquilar las cosechas e incendiar los pueblos. «Estamos — escribe un cronista — rodeados por un solo fuego».

César aparece como el engendrador y origen de todos estos males. En su poder los florentinos no ven más que un daño organizado. El hijo de Alejandro se llama a sí mismo: «César Borgia de Francia, por merced de Dios duque de Romania, de Valencia y Urbino, príncipe de Andrea, señor de Piombino, «gonfaloniero» y capitán general de la Santa Iglesia Romana», ¡pero los----- florentinos lo llaman brevemente «el bandido»! Se sospecha que la Signoria está inclinada a firmar una paz desastrosa con el hijo belicoso del Papa, y entonces en las puertas de las casas de los que habían gestionado el paso de César, aparecen dibujadas, por la noche, horcas y cuerdas. Esta indignación infructuosa e impotente conmueve también a los empleados de la República, pues éstos no sólo tenían que computar oficialmente el trabajo aniquilador de César durante su marcha a través de la República, sino que también ahora la Signoria les sobrecarga con las relaciones de los territorios rebeldes. También Maquiavelo está indignado contra César, como todo florentino que ama a su ciudad, y comparte la incertidumbre y temor de sus amigos, vecinos y burócratas. Pero Nicolás no se deja dominar por este sentimiento. Por encargo de la Signoria ha atravesado a caballo a diestro y siniestro los territorios ocupados y perjudicados, ha conversado con campesinos, soldados, y alcaldes durante noches enteras, y ha fiscalizado la guardia de las murallas y las cuentas de los libros. Tanto en lo grande como en lo pequeño Nicolás ha visto y se ha convencido de cuan débil es Florenxia y busca la causa de esta debilidad. ¿Por qué la Estrella de la Guerra que surgió en Roma ha resplandecido en Toscana con potencia insospechada, ha abierto todas las heridas que se pensaban cicatrizadas, ha creado una fuerza indomable en las llanuras silenciosas, en los pueblos adormecidos, en los mercados activos, y ha puesto en duda en su propio territorio todo el trabajo florentino de penetración de luengos años? ¿Por qué en Toscana el fantasma de la guerra ya ha aniquilado todo? ¿Y por qué en los territorios de la Iglesia, por el contrario, ha unido alrededor de Roma una región grande y salvaje con las ciudades más célebres y sus puertos más ricos? Maquiavelo, cuya alma se hallaba dispuesta a todas las manifestaciones del poder, no podía responder como los florentinos: ¡porque César es un miserable! No, Nicolás, que se entusiasmaba por toda energía, por todo lo que fuera acción, por toda manifestación de valor, durante cuatro años contempló un inmenso campo de batalla que se extendía desde la desembocadura del Tíber y llegaba a las llanuras del Po, donde el hierro, el oro y la traición fueron los engendrades de la realidad. Nicolás ve las nuevas uniones químicas, la distinta técnica de la fuerza: César no causa muertes solamente, sino que funda y asienta su conquista, una vez logrado el poder, sin necesidad de la fuerza. Contrariamente a lo que hicieron sus antecesores, no quiere solamente saquear a sus súbditos, sino mantenerlos en disciplina y obediencia. El frío razonamiento y un orden mejor acompaña su conquista. Simplifica la organización de la justicia, cuida de las casas de préstamos, hace demoler las partes viejas de las ciudades y promete construir nuevas, empieza el desecamiento de las regiones pantanosas de la Romania y contrata los servicios del primer ingeniero del agua de su tiempo, Leonardo de Vinci. La demagogia empleada por César no necesita tan numerosos y largos rodeos como la que ha empleado Lorenzo de Médicis en Florenxia: la demagogia de César actúa golpe por golpe, paso por paso, aturde con sus sorpresas y no sigue al hecho sino que lo acompaña. César ordena decapitar a los gobernadores que fueron crueles obedeciendo a órdenes suyas, una vez realizada la misión ordenada, y abandona sus cadáveres a la multitud para que en ellos se sacie. Trata por todos los medios posibles de solidarizarse con la multitud y subraya siempre el derecho de la Iglesia y la legitimidad de sus medidas. Toma a su servicio a los amigos y soldados mercenarios de los soberanos desterrados por él, y forma a su alrededor un círculo de soldados que no pertenecen a nadie. Además hace regalos a los más

conocidos «condottieri» de la Romania, regalos mucho más valiosos que la paga por los soldados.

Nicolás espera con impaciencia mayor que la de cualquiera todo acto de traición de Borgia, pues su propia lógica y la de César es una misma: tan descarada como su voluntad, tan osada como los acontecimientos, alejada de toda escuela, de todo dogma y de toda ficción. Aquí aprende Nicolás toda su escuela política que le impulsará durante toda su vida, y nada de lo hasta ahora descubierto con sutileza es problemático. En su mente se forman ya los capítulos de su libro y sólo una pura casualidad le dictará la hora en que deba escribirlo. Nicolás, dejando a un lado las teorías y libre de toda prevención mira a la Romania, y lo que ve, los hechos, le inspiran estas preguntas: ¿Cuándo y por qué se pierde el poder? ¿Cómo se logra y cómo se conserva? ¿Cómo se convierte la fuerza en poder, el poder en soberanía y la soberanía en estado? ¿Cómo se defiende y agranda el estado? ¿Cómo debe portarse el príncipe que ha llegado a gobernar por medio de crímenes, y cuáles son las obligaciones militares del príncipe? ¿Es mejor gobernar con crueldad, o con clemencia? ¿Debe el príncipe cumplir su juramento?

Precisamente la debilidad de su patria, Florencia, le permite establecer las preguntas con precisión. No tiene que conciliar lo que es con lo que debiera ser, pues el poderío de Florencia se ha reducido casi a la nada. Como patriota florentino Maquiavelo abraza hacia Borgia el mismo sentimiento que después tuvieron los oficiales prusianos, como Scharnhorst contra Napoleón: lo combaten y lo admiran al mismo tiempo; teniendo a Napoleón en el corazón luchan contra Napoleón.

Cuando al final de su labor diaria y cansado por el trabajo cotidiano, Nicolás ordena sus pensamientos, cuando deduce el resultado de todas las preocupaciones de la Signoria, entonces proyecta planes, que bien podrían creerse órdenes de César. Auna su propia experiencia con la de Borgia. «Se puede — escribe acerca de Arezzo, sitio donde permaneció a menudo como comisario del gobierno— lograr que una ciudad rebelde cambie o por los beneficios o por el aniquilamiento: esto depende de las circunstancias y del carácter del pueblo levantado. Siempre hay quien mande y quien sirva, y también quien sirva de buena o de mala gana, y hasta quien se subleve y sea sometido de nuevo». Los habitantes de Arezzo no sirven de buena gana, porque su Signoria, no les ha dado beneficios, sino castigos: el castigo y no el aniquilamiento ha creado siempre en Arezzo una fuente de rebelión. Los florentinos han mostrado afán por el poder, sin que hayan sabido ejercitarlo. ¡Y esto lo notan los súbditos!. La regla fundamental y justa sería, según Maquiavelo, «o ganar a la gente por la amistad o deshacerse de ella; porque no se pueden vengar de las ofensas pequeñas, pero no de las grandes». A Florencia le falta voluntad para la crueldad; no por causa de humanidad, sino por su debilidad interior. Según Maquiavelo, el valor para afrontar un ataque sin consideraciones, la voluntad para el terror, los tienen solamente los seres en quienes fulgura la llama del poder. El que César mate a los príncipes vencidos, es para su admirador una cosa natural; pues para conservar el estado conquistado hay que exterminar toda la familia de los que anteriormente gobernaron. Pero no sólo el príncipe de un estado nuevo, piensa Maquiavelo, sino todo principio de un nuevo sistema de gobierno ha de asentarse en las cabezas decapitadas. Establecer el servilismo en un pueblo, sin librarse de los mejores hijos de Bruto, es la misma locura que proclamar la libertad sin haber estrangulado al tirano. Quien quiera lograr estas revoluciones, estas innovaciones, sin que se vierta sangre, este tal no conoce los impulsos y deseos de poder que anidan en el corazón humano. Al principio de toda nueva soberanía nene que actuar un tribunal, pero que no tenga nada que ver con la justicia; porque todo nuevo gobierno es un heredero del trono por medio del crimen. ¡Y el crimen obliga! El código del terror preceptúa; aniquilamiento de los prohombres políticos encontrados al llegar y si es posible la suplantación por otros. La gente baja y sin partido —en tanto que se la necesite— vendrá por sí misma; pero los nuevos coronados del poder pueden fácilmente caer víctimas de su triunfo si, engeguados por su propia fuerza, confían perezosamente sólo en el asesinato y la tortura y si hacen de la fuerza un mal uso. «Por mal uso de la crueldad entiendo — escribe Maquiavelo — cuando ésta aumenta siempre, siendo así que ya tendría que terminar. De esta forma no puede afirmarse, ni afianzarse.» Si el asesinato se realiza inteligentemente, entonces el nuevo soberano puede lograr su fin con un mínimo de víctimas. Asesinato sin demagogia, asesinato sin teatralidad, asesinato sin suscitar la indignación moral de jueces embusteros, asesinato sin aplausos y asesinato sin acusaciones falsas ni calumnias infernales, pertenecen a la escuela de la vieja tiranía antimachiavelica. El

concepto nuevo del asesinato para poner fin a una soberanía debe aparecer como obra de capacidad y es mucho más el trabajo de un verdadero hombre de estado que acción del verdugo. Las ejecuciones deben ocurrir de Una vez, y no una después de otra, ni durante varios meses. Aquel que, a más del asesinato, olvida acariciar, es un necio sanguinario, cuya acción cruenta nunca conducirá al éxito, que es lo que, en último término, disculpa, justifica y aclara todo. Las ejecuciones deben brillar en la oscuridad general del miedo, como el fanal, que se ve de lejos, y deben paralizar la acción de los enemigos del nuevo orden. Todos los adversarios, perseguidos o no, no deben imaginarse a sí mismos de otra forma que descuartizados, torturados y desterrados con el báculo del pobre en la mano.

Maquiavelo descubre el terror y le da forma y vida. Califica a este medio del poder como «cruel»; por eso el que quiera gozar del aire suave y amoroso de su jardín, debe reducirse a los actos de su vida privada y huir de ese campo feroz. Ahora bien, solamente César Borgia es quien ha abolido lo privado para los florentinos, pues éstos permanecen condenados a vivir rodeados por la guerra y la fuerza. Está contaminada para los florentinos la atmósfera de esa vida, a pesar del anhelo que hacia ella sienten, como un murmullo de otro mundo. Y César no solamente estrecha, cerca y amenaza a la república, sino que es la obsesión de cada florentino, cuyas horas de descanso no se hallan libres de tal espectro. Porque en esto radica el gran triunfo del soberano del poder: ¡esclavizar la imaginación y los pensamientos de los hombres!

En la mente de Maquiavelo este soberano se encuentra suficientemente esclarecido, pues Nicolás encuentra en esta criatura el impulso fundamental de la política: el egoísmo. Este egoísmo, que se eleva como una fuerza nueva de un mundo belicoso, no tiene ya cabida en el individual egoísmo de César y, basado en las posibilidades objetivas existentes, se extiende sobre el estado. Es verdad que es un estado rudo e imperfecto todavía, que no tiene aún poder para aunar sus fuerzas y que celebra la orgía del desenfreno. La inmoralidad del individuo que actúa a su frente es la ley natural de la tiranía en el trayecto hacia el poder. Para Maquiavelo César es quien plasma el mundo transformado; es para él el «príncipe necesario que puede desempeñar al mismo tiempo el papel de hombre y de bestia.»

De súbito, aunque no inesperadamente, la monotonía del miedo diario en Florencia se interrumpe con una breve alegría; una noticia se propaga de escritorio en escritorio por las cancellerías, traspasa la monumental puerta de la Signoria y conmueve a toda la ciudad: ¡los «condottieri» de César, Orsini, Oliveretto, con Vitellozzo Vitelli a la cabeza, se han levantado contra Borgia! Vitelli, el mejor soldado de César, quiere reunir alrededor de sí a todos los soberanos amenazados. Sus aliados son: el señor de Perugia, Baglioni; el tirano de Siena, Pandolfo Petrucci y el soberano de Bolonia, Bentivoglio. Vitellozzo invita a todos los soberanos desterrados de los Borgias a que abandonen sus asilos y refugios y se junten con él y con sus amigos. Todos deben encontrarse en La Magione, en las proximidades de Perugia, para parlamentar sobre la guerra. La serpiente César, dice la contraseña, nos estrangula a uno después de otro. Venecia y también Florencia están invitadas a mandar sus representantes a La Magione. Vitelli, que debido a las amenazas francesas ha tenido que abandonar hace poco el suelo de Toscana, se declara amigo de los florentinos. Apenas llega a oídos de la Signoria esta invitación, cuando recibe otra de la parte contraria, de César, rogándole envíe a Imola una embajada. La Signoria se halla presa entre estas dos invitaciones como entre unas Nicolás quiere captar hasta los matices en las palabras de César, y como siempre en sus misiones, se encuentra descontento de sí mismo. Durante muchos años su espíritu seguía paso a paso todos los hechos del duque, y ahora, en cambio, se cree incapaz de penetrar en lo más íntimo de Borgia. «No sé — escribe — qué es lo que el duque desea en lo íntimo de su corazón.» En efecto, César es un orador brillante, sus discursos encantan, sus propuestas arrastran, pero siempre sabe detenerse justamente al llegar a la verdad, que Nicolás quisiera conocer, como un jinete desea conocer la profundidad del abismo que se abre ante él. «César — informa Maquiavelo — es impenetrable, pues aun cuando un tema le entusiasme no altera su voz, ni la expresión de su rostro.» Ahora los dos se mienten mutuamente. Maquiavelo le recuerda lo que Florencia ha hecho ya por César, y César corona y anula esta afirmación, asegurando que la causa de que sus «condottieri» se hayan sublevado estriba únicamente en que él no ha querido entregarles Toscana. Cada uno quisiera leer en los ojos de su interlocutor cuántas palabras cree éste. César, que por estar ahora amenazado no puede ofrecer mucho a los florentinos a cambio de la alianza deseada, le describe maravillosas perspectivas. Si Florencia y Roma, ambas protegidas por Francia, se uniesen ¿quién podría resistir su empuje en Italia? Pero también trata de estimular el

apetito con algo inmediato. «¡Maquiavelo, qué buen bocado sería esa rica ciudad de Lucca!» Pero Maquiavelo informa a la Signoria que César no toma en serio ningún pacto italiano, pues para la ambición de Borgia sólo las alianzas fuera de Italia tienen sentido y valor; y cuanto más enérgicas son las declaraciones de amor de César, tanto más enérgicamente previene Maquiavelo a la Signoria: «Habla tan sincera, tan amistosa, tan calurosamente, dice, que uno podría desechar todo temor. No obstante, los ejemplos de su pasado nos obligan a estar siempre preocupados por nuestra suerte».

Con íntimo gozo trata César de causar asombro en Maquiavelo durante la conversación.

—¿No estáis aliados — le pregunta — con mi enemigo más inteligente, con Petrucci de Siena?

—No — contesta Maquiavelo —; la alianza a que alude Vuestra Excelencia es sólo un antiguo pacto de neutralidad, que expira este mes.----

«Parece que me creyó», informa Maquiavelo. Pero, ¡César no le cree!

—Maquiavelo — le pregunta un día inesperadamente —, un Orsini me ha dicho que dos representantes de Florencia le han ofrecido una alianza. ¿Qué piensas tú acerca de esto?

—Yo le preguntaría a Vuestra Excelencia si los Orsini nunca le han mentido.

—Más de una vez — contesta César, y entre risas concluye el interrogatorio.

La culpa única de la enemistad entre Borgia y Florencia se echa, con ligereza manifiesta, a los «condottieri»; y en este punto se encuentran y se superan Maquiavelo y César en indignación moral. Según ellos nadie aborrece más que ambos la traición y la deslealtad, el asesinato y la fuerza... César califica a la reunión de los «condottieri» sublevados en La Magione como «la fraternidad de los comerciantes en quiebra».

—Los «condottieri» — explica César — me parecen menos peligrosos, pues los conozco mejor que nadie. Ese Vitellozzo, que goza de tanta fama, no tiene en su haber ni una acción valiente. Su subterfugio es la enfermedad francesa: saquea los territorios indefensos y roba a los que no le hacen frente. Éste es el único arte de su traición. No quiero ufanarme, pero me encuentro muy por encima de estas minúsculas bribonadas. Por el momento espero, pero soy el más fuerte, y te digo, Maquiavelo: éste no es un buen año para los traidores.

Mas la aparente disposición de ánimo de César no correspondía a la situación. Por primera vez después de una serie de triunfos ininterrumpidos, éste se encuentra en peligro. Vitellozzo y Orsini han aniquilado en la refriega a las tropas que le quedaban fieles, y los vengadores se hacen fuertes en los castillos y en las ciudades, amparados y atraídos por la impunidad. Los caudillos indignados conquistan los castillos y la mano larga de Venecia está siempre abierta y dispuesta a ayudar ocultamente a todo aquel que se rebele en la Romania contra César Borgia. Todos los días se forman alianzas y pequeñas coaliciones, y en muchas ciudades se hallan los señores desterrados a las puertas de sus antiguas posesiones. El centro de la Romania, Urbino, ya ha caído, pero César domina aún en Imola, aunque no queda ya camino seguro que conduzca a esta última población. Una firme voluntad, unida al destino feliz, pudiera convertir al duque en el prisionero de sus súbditos, de sus criaturas y de sus aliados y vencidos de ayer. ¿Qué sucederá? ¿Qué ocurrirá?, pregunta la Signoria ansiosamente y con insistencia a Maquiavelo. Éste manda informes diariamente, pero no se cree obligado a escribir mucho: «Vuestras Excelencias tienen que disculparme y pensar que tengo que tratar con un príncipe que gobierna de por sí; pero no quiere informar cosas fantásticas ni sueños. Así, pues, yo tengo también que cerciorarme de lo que escribo, y para esto se necesita tiempo, el cual yo no desperdicio, sino que lo aprovecho».

Nicolás no deduce conclusiones seguras e inmediatas de la mala situación de César, pues considera la derrota del duque sólo como el resultado pasajero de una revuelta militar. César aprenderá de esta lección a confiar sólo en sus propias tropas y no en las mercenarias. ¡Si solamente fuera el duque el que tuviera que soportar la negra crisis, otra cosa sería! Pero seguramente la suerte también intervendría, y Maquiavelo cree que el duque es un hombre de suerte. No en balde es hijo del Papa y aliado del rey de Francia, y la autoridad de esta posición goza de crédito ante la desgracia.

Pero por encima de todos los análisis y deducciones, Maquiavelo está arrebatado por la energía de César, y así sus informes revelan un gran entusiasmo por la acción. El pensador Nicolás, acostumbrado a permanecer durante noches en vela en su escritorio analizando tranquilamente y sin prisa sus pensamientos, se siente ahora, en medio de los tempestuosos y sin embargo regulados

acontecimientos de Italia, en una esfera de decisión y de actuación desconocida hasta ahora para él. Desde un solo punto, desde el despacho de César, todo se ordena, y casi nada se trata. ¡Un mínimo de escribientes y un máximo de acción! Y todo acaece en el silencio de una quietud absoluta, protegida por el secreto. Nicolás no puede averiguar nada de los secretarios, de los jefes o de los ministros. Se halla en una corte sin mujeres, en un campamento sin habladurías, y la predilección de César por lo oscuro y tenebroso parece obligar a callar a todos. Maquiavelo ve aquí más mensajeros ir y venir durante un día, que en Florencia durante una semana. Aquí el dinero arregla todo: hace olvidar los errores del pasado, y tapa los boquetes de la derrota. «Sin deliberaciones, sin consultas — escribe Nicolás desde Imola —, se gasta para el ejército en la semana decisiva más dinero que en otro país durante dos años.»

El duque empieza ahora su contraataque. Hace evacuar por sus tropas los territorios más peligrosos, para no exponerse a una nueva derrota y refuerza a toda prisa las fortalezas que aun conserva en su poder. El redoblar de su tambor, llamando a reclutamiento, suena más estruendosamente que todas las palabras de rebelión. Su fama, como general, le salva. En catorce días tiene miles de nuevos reclutas e Imola se ha convertido en un gran campamento, donde sin interrupción se ejercita a los soldados bisoños bajo la dirección de los veteranos y vigilados por la mirada del mismo César. Para halagar a los romanos de Romania les deja como comandante a uno de sus compatriotas. «Nadie — escribe Maquiavelo — sabe tan bien como César disolver un ejército infiel y crear otro.» También la ayuda de los franceses está por llegar. César se halla preparado, y se ha levantado por encima de la crisis, escribe Maquiavelo, «dirigida su mirada hacia sus enemigos, dispuesto y deseoso de encender un gran fuego general». Los capitanes de la rebelión, un momento antes victoriosos, están como petrificados. Han dejado transcurrir un tiempo precioso y sin plan uniforme cada uno opera por su propia cuenta. Nicolás advierte que los enemigos del duque no se preocupan por la presa común y que cada uno persigue sus propios fines, y cree que el duque lleva la ventaja de la cohesión interna de su ejército. Atacado por muchos enemigos, Eorgia quiere separarlos y vencerlos aisladamente.

El miedo, el desacuerdo, la sospecha y la traición se asientan en el campamento de los victoriosos rebeldes. Y César llama a Maquiavelo para que presencie como testigo este juego, pues quiere que informe a Florencia cómo terminará ese aquelarre.

—Maquiavelo — dícele el duque—, ahora todos se confiesan mis mejores amigos. Todos afirman que si han obrado contra mí lo hicieron contra su voluntad. Ayer Baglioni de Perugia me envió un mensaje de lealtad; hoy Orsini, haciendo acopio de valor, vino a verme personalmente disfrazado de mensajero. Mañana seguramente vendrá otro. Vitellozzo me escribe todos los días fervorosas cartas de rendimiento y sumisión, creyendo el infeliz que con palabras puede curar las heridas que su puñal me causaron. ¡Oh, piensan que pueden jugar conmigo!

—Excelencia — contesta Maquiavelo —, nunca he dudado de su éxito. Sí hubiera anotado mi pensamiento desde el principio y día por día, podría aparecer ante V. E. como un profeta.

Durante el frío y sombrío mes de noviembre llegan a Imola las efusiones de los conversos. Todos quieren adelantarse en la traición a sus aliados. De Perugia, Siena, Camerino, de todos los focos de la rebelión llegan disfrazados de oficiales, de mensajeros y de confesores. Sin embargo, algunos rebeldes convertidos, que traen los mensajes de paz atacan al mismo tiempo a las tropas de César. Pero ningún «condottiere», ni aun aquellos que secretamente tratan todavía de asaltar el castillo de Borgia, sale de la presencia de César sin ser consolado. El duque se sorprende de la ingenua credulidad de estos generales, avezados a todos los crímenes. ¿No se ocultará detrás de esto una malicia, más grande que la suya?

César desea sin pérdida de tiempo corromper a esa gente, y por eso quiere en absoluto que se le crea. Quiere demostrar a los enemigos que no se equivoca, que confía en ellos, y por eso no sólo los estrecha contra su corazón, sino que les dice:

—No quiero ante los que no creen en palabras huecas, emplear ninguna de ellas. Conquistadme nuevamente a Urbino. Las nuevas hazañas pueden sepultar las antiguas traiciones, y la nueva confianza se fomenta con el trabajo y los intereses comunes.

¡El tratado de paz entre César y todos los rebeldes es perfecto! Los insurrectos se comprometen a reconquistar para César todos sus antiguos dominios, permitiéndoseles retener sus propios territorios, los que poseían antes de la rebelión. Entre ellos y César se firma una alianza defensivo-ofensiva.

Este tratado de paz inspira miedo a Nicolás. ¿No se habrán aliado los «condottieri» y César contra Florencia? «Todo habla aquí de la paz —escribe— y todo es preparación para la guerra.» Pero ¿la guerra contra quién? Y trata de averiguarlo del mismo César.

El duque rechaza categóricamente la idea de atacar a Florencia ni aun permitir a Vitellozzo y Orsini sus viejas maniobras contra Toscana. Al mismo tiempo César cambia su tono de hablar: éste se convierte en enérgico. Como hasta ahora su situación no era muy brillante, afirma a Nicolás intimidado, no quería hacer a la Signoria grandes promesas, pero ahora, dice, «estoy en condiciones de hacerlo y por eso pondremos fin a las generalidades, a las aseveraciones que nada dicen. Amistad, no en general, como Florencia desea, sino en particular para fines inmediatos. Me siento burlado por la Signoria, ésta es mi vecina y ha de saber si yo puedo hacerla algún bien».

—Florencia — prosigue diciendo César — toma a todo el mundo como «condottiere» a sueldo, menos a mí. ¿Por qué no pone Florencia a mi disposición un ejército y al mismo tiempo no firma una alianza conmigo, prometida desde hace mucho y siempre retardada? En cambio yo estoy dispuesto a reconquistar Pisa y al cabo de poco tiempo a aniquilar a Vitellozzo.

—Imposible — contesta Maquiavelo — porque Vuestra Excelencia no es un simple «condottiere», con el que se pueda hacer un contrato de arriendo de servicios, sino el señor más poderoso de toda Italia. Las alianzas se basan en las armas. ¿Cómo podría Florencia entregar a Vuestra Excelencia las armas y al mismo tiempo hacer un pacto con V. E.? Por lo que se refiere a Vitellozzo, Vuestra Excelencia acaba de firmar precisamente con este hombre un tratado perpetuo.

A esta última objeción César ordena que se le conteste a Maquiavelo, por medio de su secretario:

—Es ridículo tomar en consideración este convenio de paz, pues hasta los chicos se ríen de él. Vitellozzo y Orsini son dos serpientes venenosas de Italia, y existen miles de medios para anular este tratado. La Signoria tiene que enviar un embajador con plenos poderes, porque no conviene hacer las cosas por escrito ni tener que pedir continuamente instrucciones a Florencia.

Maquiavelo está asustado y su paciencia ha llegado hasta el límite. Desde hace dos meses se encuentra en Imola y de súbito se cierne un peligro gigantesco. Teme que la Signoria, engañada por la inactividad y las dificultades de César, no pasará por alto la catástrofe. Nicolás no recibe nuevas instrucciones, no tiene ya más que decir a César y tampoco es ya recibido por éste. «Ante semejantes hombres permanecer callado es horriblemente peligroso», piensa Maquiavelo, y aunque las escapatorias tienen un límite, propone a la Signoria una estratagema. No hay que seguir irritando a César con su indecisión; Florencia debe obrar como si se armase para César; después se puede hacer que la opinión pública no se entere, y también no sería difícil abultar ante César los preparativos, «pues éste no tiene posibilidad alguna de fiscalizarlos».

El día 11 de diciembre el duque y el ejército abandonan Imola. Maquiavelo los sigue a caballo, aunque no sabe a dónde van, pues nadie en el campamento conoce el objeto del viaje: solamente se oyen conjeturas. «Hasta los Íntimos amigos hacen castillos en el aire», informa a Florencia. El ejército avanza despacio por los caminos y senderos angostos cubiertos de nieve y hielo. El misterio de esta marcha deprime a Nicolás y las muchas e interminables horas de camino dan tiempo para que vayan tomando cuerpo en su mente diversas sospechas sombrías. ¿Se dirigen contra Venecia o contra Florencia? El recuerdo de algunas frases habidas en sus conversaciones con César en Imola acelera el ritmo de su corazón. Sí no temiese aparecer como un loco metería espuelas a su caballo y se adelantaría hacia Florencia. Pero ¿qué podría decir de nuevo a la Signoria que no lo hubiese ya escrito varias veces?

Después de diez días el ejército descansa en Cesena. Todavía el duque no sabe qué rumbo tomar.

En Cesena de repente suceden cosas extraordinarias. Desde esta ciudad César cita a sus nuevos viejos amigos, Vitellozzo, Orsini y Olivretto. Los actores principales de La Magione tienen que conquistarle la ciudad de Sinigaglia. Ahí se reunirá con ellos para tomarles juramento de fidelidad. Sinigaglia se halla situada a orillas del Mar Adriático, en dirección opuesta a Toscana. La pesadilla de Nicolás desaparece. Pero nuevas incógnitas perturban sus días y al mismo tiempo los colman con creciente interés. César ha despedido a las tropas francesas que le habían acompañado

hasta ahora —¡una medida completamente inexplicable!—. El duque se empeña en demostrar la debilidad de sus fuerzas para conquistar, pues lo considera lo principal, la confianza de los que están con Vitellozzo. Así, pues, rodea a su ejército de un desorden hábilmente manejado, no preocupándose más del bagaje, y no da importancia al hecho de que sus soldados se alejen del ejército, habiendo cada día más desertores que roban por todas partes en la región. Los espías informan continuamente: el ejército del Papa se debilita cada día más y pronto dejará de existir.

De Cesena el duque marcha hacia Fano y a unos veinte kilómetros de Sinigaglia recibe la noticia de que esta ciudad ha capitulado, resistiendo solamente aún el fuerte de la ciudad. Borgia comunica a Vitellozzo que al día siguiente entrará el ejército del Papa en la ciudad y con la artillería atacará la fortaleza. Pide, por tanto, que se haga lugar para su ejército y que las tropas de los «condottieri» acampen fuera de la ciudad, a lo que todos los capitanes obedecen, menos Olivretto. Al mismo tiempo César envía a los Orsini y a Olivretto su saludo fraternal invitándoles a su recepción y a una gran fiesta en la Alcaldía. El 31 de diciembre de 1503, una mañana sombría, todo el ejército de César se halla delante de Sinigaglia, donde se había citado con sus capitanes, los que desde hacía una semana se habían puesto en camino. César había dado las más detalladas órdenes de cómo sus tropas habían de dividirse y ocultarse y con puntualidad matemática había hecho todos los preparativos. Durante varios días y noches en vela había vigilado estos preparativos, conservando maravillosamente el secreto. Ahora están ante las puertas de la ciudad diez mil infantes y dos mil soldados de caballería del ejército del Papa, los cuales entran en Sinigaglia. El duque en medio de séquito y guardia espera a los «condottieri». A su encuentro vienen: Pablo Orsini, el duque de Gravina-Orsini y Vitellozzo. Apenas los capitanes se han aproximado a la escolta de César, cuando ésta les hace solícita y respetuosamente lugar al lado del duque, quien los saluda cordialmente — ¡pero los «condottieri» ya no salen del grupo! — César ve que falta Olivretto y hace una señal a su ayudante Don Michele. Éste a toda prisa va a caballo en busca de Olivretto, el cual se encuentra en la plaza del mercado ejercitando sus tropas. Amistosamente Don Michele le pregunta por qué no va a saludar al duque, y además le indica que debería él enviar en seguida sus soldados a sus cuarteles, pues de lo contrario éstos podrían ser atacados por las tropas del duque, y es lógico que ningún incidente debe ocurrir en tan hermoso día de paz y reconciliación. Olivretto imparte las órdenes necesarias y se va con Don Michele al encuentro del duque. Como los otros, también Olivretto es hecho prisionero.

Un cuarto de hora después que César se apoderó de sus «condottieri», entró junto con ellos en la Alcaldía y los hizo encadenar, mientras que sus soldados penetran con ímpetu en los cuarteles de las tropas de Olivretto, quienes nada sospechaban. En un momento todo fue destrozado, los soldados asesinados y la ciudad saqueada. A toda prisa envía Maquiavelo una esquela a Florencia: «El duque apenas entró en la ciudad, detuvo e hizo prisioneros a los Orsini, Vitellozzo y Olivretto. La ciudad fue saqueada. Reina confusión. Ahora son las tres de la tarde y todavía no he encontrado a nadie para enviar estas líneas. En la próxima carta les contaré detalles. Según mi opinión mañana temprano los prisioneros ya no estarán con vida».

Maquiavelo no se había equivocado. Aquella misma noche Vitellozzo y Olivretto sentados sobre dos sillas, espalda contra espalda, fueron estrangulados con la misma cuerda. Los dos Orsini aparecieron asesinados unos días más tarde.

Desde su habitación Nicolás oye el trote de los caballos de la guardia de César que se empeña por detener el pillaje de sus propias tropas, y los gritos aislados, el toque de trompetas y el humo obligan a Maquiavelo a cerrar la ventana. Sin embargo, el florentino vence el cansancio y la excitación y se calma escribiendo, sin cesar en su tarea hasta haber descrito todos los pormenores del día. Califica de frío este 31 de diciembre, «considerándolo de todos modos muy raro y extraordinario».

Es la traición más grande que jamás había de ver Nicolás personalmente. Y no solamente el espíritu, sino también la técnica de la falsedad, consciente de sus fines, su habilidad, su elegancia lo llenan de admiración; y sólo entonces, por virtud de este acto, entiende lo acaecido en las semanas precedentes a César y su ejército. Esta noche Maquiavelo se cree muy cerca del duque; pero la noche no había terminado para él, pues cerca de las dos de la madrugada Borgia lo llama. La malquerencia de César hacia Florencia ha desaparecido; el príncipe recibe a Maquiavelo radiante de dicha y maravillosamente excitado:

—Maquiavelo — le dice —, hasta ahora no podía revelarte lo que me proponía, cuando te afirmaba que soy un amigo de Toscana. Os he librado de los enemigos más peligrosos. Para deshacerse de Vitellozzo y de Orsini, la Signoria hubiese sacrificado doscientos mil ducados, y aun así tampoco lo hubiera logrado tan completa y rotundamente como yo.

Pero el duque no se detiene en cosas pasadas, y el asesinar, acaecido hacía apenas dos horas, pertenece ya al pasado. Quiere abandonar Sinigaglia al día siguiente, «lo hubiese hecho ya hoy, dice, pues la Rocca se ha rendido, y si me quedo es para poner fin al pillaje». César estudia ahora las consecuencias del hecho, pues si no se hace todo no se logra nada. Tiene dos enemigos todavía: el duque de Urbino y Pandolfo Petrucci en Siena. Es cierto que el duque de Urbino se halla expulsado de sus dominios y de su ciudad, pero vaga como fantasma hostil a Borgia, y ahora se encuentra en Toscana: la Signoria debe entregarlo.

—Excelencia — contesta Maquiavelo a pesar de la alegre disposición de ánimo que une ahora a estos dos hombres —, nuestra dignidad no nos permite tal acción. Florencia nunca entregará a un refugiado.

—Maquiavelo, hablas muy bien — le contesta el duque sin extenderse más sobre este asunto —. Pero en lo que se refiere a Petrucci, tenemos que obrar juntos sin demora. Petrucci es el cerebro de la rebelión que iba contra nosotros. Sigue siendo un enemigo peligroso, es inteligente y rico, y seguramente reunirá los restos dispersos de nuestros enemigos, pues él es el que proveía de dinero a Vitellozzo contra Florencia. Y Florencia puede y debe vengarse, pues el que no se venga, merece ser ofendido nuevamente. Entiéndeme bien: Siena es aliada de Francia; no quiero en absoluto tomar a Siena, sino solamente aniquilar a su soberano Petrucci. El Papa negociará con éste y lo tratará paternalmente. Pero esto no debe engañar a la Signoria: es solamente una medida de precaución; pues yo, mientras tanto, procederé contra él. «Créeme, Maquiavelo, es muy agradable el poder engañar a Petrucci, a este maestro de la traición.»

Únicamente a la madrugada Nicolás logra acostarse, pero sólo por unas cuantas horas, pues el ejército emprende de nuevo la marcha. Maquiavelo comparte su vida y describe sus dificultades. Este ejército se mueve con una velocidad desconocida en Italia. No tiene cuarteles de invierno y recorre centenares de kilómetros en pocas semanas. Nicolás escribe todas las noches después de cada penosa jornada a caballo, y recuerda insistentemente a la Signoria que debe felicitar al duque. A César le apasionan las felicitaciones, y quiere que el acto de Sinigaglia haya tenido una justificación moral ante todo el mundo. A este fin, pocas horas después del asesinato, envió a los Estados de Italia y a los soberanos de Europa una descripción de los acontecimientos. Todas las medidas que los «condottieri» asesinados habían tomado, por orden de César, son tergiversadas por éste con perfidia: «So pretexto de conquistarme Sinigaglia, los traidores habían acumulado el poderío de sus tropas ocultándolas en los castillos vecinos. Durante la noche de mi llegada tenían proyectado atacarme junto con la guarnición de la Rocca». Y no solamente Maquiavelo, sino toda Europa cree esta afirmación. Luis de Francia felicita a César por su acto, «digno de un antiguo romano». El historiador Giovio lo califica de «hermosa traición». La duquesa Isabel Gonzaga, muy conocida por su devoción, envía a César, como señal de su admiración, cien hermosas caretas para el carnaval. Sólo los probos padres de la Signoria se hacen los puritanos, con gran temor de Maquiavelo. Es cierto que le encargan felicite en nombre de Florencia al duque, pero le recalcan sea muy moderado en sus expresiones, y ante todo subraye que la Signoria supone que los muertos habían sido realmente culpables. «Entre nosotros, creemos, que todo lo que ha pasado no se compadece con el honor y buena fe.» Pero a Nicolás estas instrucciones le parecen completamente incomprensibles, y está decidido a no cumplirlas. Al día siguiente queda libre de esta preocupación, pues la Signoria le envía una nueva carta en la que se le manifiesta que los señores «de los Diez» han reflexionado de nuevo y creen que Nicolás debe expresar al duque su mayor admiración y agradecimiento de los florentinos por haber aniquilado a enemigos tan peligrosos.

César agradece estas expresiones y aclara detalladamente a Maquiavelo, en su última audiencia, que te es necesario aparecer como lo es en realidad: ¡como el restaurador del derecho! Para él el que la Signoria proclame en voz alta esta verdad es aún más importante que la ayuda militar. Quiere que en las ciudades conquistadas reine la paz y la tranquilidad, y por eso no deja volver a Perugia 3 los enemigos desterrados porque estos emigrados ansían la soberanía de la fuerza. «Y no

derribo a un tirano para abrir las puertas a diez tiranos nuevos. Mi concepción del gobierno, en esta forma, es la cansa de que algunas ciudades se levanten contra mí. Si no se cree en mi palabra, como en Siena, entonces llevo la artillería ante las murallas de la ciudad.»

Los dos se separan pronunciando discursos de paz y de justicia, sobre la situación imperante y las nuevas formas de la soberanía. La Signoria ahora más que nunca se decide a no hacer ninguna alianza con César y, para ocultar su propósito, sigue el consejo insistente de Nicolás, llama a éste de vuelta y envía un embajador extraordinario, Jacobo Salvati, miembro de las principales familias de la República.

Durante los tres meses y medio que Maquiavelo permaneció junto a César, poco pudo lograr para Florencia; pero durante ese tiempo pulsó tan bien el corazón latente del poder como nunca lo hiciera ni antes ni después.

EN ROMA

Maquiavelo se había casado con la florentina Marietta Ludovico Orsini, poco antes de ser enviado a negociar con César Borgia. De buena fe prometió a su mujer ausentarse por sólo siete días. Sin embargo, pasaron varias semanas y Nicolás no había regresado aún a su casa. Marietta llevaba clavada en el corazón su promesa e insistía en su cumplimiento, como si fuese una obligación. Él no la consolaba ni con un fingido recuerdo, le hacía llegar noticias sólo por intermedio de amigos y no le escribía ni una palabra. La impotencia, el recuerdo, la impaciencia y el aburrimiento la exasperaban cada día más. La larga espera desfiguró para ella la imagen de Nicolás. A la tercera semana de su partida se sentía ya completamente abandonada y no ocultaba su dolor, sino que, por el contrario, daba rienda suelta a sus lágrimas. Al poco tiempo todos los vecinos y amigos conocían su pena: su marido se divierte al lado de ese monstruo, el príncipe de todos los vicios — comentaban — y se olvida de su joven esposa.

Marietta no sabe ya qué hacer y va casi diariamente a la Signoria, para informarse sobre su esposo en la oficina de la segunda cancillería. Los escribientes se alegran de estas visitas, y gustosos compadecen a una mujer joven. Mas cuando Marietta abandona la oficina, hacen innumerables comentarios ambiguos. Todos ellos se muestran muy curiosos del matrimonio de Maquiavelo, el cual relata tan descaradamente sus aventuras amorosas. Blas Buonaccorsi grita a sus colegas que no se mezclen en los asuntos de Maquiavelo. Porque Blas no solamente es el amigo de Nicolás, sino también el confidente de Marietta. Es su paño de lágrimas. Pero debe actuar con diplomacia entre marido y mujer: consolar a ella y servir a él; porque él, y no Marietta, procura todo lo que Maquiavelo necesita de Florencia y no puede pedir a la Signoria: libros, comentarios y trajes. Y Nicolás siempre ha sido muy libre en el pedir. «Sois fastidioso — le escribe Blas — con vuestras continuas exigencias.» Buonaccorsi ha encargado para su amigo una costosa edición de Plutarco, en Venecia, y ahora debe en seguida hacer confeccionar un traje por el mejor sastre de la ciudad. Marietta se entera de la correspondencia secreta y de los gastos secretos de su marido, originados por la esposa de Blas, Alejandra. Marietta está desesperada. Arrebatada por su dolor, cree descubrir siempre nuevos adulterios. Nicolás dispone de su modesta dote y la deja en Florencia sin dinero; es un derrochador infiel a su costa. «He entregado — dice a Blas — mi cuerpo y mis bienes a un indigno.» Quiere huir, abandonar la casa de su esposo, y parece estar inclinada a buscar consuelo al lado de un joven florentino, que tiene la ventaja de encontrarse presente. Blas comunica esto a Nicolás, pero éste no quiere hacer caso del aviso. Sólo Alejandra calma el enojo de Marietta y le hace desechas sus ideas de venganza. Ambas mujeres entablan una estrecha amistad. ¡También Alejandra tiene sus preocupaciones con Blas! Y para poderse quejar libremente ambas esposas permanecen juntas todo el

día, y de esta manera desahogan sus enojos hablando y consolándose mutuamente. El tema de las conversaciones se lo proporcionan no solamente las inclinaciones pecaminosas de sus maridos, sino todos los asuntos de familia de la segunda cancillería. Estas mujeres de empleados se convierten en molinos de viento de la Signoria, los cuales muelen todos los rumores..

Pero Marietta se siente segura ahora en medio de sus inquietudes. En el fondo, es una mujer aplicada, fiel y valiente, y ahora aprende de mala gana la paciencia que debe tener la mujer casada. Como es lo natural en semejantes matrimonios, Marietta debía más a menudo participar de las continuas preocupaciones de su esposo que de sus raras alegrías. Al principio se rebela contra este destino, pero pronto esto llegará a ser para ella una cosa natural,

La misión de Maquiavelo, que se prolonga tanto tiempo, y por la cual Marietta se desespera, le había convertido en un hombre conocido en el círculo de la Signoria y de las familias distinguidas. Algunas frases de sus informes, conocidas por alguna indiscreción, hablaban en su favor en toda la ciudad. Su nombre adquirió de súbito importancia. Se le menciona con más frecuencia en relación con Borgia. La curiosidad, la comezón miedosa, la sensación despertada por César, favorecieron a Nicolás. Los florentinos le envidiaban, porque él pudo permanecer vivo durante meses cerca del hombre que pasaba por ser un monstruo. Es cierto que no adelantó en la graduación administrativa, pero sí en el respeto de la gente de importancia. El «gonfaloniero» y el jefe de la primera cancillería hablaban con entusiasmo de las legaciones de Nicolás. En general, se piensa en Maquiavelo como en un empleado que hará carrera. Pero precisamente esta creencia encendió la hostilidad de sus colegas. A sus espaldas se entabló una lucha de críticas y rumores contra sus éxitos. Su escritorio desocupado provocaba envidia en la oficina. Cada vez que los empleados debían trabajar en las actas de la competencia de Nicolás, temblaban por lo más sagrado que poseían: ¡Por su pereza! Trataban de perjudicar a Maquiavelo con sus habladurías, se empeñaban por despertar desconfianza en el Consejo de los Diez, y cada vez que la vida de la oficina era sacudida sobre rebaja de sueldo o despidos, propalaban por todas partes que a Maquiavelo le alcanzaba esa medida. Por eso Buonaccorsi le suplica que regrese. Todos los días quiere Nicolás partir para Florencia, pero las órdenes insistentes de la Signoria lo atan a César.

El día de su regreso a Florencia, enmudecen todas las intrigas, y todos los escribientes de su cancillería sonríen al recibir a Nicolás. Lo rodean y lo felicitan, le instan a hablar, porque creen que posee todos los secretos de César.

Sin embargo, aunque Maquiavelo puede contar mucho acerca del príncipe, la Signoria, dice Nicolás, sabe más acerca de la situación política en general. Durante su ausencia, el rey de Francia se ha alejado cada vez más de César, y en secreto se ha animado a entablar un pacto contra Roma. César quiere, con la ayuda del emperador Maximiliano y de España, llegar a ser rey del centro de Italia. Pero Luis de Francia está dispuesto a oponer a esta ambición una fuerza armada.

Florencia se siente protegida por los nuevos ejércitos franceses que llegan a Italia. La misión de aquella ciudad parece que es sentir por completo la dicha de vivir. Su voluntad optimista borra en ella todo recuerdo político-militar. Hace poco Florencia temblaba todavía por el estado permanente de alarma. En los cortos períodos que median entre los peligros inmediatos los florentinos quieren sentir la plenitud pacífica de la existencia. Sin caer en la demagogia de Lorenzo, sin dedicarse a fiestas diarias para aturdirse, la Signoria hace lo posible por que resurja el encanto y el brillo del tiempo de los Médicis. Ella quiere demostrar que todo ese esplendor y alegría de vivir son los frutos indestructibles de la orilla del Amo, y que no necesitan la protección de ningún soberano absoluto.

De nuevo se concentran las miradas, como en los tiempos de Lorenzo, sobre los monumentos, castillos y fiestas; de nuevo produce el goce los efectos más generales.

En las claras noches de primavera los señores del poder abren las moradas del gobierno e invitan a todo el mundo. Toda la ciudad se convierte en un palacio y en un jardín. Los palcos son ornados con flores e iluminados con antorchas. Los hombres y las mujeres se visten de terciopelo rojo, de carmesí, de satén azul, de violeta, de damasco, de plata y oro. A la Signoria le gustaría que los ciudadanos gozasen de la vida también fuera de las fiestas oficiales. A los hogares de los más distinguidos la Signoria manda en los días de fiesta solemnes, o familiares sus cubiertos de plata, sus alfombras y sus músicos. La riqueza obliga a los patricios a celebrar orgías generales. Cuando se terminó el palacio de los Strozzi, cuya construcción había durado diez años, el propietario celebró en sus jardines una fiesta en honor de la belleza para todos los ciudadanos. «Toda la comida que se servía — escribe un huésped — se presentaba con un

animal de la misma especie en un carro de triunfo o sobre una gran fuente de plata. Y los músicos escoltaban a los pajes.»

Junto con los representantes de la corporación de lanas, cuya riqueza le permitía ayudar con el fondo de sus cajas a las fiestas públicas, a la escultura y a la pintura, la Signoria delibera para encontrar un lugar para el gigantesco David, de Miguel Ángel. Sandro Botticelli, Leonardo de Vinci y Pedro Pempino se apersonan en Florencia para las discusiones definitivas. Delante de las puertas de la Signoria se encontraba hasta ahora la estatua de Judit. El representante de la ciudad cree que Judit no es la figura apropiada para defender las puertas de la soberanía. «Porque nuestros emblemas son la cruz y el lirio — arguye —, y no está bien que se encuentre allí una mujer que ha matado a un hombre. Tal vez por esta causa hemos perdido Pisa.» En lugar de Judit debe hacer guardia el gigante de Miguel Ángel. La Signoria se siente obligada también a dar trabajo a Leonardo, que acaba de terminar precisamente el retrato de Monna Lisa. Éste recibe el encargo de cubrir con pintura las paredes del Gran Consejo. En aquel invierno llega a Florencia también Rafael para pedir trabajo.

Los florentinos, que se alegraban del mundo por encima del mismo mundo, lo cual no significa, sin embargo, el otro mundo, odiaban la guerra. Por eso les fue suficiente un momento de quietud, aparente y superficial, para creer que aquélla era la quietud eterna. La carencia del instinto guerrero es la tradición de su cultura plutocrática y noble. Las ricas corporaciones de lanas, de bancos, de géneros, que gastaban tanto dinero en el embellecimiento de su territorio, se oponían a sacrificar algo por la defensa de este mismo territorio. «Unas cuantas decenas de años antes — escribe Maquiavelo, contra los millonarios florentinos —, cuando el emperador de Bizancio vio a Constantinopla amenazada por los turcos, pidió, sin resultado, ayuda económica a los ciudadanos ricos para armarse contra el peligro. Cuando después empezó el sitio, los ciudadanos, que oían tronar los cañones del enemigo delante de sus muros, vinieron a ver al emperador, cargados de dinero. El monarca los echó afuera, diciéndoles: *¡Váyanse y mueran con su dinero, por no haber querido vivir sin él!*» Sin quererlo, la Signoria tenía que luchar contra la aversión de los ricos y pacíficos a pagar los impuestos, que necesariamente caerían sobre la espalda de los débiles. El «gonfaloniere» Pedro Soderini encontró en Nicolás su mejor ayuda en esta lucha. Como empleado de la administración, Nicolás no tiene derecho a hablar ante el Gran Consejo; pero compone los discursos para el «gonfaloniere». Nicolás expone el problema de los impuestos no con rigor financiero, sino en forma tan lógica como simple. Pregunta a los florentinos: ¿Quieren ustedes o no la independencia de su ciudad? Intenta curar a los ciudadanos de lo que es pura fantasía política. Quiere hacer lugar en sus conciencias para la realidad. «Abandonen imaginativamente su ciudad y examinen la situación de toda Italia — escribe en un discurso —: verán sólo fuerzas hostiles. Ustedes dependen de Francia y están amenazados por Venecia y el Papa. Ustedes confían en la alianza con Francia y no quieren armarse ustedes mismos. Pero, para que esa palabra se cumpla, no deben aparecer livianos como una pluma en el platillo de la balanza de Italia, sino que deben procurar el mayor peso posible. En el orden privado las leyes son las que cuidan el cumplimiento de las obligaciones y de los convenios; pero entre los Estados, sólo son las armas. A todos los que son más fuertes que nosotros, los que son capaces de vencernos, debemos considerarlos en nuestros corazones como enemigos, aunque en este momento seamos sus aliados. No han pasado todavía tres meses desde que la vida de Florencia, a consecuencia de las amenazas de César y de su paso a través de nuestro territorio, y como resultado de las rebeliones, se encontraba pendiente de un hilo. En aquel tiempo, cuando ustedes veían arder las provincias, cuando veían saquear las ciudades, estaban dispuestos a pagar lo que antes no querían pagar. Las bases de la soberanía son el poder y la precaución. No tienen que olvidar ni el uno ni la otra.»

Desde su escritorio Maquiavelo trata de inspirar a todos los alcaldes y comisarios de la República el mismo espíritu que expone en ese discurso. Teme lo que más responde a la situación de Italia en general y a la impotencia de Florencia en particular: ¡la trágica sorpresa y conmoción!

«A pesar de todos los convenios — escribe a un empleado de gobierno que se encuentra en la frontera —, no se debe cerrar los ojos. No olvide usted: la marcha general de las cosas es casi siempre opuesta a la que uno espera.»

La nueva perturbación, esperada por Nicolás, llegó de Roma y de Venecia al mismo tiempo. El Papa Alejandro VI ha muerto, su hijo César yace postrado, enfermo; ahora, cuando todo depende de la prontitud e intrepidez de sus decisiones, gime en su cama, impotente y cubierto de sudor, y ve febril cómo cada hora que pasa lo aleja siempre más de su autoridad, de su poder, de sus fortalezas y de sus territorios.

«Todo, todo — se queja — lo había previsto, menos el que, a la hora de la muerte de mi padre, estuviese enfermo de muerte e incapaz de moverme.»

Venecia, unos días después de la muerte de Alejandro, intenta, con sus propias armas, con «condottieri» supuestos o con revueltas internas, ocupar las ciudades de la Romania, las más cercanas a sus fronteras y las cuales, gracias a César, obedecen al Papa.

Por eso Florencia teme y odia a Venecia. La envidia de los comerciantes florentinos contra los concurrentes venecianos, que están por ocupar Faenza y Rimini, oscurece para estos pacíficos habitantes de Toscana el cielo de su patria. Ya que el peligro amenaza a las mercaderías, ven la suerte hostil y suscriben con amargura de corazón un empréstito para la ciudad. La Signoria, por la excitación general, tiene que obrar con rapidez. Nicolás trabaja en su oficina como el teniente general de la intriga contra Venecia. Se trata de llevar una lucha oculta contra la República de los canales por medio de las rebeliones internas y por los «condottieri» discretamente apoyados. Maquiavelo sabe que Florencia sola no dispone de los medios necesarios para oponerse a la penetración de Venecia en la Romania. La Signoria quiere por lo menos, si no con armas, con dinero e intrigas, con-quistar Forli, la puerta de acceso de la República de los canales a Florencia.

Los florentinos tienen un partido en Forli y mantienen allí ocultamente a un «condottiere»; pero la Signoria no quiere que César se entere. Por otra parte, desea el apoyo y la simpatía de los habitantes de Forli contra César y Venecia. Por lo tanto tiene que declararse abiertamente contra Borgia, pero al mismo tiempo a favor de Borgia y contra los habitantes rebeldes. Esta cuadratura del círculo de mentiras no es problema insoluble. Es necesario dar a cada partido la seguridad de que lo que se habla en público sólo se dice aparentemente, y que se actúa en forma completamente distinta. «Hay que obrar con una habilidad extraordinaria — escribe Maquiavelo a los agentes florentinos — y ocultar el engaño en tal forma que ninguno de los partidos combatientes lo note.»

Florencia trabaja como un puesto avanzado contra Venecia. En Roma se encuentra el centro de gravedad de los acontecimientos. La pretensión de Venecia: reinar como la heredera territorial de Borgia, no puede ser decidida en la Romania misma ni tampoco puede decidirlo Florencia por sí sola. El sucesor de Alejandro, el anciano Papa Pío III, dejó todo en suspenso durante su reinado de tres semanas. Pronto celebrará reunión el Conclave para elegir nuevo ocupante del trono de la Cristiandad.

Se le encarga a Nicolás proseguir en Roma, como mandatario de la República, el trabajo contra Venecia, que él ha realizado durante las últimas semanas desde su cancillería. Tiene que informar sobre el Conclave y estar a disposición del cardenal Soderini, el hermano del «gonfaloniere» florentino.

Maquiavelo va por vez primera a Roma. Para él, que desde que empezó a pensar ha soñado con lo antiguo, las ruinas significan sólo unos montones de escombros, el Tíber sólo un río de aguas sucias y las calles de las «Legiones Romanas» sólo unos caminos fangosos. El contraste inmediato entre el pasado y el presente, esa ciudad irregular y media hundida, esa mezcla de la nueva suntuosidad ordenada y la región salvaje abandonada, que ofrece Roma, no arranca a Nicolás ninguna exclamación ni le sugiere ningún pensamiento. Sus contemporáneos Erasmo, Lotero, Guicciardini, Ariosto, Aretino, Miguel Ángel, Leonardo de Vinci, Rafael, se sentían en Roma como ante el altar de los pueblos y de los tiempos. Ningún color del cielo, ningún monumento, ninguna biblioteca se les ocultó. Nicolás tiene prisa y exceso de trabajo, a pesar de las muchas semanas ociosas anteriores.

El día de su llegada, Maquiavelo va montado en una muía, acompañado por dos sirvientes; atraviesa el arrabal del Tíber, por la orilla del río, y pasa delante del palacio de los Papas en camino hacia la residencia del Papa, hacia el «Borgo» Vaticano. Una vez aquí se hace anunciar al Cardenal Soderini. Este clérigo y hombre de confianza de los florentinos describe a Nicolás los últimos días de Roma: la ciudad tiembla de inquietud, incertidumbre y miedo. Las bandas de los «condottieri» Baglioni y Aliviano están enfurecidas, como si nunca en su vida

hubiesen recibido la paga para los soldados. Es cierto que César es todavía el señor del palacio de los Papas, pero está rodeado estrechamente por los Orsini. Los Orsini, impulsados por su sed de venganza, se han convertido en perros rabiosos. Fabiano Orsini ha asesinado en plena calle a un oficial de César y con la sangre del mismo se ha lavado la boca y las manos. Asustados por los tumultos de los armados, el pueblo bloquea por completo las calles. Los almacenes están cerrados y los alimentos escasean. Es cierto que los cardenales están en desacuerdo sobre el sucesor de Pío III, pero todos declaran que no quieren empezar el Conclave bajo la presión de los «condottieri». Con estas circunstancias no se puede hablar con nadie en la Romanía acerca de la conquista de Venecia. Sólo cabe esperar hasta que el nuevo Papa suba al trono. Pero esto puede tardar semanas y hasta meses.

Después de la visita a Soderini, Maquiavelo es recibido por el cardenal d'Amboise, el ministro de Luis XII. D'Amboise, que espera de los florentinos dinero para una «Condotta» italiana, lo saluda muy amistosamente. El y Soderini allanan los caminos para Nicolás. Lo aclimatan a este ambiente vaticano, difícilmente penetrable para todo forastero, en esta mezcla de gran política y chismes locales. Todos los ambiciosos en Roma creen que se encuentran en el umbral de sus metas. Aquí zumba el clamoreo de la feria más grande de la vanidad europea. Nicolás trata independientemente, por Soderini y d'Amboise, de ponerse en contacto con los rumores generales y llegar a conocer la disposición del ánimo en general y de lo que ocultamente se maquina. Trata de conseguir nuevas fuentes de información, quiere conocer los verdaderos propósitos de los cardenales. «En general se dice — informa — que el cardenal Giuliano della Rovere será el Papa. Pero no hay que olvidar cuan variable es la opinión de los cardenales. Generalmente votan distintamente a lo que han prometido.»

Esta vez los príncipes de la Iglesia cumplen su palabra, con sorpresa de todos los diplomáticos y de los grandes ocultos. El Conclave, que hace subir a la silla de San Pedro a Giuliano della Rovere, dura sólo unas horas. ¡Ha sido la elección más corta en la larga historia de la Iglesia!

El nuevo Papa, de 62 años de edad, que se llamará Julio II, había vivido durante los últimos treinta años entre los más importantes sucesos políticos. Conoce el cambio de la fortuna a la desgracia. A menudo ha discutido como vencedor y a menudo como vencido. «Lo bueno y lo malo» ha sido experimentado por Julio hasta ahora. Reinó como un clérigo poderoso de la Campaña, amenazó a Roma desde Ostia y tuvo que huir después como desterrado. Vagó sin patria en el extranjero, llegó a ser un hombre poderoso en el campamento de Carlos VIII, de Francia, condujo ejércitos de este rey a Italia y apoyó los proyectos de Concilio, de Savonarola. Luego cayó en desgracia, para ser contado al poco tiempo nuevamente entre los primeros hombres de Francia. Pero, ante todo, della Rovere apoyaba la oposición contra Borgia. Julio ha aprovechado todas las ocasiones para perjudicar a Alejandro, pero ha sido suficientemente hábil para simular su reconciliación, cuando el rey quería llevar a su meta la política francesa en unión con Borgia.

En lo que respecta a las aficiones del cardenal, las alhajas le volvían loco, así como la vajilla y la buena mesa; era vanidoso en su vestimenta, y se preocupaba por las colchas de seda de sus camas.

Venecia, Francia, César Borgia, España y el Emperador ayudaron a su elección. Todos pensaban que Julio sería un instrumento fácil de manejar. Suponían que este hombre, consumido por una vida aventurera, gozaría, llegado al umbral de su ancianidad, contento y tranquilo de su potentado.

Pero el juzgar a un hombre, al que se ha ayudado a llegar al poder, basándose en su pasado, es a menudo, y también lo fue esta vez, un error que influye en toda una época. Porque el alma humana encierra, como dice San Agustín, secretos más profundos y más dignos de admiración que las olas enormes del mar, que la ancha corriente de los ríos, que el lejano círculo de los océanos y que las órbitas de los astros.

El cardenal Giuliano della Rovere se convirtió, desde la hora de su elección, desde el primer encuentro con el poder, en la figura culminante y dotada de genio del siglo. Su sentido acerca de la vida unía la fantasía de Miguel Ángel con el impulso guerrero, con el que quería levantar y forzar a todo el mundo a la altura de su tendencia.

Unos días después de su elevación, Roma volvió a ser una ciudad pacífica. Desprovisto todavía de todos los medios del poder, ordena paz a las fracciones. Julio, que no intimida a los romanos por ningún hecho cruel, por ninguna sentencia, es llamado, orgullosamente, por ellos, «El Terrible». Los romanos veneran en él a algo elemental, a lo cual nadie se opone.

Nicolás oye y advierte en Roma este entusiasmo e insiste en ser recibido por el Santo Padre tan pronto como sea posible. Las habladurías generales acerca de Julio no le dicen mucho. Él mismo quiere descifrar al hombre.

El Santo Padre le recibe en las primeras semanas del nuevo Pontificado.

La pasión anticlerical de Nicolás, que raya en manía, anula en él todo vestigio de temor delante de la tiara pontificia. No siente ante Julio ni la confusión, que experimenta toda persona cuando negocia por primera vez con algún extraño; confusión que lo excitó levemente delante de Luis XII y de César. Maquiavelo explica cómo Florencia está diariamente amenazada en la Romania por Venecia, y cómo lucha contra este peligro, como una servidora fiel de la Iglesia. Habla poco a favor de Florencia y mucho en contra de Venecia. Julio hace caso omiso de las aseveraciones de devoción. Ambos van en seguida al grano. Ambos aprecian que el peligro amenazador de la soberanía de sus países desde la república de los canales es grande. Para los territorios independientes de la península, Venecia es más peligrosa que cualquier poderío extranjero. Porque cuando conquista una ciudad, la vencida se convierte en su súbdita y no puede ejercitar su propia administración. Entonces la vencida debe amoldarse política y económicamente a Venecia. En cambio un poderío extranjero generalmente deja un resto de independencia local y administrativa.

En el sur de Italia luchan ahora españoles contra franceses. Su alianza con Francia ha dado lugar a las sangrientas batallas en las llanuras de Calabria. El estado de la Iglesia, en el primer acto de su formación, es completamente débil. No hay ninguna potencia que ahora pueda oponerse a los venecianos. ¿No subyugará la República de los Canales a toda la península? ¿Se convertirá en tan grande que, a costa de otras soberanías, creará la unidad de Italia? «El empezar de los venecianos —dice Nicolás—, o será una puerta que les abrirá toda Italia, o les acarreará su ruina».

En la sala del palacio del Vaticano la hora extraordinaria para la unidad de Italia encuentra a dos hombres que combaten furiosamente contra esta «Una Italia»: Maquiavelo, el profeta del futuro, el vocero elocuente de esta unidad, y Julio, el soldado, por la Italia libertada de los forasteros y de los «bárbaros». ¡Es tan limitada la acción de los hombres! Porque sus metas más sublimes son, en la mayoría de los casos, pretextos pasajeros de sus permanentes y primordiales impulsos sangrientos. Maquiavelo tiene miedo de que el Papa sea demasiado débil para oponerse con éxito a la acción iniciada por los venecianos: al principio de su soberanía el Santo Padre no solamente se encuentra despojado de todos los medios materiales, sino que está también atenuado por las promesas que, a pesar suyo, debió hacer para ser elegido, a los venecianos, a los españoles, a los franceses y a César Borgia. Maquiavelo no conoce todavía la decisión del Papa contra Venecia. Informa que no ha ahondado todavía suficientemente; por eso, sólo aproximadamente puede juzgar, por el momento, las intenciones de Julio. Insiste en que la Signoria le envíe los pormenores exactos sobre el proceder de los venecianos, recogidos en el mismo lugar de origen. Nicolás ha notado el carácter colérico del Papa y quisiera empujarlo, con miles de pinchazos, a la ira contra el enemigo común. Con las armas que le son propias, logra hacer saltar a Julio, el cual se sentía aliviado cuando injuriaba.

Nicolás entiende a sus contrarios, brindándoles temporalmente su amistad para los fines de su misión, y de esta manera entiende a los individuos más claramente, porque con esta aparente amistad puede sentir más profundamente las preocupaciones ajenas. Partiendo de los sentimientos más íntimos, cuya legitimidad y penetración no se encuentra en ningún documento diplomático, juzga las resoluciones políticas de los hombres. De la misma manera comprende también ahora el alma de Julio. Entiende la sinceridad de la ira del Papa y ya no tiene dudas acerca del carácter del Pontífice. «El corazón del Papa —informa Maquiavelo a la Signoria— late tormentosamente. Le impulsa con violencia hacia la acción. El Papa está decidido a conservar a toda costa la autoridad de la Santa Sede; está lleno de ambiciones y ansia la gloria.» Cerca de este Papa, Nicolás se educa en política mundial. Aprende en Roma cómo los países lejanos, impulsados por intereses, se unen y se desligan, cómo los pueblos van hacia una meta indefinida, y cómo el Papa utiliza

estos movimientos de los pueblos para salvar el Estado de la Iglesia. Maquiavelo informa que el Pontífice, impaciente, una vez disipado su primer enojo, puede esperar pacientemente sin dejar de abrigar su sentimiento de enemistad.

El Pontífice no es ningún «condottiere», ningún revoltoso. Busca para su acción una base más elevada. Él no quisiera aparecer clara y abiertamente como desleal a su palabra y mantiene cierta dignidad en todas las cosas. De buena gana deja actuar a las circunstancias en su lugar, se oculta detrás de las necesidades y sólo en el último momento es impetuoso y desconsiderado. No emplea ni el veneno ni el puñal: en lugar de eso aprovecha los vaivenes de Europa, como el marinero el viento del océano. Día y noche trabaja por la coalición, que llegará a feliz término en la *Liga de Cambrai*.

Pero Julio podrá encerrar a Véncela en el círculo de los intereses europeos, contradictorios, solamente si pudiera convencer a todas las potencias de sus propias intenciones defensivas. Por eso evita toda provocación; es cierto que amenaza abiertamente a Venecia con aliarse con todo el mundo, pero al mismo tiempo le ruega que desista de sus conquistas. «Nunca abandonaremos —contestan los embajadores de Venecia— las fortalezas de la Romania ya ocupadas. Antes sacrificaremos la última piedra de la República.» «Y yo — replica el Papa — renunciaré antes a la tiara que a la Romania.»

Estas dos voluntades firmes forman las dos riberas entre las cuales correrá el río de la política italiana de los próximos años.

Receloso, el Papa se preocupa por no dejar a la República de los Canales ninguna escapatoria fácil. Los venecianos afirman que si fueron contra las fortalezas de la Romania no lo hicieron con mal propósito contra el estado de la Iglesia, sino contra César Borgia, que conserva en su poder todavía algunas, ciudades. «El .. Papa —informa Nicolás— finge quedar convencido de la verdad de estas aseveraciones.»

César, que ayudó a Julio a alcanzar la tiara con la promesa en pago de permanecer en lo futuro, como antes» a las órdenes de su padre, como el capitán general de la Iglesia, recibe ahora, en vez de dicho nombramiento, la orden de desalojar las fortalezas. En desgracia por la enfermedad y por los golpes del destino de las últimas semanas, César cree que las promesas de otros serán más seguras que las suyas propias, y espera impaciente el nombramiento de «gonfaloniere». Al mismo tiempo proyecta miles de planes y al final no realiza ninguno. Pero entonces arroja su indecisión y declara que se apresuraría en seguida a ir a Tos-cana para luchar contra Venecia. Pero la Signoria se niega a concederle el derecho de tránsito. Maquiavelo comunicó esta solemne decisión al Papa y a César. Nicolás conoce la antipatía del Papa hacia su ayudante, hacía el príncipe. Y por eso teme que a Julio le guste ver a César bien lejos de Roma, y que él quiera endosar este hombre peligroso a otra ciudad. ¡Hasta el Vaticano ha escrito en este sentido a Florencia!

El Pontífice recibe bien dispuesto a Nicolás, escucha atentamente las razones de la Signoria y se calla. Nicolás sigue hablando y el Papa sigue mudo. Maquiavelo mira extrañamente a su alrededor y queda cohibido al comprender que —cosa inverosímil— está monologando. Nunca ha tropezado hasta ahora con mutismo semejante. Mira interrogativamente a los ojos de Julio, y el Pontífice inclina la cabeza en señal de aprobación imprevista. Después lo despide muy amistosamente. «La inclinación de la cabeza del Papa —informa Maquiavelo completamente excitado a la Signoria— fue para mí un indicio de que Julio está conforme.» El Papa busca a alguien que no esté atado con promesas y pueda dar a César «la coza del borrico».

Al salir de las habitaciones de Julio, Nicolás se dirige hacía César, quien vive al lado del Vaticano. Maquiavelo sabe que el príncipe es ahora un ser impotente. Que sea asesinado en seguida o se quede con vida, es indiferente. Todos los días se aproxima más a su fin, visible para todos. Sólo la campaña de la Romania, la campaña hacia las fortalezas, hubiese proporcionado a César nuevas posibilidades de resurgir. Pero este camino se lo cierra la Signoria. El insignificante escribiente de la segunda cancillería tiene en sus manos la sentencia contra su ídolo del año pasado, contra el estrangulador de su patria. César se cree indispensable en la lucha contra Venecia y recibe a Nicolás con una expresión acogedora. Inmediatamente el florentino le comunica la resolución de la Signoria. El príncipe salta de su silla y grita a Nicolás en el rostro todas las amenazas que se le ocurren. Aunque sea con el diablo de compañero, irá en seguida a Pisa para enseñar a todos los enemigos de la Signoria el camino más seguro hacia el

triunfo, y se venderá a los venecianos por un plato de lentejas. Habla confusamente, después deja a un lado las injurias y trata de convencer. Habla largamente, y su empeño por no demostrar perdido el orgullo es muy débil. Nicolás intenta tranquilizarlo. Un sentimiento, nacido de pena y compasión, le hace insoportable esta última hora con César. Por fin encuentra un momento apropiado para despedirse correctamente.

La situación actual de César no borra el pasado en la conciencia de Maquiavelo. Sabe cómo era el príncipe: sobrio cuando la suerte le favorece en exceso, descifrador de los misterios, mudo en los momentos del poder y un maestro de la virtud. Esta es la imagen de César que Maquiavelo conserva en su corazón, y este monumento se descubrirá en todo el futuro.

César se convierte en el prisionero de Julio y logra huir a Nápoles.⁶

Desde Florencia, Nicolás recibe las lágrimas entusiasmadas y agradecidas para el Papa. Los informes de Maquiavelo, que no comparten en nada esta alegría, desengañan a la Signoria. «Se divierten a vuestra costa —le escribe Buonaccorsi— al ver que no queréis apartaros de César, y algunos creen que todavía esperáis de él una propina.»

Mientras los florentinos tenían miedo a César, Nicolás describía a la Signoria detalladamente lo que la experiencia le había enseñado acerca de los objetivos de! príncipe. Pero ahora nadie quiere creer ya en el pánico de los años pasados. La moral del farmacéutico florentino celebra su desquite, y Nicolás . escribe, para no perder completamente su autoridad en su tierra, tan diligente como escabrosamente, contra el príncipe, y opina, que el Todopoderoso hará expiar a César todas sus monstruosidades, y lo llama «Ladrón de la Iglesia».

Todas las circunstancias se aúnan para .hacer más difíciles a Nicolás sus días en Roma.

Buonaccorsi le repite siempre con más insistencia que esta vez intrigan no solamente sus compañeros de oficina, sino también los señores importantes del Consejo de los Diez que dejan caer algunas palabras maliciosas. Maquiavelo teme por su empleo. Y precisamente ahora no debe perderlo, porque Marietta ha dado a luz un varón. Escribe ella con mucho cariño acerca de su hijo que tiene sus ojos «negros como terciopelo», y como única herencia la sonrisa de su padre. El hijo no sólo aumenta su pobreza sino también su inseguridad en el extranjero. Cuanto más opresivas son las preocupaciones de Nicolás, tanto más envidia a los prelados, embajadores y «condottieri», con los cuales debe alternar. Él quisiera vivir a la par que ellos, pero como su fortuna y su sueldo no le alcanzan para eso, se imagina que es un mendigo engañado.

Muy monótono es el grito de su indignancia. Durante cuarenta años siempre ha escrito las mismas cartas mendigantes.

Nicolás no puede pagar en Roma su alojamiento y cuenta ante la Signoria su miseria: «33 ducados he recibido antes de mi partida. Los gastos de viaje han sumado 13. Por 18 he comprado una muía, por 39 un traje. En total 70 ducados. El alojamiento con dos sirvientes y una muía cuesta 10 carlines diarios.» Su paño de lágrimas, Buonaccorsi, asedia las cajas de la segunda cancillería para cubrir los gastos de su amigo. «Nicolás —le escribe—, he conseguido dinero para ti. Que rabien otros.» Pero con tanta regularidad como Nicolás necesita dinero, no hay correo que salga. Sin embargo, Buonaccorsi encuentra a toda prisa un mensajero. «Mañana —le escribe— el escultor Miguel Ángel te llevará el dinero.» Pero la mala suerte lo persigue y el dinero no llega a poder de Maquiavelo. «El sirviente de Miguel Ángel me ha traído el dinero de vuelta porque el escultor ha regresado desde la mitad del camino.»

Durante el día unas pocas horas de trabajo le ocupan, y después todo el resto de la larga jornada se dedica a quejarse. Una vez cumplido su trabajo no suelta la pluma de la mano y anota sobre el papel amarguras y desesperación; manda a sus conocidos cartas ridículas llenas de indecencias, «cuentos verdes» y sin sentido. «Sus cartas —le contesta un amigo— nos han divertido mucho, y al leer sus chistes y bromas nos hemos desternillado de risa.» Mas de súbito Nicolás guarda silencio. Durante días enteros lee a Plutarco, no contesta ninguna pregunta, ni replica a los saludos; sólo envía sus informes a la Signoria. Hasta su amigo Blas se encuentra finalmente ofendido por ese continuo silencio. «Nicolás —le escribe—, parece que pensáis en mi solamente cuando estáis en apuros.»

Los informes sobre Borgia, sobre Julio, las noticias acerca del futuro del poder, emanan en medio de una disposición de ánimo desesperada, destrozada. Pero las ideas de Nicolás no se anublan con

⁶César fue detenido por los españoles y conducido a España a una prisión. Huye de la cárcel y muere a los 31 años de edad como un soldado valiente durante una escaramuza al servicio de! rey de Navarra.

las trabazones de su existencia pobre y humillante, porque el hombre «se parece a una moneda en la cual está impresa la imagen de Dios.»

El viaje de regreso a su casa, a su patria, que por fin con permiso puede emprender, es una liberación para él.

Al mismo tiempo de su regreso de Roma llega a Florencia también la noticia de nuevos peligros: los franceses han capitulado en Nápoles ante los españoles, bajo el comando de Gonzalo de Córdoba. Ya cuatro años antes Maquiavelo había predicho al ministro de Luis esta guerra con España. Para obtener ventajas momentáneas Luis había abierto las puertas de Italia a Fernando y para evitar el conflicto, Francia había ofrecido a su adversario otros campos de acción. Ahora Luis debía luchar en condiciones mucho más difíciles. «Los obstáculos, que se encuentran en el cruce de las líneas y caminos políticos no se pueden evitar — escribe Maquiavelo — sino solamente aplazar, en propia desventaja.»

Ahora el destino de Florencia depende del armisticio, acerca del cual negocian en Lyon franceses y españoles. Nicolás es enviado a Francia, para describir al embajador de la Signoria, que se encuentra en la corte de Luis, los pormenores de los nuevos peligros. A su llegada a Lyon el convenio previo entre Francia y España ya está firmado. Maquiavelo trae a Florencia la noticia de que la República, como una aliada de Luis, está comprendida en el armisticio.

LA VOZ QUE IMPULSA A EMPUÑAR LAS PROPIAS ARMAS

En el sur de Italia, en los campos donde Aníbal había triunfado una vez cerca de Cannas, a lo largo de los pantanos y de las hondonadas de Garigliano, en las altas cumbres y desfiladeros de los Abruzzos y en las llanuras, carentes de árboles, de Apulia, los caballeros, lansquenets y soldados de Andalucía y de Castilla, de la Rumania y de Appenzel, de Gavierra, de la Gasconia y de Provenza, luchando bajo las banderas francesas o españolas, rejuvenecieron durante diez años al mundo guerrero.

Todas las artes de combatir, las formas tácticas, que pertenecían al pasado, se unieron con los nuevos métodos, para crear ilimitadas combinaciones, y sorprendentes posibilidades en la guerra ofensiva y defensiva.

Como si la fantasía de los trovadores se convirtiese en realidad, luchan aquí los mejores caballeros de Francia, en estas pobres llanuras, de agua mala y escasa de Calabria, donde los combatientes para aplacar su sed sorben por las mañanas el rocío de las plantas.

Allí combate La Palice, al que amigos y enemigos llaman «el gavián de la batalla», allí guerrea el anciano Montoisson, sólo en la paz enfermizo, mas en el campo de batalla animado por el deseo de la lucha como un joven; allí batalla Frontaille, quien, si se trata de luchar, en tres días hace cien leguas. Delante de todos brilla el osado Bayardo, cuya vida es pura como el agua cristalina, condecorador sólo de intrepideces y clemencias. Antes de entrar en combate los caballeros franceses se arrodillan, oran, besan la tierra, suben a caballo, para medir sus armas con los Grandes de España. También en los grandes encuentros sienten los corazones de los caballeros la atracción del peligro y siempre están dispuestos a luchar. Porque todos viven todavía con el ensueño ingenuo de poder cada uno decidir la batalla. Esta noble guardia pesadamente armada, con su coraza dorada y su penacho de color, visible desde lejos, que combate por su propia cuenta, y que ataca también por su propia voluntad sin ninguna conexión, con variadas clases de armas, sin ayuda de la presión de grandes masas, resplandece una vez más aún, antes de que su muerte dé origen a la caballería moderna! Para combatir al lado de estos nobles, que sirven a Luis de Francia no por su dinero, sino por honor y por gusto, el rey hizo bajar a Italia las tropas asalariadas de los suizos. Éstos, con su frente corto y profunda columna, forman una tenaz lanza de fuerzas humanas estrechamente cerrada, dispuesta a atravesar todo. Irresistible es el ímpetu de este cuerpo de combate, formado por democráticos criados, campesinos y majaderos en cuyas conciencias brilla el ideal de la libertad. Todos y cada uno están ansiosos de luchar con el alma y el cuerpo, de ganar honradamente su sueldo y no perdonar a nadie. Estos guerreros «infantes» no andan con cumplidos con sus enemigos como los caballeros. Llaman a los españoles «asesinos de horca» y a los italianos «violadores de muchachas» y a los alemanes «libros viejos». Ellos mismos son llamados

«los buitres de vacas». Los suizos se impacientan pues quieren resolver inmediatamente las diferencias con las armas; a menudo obligan a sus capitanes a dar la señal para el ataque; porque quieren retornar a sus casas, para que la cosecha no se pierda en los campos de Appenzell, Zurich, San Gall y Berna. Los suizos son una masa, no son soldados aislados. Combaten aquí en Calabria como maestros del orden, en fila, como precursores del nuevo arte colectivo de lucha del siglo XVI. Representan el nuevo método de combate, que se va perfeccionando de encuentro en encuentro.

Después de un olvido de mil años estos soldados suizos, que se burlan de todo esfuerzo insuficiente de lucha, han convertido a los guerreros de a pie en el eje principal de la batalla, y han formado el arma que necesitaba el sobrio carácter guerrero de la época: *¡La infantería europea!*

Ante los suizos y sus discípulos inmediatos, los gascones, ante la caballería liviana y pesada, que constituía el ejército de Francia, los españoles están en desventaja desesperada.

El general español Gonzalo de Córdoba tenía bajo sus órdenes algunos miles de andaluces y castellanos: la mayoría campesinos. Unos utilizaban ballestas usadas, otros arcos, cuando no picas oxidadas. Ninguna ley ni ordenanza determinaba la relación de las armas entre sí, y no querían combatir en fila.

Estos soldados no esperaron en absoluto el poderoso choque de las formaciones ordenadas de los suizos y gascones.

Y como no se podía rehuir el combate, el instinto de propia conservación les sugirió una nueva táctica defensiva singular. Fue la gran idea táctica y estratégica que Gonzalo aprendió poco a poco ante la realidad opresiva. La necesidad, el terreno de Calabria, la pobreza del rey español, que no podía alquilar los soldados adiestrados, determinaron el nuevo arte de guerrear. Una muralla y una zanja, un arroyo y un atrincheramiento primitivo, tras las colinas naturales, cierto número de carros, un pozo con agua, un desfiladero, todo obstáculo o defensa es aprovechado por los españoles, así como también toda cortadura del terreno.

La defensa del frente contra los asaltantes ha surgido. La ofensiva ha dado paso a la guerra defensiva.

Las tropas atacantes se dispersan contra la defensa de frente.-Su orden desaparece. El corto frente, de la larga profundidad de los suizos, la punta de lanza de este cuerpo táctico, que como un cauce de hierro fluido aniquilaba todo lo hostil, de repente pierde su fuerza. La mano armada del piquero rabioso no siente ya el cuerpo vivo del enemigo, sino una defensa muerta y desconocida, que se burla de todo esfuerzo humano: la muralla y la zanja.

Y cuando los suizos logran vencer este obstáculo del frente, inventado contra la violencia de sus ataques, su fuerza ya se ha agotado. Entonces ya no desembocan como un río alborotado, sino que en el mejor de los casos atraviesan la defensa en pequeños grupos desordenados. El principio básico de la unidad, de la presión en las filas de 20, 30, 70 ó 100 hombres de profundidad sobre la primera fila, es anulado. Las primeras lanzas de las tropas ya no son empujadas hacia adelante por las que le siguen. «El vigor se ha perdido», así se queja un combatiente oriundo de Appenzell, al escribir a su casa.

Detrás de las defensas se hallan enclavados los cañones y las armas portátiles. Por fin han encontrado un lugar propicio, ya que durante un siglo han producido más ruido que muertes. Son armas ofensivas y defensivas al mismo tiempo. Defensivas, porque protegen a la defensa, ofensivas porque vomitan fuego. Los cañones capan los claros de las defensas. Escondidos entre los carros disparan los «cañones de largo caño», y detrás de los atrincheramientos son colocadas las baterías. Pueden formar, de defensas aisladas, una sola línea, y combinar como fortalezas las cortaduras de terreno sobre unos centenares de kilómetros.

Al soldado con arma portátil la defensa del frente proporciona no menor utilidad que al artillero. El tirador encuentra en la defensa su protección, porque la posibilidad de dar en el blanco es muy escasa, y el cargar el arma requiere un procedimiento largo, peligroso y complicado. Pero la muralla y la zanja posibilitan al soldado de la primera línea, que ya ha disparado, dar lugar al tirador de atrás.

La defensa del frente aúna todas las armas de largo alcance: la artillería pesada y los cañones de largo caño, el arcabuz pesado y el mosquete liviano. El combate con armas de fuego adquiere, por primera vez, orden y constancia. Ahora es cuando se ve que la pólvora sólo se ha inventado

para la guerra. Aquí en la Italia meridional se determina por primera vez, en la historia de la guerra, el carácter del combate.

En los pequeños encuentros, en los cuales la infantería de Gonzalo aprendió a mostrar su valor, se formaron la médula y la tradición de las brigadas españolas: ¡de las cohortes triunfantes de dos siglos, del ejército futuro y del imperio futuro!

Innumerables concausas imprevistas hasta entonces debían producirse y aunarse, para que el mundo sorprendido viese que se podía hacer un soldado de infantería de cualquier hombre sano. Este duelo entre los principiantes españoles y los asaltantes y arrojados guerreros más mimados de la época, crea una experiencia preñada de acontecimientos: el cuadro táctico de los suizos, una vez logrado, hace posible el reemplazamiento de los mismos. Hay suficiente gente en todo el mundo, a 3a que se puede organizar para la presión en masa en el campo de batalla, y la gente ordinaria es más barata que estos suizos presuntuosos debido a su fama. Además en la defensiva los soldados bisonños valen casi más que los veteranos. Los suizos no conocen la defensa, sirven mal los cañones, son poco flexibles con los mosquetes; su principio, su poder, su vida, es el ataque. Gonzalo —que creó nuevas formas y fuerzas de la guerra— aplicó la unidad táctica de los suizos en la defensiva: enseñó a su gente no solamente a combatir, sino, con el correr de las batallas, a obedecer. Pero no con ordenanzas y leyes, sino que, del mismo modo como desarrolló la defensa del terreno aprovechando los altibajos, así también logró la disciplina de la salvaje vida de sus compañeros. Les dejó el botín, porque el soldado de aquel tiempo consideraba lo robado con su sudor y su sangre, como la propiedad más sagrada. Pero Gonzalo logró, considerando los deseos de su gente, conciliar el saqueo con el honor. Les dijo que solamente la batalla ganada en común puede proporcionar un botín abundante para cada uno de ellos. Y él cumplía su palabra más exactamente de lo que otros generales lo consideraban necesario. Llegó a abandonar voluntariamente su propio palacio en Nápoles para que sus soldados lo saquearan. Desde este día de la grandeza, Gonzalo fue llamado por sus soldados «El Gran Capitán».

Después de un trabajo de educación y formación de diez años, Gonzalo puede por fin atreverse a una batalla, que anhelaban los franceses, siempre dispuestos al ataque al mando de su general en jefe, Nemours. No lejos de Canossa, en Ceriñola., Gonzalo encontró un lugar ideal. Ceriñola se encuentra sobre una colina, rodeada de viñedos. Alrededor de las viñas hay una pequeña zanja. A toda prisa, porque Nemours se aproximaba a marchas forzadas, hizo a sus siete mil soldados cavar más profundamente esa zanja natural, ensancharla y levantar los bordes y colocar sus trece cañones. Era ya la hora avanzada de la tarde, y los españoles estaban cansados de hacer trincheras y casi muertos de sed por el calor sofocante del mes de abril, cuando los franceses, iguales en número, empezaron el ataque. «Las mejores tropas de Europa — observa Gonzalo — vienen a caballo para atacar nuestro centro.» Una explosión de pólvora en el campamento de los atacados había ocultado con la humareda a los franceses la posición española. Los jinetes, avanzando entre la humareda, se encontraron de súbito no frente a sus enemigos en persona, sino delante de las trincheras fortificadas levantadas con azadas y picos de hierro. Dejaron de correr. El cañoneo de los españoles los confundió completamente. Después de diez minutos Nemours dio la señal para intentar el ataque por otro punto. Con su retirada ofreció el flanco de su caballería a los arcabuceros españoles, los que disparaban sus cargas cómoda y seguramente desde sus murallas por la parte de arriba. El tiro de un mosquete mató a Nemours. Entonces empieza el ataque de los suizos. No tuvo más éxito, pero sí fue más sangriento que el de la caballería. El comandante de las tropas suizas cae. El pánico hace retroceder a los agresores. Sólo ahora Gonzalo da la señal para el ataque. Desde varios puntos, al mismo tiempo, bajan los españoles como torrentes desde lo alto de sus muros.

Sólo una hora había durado la batalla, y sin embargo fue la más sangrienta que se registró en el suelo de Italia desde hacía siglos: los franceses dejaron en el campo de batalla más de cuatro mil muertos, o sea más de la mitad de sus soldados. ¡Los españoles tenían que lamentar apenas cien hombres!

Ceriñola se convierte en el día dorado de Gonzalo y el triunfo de la táctica que impone a amigos y enemigos: la azada y la zanja. «Las guerras —escribe el contemporáneo de Gonzalo, Jovio— ya no se deciden más en absoluto con ardoroso valor, sino con el inteligente mantenimiento firme y con el arte perfeccionado de los métodos militares.» La defensa del frente ya no es de dominio exclusivo de los españoles, y ningún ejército jamás experimentó una sorpresa semejante a la de los franceses en Ceriñola. «Después del éxito clamoroso de la zanja miserable de Ceriñola —escribe el general

de Gonzalo, Fabricio Colonna— los jefes de los ejércitos dedican los más enérgicos cuidados a la fortificación del campamento.»

Todos los ejércitos, desde este día, se atrincheran de la misma manera.

¿Debe la guerra comprimir toda su acción a una defensa perpetua detrás de las empalizadas? ¿Debe ésta basarse en un solo movimiento oculto entre el lodo de las trincheras? ¿Deben los campamentos adversarios observarse mutuamente durante años, y debe el lugar entre estas fortalezas convertirse, por fin, en el jardín encontrado de la paz eterna? ¿Debe la guerra disolverse por sí misma, por su propia falta de salida táctica, por su carencia de estrategia, y de esta manera hacerse imposible ella misma? ¿Se le ha terminado al dios de la guerra el impulso de la osadía al levantar a Francia y España como potencias mundiales? ¡No! Porque el ímpetu de la batalla, que une la muerte y la vida en una unidad sobrenatural, es eterno, y en las armas cambiantes que los guerreros tienen en sus manos, en la manera variada como atacan y como se defienden, ¡se oculta el racionamiento práctico de los hijos de la tierra! Una vez reconocida la defensa del frente como un axioma, ya el ejército no se empeña en la batalla cuerpo a cuerpo, sino que crea solamente tres nuevos elementos de guerra —la masa, el fuego, la disciplina—, la presunción de su trinidad, la posibilidad de su acción. Después de Ceriñola, la defensa del frente presenta un nuevo problema táctico en todas las batallas del siglo, en Ravenna, Novara, La Motte, en Marignano, en Bicocca y en Pavía: ¿Cómo se logrará cansar al enemigo detrás de sus murallas y de su zanja? ¿Cómo se le hará salir? ¿Cómo se le obligará a presentar batalla? ¿Se puede, si fracasasen todos los medios, dar vuelta por detrás de él para que abandone su campamento? ¡Al enemigo hay que obligarle a un ataque o a una retirada! En Ravenna los franceses hacen disparar su artillería contra las defensas del frente español con una fuerza desconocida hasta entonces. Tratan con sus cañones de provocar al enemigo para un ataque desde sus posiciones seguras. En Novara los españoles dan la vuelta alrededor del campamento francés, ocultos por un bosquecillo, y evitan así el fuego de la artillería. Y entonces arrojan toda la fuerza de empuje de su infantería contra los sorprendidos soldados franceses. En Bicocca los españoles no esperan la embestida de los suizos, sino que en el mismo momento en que empieza el ataque de sus adversarios, salen de sus trincheras al encuentro de los suizos.

A pesar de todos los medios de defensa, que se han multiplicado con fineza extraordinaria, resta aún el gran momento categórico del *ataque*. ¡Es el impulso de la decisión! Los genios de todos los medios guerreros se unen y ordenan al capitán en jefe la ofensiva o defensiva desde su posición fortificada. En este acto supremo de la batalla han de arrojarse hacia adelante todas las fuerzas en tensión, y desechar toda prudencia y moderación en la desesperación. La descarga sangrienta de la crisis se desencadena a pesar de todos los caminos y rodeos, y de todas las defensas del frente.

Así era la guerra en realidad, así se medían las fuerzas hostiles de Europa detrás de la muralla y detrás de la zanja.

Pero los nuevos métodos de combate se crean siempre independientemente de la voluntad de los expertos, de los sabios y de los generales. Los hombres, que nunca entienden lo que les mueve, cambian *durante* la batalla el arte de guerrear, sin notar que se desvían de los planes de la guerra. El instinto de la conservación propia crea el milagro de la sorpresa, como en los forzados y voluntarios de Gonzalo y como, tres siglos más tarde, en los «*Tirailleurs*» de la Revolución Francesa. Las piernas de los soldados a menudo desarrollan más genio, se adaptan más rápidamente a la realidad que la imaginación de los generales.

La pura lucubración sobre la batalla siempre ha de tener en cuenta los grandes ejemplos recibidos y por eso siempre el hombre mira hacia atrás; es conservador.

Hasta el raciocinio del pensador más carente de prejuicios de su tiempo, de Maquiavelo, fue perturbado, en asuntos guerreros por las teorías y por el ejemplo antiguo de los héroes de guerra romano-republicanos.

Maquiavelo aguarda impacientemente ante los fenómenos primitivos de la batalla y quiere penetrar en la mirada del dios de la guerra. El campo de batalla triunfante es para él la creación superior de la virtud del poder. La *virtù* peregrina, en el correr de miles de años, de un campo de batalla a otro, de Asiría a Media, a Persia, a Macedonia, a Roma. La *virtù* anima a los más valientes, a los más inteligentes y a los más hábiles y los hace vencer en medio de todos los peligros, de todos los esfuerzos corporales, de la incertidumbre y de toda casualidad. Todas las virtudes, y no solamente las guerreras, determinan, según Maquiavelo, el resultado de la batalla. Porque la guerra es la vida del poder. La guerra no es ninguna casualidad, ningún

descarrilamiento, ninguna locura probada; es el instrumento de la inteligencia, ¡que determina todo!, ¡de la inteligencia política! Por eso para Maquiavelo la victoria y la derrota dependen de toda la estructura del interior del país, y de la composición del ejército que entre en combate. Del estado del país resulta el estado interno del ejército: así éste se compone de soldados mercenarios, de milicias, de guerreros de profesión, de indígenas o extranjeros, de voluntarios u obligados, de habitantes de la ciudad o hijos de campesinos, de patricios o plebeyos, de caballeros o de la chusma de los suburbios, de desocupados o artesanos. ¿Quién organiza las tropas? ¿Cómo juran los soldados su obediencia? ¿Cómo funciona el estómago de este monstruo del ejército? Estas son otras tantas preguntas que dependen de la estructura del país. Aun el genio del general más grande depende del alma y del mecanismo estructural del ejército. Si éste quiere realizar algo poderoso, entonces debe, si el mecanismo del ejército está oxidado, renovar el país con una revolución política interna. Maquiavelo era el primero y el único pensador de su tiempo que veía en la vida del ejército durante la paz y durante la guerra una reproducción microscópica de todos los sucesos individuales y colectivos del poder de la sociedad. Cómo toman su posición cada una de las banderas, cómo se mueve la vanguardia, la retaguardia y el frente del ejército, cuál es la relación entre los mosquetes y los arcabuces, las armas largas y cortas, qué fuerza y composición tienen los regimientos y los batallones —todo esto es para él no sólo la anatomía del ejército, sino también el testimonio del grado de la capacidad productiva, y la *virtù* en general. Como Nicolás comprendía el poder de un mundo nuevo, lo desligaba de toda confusión, de todo convencionalismo y veía en el ejército sólo la cúspide de la pirámide política; por eso él creía poder llegar de los aspectos aislados del ejército y de la batalla a una doctrina general de la guerra. Maquiavelo quería, basándose en la comprensión de los detalles militares, bosquejar las reglas y métodos de la victoria. «Porque toda ciencia — escribe — tiene sus fundamentales rasgos generales, sobre los cuales está principalmente edificada.»

La dogmática antigua y el entusiasmo por las legiones de los conquistadores romanos del mundo ofuscó su mirada para penetrar bien el secreto de las grandes batallas de su tiempo. Si un país, pensaba Maquiavelo, imitare la organización del ejército y la manera de guerrear de Roma, entonces tendría en su mano imperial la llave de la victoria. Todo lo que hicieron aquellas legiones romanas era bueno; todo lo que dejaron de hacer, también deberían evitarlo los modernos; y la *virtù* romana, la conquista romana del mundo, no conocía la pólvora. Por eso Maquiavelo tampoco recomendaba utilizarla. Si la admite, sin embargo, en los tiradores y artilleros, es sólo para no pasar por anticuado, para conservar la apariencia, para infundir miedo a los pueblos salvajes y a los campesinos tontos con el «desacostumbrado ruido infernal».

En su escepticismo, en su condenación de la pólvora, tiene puntos de contacto con los humanistas, los cuales desde Petrarca, a raíz del primer cañón, maldecían a todo «cañón» que disparaba para defender la paz eterna. Pero no sólo Maquiavelo sino también muchos entre los primeros guerreros de aquella época, se mantenían en abierta oposición contra el arma de fuego, que ellos mismos utilizaban. «Es una vergüenza, dice el noble Bayardo, que el arcabuz, en la mano de cualquier zopenco, puede sin duelo acallar para siempre el corazón de un caballero. ¿No parecen así la osadía y el valor contra la cobardía?» «De Alemania vienen — escribe el mariscal Tavares — malas invenciones: la pólvora y la enseñanza de Lutero.» El célebre comandante de los franceses en Italia, Tirvulzio, declara «que la artillería reviste una importancia mínima». La aversión contra la pólvora era grande precisamente entre los soldados que lograron la victoria gracias a sus osados ataques. Pero en cuanto al cañón, que complica la batalla juntamente con la defensa del frente, habiéndola colocado sobre una base táctica más elevada, en campo abierto, su resultado es casi nulo. Los arcabuces y los mosquetes hasta molestan en campo abierto. Cuando los tiradores habían disparado su primera salva, tenían que correr para refugiarse detrás de los lanceros. Para matar a un hombre de un solo tiro se gastaban en una batalla por término medio unas cuarenta balas.

Así y todo estos cañones y armas de fuego, buenos para la defensiva, detrás de las defensas del frente molestaban a Maquiavelo, quien ansiaba y veía como batalla ideal la que se realizaba en campo abierto. «Los romanos — escribe — casi siempre buscaban para la batalla campos abiertos y evitaban los que tenían obstáculos.» Maquiavelo coloca sus tropas en las superficies llanas, como si fuesen soldados de plomo sobre un tablero. La heroica tradición es lo que cree debe actuar. Si Nicolás hubiera sido general no habría empleado ni llevaría la artillería aunque el enemigo la tuviese. «Me sirvo — dice — del único medio para anular la artillería del enemigo: la атаco.»

Quiere aventurar pérdidas al principio, para ganar al final. Quiere ganar la única batalla, de la cual depende la guerra, es decir, la batalla final en una lucha cuerpo a cuerpo. Cuando su ejército ideal, en este campo de batalla ideal, «ha llegado a las manos — escribe —, es más claro que la luz del día que no hay ni artillería pesada ni liviana que puedan hacer algo... Con qué valentía, firmeza y tranquilidad matan las tropas a sus adversarios. ¿No ven ustedes cuan estrechamente apretados luchan, hasta el punto de que apenas pueden usar la espada?»

Sin embargo, Maquiavelo no puede desterrar completamente la realidad de su guerra ficticia. Con desgano y hurañamente tiene que acceder a reconocerle algún valor. «Si tienes — escribe — pocas tropas o mal disciplinadas, debes buscar lugares que te protejan.» Sin comentarios, como si quisiera ocultarlo a sí mismo, Maquiavelo establece: «Gonzalo siempre se ha mantenido detrás de las trincheras y nunca se ha presentado en campo abierto». La defensa del frente es para él el triunfo de la incapacidad y de la degeneración guerrera.

Desde esta concepción torcida pero elevada del ejemplo antiguo, mira Maquiavelo el tumulto de la lucha de su época, como Marte encolerizado mira a los desertores.

La barrancota vergonzosa de Florencia, de Milán, de Nápoles y Roma ante la invasión; la batalla de Fornovo, donde la infantería italiana, al ver las tropas «de cuatro en fondo» de los suizos, se dispersó presa de pánico, seguida del estruendo de los cañones y por la risa de los soldados oriundos de Appenzeli; la campaña de Carlos VIH, que destruía uno tras otro los estados italianos, la de Luis XII, que los saqueaba, la de Fernando de España, que los esclavizaba, y la de los suizos, que los ultrajaba, llenaba a Nicolás de desprecio por el valor de los cuerpos militares de la península.

Ni un solo instante creyó Maquiavelo en el armisticio firmado en Lyon, el cual anunció por vez primera ía división de la península, dejando a Nápoles para los españoles, la Lombardía para los franceses, y abandonando los otros territorios a la voluntad de las potencias extranjeras. Después de estos diez años de guerra, que quebraron el sistema italiano de estados, se interrumpió su anhelo unitario y se dejaron oír los lamentos de la más grande miseria desde los Alpes hasta Sicilia: la paz llegó a ser el anhelo de los vencidos. «Todos — escribe Maquiavelo — claman la paz, pero esta paz, sin embargo, no será ninguna. paz.» Al final de su descripción de la primera década de la invasión, Maquiavelo exclama: «¡Florentinos, abrid ampliamente el templo de Marte!»

El armisticio entre España y Francia es sólo un puente frágil y quebradizo que atraviesa el abismo del conflicto europeo, el cual divide el suelo de Italia. En Lombardía los franceses disponen de muy pocas fuerzas prontas para el combate. Desde el sur, desde Nápoles, los restos del ejército de Luis buscan el camino hacia la patria. A lo largo de la costa en vano suplican a los capitanes que los lleven en las galeras. Desesperados nadan detrás de los botes y son ahogados a golpes de remo. El rey de Francia ha renunciado a la conquista de Nápoles y no quiere saber ya más nada de sus vencidos: no tiene para sus valientes ni una moneda, ni un corrusco de pan, ni una palabra. El ejército de la flor de lis se convierte en bandas quejumbrosas de vagabundos hambrientos. Arrojadados, amenazados, burlados buscan alimentos en los montones de basura de las ciudades. Mueren a centenares a lo largo de las carreteras. «En Roma — escribe un cronista — entran en las casas y es imposible sacarlos afuera; aunque se les pegue con un palo, no quieren moverse de allí; dicen: ¡Mátenos!»

Por el contrario, para los españoles, ordenados, animados por la brisa de la victoria, están abiertos todos los caminos que conducen hacia el norte, hacia Lombardía. Italia sonrío a su encuentro. Sólo el panorama de la situación europea, la disputa del trono en España, los peligros que se vislumbran desde Alemania, la amenaza de los Pirineos por Luis, deciden a Gonzalo a mantener la paz. Pero todos los días debe luchar contra esa tentación. Todos los días oye: ¿Por qué, le preguntan todos los vecinos de Toscana, tiene que permanecer intacta después de la derrota de Francia, precisamente esta república, la aliada más fiel de Luis?

Y Florencia cae en la trampa que ella misma tendió. La República, comprendida en el armisticio de Lyon, se ha reservado el derecho de poder continuar la campaña contra Pisa. Por eso Gonzalo puede, sin transgredir oficialmente el convenio de la paz, combatir en Toscana a este baluarte de Francia, mal defendido. Numerosas posibilidades se abren ante Gonzalo: los gritos de queja de las ciudades ofendidas, los «condottieri» desocupados o descontentos, los pujos de ambición de los territorios soberanos, todo esto Gonzalo lo puede combinar para una guerrilla secreta.

Nadie puede probar quién dirige las bandas, quién las provee de dinero y armas, quién hace ¡legar a las costas de Pisa las galeras con alimentos y pólvora. Rodeada por un oscuro bosque de hostilidad e intriga, Florencia, carente de armas, sigue luchando contra Pisa. La República ha hecho de la conquista de la enemiga vecina una cuestión de vida o muerte e intenta lograr su objetivo con medios insuficientes.

El antiguo plan de Leonardo de Vinci consistente en desviar de Pisa el río Arno, se emprende con una tenacidad desesperada. Así la Signoria cree reemplazar el asalto por el trabajo de técnicos y poder estrangular a su valiente enemiga. Maquiavelo apoya fervientemente este proyecto. El río debe ser represado por un gran dique y sus aguas desviadas hacia dos profundos canales, que desembocarán en pantanos secos y en el mar, lejos de Pisa. Los ingenieros calcularon que se necesitarían 2.000 trabajadores y de 30 a 40 días de trabajo para terminar esta obra. Los maestros de agua de Ferrara, los carpinteros de toda Italia, trabajan día y noche con la pala a lo largo del Arno. Pero el río no se represa en los canales y en cambio el dinero de la República se esfuma en la arena y en los pantanos.

Este ensayo, grandioso e impotente al mismo tiempo, es detenido al cabo de unas semanas para dar lugar a una nueva idea, engendro de la desesperación. En determinados distritos, la Signoria obliga a presentarse a los campesinos. Los labradores traen sus guadañas, azadas, picos, palas, hachas y martillos y se les organiza a toda prisa en una «compañía de devastación». Los comandantes los conducen al territorio de Pisa para «hacer la guerra» contra los frutales, gallinas y cosechas.

Pero los habitantes de Pisa no sólo resisten toda la devastación y toda la miseria, sino que hasta atacan a su vez. Desde sus murallas ponen en fuga a una pequeña división de la caballería florentina. Este incidente hace estremecerse a toda Toscana. Ahora la República parece que oye silbar el viento de los peligros infernales. Por el momento, Florencia desiste del método de estrangulamiento lento, para empezar en cambio el inmediato asalto militar. La Signoria ordena a su «condottiere», al astro entre los caballeros italianos, Juan Pablo Baglione, el soberano de Perugia, comenzar la guerra contra Pisa haciendo sentir todo el peso de su poder. Pero Baglione, al principio, no contesta a las órdenes insistentes; después las contesta ambigüamente para declarar, por fin, que no puede abandonar a su ciudad, Perugia.

Maquiavelo es enviado a toda prisa a Perugia. Va con la misión de averiguar si Baglione quiere solamente extorsionar a la Signoria para obtener una paga más alta, o si está realmente vendido a los enemigos de Toscana.

A pesar de su habitual ductilidad, Maquiavelo habla clara y bruscamente a Baglione. Le pregunta brevemente por qué no quiere cumplir con el convenio, y si ello obedece a que juzga insuficiente el monto de la paga. «No — dice Baglione —, no necesito dinero. Lo que pasa verdaderamente es que las preocupaciones por mis territorios y castillos me hacen ahora imposible dejar a Perugia. Enseñé el tratado con la Signoria a los más célebres profesores de derecho de la Universidad, y todos me declararon que, en vista de mis propias necesidades, jurídicamente no estoy obligado a dirigir la guerra en favor de Florencia. Pero, como prueba de mi fidelidad, estoy dispuesto a enviarles a mi hijo como «condottiere», y como sello de amistad me comprometo a poner a disposición de la Signoria, sin paga alguna, a 50 jinetes durante el próximo año. ¡Maquiavelo, créame, obro así por necesidad! He meditado bien sobre todo; más de seis veces he hecho el signo de la cruz y he suplicado a Dios me enseñe el justo camino.»

«Vuestra Excelencia — contesta Nicolás — será absuelto jurídicamente por los profesores de la Universidad de Perugia, como sucedió también el año pasado, cuando se trataba de anular el contrato con Francia. Es cierto que Vuestra Excelencia se halla en una situación humanamente comprensible; pero, sin embargo, es desagradable tener que justificarse nuevamente en cada ocasión. Si un príncipe cumple con su palabra o no, esto atañe al honor, a la buena fe, a la reputación. Por eso ésta se sustrae del dictamen de los juristas.» «Le dije estas cosas y muchas otras —termina Nicolás en su informe—; a menudo el color de su cara se tornaba lívido, pero así y todo se obstinó en su negativa.»

Pero Maquiavelo tenía que conocer las verdaderas razones de esta ruptura del convenio. Dos hombres del séquito de Baglione, al servicio de los florentinos, le comunican a Maquiavelo estas razones: «Hace días que Baglione está silencioso; ya nadie le ve reír. Todas las mañanas permanece

sentado, pálido, trasnochado, como torturado por grandes preocupaciones, en un banco de piedra en el jardín del castillo. Investigamos la causa de esta melancolía.

Descubrimos que, durante las horas avanzadas de la noche, cuando se apagan las luces de todas las ventanas de Perugia, una habitación del palacio del gobierno permanece iluminada. Pronto nos encerramos y vimos que allí, por la noche, eran recibidos ciertos hombres disfrazados. Averiguamos todos los detalles. Son mensajeros importantes de Lucca, Siena, Roma y Nápoles. Insisten ante Baglione en que ha llegado la hora. Si él no cumple el convenio con los florentinos, afirman, esta rica República quedará casi completamente indefensa. Y discuten detalladamente todos los pormenores del ataque. El brazo ejecutor de esta conspiración es el «condottiere» al servicio de Gonzalo, d'Alviano, pero la cabeza que fraguó este plan, es la de Pandolfo Petrucci, el soberano de Siena».

La Signoria ordena a Maquiavelo ir a caballo a Siena, hacia el foco de la traición.

Pandolfo Petrucci lo recibe con los brazos abiertos y lanzando maldiciones contra d'Alviano. «Maquiavelo —le dice el soberano—, te esperaba. Florencia y Siena tienen sólo un enemigo: d'Alviano. Este hombre violento y desconsiderado dirige un ejército, está siempre en pie de guerra y no tiene ningún reino ni nada que perder. Su bandera promete el saqueo y atrae a todos los bandidos y ladrones por los cuales está invadida Italia. Por eso estoy dispuesto a firmar con Florencia un convenio de «Condotta» de cinco años. Pero de ningún modo me conviene proceder abiertamente yo mismo contra d'Alviano. Con eso sólo me expondría a peligros, los cuales podrían también tocar de soslayo a Florencia. También puedo mejor servir a ésta informando a la Signoria acerca de todo y de lo que en secreto sustraigo a d'Alviano y sus aliados. Pero la presunción de mi trabajo en servicio de Florencia es el silencio.»

Maquiavelo quiere dar a entender que él ve la verdad a través de estas máscaras y mentiras, y contesta: «Ruego a Vuestra Excelencia me aclare la situación. Unos dicen que d'Alviano lucha con dinero y tropas españolas, otros que *Gonzalo* no quiere saber nada de este «condottiere» y le ordena abstenerse, algunos que d'Alviano es un gran comandante, aunque para otros sea un loco; que él se halla de acuerdo con el Papa, y también que el Papa está contra él. También se asegura que debe estar unido con Vuestra Excelencia, y que sus soldados saquean a los habitantes de Siena. Temo que con todas estas intrigas me volveré loco, por lo tanto, antes de regresar a mi casa, ¿no puede Vuestra Excelencia libramme de mí zozobra?».

«Maquiavelo —contesta—, te quiero decir lo que me insinuó el rey de Nápoles, cuando me encontraba en una situación parecida a la tuya: «No te comprometas. Todos los días arréglate de nuevo. Cambia las resoluciones hora tras hora. Porque estos tiempos son demasiado confusos y demasiado poderosos para nuestros cerebros».

Con estas sentencias Maquiavelo no podía empezar ningún trabajo. No le era posible cumplir su misión: averiguar si d'Alviano obraría por su propia cuenta, de acuerdo con Gonzalo, o por encargo de alguien. La contestación exacta a estas preguntas hubiese mostrado claramente la dirección del peligro. Y este acertijo que Nicolás trataba de averiguar de todos los amigos, espías y de Petrucci, inesperadamente le fue aclarado por el mismo Petrucci. Espontáneamente, el soberano de Siena llama a Maquiavelo y le enseña una carta de Gonzalo, la cual contiene una copia de la orden para d'Alviano, ordenándole mantenerse inactivo y no atacar a Toscana.

«¿Qué cree Vuestra Excelencia? —pregunta Maquiavelo, incrédulo y ambiguo—. ¿Desistirá d'Alviano de sus planes contra Florencia?»

«Maquiavelo —contesta el sabio filósofo de Siena—, la prudencia más elemental exige que d'Alviano obedezca a Gonzalo y no se mueva. Pero los hombres no siempre siguen a la prudencia y a menudo son impulsados por la desesperación. De cuatro personas que obran impulsadas por la desesperación, tres perecen. Pero es bueno para todos que nadie se lance a obrar impulsado por la desesperación. Porque estas locuras pueden poner en movimiento miles de cosas inconvenientes, de las cuales proceden otras mil, y los efectos son muy variados, ya que pueden herir entonces a no participantes como a ausentes. Por eso Florencia debería tener cuidado contra d'Alviano.»

Pandolfo Petrucci cree poder ocultar su doble juego —atacar a Florencia por medio de d'Alviano y protegerse él al mismo tiempo por medio de Maquiavelo— con sentencias propias de oráculo. Pero Nicolás lo conoce ya muy bien y sabe, aunque no todo, bastante, sin embargo. Vuelve a Florencia, y en vez de despedirse del señor de Siena en una última audiencia, hace que

llegue a sus oídos este acertijo: «A algunos, a los que vi reír en el verano, vi después llorar amargamente en el invierno».

Estos «condottieri» ya no hacen falta a los soberanos extranjeros de Italia, por los cuales, antes de la invasión, fueron ensalzados hasta las nubes. Por eso los españoles despiden a d'Aviano de su servicio. Gonzalo no comparte su impaciencia contra Florencia; Gonzalo tiene tiempo y no vive, como un «condottiere» sin estado, de un día para otro. El jefe español cree también que si d'Aviano condujera independientemente la guerra contra Toscana, al liberar a Pisa caería en la tentación de conservar esta ciudad para sí.

D'Aviano entra en Toscana por su propia cuenta, encabezando su tropa. En un pueblo fronterizo de Florencia aguarda a sus aliados: las tropas de Baglione y de Petrucci. Pero estos aliados esperan, por su parte, los primeros triunfos del intruso. Así, d'Aviano, con muchos convenios secretos en el bolsillo, animado hasta hace poco todavía por todo el mundo, se encuentra ahora aislado y puede contar sólo con sus 1.500 jinetes. Cree que lo han traicionado y contesta con una traición. Trata de venderse a los florentinos, para empezar la campaña contra Baglione y Petrucci. Pero los florentinos no confían en él y rechazan su proposición. Mas la Signoria, que nada teme tanto como al ruido de las armas para resolver abiertamente un pleito, cree poder evitar una guerra inmediata. Sabe que d'Aviano tiene sobrados motivos para llegar a Pisa, posiblemente sin llamar la atención y quizá también con rapidez. Sin hacer un convenio con él, le allana el camino para que levante el bloqueo contra dicha fortaleza, ¡la cual, desde hace diez años, absorbe las fuerzas de Toscana! La Signoria ordena al comandante de sus tropas, al «condottiere» bolones Hércules Bentivoglio, y a su comisario político de la guerra, Antonio Giacomini, que cierren los ojos, que no vean a d'Aviano. «Porque —dice la orden— si este ladrón va a Pisa, siempre hay todavía miles de posibilidades de salvación para nosotros, pero si antes perdiéramos una batalla con él o no la ganáramos del todo, entonces estamos perdidos.»

El comisario Giacomini está indignado por la impotencia que se le recomienda, y obra contra la orden. Conoce todos los caminos por los cuales quiere pasar d'Aviano, y va a su encuentro con fuerzas muy superiores. Desde un bosque ataca de improviso al enemigo y lo aniquila completamente, 1.000 jinetes y todo el equipo de los vencidos forman su botín. d'Aviano consigue escapar herido, acompañado de veinte jinetes, al territorio vecino de Siena.

La batalla ganada sorprendió a esta República, acostumbrada a temores y compromisos. La victoria cambió durante varias semanas los sentimientos de la ciudad, la cual generalmente despreciaba, muda y fríamente, todo esfuerzo guerrero. Hasta a los sobrios embriaga Giacomini. Los ciudadanos borran de su memoria su propia debilidad y exigen el supremo esfuerzo contra Pisa. En Antonio Giacomini celebran por primera vez en su vida un florentino que entiende el manejo de la espada. El héroe popular les promete el triunfo final contra la tenaz Pisa. El Gran Consejo, influido por la solemne disposición de ánimo de la ciudad, otorga al ejército contribuciones y créditos extraordinarios.

A unas cuantas horas de Pisa los florentinos levantan un gran campamento. El enlace entre el jefe principal Bentivoglio y el comisario de la guerra Giacomini de un lado y la Signoria de otro, es Maquiavelo. Varias veces durante la semana se le manda al campamento; él cuida la pronta y puntual llegada de las municiones, del dinero y de alimentos, a la vez que informa acerca de la general disposición de ánimo. Alienta a los comandantes. Florencia busca soldados en Bolonia, en la Romania, en Roma. La segunda cancillería intenta reclutar a los campesinos por cinco semanas. La «Compañía de la Devastación» es instruida a toda prisa para ser empleada como infantería. La falta de habilidad militar en este campamento, debe reemplazarlo el dinero. Es una feria o mercado para los desocupados. Todos son aceptados: pelotones de soldados de regiones vecinas o lejanas; los que ya han cumplido su tiempo de servicio, los labradores de los alrededores, que no tienen ninguna instrucción militar, y los mejores ciudadanos florentinos, que deben a toda prisa aprender aquí como oficiales el arte militar.

Para el mes de agosto se encuentran reunidos en el campamento aproximadamente 8.000 hombres y 20 cañones. El ataque contra Pisa está fijado para el 7 de septiembre. Al amanecer, la artillería sólo se aproxima a unos metros de las murallas de la fortaleza. En tres horas los cañones abren una brecha de 140 varas. «Detrás de esta brecha —escribe Guicciardini— los pisanos han cavado ya, durante el cañoneo, una zanja y han levantado una muralla, en lo cual las mujeres han trabajado con no menos valor que los hombres.»

Tres regimientos florentinos, colocados en orden de batalla, esperan para penetrar en la ciudad después de la cesación del fuego. El primer regimiento a la cabeza, la «Infantería», de 1.000 hombres, oye el redoble de tambor y la orden para el ataque. Pero las filas de los florentinos permanecen entumecidas. Ningún hombre se mueve. El relámpago de una desconocida e inexplicable fuerza de cobardía los ha alcanzado. Los comandantes, que encabezan el ejército, Giacomini y Bentivoglio, no quieren creer a sus ojos y oídos. Gritan hasta enronquecer. Se agitan como locos sobre sus caballos. Amenazan y lloran. Giacomini se endereza. Habla con miles de palabras distintas acerca del honor, del pago por el ataque, de la ignominia, del castigo y de la victoria. El regimiento de «Infantería» se halla siempre allí, como al borde de un abismo sin fondo, y mira asustado y curioso hacia la lejanía; no quiere, no puede. Antes que atacar, esta gente se dejaría cortar en pedazos. El segundo y tercer regimientos imitan al primero. Mudos, decididos, regresan a su campamento. Todo el ejército retorna a sus cuarteles sin haber perdido un solo hombre.

Ante esta falta absoluta de voluntad, de valor para la batalla sangrienta, en la cual Guicciardini vio «la vergüenza ante toda Europa», Maquiavelo reconoció más: la decadencia, no solamente de todos los soldados, sino también de todos los hombres dominadores que, en otros tiempos, fueron protegidos por la *virtù* romana.

Desde que la voluntad romana guerrera no mata ya a los vencidos ni los condena más a la esclavitud, ni los dispersa por todo el mundo, desde que las ciudades conquistadas no son ya exterminadas, olas de cobardía —piensa Maquiavelo— dominan a Italia. La guerra no conoce ahora aquí ninguna energía, ninguna crueldad, ninguna decisión. «Es empezada sin temor, conducida sin peligro, acabada sin daños-» «Tan cobardes son los soldados y tan grande desorden reina en los ejércitos —escribe Maquiavelo—, que un caballo que vuelve la cabeza a la grupa, puede decidir la victoria o la derrota.» En una batalla pereció un jinete, pero no en lucha, sino ahogado en un pantano. Estos «condottieri» consideran la guerra como un juego, una ocupación bien pagada, sin riesgos. Hay enemigos sólo porque la profesión de soldado exige un adversario. Pero este adversario es un colega, junto con el cual se intentará retrasar la próxima guerra. La profesión de soldado es sólo para el que se ha escapado de su casa, para el apaleado en todos los bórdeles y tabernas por irse sin pagar. La chusma de las banderas se revuelca



ALEJANDRO VI Grabado que se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena



JULIO II Grabado que se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena

en todos los vicios. Cada uno de los regimientos es una colonia de criminales en torno a un estandarte. Los jefes de esta «Condotta» no son mucho mejor que su gente. No son ningunos príncipes, sino aventureros fanfarrones: estos oficiales creen que para llegar a ser general en jefe basta con «dar una contestación mordaz en las negociaciones por escrito, tramar un engaño, adornarse con piedras preciosas y oro, vivir con más brillo que los demás, entregarse a la voluptuosidad y hacer pesar sus propias palabras como las sentencias de antiguos oráculos».

La carencia de espíritu guerrero no solamente es propia de estos «condottieri», que comen como gigantes, roban como cuervos, saquean los tesoros públicos y no son capaces de defender los territorios que se les han confiado. Toda Italia está complicada en esta conspiración: no perturbar la quietud de una existencia llana. Esta enfermedad de la debilidad de espíritu no hace ninguna diferencia, pues ha atacado en la misma proporción a soldados y civiles, a príncipes y a pueblos. El dueño es cobarde ante los dominados, y los dominados ante el dueño. Así como la batalla no produce ya ningún atrevido, ninguna sorpresa, ningún ímpetu, ningún entusiasmo, tampoco lo conocen la vida política y la privada. Así como durante la guerra ya nada se logra, así también, en general, ya nada se adquiere si no es robado, engañado, negociado, prometido. No existe ya un *si* categórico, ni un *no* categórico, porque todas las espadas están enmohecidas. El poder dejó de gobernar y el pacifismo, que se ha apoderado de los corazones y de los cerebros, es mucho más devastador como jamás lo fue la guerra. «El cielo —se queja Maquiavelo— se convirtió en civil y la tierra en mujeril.» En medio de estos diez años, cuando la rivalidad de Europa arrojó a la guerra grandes masas, inimaginables hasta entonces, cuando la fuerza, la extorsión, el robo, la brutalidad, el valor ferino, la perversidad, brillaron gloriosamente en todas las manifestaciones de la vida, Maquiavelo comenta suspirando que su época ¡es gélida debido a la quietud!

Una extravagante mezcla de lo cierto, lo raro y lo desmedidamente exagerado, de genialidad y diletantismo, de añoranzas del pasado, de ceguera para ver momentos decisivos de su época y de presentimientos de años venideros, se acrisolaba en Maquiavelo, dando origen al total militar. Pero la significación de su voz guerrera radica precisamente en esta mezcla. A la razón última de lo futuro obedecían los impulsos de Maquiavelo. Este delgado, perseguido, pacífico jefe de oficina, salva su espíritu de la catástrofe italiana, en un cambio trascendental del mundo: el de la Edad Media a la época moderna.

La acusación apasionada y febril de Maquiavelo contra la situación militar es la crítica contra la Edad Media militar, en la que Italia había cristalizado. La península en este punto se encontraba, en comparación con el resto de la Europa occidental, en un estado primitivo del arte del combate. Con los asaltos de la caballería —de los «condottieri»—, y no con la infantería, resolvían generalmente los estados italianos las diferencias entre sí. Y de la misma manera, como estaban acostumbrados hasta ahora, trataban también de oponerse a los ejércitos europeos. Por eso no podían resistir. Estos ejércitos debían fallar ante la brutalidad de la nueva época militar, recién nacida y ordenada. Aun cuando en Italia corría bastante sangre en miles de guerrillas, contrariamente a la afirmación de Maquiavelo, sin embargo, el refinamiento de la vida urbana, había aniquilado el espíritu guerrero y la fuerza primitiva para los grandes asesinatos políticos en masa. Y toda sociedad que pierde la voluntad para matar resueltamente, haciendo abstracción de toda política justa o falsa, labra su propia ruina. Si las formas máximas de producción, el superior intercambio económico, el arte elevado, la filosofía y poesía, adormecen las virtudes bárbaras, en vez de encenderlas, anulan la base de toda ya comunidad territorial.

Pero Maquiavelo criticaba el deficiente espíritu guerrero y la manera de combatir y el estado del ejército, resultantes de esos factores, no a causa de la nueva táctica militar que mostraba el extranjero, sino desde el punto de vista de su inflexible ideal romano. Por eso él podía encontrar en los nuevos aspectos guerreros la realidad solamente en donde la veía confirmada con los ejemplos de la manera antigua de guerrear. ¿Nicolás subraya la importancia de la infantería y es su profeta entusiasta! Mil veces anuncia que ésta será el arma principal; que todas las otras, por el contrario, pasarán a segundo término, y que sólo en su triunfo o en su derrota está la decisión. Quiere que se combata no solamente sin artillería, sino también sin caballería. Con la misma insistencia eleva su voz contra los soldados mercenarios y a favor de una milicia nacional, según el ejemplo romano: *¡A favor de la infantería de la guardia nacional!* A fin de confirmar su tesis contra la caballería y contra los soldados mercenarios, Nicolás inventa, caricaturiza las batallas. Da falsos informes sobre las situaciones militares de Europa, idealiza las tropas de cuatro en fondo de los suizos; divide los pueblos a discreción, en armados y desarmados, según como éstos se aproximan a su ideal. En punto a informes militares, Maquiavelo muestra una infidelidad sin precedencia. Ante todo calumnia siempre de nuevo a los «condottieri». Vive precisamente cuando éstos se hallan en su crepúsculo, y ve cómo ellos «no pueden encontrar ni la gloria en la guerra, ni la tranquilidad en la paz». Por eso Nicolás olvida el pasado glorioso de los mismos, que fueron la base de los Sforza, Visconti, Este, Medici, familias de soberanos que subsistieron durante siglos; olvida que sólo dos generaciones antes los generales de caballería italiana y los tiradores italianos eran ¡os más celebrados de Europa. Hace responsables a los «condottieri» por la situación alarmante del estado y del poder. En realidad, sólo ellos mismos fueron las víctimas, arrojados de su vida por el curso que tomaron los asuntos militares" y por eso tuvieron que recurrir a las traiciones sangrientas.

Las caricaturas y exageraciones militares de Maquiavelo son sólo las usuales de todos los profetas, los cuales, desde Jeremías, no desprecian las encrespadas olas de la exasperación; sin embargo, son el marco de un cuadro real, de un hecho objetivo; ningún estado italiano estaba animado por el espíritu militar: ¡todos los estados italianos tenían una manera de combatir anticuada y un cuerpo militar inservible!

Contra los «condottieri» no actuaba como historiador, sino como político. Influidos por la fuerza de la decadencia de los mismos, y no solamente por el ejemplo de la historia romana se despierta en su alma el ansia por los propios y no alquilados ejércitos del Estado.

Su clamor teórico por un ejército autóctono toscano adquiere cada día más en su mente formas concretas, y, sobre todo, al conocer más a fondo a los Baglione, a los Petrucci y a los d'Alviano se concentra en Maquiavelo la voluntad que le dará, en adelante, fuerza y paciencia en su vida.

Maquiavelo respira aquí el odio, que necesitará una labor oficinesca de diez años para crear la milicia contra la «Condotta», labor que pronto se emprenderá. En las luchas salvajes de los «condottieri» no ve nada más que una pendencia de taberna, que se resuelve en las armaduras doradas de San Miguel. Para estos «condottieri» es incomprensible toda hostilidad que no arraigue en lo personal, que se eleve fuera de lo individual. Nicolás, el empleado, no entiende este desorden de sentimientos que, sin cálculos, sin estadísticas, sin pupitre y sin oficina, mantiene fidelidad y tan pronta la quebranta, respeta a los enemigos y roba a los amigos. Nicolás ve la estrategia y la política entregadas a un poder arbitrario sin carácter. La conducción de la guerra y del estado empieza, para él, sólo después de haber vencido a estos «condottieri». La corriente perpetua de la fuerza, que endurece a los hombres, fortalece sus músculos, obliga a los plebeyos a levantar pirámides, fuerza que conquista a los continentes y que hace fieles a los infieles, se ha diferenciado y se ha revelado ahora en una nueva conciencia. La fuerza ha cambiado, ha alcanzado una nueva dignidad y se llama *poder*. Nicolás, el maestro del nuevo poder, desprecia a los jóvenes de la vieja fuerza, que no arraigan en ningún *Estado*. Su conocimiento y su imagen de la fuerza y la imagen de los soldados mercenarios animará ya siempre a todas las uniones militares y dirigirá la batalla. El estado militar independiente, esta explosión vigorosa, este terror de los dichosos, esta grandeza del peligro incompañable, este terrible matar y ser matado por libre albedrío, que encuentra Nicolás, está en agonía, y Florencia está condenada a soportar las consecuencias de esta muerte.

Contra este sacrificio, que Toscana paga todos los días con una parte de su vida, se rebela Nicolás. Es impulsado tanto por un sentido práctico y particular de funcionario como por uno nacional, que se funden en él.

Su alma y su dignidad ofendidas por las derrotas italianas y florentinas se refugiaban en la imagen de la guerra antigua. Durante una generación la batalla romana de! pasado y las catástrofes sin número del presente forjaron en él la conciencia nacional. El proceso espiritual, que generalmente se realiza en una nación entera, se fundió aquí en un solo individuo: Maquiavelo. Porque todo suceso trascendental ocurre primero en una sola persona, antes que se convierta en cosa vulgar. Todo sentimiento, que algún día se cobijará en las hondonadas de la comunidad y proporcionará a cada uno un poco de vulgaridad reglamentada, primeramente anima las alturas solitarias y frías del individuo. Son los hilos secretos, vivos, muy delicados, que unen el presente con el lejano pasado: es ¡previo apartamiento de los mundos futuros del sentimiento, la tarea de los profetas!

Maquiavelo pensaba poder hacer de Florencia, con el renacimiento de la milicia romana, el eje de la península. Él, que siempre se burla de los crepúsculos del ideal, y que fue el primero en liberar a la política del peso del «debería ser», sin esta ilusión de su corazón no hubiese tenido fuerza suficiente para legar a los siglos el clamor por el propio ejército.

MAQUIAVELO EN EL CAMPO MILITAR

La idea de llamar bajo bandera a los habitantes de Toscana no había brotado de la cabeza de Maquiavelo. Era una vieja reclamación de los «populares» extremistas, una demanda perseverante de los partidarios de Savonarola. En los días revolucionarios contra los Médicis, todas las corporaciones se habían armado para impedir a los desterrados la entrada en la patria. Además de esta defensa ciudadana, la cual, nacida de la rebelión, no vivió más tiempo que la rebelión misma, existía, en teoría, una obligación o última reserva. En el siglo XIII había en los distritos rurales una milicia dividida por curatos. El reclutamiento de los hombres de los distritos aldeanos —para formar los «devastadores» y la infantería—, que a la fuerza o engañados con promesas o dinero fueron llevados a luchar contra Pisa, se efectuó sobre la base de estas antiguas leyes, cuyo cumplimiento y mención se había olvidado durante generaciones.

Hasta la cobardía y la infidelidad de estos reclutados a la fuerza no afectaban a la milicia. Con los «condottieri» y sus soldados mercenarios la República había experimentado contratiempos más largos y más costosos. La opinión pública se inclinaba hacia el armamento general, aun cuando cada clase social, dentro del público político, quería verse excluida de la obligación del

servicio militar. A pesar de la corriente favorable hacía un nuevo ejército, al cual se le hubiese acogido muy razonablemente como un mal necesario, el curso de los acontecimientos políticos parecía permanecer inalterable. A la República le faltaban en su administración los órganos necesarios para una reforma. Desde la expulsión de los Médicis, hacía ya más de diez años, los jefes de los funcionarios se renovaban cada tres, seis u ocho meses. La ley dictaba una constante mudanza. La democracia creía que debía cambiar su personal sin descanso. Sólo así creía conservar intacta su libertad. Los jefes de los Priors, de la parte güelfa, de los magistrados, de los «Diez de la Guerra», de los «Ocho de la Vigilancia», de los «Seis del Juzgado de Comercio», abandonaban su despacho para hacer lugar a sus sucesores, cuando apenas se habían familiarizado con los asuntos. Los 3.000 ciudadanos de Florencia eran educados en teoría y capaces para desempeñar cualquier cargo. La inestabilidad se miraba como una norma natural, y no como un perjuicio. En medio de este cambio ninguno de los jefes ambicionaba empezar una reforma a largo plazo. Cuatro años antes — impulsados por los peligros con que César Borgia amenazaba destruir la República —, los florentinos intentaron formar un punto firme en su constitución: Pedro Soderini fue nombrado por el Gran Consejo «gonfaloniere» vitalicio. Los «populares», partido al cual se pertenecía por nacimiento en la mayoría de los casos, eligieron un jefe. La ley, que confirmaba a Soderini, estaba llena de medidas de precaución contra el elegido, como si se tratase de disculpar la duración del cargo ante los 3.000 ciudadanos de la Asamblea.

Pero Soderini era hijo de una rica familia, conocida por sus simpatías democráticas. Desde antiguo los Soderini aprenden de padres a hijos la política de los «populares». Otros vástagos de casas pudientes — especialmente los de los más destacados opositores — a menudo preferían aparecer como deudores de sus impuestos sólo para perder el derecho y la obligación de desempeñar cargos públicos y librarse así de los innecesarios peligros, trabajos y gastos. Pero con Soderini no ocurría lo mismo. De los cinco hermanos dos servían como diplomáticos, el tercero era cardenal en Roma, y Pedro tenía la dignidad de un presidente de la República.

Las leyes, que debían hacer imposible a Soderini el gobierno absoluto y que le podían destituir por resolución de las corporaciones políticas unidas, eran innecesarias. Porque entre él y la dictadura se elevaba su propio carácter. Era un nombre sin pasiones, y que no conocía las seducciones de los proyectos ambiciosos.

Su sonrisa contenta y jovial lo calificaba de un optimista. «Siempre estaba convencido — escribe uno de sus adversarios— de que con el tiempo favorable todas las dificultades pueden ser superadas.»

Soderini estableció la paciencia como su primer principio de gobierno. Permanentemente él mismo presidía el Gran Consejo y coordinaba las más diversas tendencias de los funcionarios. Durante doce años aunó voluntades más que reinó, a menudo ha abogado por la misma ley diez y veinte veces ante todas las instancias, ha consultado todo detalle con innumerables personas, se ha perdido en pormenores y siempre ha conservado en su corazón la máxima de la paciencia.

Soderini reinaba exclusivamente con el Gran Consejo de los 3.000 ciudadanos florentinos en el justo medio. Fiel a la voluntad de las corporaciones republicanas, cuyo representante era, cuyo espíritu amaba y compartía por completo, combatía la oposición de los nobles ricos, de los partidarios de los Médicis, y se opuso a su influencia política y social. «Él oprimió — escribe el escéptico aristócrata Guicciardini— a los hombres de cualidades, y distribuyó abundantemente y con frecuencia los cargos y honores entre la gente de procedencia muy baja.» El resultado fue que la mayor parte de los hombres inteligentes se libraron de los servicios públicos. Pero Soderini no odiaba la oposición de los aristócratas. Sancionar condenas de destierro o de muerte le parecía un pecado contra la tranquilidad de la República. Era partidario de apaciguar a los opositores con beneficios.

Su inteligencia, la normal de un empleado, su confianza, su seriedad, tan grande como su dignidad, no lo dejaban creer ni en los contrastes insuperables, ni en los acontecimientos políticos o humanos sencillos.

Cuando el «gonfaloniere» entró en el palacio de la Signoria e inspeccionó la cancillerías, se alegró del orden que reinaba en la oficina de Maquiavelo, al cual conocía superficialmente. En los papeles privados y oficiales de Soderini se echaba de ver una exactitud insuperable. Los legajos de Nicolás reflejaban el mismo orden y exactitud. Sus papeles se reconocieron, por decirlo así, aun antes de que se encontrasen sus corazones. Soderini se sentía feliz al ver en

estas oficinas, en las cuales los empleados se entregaban a la pereza, a un jefe que cuidaba el trabajo con una seriedad inverosímil. Lo que de burócrata y puntual había en Nicolás encantaba a Soderini. Encontró defectos dispersos sólo en las conclusiones demasiado atrevidas de los informes de Nicolás, como por ejemplo la contestación que había dado a Miguel Ángel cuando este le preguntó si le gustaba su David: «Está bien, sólo que la nariz es demasiado larga».

El «gonfaloniere» fue para Maquiavelo la primera realidad que debía combatir, para imponer sus ideas a la República. Ahí estaba sentado a menudo el presidente delante de Nicolás, y se dejaba persuadir por un genio, condenado a la pobreza, al trabajo suba!-terno y a la sumisión. Cuando el jefe de la cancillería insistía sobre las medidas extremas, sobre la acción atrevida, cuando quería seducir con la lógica de sus comparaciones, con la sombra de sus temores, con la esperanza de sus ensueños, entonces Soderini escuchaba tranquilo e interesado y con regularidad decía tan sólo *no*. El presidente mencionaba la constitución, los posibles peligros, los gastos. Pero la iniciativa, a la que el «gonfaloniere» se dejaba arrastrar de vez en cuando, era sólo el fruto de las conversaciones con el jefe de la cancillería.

Por eso el presidente le estaba agradecido, y su lealtad no se interrumpió por ningún capricho durante ocho años. Nicolás podía contar con Soderini. Él sabía que al fin toda hostilidad, toda envidia contra él, se quebraría en el piso superior de la Signoria, donde se encontraban las oficinas de Pedro. Sólo cuando Soderini llegó a ser «gonfaloniere», Maquiavelo pudo actuar, al sexto año de su trabajo, descargado de la preocupación de poder perder su empleo. Sólo ahora podía, protegido por la continua actividad de su jefe, hacer el balance de su experiencia y trabajar por la reforma del ejército. Pronto Nicolás pasa a ser el brazo derecho del presidente. Los enemigos lo llamaban el «soplón del gonfaloniere».

Pero el hombre es corruptible sólo aparentemente. Lo oculto en su alma no se puede comprar. No puede imponerse una simpatía, sino solamente mostrarla como un resplandor falso. En secreto, Maquiavelo despreciaba a su bienhechor, jefe y amigo.

Nicolás veía en Pedro a un hombre, cerca del cual se podía aprender la manera de *no* gobernar; un guía, que teniendo el poder, no ardía por él, sino que su relación era higiénico-constitucional, guía que estaba dispuesto a defender el poder con su pluma, tinta, textos de la ley y discursos, pero no con todas las fibras de su alma y vida, que es fuerza mil veces mayor. Despreciaba a Soderini, no porque el «gonfaloniere» rechazara lejos de sí la idea de una dictadura personal bajo ninguna condición, sino porque estaba convencido de que un hombre que no es capaz de apoderarse del mando personalmente, tampoco posee la capacidad para defender el poder de una comunidad, el del Gran Consejo florentino.

Dícese que cuando Soderini falleció, Nicolás escribió el siguiente epigrama para la tumba del presidente:

*Era de noche, cuantío Pedro Soderini murió
Y su alma descendió al infierno.
Pero Pintón le gritó: Alma ingenua,
¿Qué buscas aquí?
¡Vete al limbo con los niños!*

No había nada más opuesto al modo de ser del «gonfaloniere» que la reforma del ejército, la cual debía empezar justamente él, como único funcionario político con duración en el cargo. A pesar de su amor hacia Florencia, Soderini hubiese querido no ver ningún soldado, sino que le gustaría más defender la República por medio de alianzas hábilmente hechas. La reforma del ejército despertaba miedo en Pedro y en todos los funcionarios; en los potentados de derecha y, en los extremos «populares» de izquierda, esta idea despertaba innumerables sospechas contra el presidente de la República.

Bajo el continuo presentimiento de que los «condottieri» no eran seguros para el país, éstos vivían y eran considerados como forasteros en el suelo de la República. Esta gente, qué otra cosa podía hacer más que rehusarse a luchar, más que traicionar, más que desertar o engañar? A ellos se los podía despedir en cualquier momento. Pero, ¿qué ambición tendría un ejército nacional?

Maquiavelo explica que la milicia, según su punto de vista, nunca perturbaría la paz, ni se volvería contra la República, y que las armas, que la ley entregaría en las manos de estos ciudadanos, era mucho más probable que cumplieren buenos servicios y mantuviesen la patria inmaculada de servilismo, que cualquier otro acto rebelde. Roma, por ejemplo, con su población armada había gozado de libertad durante 400 años, y Esparta por espacio de 800.

Sin embargo, estas ideas generales no logran convencer. Teóricamente la milicia puede ser verdaderamente muy necesaria y evidente. Pero nadie podría abarcar con seguridad de una sola mirada sus inmediatas consecuencias prácticas.

Maquiavelo, lleno de proyectos militares mucho más extensos, debía dejar determinar su reforma por la limitación de la política interior de Toscana.

Los ejemplos romanos y griegos no eran convenientes para el lenguaje que se empleaba en las actas de los funcionarios. Lo principal era — a pesar de todos los compromisos, los cuales cambiaban su idea hasta la desfiguración— la médula ideal: el auge militar que la ley daba a la República desarmada, y el hecho de que la bandera, la divisa de los nuevos soldados, «sea el escudo de armas del Estado». Maquiavelo, en una importante memoria, da a los iniciados garantías legales y administrativas, y asegura que la obligación del servicio militar no perturbaría las relaciones entre el señor y el criado, entre la República soberana y los territorios sometidos. Estas reservas forman, al mismo tiempo, las fundamentales debilidades de Toscana y su reforma del ejército. A los augures aclara casi francamente todos los motivos, los cuales componen el armamento general. Acentúa que la obligación del servicio se extendería por el momento solamente sobre los distritos rurales de la República. Sólo éstos están tranquilos y sin voluntad. En estos territorios espera con el tiempo poder organizar batallones de 20.000 y hasta de 30.000 hombres. Los florentinos mismos no serán ni armados, ni alistados. Porque la ciudad será destrozada por los partidos. Aquí, en cada momento puede producirse una lucha entre familia, una hostilidad de todos contra todos. El regimiento de los «populares» no podría soportar el armamento de los ciudadanos. Maquiavelo soslaya esta cuestión. No dice claramente a los «populares»: los hijos jóvenes de los potentados, los amigos de los Médicis, la juventud dorada, que los desprecia, no marcharían como los campesinos en una compañía por la ciudad, sin intentar al mismo tiempo limpiar la municipalidad de Soderini. No, por el contrario, ¡és consuela, y a los iniciados dice, que los florentinos nacieron para mandar, no para recibir órdenes, y promete una milicia de a caballo, reducida en número, para la gente rica: una guardia de honor de los «populares» encuadrados dentro de la obligación general del servicio militar. Quiere desarmar al «Distretto». Éstas son las regiones en las cuales se encuentran los centros de rebelión: Arezzo, Cortona, Volterra y Pistoia. «La disposición de ánimo de estos territorios — escribe — es como la de un hombre que no soportaría más a un señor, si supiese que podría sostenerse sobre sus propias piernas.» Maquiavelo no desiste de la posibilidad teórica de armar a toda Toscana. «Se armará al «distretto» — escribe — sólo cuando la milicia en sus distritos rurales haya echado raíces y haya ganado autoridad.» Trata de resolver la cuadratura del círculo de la democracia florentina: ¡La República necesita un ejército para vivir y al mismo tiempo lo teme! La República en su tan variado pasado ha probado muchas cosas y, sin embargo, no ha sabido unir la autoridad con la libertad. La misma cuestión insoluble, que coloca la constitución de Toscana sobre un fundamento vacilante, que deja a todo empleado de gobierno solamente un día difícil de vida, se eleva ahora también dentro de la milicia. La misma disensión se revela ahora desde abajo hacia arriba en todos los puestos de administración civiles o militares: desde el «gonfaloniero» hasta el último cabo. El mando de uno solo despierta en los republicanos florentinos un miedo cerval ante la tiranía. Y del mismo modo que quieren en la constitución reemplazar en todas partes la autoridad individual por un colegio, por un magistrado, así también Nicolás sacrifica a las preocupaciones de los florentinos por la libertad, la autoridad y la fuerza del mando dentro de su futuro ejército. La desconfianza legal acompaña todo, aun el más pequeño puesto en el ejército.

En ningún caso Nicolás debe dejar que surja un mando militar supremo. Como los civiles, así también deben los soldados depender de varias instancias; como los civiles, así también los soldados no tienen que obedecer a un solo rostro, a una persona aislada, sino a un magistrado.

Propone que el ejército, durante la paz, se forme con jefes, que se cambiarán cada ocho meses, el «Consejo de los Nueve». Pero durante la guerra los «nueve» deben entregar sus

asuntos al «Consejo de los Diez», que representa el ministerio de asuntos interiores y exteriores de los florentinos.

Maquiavelo convierte en simples maestros de adiestramiento a los únicos profesionales oficiales, previsto por la ley de milicia: los jefes. No deben tener mayor poder ni autoridad que los oficinistas de las cancillerías florentinas. «Hay que tomar precauciones, escribe en su informe secreto, que nadie pueda mandar la compañía, en cuyo distrito haya nacido, donde viva, o donde tenga propiedades; sino que se tomen jefes de Muggello para Cassentino y de Cassentino para Muggello. Y como la autoridad arraiga con el tiempo, hay que trasladar los jefes todos los años.» Con anular el poder de los oficiales, Maquiavelo cree prevenir no sólo el pronunciamiento general de arriba, sino también un levantamiento revolucionario desde abajo. «Porque una multitud sin cabeza — escribe — nunca provoca una desgracia.»

Después de largas y secretas deliberaciones Soderini, conquistado por el proyecto, da a Maquiavelo la posibilidad de trabajo y le presta el apoyo necesario en todas, las instancias y mecanismos del partido.

Nicolás cambia su modo de ser, y se convierte en firme y decidido, al tratarse de las cosas de la guerra y de soldados. Con los ojos bien abiertos ve las cosas claras. Su voluntad reemplaza la del «gonfaloniere» y de todas las instituciones frágiles. El cambio revolucionario del modo de ser del ejercito, de los soldados mercenarios a ¡a milicia, ocurre a través del subalterno Nicolás Maquiavelo. De sus libros, de Tito Livio, de sus cálculos, cierros o falsos, de sus pensamientos torcidos o derechos, y de su fantasía, él crea para sí en la realidad un campo experimental.

Maquiavelo, que estaba acostumbrado a tener nada más que una influencia limitada, trabaja con tanta precaución para obtener la máxima unanimidad, como si estuviese sobre un andamio inseguro.

Ahora se trata de familiarizar también al pueblo con la idea de la milicia, antes de que ésta se decretase. Aun antes de la nueva ley se reclinaron unos centenares de campesinos. Prontamente y con aplicación son ejercitados. Extrañada mira Florencia los desfiles. En la plaza delante de la municipalidad, a lo largo del río Arno, en el centro, por las calles principales, de un lado de la ciudad al otro, marchan los soldados cantando, al compás de un paso recién aprendido. A la cabeza de cada sección va el del grado más alto de la compañía con la bandera en la mano. A su lado bate la marcha el tambor. Los soldados llevan un jubón blanco, la coraza brilla, los pantalones son del color de la bandera del país, una pierna roja, la otra blanca. «Esto es — escribe un capitán — una fiesta para la vista.» Hasta ahora los florentinos siempre que veían a los soldados tenían miedo. O se trataba de los aliados, o los franceses siempre dispuestos al robo, o eran los «condottieri» alquilados, cuyo verdadero modo de pensar se ignoraba. Los toscanos no habían experimentado nunca todavía la marcha de las fuerzas armadas, con las que uno se siente familiarizado. Estas tropas de ensayo ganan la simpatía y aprobación de la población más rápidamente que las teorías y demostraciones de los funcionarios. El farmacéutico Landucci, el que en su crónica anotara todas las conmociones de la calle, nunca estuvo tan entusiasmado como después de este desfile. «El «gonfaloniere» — escribe — ordenó reclutar en todos los distritos rurales muchos miles de semejantes soldados, así que ya no es necesario tomar a forasteros. Esto es lo mejor que se ha ordenado jamás en ¡a ciudad de Florencia.»

Únicamente ahora Maquiavelo redacta su ley de la milicia, que presenta a Soderini, quien rápidamente la acepta.

«Al cumplir los 15 años de edad —preceptúa esta ordenanza del servicio militar — todo habitante varón de los distritos rurales florentinos está anotado en las listas del servicio de la infantería, nuevamente creadas. Las formaciones son locales. Deben ser alistados aun en el más pequeño distrito, en la Podestaría. Cada diez hombres se encuentran al mando de un cabo. De 100 a 300 hombres forman una compañía, mandada por un capitán. El adiestramiento se realiza todos los domingos y días de fiesta. De cada cien hombres noventa tienen armas blancas y diez fusiles. Las armas, que posee cada uno, serán registradas. Dos veces al año tendrán lugar dos grandes desfiles militares.»

Todas las seguridades y limitaciones propuestas por Maquiavelo, para complacer a los «populares» reinantes, se realizaron. Florencia creó un organismo más, elegido por las corporaciones y el Gran Consejo conjuntamente: ¡El «Consejo de los Nueve» para los asuntos militares! Como jefe permanente de la cancillería de estos «Nueve», siempre mudables, de estos ministros de guerra para el tiempo de la paz, cuyo trabajo era más bien una visita, fue designado

Nicolás. Aparte de esto, Nicolás conservó igualmente su empleo como jefe de la cancillería de los «Diez». De esta forma dirigía la organización del ejército tanto durante la paz. Él mismo podía realizar la ejecución de su ley. Llegó a ser el maestro del reclutamiento de Toscana. «Ordenamos —dice un despacho del máximo poder— a todos los que están inscriptos en las matrículas de nuestra República, obedecer a Maquiavelo, y a todos los funcionarios prestarle ayuda en su tarea.»

Nicolás, desde el principio, realizó el plan de no reclutar a todos los obligados al servicio de la milicia para el servicio activo real. Si pensaba organizar a 30.000 hombres, solamente reclutaba como fuerza efectiva a 10.000 de los obligados al servicio militar. El resto de los 30.000 debía quedarse en sus distritos como una especie de milicia nacional y rechazar cualquier invasión de su propia zona. «Con objeto de ganar autoridad — escribe Nicolás —, sirve a uno un gran número, y para el uso práctico una pequeña cantidad de gente hábil.» Maquiavelo quiere hacer él mismo la elección, quiere decidir sobre la aptitud o ineptitud, cara a cara con cada individuo.

Sale a caballo al campo; ni helada, ni lluvia, ni calor sofocante hacen aplazar sus viajes. Tiene prisa, y cuando el camino resbaladizo, cubierto del hielo de los parajes montuosos no deja adelantar su caballo, camina muchas horas a pie. A diestra y siniestra atraviesa la República, cuesta abajo, cuesta arriba, en busca de una aldea después de la otra. En las Podestarías, en el suelo liso y montuoso de Toscana, a lo largo de las llanuras, de los bosques de robles, cipreses y viñedos, es la fuente animadora de los hombres que deberán convertirse en soldados... Nicolás consulta con los funcionarios de gobierno locales y con el vicario; se informa de la disposición general de ánimo dentro de la Podestaría; trae noticias de Florencia; explica la nueva ley de defensa. Al día siguiente vienen los campesinos matriculados. Nicolás examina hombre por hombre. Estos campesinos son desconfiados, y se muestran confusos. No entienden bien qué es lo que quiere este hombre de Florencia. «Lo que los hace vacilar —informa Maquiavelo— es el miedo a nuevos impuestos o alguna otra malicia.»

En una podestaría, de los 100 obligados al servicio sólo acuden 10; en otra los campesinos declaran que sería humillante servir con los paisanos de su distrito que viven en la otra orilla del río. En cambio, en otro pueblo los reclutas se presentaron todos, pero apenas se les dio las armas, las usaron para resolver con éstas una vieja hostilidad con los agricultores de la colina. En un cuarto pueblo, inmediatamente después de la inspección un recluta lanzó groserías al capitán. El oficial levanta su bastón y golpea al atrevido con la pica. El campesino grita: ¡Capricciolai!, el nombre de su pueblo. Los amigos abandonan en seguida las filas. Una pelea general interrumpe durante varios días la organización del batallón.

En medio de estos innumerables incidentes, en los cuales los pueblecitos escondidos se permiten poner obstáculos a la ley de defensa, escudándose en el derecho de reserva y de los privilegios, en ningún momento Nicolás pierde la paciencia. No tiene la impresión de ser un sencillo reclutador, sino que está convencido de encontrarse ante una gran tarea que debe realizar en cualquier caso.

«Creo —escribe— más que nunca en el éxito de la nueva organización del ejército, siempre suponiendo ese cuidado, que debe emplear el que quiere reformar un país.» Nicolás no desea apagar la fogosidad, a menudo salvaje, de los campesinos aislados y de distritos enteros, con las escasas tropas florentinas de policía. ¡A causa del reclutamiento, que en general se realiza bien, no debe producirse una guerra con los distritos rurales! A Nicolás le gustaría convencer a los habitantes de cada uno de los pueblos. Con los campesinos rurales habla hasta quedarse ronco. Este hombre de libros, político y diplomático, logra popularizar sus teorías, aunar las preocupaciones de los labradores por sus campos con las ideas de la República y del Estado. «Deben pensar —dice a unos aldeanos— que todo el dinero que ustedes gastan para fortificaciones y murallas lo tiran por la ventana, si ustedes no se organizan para defenderlas, si no aprenden a luchar.»

En la oficina de los «Nueve», Maquiavelo ha centralizado todo el trabajo de la milicia de la República y se empeña en inspirar también a otros empleados de reclutamiento la flexibilidad que a él mismo le anima. Los encargados del reclutamiento están obligados, si fuera posible, a enviar diariamente los informes a los «Nueve». Maquiavelo quiere que la ley de la defensa se cumpla en todos sus detalles. Pero, a un comisario escribe: «Debes pensar más en las consecuencias de un castigo severo que en tu derecho.» Hay que castigar, donde el castigo es absolutamente necesario, «con filantropía y precaución».

Sí un pueblo, a pesar de todo el arte de convencer de los empleados florentinos y del vicario local, no quiere servir, entonces hay que dejarlo, porque su negativa demuestra su rebelde

modo de pensar. «Y las armas que uno les da —escribe Maquiavelo—, podemos considerarlas como armas ganadas.»

Esto no es todavía un estado moderno, donde la obediencia corre como la sangre por las arterias de los hombres, aun antes de que se encuentren uniformados. Tampoco es aún un ejército moderno. Pero Maquiavelo trabaja por el ejército futuro.

Ve la mezcla entre la espontaneidad y la violencia, las fuerzas espirituales que actúan una con otra y una contra otra. Exclusivamente sobre la violencia o exclusivamente sobre la espontaneidad no se puede edificar un ejército. El gobierno que emprende por primera vez la formación de un ejército, debe gozar de autoridad entre sus súbditos. La orden debe tener un eco en el corazón de la gente. «Entonces, cuando al fin se les llegue a emplear en un caso serio, los que fueron dejados atrás hasta lo tomarán a mal.»

La Signoria no tiene esta autoridad, con la cual sueña Nicolás. Éste trata de reemplazarla por la elasticidad. Miles de los papeles y órdenes militares llevan su firma en el transcurso de 2 a 3 años, miles ha redactado y dejado firmar por otros. También interviene con una exactitud pedantesca en todos los detalles del cuerpo táctico, en el paso uniforme recién introducido y en los recién introducidos trabajos de la infantería de paja.

La Signoria está contenta de haber encontrado a un civil, un escribiente impotente a sus ojos, que la releva de los trabajos militares. Le da también carta blanca para elegir sus colaboradores y reemplazantes, pero no le permite dedicarse exclusivamente a la milicia. La confianza de Soderini, que le hace posible la reforma del ejército, le obliga a dejar siempre de nuevo su tarea. El que : fue el acompañante florentino de César le parece a Soderini ser el hombre apropiado para representar a la República en el campo de batalla de Julio II, el cual exige de la Signoria tropas auxiliares.

Entre los 24 cardenales acompañantes de Julio, Maquiavelo se siente como Satanás en el agua bendita. El ejército del Papa se aproxima a Perugia, el estado de Baglione, quien siendo «condolier» había traicionado y vendido a Florencia. Baglione sale al encuentro de Julio, se declara dispuesto a desistir de su soberanía y arregla con el general en jefe de la Iglesia la entrega de las llaves de las fortificaciones y de las plazas.

Nicolás no cree en la sumisión de Baglione. Él se da cuenta y cree que se trata de una traición e inmediatamente informa a Florencia: «Esperaremos y veremos, con el tiempo, lo que oculta en su seno». Julio, impulsado por la impaciencia, se adelanta a caballo con su ejército. Los cardenales más jóvenes difícilmente pueden seguir el galope de este hombre de 64 años de edad. Aun antes que su propio ejército entra el Santo Padre en Perugia, que permanece en poder de Baglione. En su imaginación ansiosa Maquiavelo ve que Julio, por su impetuosidad, ha caído en una trampa, de la cual no hay escapatoria posible. Nicolás mira y escucha, para no perder ni el más mínimo detalle de lo que sucederá allí. Durante una semana, mientras las tropas de Julio no llegan todavía a Perugia, la espera mantiene a Nicolás despierto día y noche. Julio se aloja Tranquilamente en el palacio de Baglione. Nicolás no puede revelar a la Signoria sin esperanza blasfema y anuncia solamente: «Si Baglione no ocasiona ningún mal al que ha venido a arrebatarse su país, será solamente por razones de bondad y humanidad... Pronto lo veremos, cuando el Papa lleve aquí 6 u 8 días». Pero como Baglione no ve la oportunidad del momento, Maquiavelo anota para sí, como desilusionado de una gran esperanza: «A todos los hombres sensatos del séquito del Papa les llamó la atención la cobardía de Gianopaolo. No entienden por qué éste no derribó de un golpe a su enemigo para su gloria eterna, ni se cargó con el botín... De esto hay que sacar la conclusión de que la gente no puede hacer el mal honrosamente...»

Dos meses después de su regreso del campamento de Julio, Nicolás espera poder dedicarse tranquilamente a su reforma del ejército. Al llegar encuentra a la Signoria perpleja.

El «gonfaloniere» le desahoga su corazón lleno de temores: el emperador Maximiliano anuncia su coronación en Roma. Por eso todos los estados italianos envían diplomáticos a Constanza, para hacer confirmar con nuevos sellos del emperador la soberanía de sus países y esta confirmación cuesta mucho dinero. Por 30, 50 o 100.000 ducados, se dice, el emperador, en caso de ir a Roma, consideraría también a Florencia como su aliada y le garantizaría Pisa.

Los momentos y tendencias del continente, el desplazamiento de Venecia del comercio mundial, la ambición de la ciudad de los canales, por compensar esta pérdida con nuevas conquistas, el afán del Papa opuesto a esta voluntad, los deseos del emperador Maximiliano, de un lado, de edificar las fronteras vigorosamente abatidas contra Francia, y de otro lado, animar

nuevamente el universalismo de la Edad Media, todo esto los florentinos lo sienten como montañas, las cuales estrechan siempre más a la República.

Cuanto más lúgubrementemente amenaza a Florencia el destino encolerizado, tanto más confusión reina en todas las oficinas y departamentos de la Signoria. Todo nuevo acontecimiento europeo tiene en Florencia una resonancia interna, de partido y personal.

Se encienden nuevamente todos los temores, ambiciones e intrigas. Ahora, detrás entre bastidores, comienzan los regateos acerca del hombre que debe representarlos ante el emperador. Soderini quiere prevenir todas las sorpresas y ruega por eso a Maquiavelo que se dirija a Alemania. No quiere a ningún otro para esta misión, porque los diplomáticos de la República son, en su mayoría, hijos de las más célebres familias de la aristocracia, las cuales se inclinan secretamente hacia los Médicis. Es cierto que sirven a los «populares», pero su antigua predilección tradicional gibelina por el mito del reino romano podría avivarse estando próximos al emperador. Pero a los otros miembros del partido de Soderini, Nicolás les parece de origen demasiado modesto, demasiado inexperimentado en el gran mundo, para representar a Florencia en la corte de Maximiliano. ¿Cómo podría justamente él, que durante sus legaciones siempre mendiga a la Signoria unos ducados, negociar con Maximiliano por cientos de miles? Proponen a Francisco Vettori, un hombre pudiente, de una antigua familia de diplomáticos, cuyos antepasados fueron siempre partidarios de los Médicis, pero quien hace años sirve a la República.

El «gonfaloniere» debe ceder, y Vettori parte hacia Alemania. Pero Soderini no se conforma. Al reflexionar que Vettori, dejado solo, podría ser demasiado condescendiente, Soderini se asusta y entonces, so pretexto de entregar a Vettori nuevas instrucciones, Maquiavelo es enviado detrás de él.

Pasa por Ginebra, Constanza, Innsbruck y Brenner, y Nicolás llega a Bozen, donde se encuentran el emperador y Vettori.

Ambos florentinos no se recelan ni un momento. Más bien nace una amistad entre ellos, la cual sobrevivirá todos los infortunios y todos los cambios de los años venideros. Positivamente juzgan la situación de igual manera: «Sí Maximiliano fuese a Roma —escribe Maquiavelo—, entonces las hojas de todos los álamos de Italia convertidas en ducados, no le alcanzarían. No habría nada entonces que no se tuviese que comprar con dinero constante». Vettori y Maquiavelo negocian durante cien días y penetran en todas las debilidades del emperador. Ven en Alemania puras enemistades. Enemistad de los príncipes contra las ciudades, enemistad de las ciudades contra los príncipes, alianzas de las ciudades con el emperador, traición de las ciudades contra aquél, y el que en Germania «no se atreve a empezar la guerra con la majestad, se atreve a negarle tropas de auxilio, y el que no se atreve a negarle las tropas, se las promete, pero tiene bastante valor para no mandarlas. Y si no se atreve a hacer nada de esto, entonces se atreve a retrasar tanto la remesa, que cuando ésta llega ya no puede ayudarle».

Los «Diez de Florencia», animados por estos informes, rehúsan desembolsar ni un ducado para la coronación de Maximiliano. Creen finalmente que la proyectada coronación de Maximiliano es sólo un medio de sacar dinero. Están dispuestos a dar, sí, pero sólo cuando Maximiliano llegue al centro de Italia.

Soderini está convencido de haber salvado mucho dinero de la República. Las noticias personales que traen Maquiavelo y Vettori, fortifican la buena disposición de ánimo, después de haber vencido al miedo de «tener que pagar».

Los intervalos de paz entre las preocupaciones de Florencia son muy cortos. Luis de Francia, aliado ahora con Fernando de España, levanta serias acusaciones contra Toscana. Su representante dice a Soderini: «La embajada a Maximiliano, como así también la prolongada guerra contra Pisa, son causas para una ruptura evidente de nuestra alianza con ustedes. Nosotros tendríamos sobradas razones y derecho para despedir de nuestro suelo a todos los comerciantes florentinos y enviar nuestras galeras para ayudar a los pisanos». El «gonfaloniere», completamente estupefacto, siempre dispuesto a obrar en favor de Francia, en vano muestra la firma de Luis y de sus antepasados al pie de los tratados que garantizan a Pisa para los florentinos; también en vano recuerda que no se ha dado dinero a Maximiliano, sino que sólo querían¹ defenderse de él. Las acusaciones de los franceses son realmente un preámbulo para los pedidos de dinero. Soderini lo sabe bien y está también dispuesto a pagar. Pero antes de que se termine el regateo por la suma, el rey de España envía dos embajadores: uno a Pisa, para renovar con la ciudad los viejos tratados

de ayuda y animarlos en cualquier caso a oponerse a los toscanos, y otro a Florencia, la cual propone una suma por la anulación de los tratados nuevos y viejos. Soderini no quiere pagar en secreto a Fernando ni a Luis, para que luego ambas majestades no puedan engañar a la Signoria separadamente; quiere que establezcan sus condiciones uno delante del otro y propone que negocien los tres juntos: Francia, España y Florencia. Durante varios meses permanecen los embajadores sentados en la mesa, reduciendo todos los juramentos y tratados a ducados. Los españoles dicen conformarse con 50.000, mas los franceses exigen 25.000. Entonces el honor prohíbe a Fernando pedir menos que Luis. Por eso, a espaldas de los españoles, Soderini negocia con el embajador francés. Francisco se declara conforme públicamente con 50.000 ducados, pero por un tratado secreto recibe otros 50.000, y los ministros del rey perciben para sí 25.000 ducados más. Además Florencia se compromete a entrar en la Liga de Cambrai —la cual une al Papa, España, Francia, Ferrara y Mantua—, contra Venecia.

Para Florencia la política desemboca ante las murallas de Pisa. Al mismo tiempo, cuando Venecia lleva una lucha sin precedentes contra la Europa aliada, la Signoria ve en el gran acontecimiento mundial sólo unas muías cuadradas: el territorio de la ciudad próxima a las orillas del Arno. Los contrastes, que se levantan del interior de su estado, son más fundamentales que su experiencia, su habilidad, su claridad y su inteligencia. No pueden hacer otra cosa que inclinarse ante lo inmediato. ¡El apremio dicta lo que debe hacerse! Florencia necesita Pisa, como Lyon a Marsella, como Berlín a Hamburgo, como Manchester a Liverpool.

Después, como dice Maquiavelo, de que todas las bocas abiertas fueron repletas de dinero, se halló expedito el camino diplomático para rodear militarmente a Pisa. ¡Florencia tiene ahora sólo que conquistar a su vieja enemiga! La Signoria ordena devastar todas las regiones vecinas y amigas de Pisa. Especialmente Lucca debe experimentarlo. Así como con arte o ingenio se planta un jardín, así destruyen las compañías de la milicia todo bosque, todo prado. Lejos, alrededor de la ciudad sitiada, toda la región fue casi reseca, quemada.

Alrededor de Pisa se levantan tres campamentos. El primero tiene que vigilar el río Arno, el segundo los caminos que conducen a Lucca y el tercero cerrar los demás caminos. Estos campamentos, unidos entre sí por divisiones mayores separadas y por patrullas, rodean a Pisa por tierra. Desde el lado del mar la desembocadura del Arno está cerrada por las estacadas; cerca de la costa pasan rápidos barcos, galeras y bergantines. Centenares de contrabandistas tratan de eludir los obstáculos y ayudar a los sitiados. Pueden ocultarse fácilmente en el terreno excavado, a menudo pantanoso, o a la largo de abismos monstruosos, detrás de las rocas de creta y asperón. Los soldados toscanos de la milicia aprenden la lucha cuerpo a cuerpo contra estos hombres valientes. Pronto deben los florentinos también medirse en combates más grandes. 800 genoveses luchan desesperadamente tratando de abrirse camino con sus mercaderías en dirección a Pisa, pero son desalojados de todos los alrededores.

El alma de esta guerrilla y de este exterminio metódico es Maquiavelo. Este sitio de un año, que se extiende sobre un territorio muy vasto, debe ser la prueba para su ejército. Él había podido formarlo en tres años en los pueblos desde su oficina. Mas ahora se encontraban en pleno campo de batalla. Nunca todavía las tropas de milicia se habían movilizadas por tan largo tiempo. Maquiavelo previene la desertión, y habla del honor a su gente. Una tercera parte del ejército se compone todavía de soldados mercenarios. Nicolás despierta el odio de sus campesinos reclutados. Estimula su ambición ante los soldados de profesión. Compañías enteras renuncian voluntariamente a sus vacaciones, aprenden a sentir la atracción de las armas y los peligros. Cuando llegan nuevos reclutas, Nicolás los distribuye por los campamentos separados y los acompaña a sus guarniciones. A menudo abandona por varios días el lugar de las operaciones para poder dirigir el reclutamiento. Además lleva los asuntos de la administración del ejército, cuida de los pueblos y de las amias, negocia por su propia cuenta con las ciudades extranjeras las entregas de cereales, actúa como «el comisario de la devastación», señala al hacha y a la antorcha encendida los nuevos territorios, fiscaliza los ya arrasados e inspecciona los trabajos de estacamiento del Arno. Anda muchos días a caballo, y durante muchas noches escribe informes a la Signoria.

Aunque Nicolás es la autoridad ágil y organizadora de todo cuanto está dentro del ejército, no desempeña el cargo superior delante de Pisa. El comisario general de la República en el ejército es Nicolás Capponi. Desde hacía más de diez años estaba Maquiavelo acostumbrado a realizar la mayor parte del trabajo y sin embargo aparecer siempre como el eterno ayudante. Pero esta vez no tiene en cuenta para nada a su jefe. Trabaja como si todo dependiese de la fuerza de su mano, y

no da lugar a discusiones. El comisario general ni encuentra a su ayudante para reprenderlo. Porque Maquiavelo está en todas partes y en ninguna. Pero ante todo procura permanecer ahí donde se encuentra Capponi. El comisario general del ejército protesta ante las autoridades superiores —los «Diez»— y quiere presentar su renuncia.

Mientras Maquiavelo hacía la parte principal del trabajo y nadie se quejaba contra eso, los «Diez» se sentían dichosos de no tener que mezclarse en las disputas del ejército, que eran tan confusas como las de la Signoria misma. Les agradaba su costumbre diaria: en todos los asuntos del ejército utilizar sólo al jefe de cancillería. Lo espoleaban, impulsaban a la prisa su aplicación innata. «Ordena y haz —le escriben— lo que fuese posible. Porque hemos puesto en tus hombros todo el cuidado de los asuntos de allí.»

Esta orden responde a su verdadero modo de pensar y a las relaciones reales. Pero Nicolás Capponi tenía de su parte no solamente el derecho jerárquico, sino también a sus partidarios, quienes divulgaban a todos los vientos la palabra ¡Escándalo, escándalo! El trabajo de Maquiavelo en el campo de lucha fue considerado por muchos colegas de la Signoria como una arrogancia. Malicias y sospechas vuelan desde las oficinas a la ciudad. ¡El jefe de la cancillería se arroga la función de un general en jefe! ¿Por qué puede hacer esto? Porque los «Diez» no entienden nada de la guerra, porque el «soplón del «gonfaloniere» trabaja para su señor». Los «Diez», que precisamente ejercían sus cargos, eran republicanos beatos, y querían combatir la influencia de Soderini en el ejército. Temían que tal vez se había concedido a Maquiavelo una independencia demasiado grande. Capitulaban a medias y estaban convencidos a medias. Los «Diez» escriben a Maquiavelo una orden, imposible de cumplir: ¡tiene que someterse a Nicolás Capponi e informarlo puntualmente! ¡Por toda respuesta Maquiavelo envía la renuncia a su cargo! Pero los «Diez» no quieren reemplazarle, ni siquiera concederle licencia. Les bastaba con haberle recordado su posición de dependencia. Ante todo podían mostrar la copia de su orden a todos los amigos de Capponi. Pero el más desdichado a causa de esa resolución de «que Maquiavelo debe acatar a Capponi» era el «gonfalomere». Como Soderini no quiere mantener una correspondencia directa con su protegido en medio de este ambiente de desconfianza, llama a Blas. «Ayer —escribe Blas a Nicolás— tuve una larga conversación con el «Superius»⁷. Me encargó escribiros y exhortaros a tener paciencia. Capponi protesta y maldice... Los poderosos deben siempre tener razón... Si se mira bien la cosa, entonces ésta en el fondo no es más que una pequeñez... Unos informes pueden conformar a Capponi, y éstos son fáciles de escribir. No se debe hablar más de renunciar. .. Aquí se preocupan, porque allí no se podrían arreglar sin vos».

Maquiavelo escribe desde entonces informes de cosas secundarias a Capponi; ante todo le informa que no hay nada que informar, y que todas las dificultades de la guerra y todos los buenos resultados pesarán sobre los hombros del comisario general. Así, pues, todo queda como antes de la disputa. Nicolás se preocupa porque el trabajo por la guerra no sufra a causa de las intrigas y de las competencias.

Pisa comienza a agonizar. Por primera vez en quince años los pisanos no vislumbran ninguna esperanza. En todo el mundo ya nadie se mueve por ellos. Sus amigos han sido comprados por Florencia, y su aliada Venecia fue vencida en la batalla por la poderosa superioridad de la liga de Cambrai. Pisa siente la gran soledad, y por las noches espera los milagros. El hambre anula en los campesinos de Pisa el atractivo de la guerra y el valor. Desde hace ya varios meses viven como fugitivos, pasando gran miseria en la ciudad; sus campos están barbechados, sus pueblos han sido devastados. Los señores de Pisa deliberan sin interrupción en la municipalidad. Abarcan con la mirada los quince años de lucha, y ruegan al destino les conceda una última batalla y la muerte. Pero los campesinos quieren ver sus campos, y están ansiosos por ir a sus casas. Se rebelan, rodean la municipalidad de los pisanos, acostumbrados a la lucha, y declaran que no se moverán hasta que sea nombrada una delegación de paz para que vaya a Florencia. Los señores no pueden luchar al mismo tiempo contra su propia ciudad y contra Toscana. Ceden, a pesar a sus aseveraciones guerreras. Cinco representantes de la ciudad y cuatro de las comunidades rurales van a la vecina localidad de Piombino, donde el duque del país será el mediador de la paz.

En una sala del palacio de Piombino, respaldado en una ancha silla, vestido de negro, con expresión severa y fría, los espera Maquiavelo. ¡Tan a menudo él había representado la

⁷ Apodo que se daba al «gonfaloniera».

impotencia de los florentinos por todas partes de Italia y Europa. ¡Por fin ahora acuden a él! ¡Por fin ahora puede gozar del triunfo! Pero tan humillados están los pisanos, que a la primera frase perturban la solemne investidura de Nicolás. «Suponían — declara el principal de ellos — que Florencia mandaría para negociar a un hombre de más importancia, a un embajador.» ¡En vez de esto se les ofende desde el primer instante, obligándolos a discutir la existencia o no existencia de su ciudad con un jefe de cancillería!

Irritado Nicolás les recuerda su situación y exige ver los poderes generales para la capitulación. Los pisanos no los tienen, y tratan de hablar de las condiciones. Pero Maquiavelo les corta la palabra: «¿Quieren ustedes la paz? —dice—, ¿o quieren la guerra? Si ustedes quieren la guerra la tendrán bastante y demasiado.»

Nicolás interrumpe las negociaciones.

Pero el tratado de la paz, redactado por Soderini juntamente con Maquiavelo, no respondía a ese tono. Concedía a los pisanos amnistía, los restituía de nuevo en todos sus derechos, que habían tenido antes de la ruptura, antes del año 1494, levantaba todas las confiscaciones y dejaba intactos todos los privilegios de índole comercial.

Este tratado, anunciado ya por todas partes aun antes de su aceptación, y el hambre, hicieron apagar la última chispa guerrera de Pisa. Los sitiados no esperaron hasta que sus autoridades terminasen todas las formalidades de la capitulación. Y así es que miles de ellos corren hacia el campamento de sus vencedores e imploran pan. Son alegremente saludados. El odio de quince años es olvidado tal como se olvida una mala noche. «Queremos — escribe un comisario florentino — endulzar la crueldad y el valor de los pisanos, que tantos años ha durado.»

El 8 de junio de 1509 entra en Florencia un jinete con una rama de oliva, y anuncia a la Signoria que el tratado ya está ratificado en Pisa, y que las tropas toscanas pueden al día siguiente, por la mañana, entrar en la ciudad vencida. Es el día del Corpus, y en las iglesias de Florencia, atestadas de gente, cada cual comenta acerca del jinete y su mensaje. La multitud al salir de las casas de Dios se reúne delante de la Signoria. El mayor de todos los milagros parece haberse realizado. Como ha terminado esta guerrilla de quince años, durante la cual los jóvenes habían crecido y los mayores se habían convertido en ancianos, les parece que la paz en todo el mundo da ese día comienzo a su misericordioso dominio. La ciudad se convierte hasta en las noches en un paraíso de todas las alegrías. «Todos — escribe un ayudante de la segunda cancillería a Nicolás — están enloquecidos por el sentimiento de dicha... Lo único que me faltaría ahora es que el cielo, por su parte, también revele alguna bienaventura. Tan grande es el regocijo.. . Que ni sé lo que estoy hablando.»

Maquiavelo se encuentra en camino hacia Florencia. Soderini lo abraza como al modesto cumplidor de una tarea penosa. El valiente Giacomini, al cual las intrigas habían alejado del ejército, le estrecha en silencio la mano. Francisco Vettori lo felicita con una sonrisa. Los «Diez» le expresan, en nombre de la República — muy tacaña en cuestión de honores — un «elogio». Blas, siempre fiel, y algunos ayudantes de su oficina lo celebran en una taberna de la orilla del Amo, beben a su salud, como por el capitán más grande de todos los tiempos, y lo proclaman con lengua balbuciente como a su general privado.

Nicolás nunca ha conocido otro triunfo igual. ¡Para un jefe de cancillería en Florencia no crecían los laureles!

FLORENCIA SE CONVIERTE EN EL BOTÍN

Maquiavelo, siete años antes, había comunicado a la Signoria desde el campamento de César un rumor: «Un hombre me enseñó una carta, en la cual estaba escrito que a Portugal habían

llegado, directamente desde Calcuta, barcos cargados de especias. Esto rebajará mucho el precio de estas mercaderías».

Nicolás no se preocupa mucho por esa noticia. La misma república de Venecia no sabía todavía qué iba a ser de ella, pues ninguna otra sufriría tanto por la revolución producida en el mercado mundial.

Después que la República hubo fijado en el vasto círculo del Mediterráneo la herencia de los conceptos romanos de derecho, después que hubo sometido al Mediterráneo con innumerables formas de soberanía bajo su monopolio comercial, la República de los Dux sufrió la derrota que significaba la navegación alrededor de África, y la comunicación directa de Lisboa con la India. La revolución histórica no necesitaba esta vez ni el «Médium» de los imperativos categóricos, ni el de un individuo poderoso, sino el prosaico de una revolución de tráfico y precios. Venecia ya no era una posición estratégica, y llegó a ser superflua en todas las encrucijadas del Levante, en Chipre, en Candia, en el Cairo, dejando de apretar con un nudo corredizo, a su gusto, como una bolsa, el Mediterráneo oriental. El cetro de Neptuno cae de la mano de la República; y ésta pierde la dictadura de los precios. En el mercado de Lisboa el jengibre, clavo, pimienta, perlas, barniz y tintes eran dos tercios más barato que en los mercados de Riaño, donde la República de los Dux amontonaba las mercaderías, para fletarlas luego al norte y al oeste de Europa con una gran ganancia intermediaria. Alemania, Francia, Holanda, Inglaterra y hasta Italia misma compraban siempre menos en la ciudad de los Canales. Las sucursales de Venecia en Túnez, en Cataluña, en Orán y en el profundo interior de África, hasta en Timboctú, trabajaban con pérdidas. Conocidas casas antiguas, a lo largo de los tres canales bien cuidados, propagaban el pánico de la incertidumbre, el silencio de la quiebra. Con la pérdida de la ganancia principal — del depósito de comercio — sufrían también los ramos nacionales de la manufactura, el género, el vidrio, el metal. Faltaba el crédito, tan fácilmente otorgado antes. Se vio que el dinero de todos los países principales no encontraría ya un refugio seguro de ganancia en Venecia, y los comerciantes extranjeros no venían ya para sellar su precioso metal en las casas de moneda de la República.

Los venecianos simbolizaban su pasado con dos leones, los cuales brillaban en los mosaicos de la iglesia de San Marcos. Uno tenía su cabeza vuelta hacia el mar: éste era grande y fuerte. El otro miraba hacia la tierra: era escuálido y débil.

Mientras la República había sido la reina de los mares, ella descuidaba sus posiciones terrestres, pues poco le importaban. No tenía ninguna ambición territorial en toda Italia. Pero ahora, al contemplar asustada que Lisboa la desplaza cada vez más de la ganancia comercial, busca los mercados continentales de la Península misma, y ansia el derecho de depósito en los mejores puertos. Pronto, llena de energías, Venecia aspira a nuevas colonias a diestro y siniestro por toda Italia. Lo que había logrado en una gloriosa historia de mil años, a lo largo de las costas adriáticas, griegas y de Asia menor, trata de realizar nuevamente durante diez años en Italia misma. Por eso Venecia ha deseado en Italia las invasiones y la ruptura del equilibrio, y en primer lugar ha sido ella misma la causa de éstas. Las masas de los ejércitos extranjeros, que desde 1494 desembarcaron en Italia por todos los caminos, pasos y lugares de desembarco, abrieron las mejores perspectivas para la República de los Dux.

«Los señores de Venecia son muy inteligentes — dice el embajador francés Commynes—; diariamente se reúnen y discuten. Sus vecinos pronto sentirán las consecuencias.» Y a la sombra de las catástrofes enarbolan los venecianos sus banderas, mientras se anexaban ciudades de mil diferentes maneras. Durante la guerra de los españoles en Italia meridional, la República había ocupado los cinco mejores puertos de Apulia. Amenazaban al Papa en Mantua y Ferrara, a los franceses en la Lombardía, al emperador Maximiliano en Dalmacia e Istria, a Hungría en Albania, a los florentinos en Pisa. Una poderosa coalición, fundida en el fuego del odio, se levantó contra Venecia. Las fogosas fuerzas de la nueva Europa, que buscaban el campo de batalla como una liberación, consideraban el resplandor del globo terrestre, proveniente de la República de los Dux, como una provocación moral para el robo. ¡Cuántas guerras se podrían hacer con el dinero de Venecia! En verso y prosa se maldecía en París, Constanza, Madrid, Roma y Florencia a los «cobardes tenderos» de Adria. Claude de Seyssel describe la disposición de ánimo del continente, cuando profiere el grito contra Venecia: «¿Quién puede ver sin indignación cómo una nación que se esconde en los pantanos y vive sólo de mercaderías, por medio del engaño, del robo y de la perfidia aspira a dominar la tierra y el mar y amenaza a todos los reyes y príncipes?».

Francia, el emperador y España habían necesitado quince años en unirse contra Venecia, precedidos por Julio II, y para luego vencer definitivamente a la República de los Dux en la batalla de Vaila. Venecia, dirigida en la política exterior por los diplomáticos, cuyos informes revelan, con exactitud y claridad, el tiempo sintomático de todos los tiempos, no creyó en el peligro de una coalición europea, la primera desde las Cruzadas. Educados en la tradición y continuidad, no reconocieron el carácter de Julio, quien logró unir las potencias mundiales a pesar de sus contratos y apresuró los procesos políticos. Con la misma rapidez propia del carácter de Julio, sin variación en su modo de pensar, sino solamente en sus puntos de vista, éste se convirtió, después de la derrota de la República de los Dux, en su salvador ante su completa ruina. Julio había forzado a Venecia a desistir de la hegemonía territorial en Italia; la había obligado a ser modesta. Ahora se trataba de alcanzar una meta mayor: libertar la Península de los forasteros. El enemigo más próximo y peligroso le pareció que era Francia, robustecida a costa de Venecia. Y de súbito odia a Luis, como antes había odiado a César, después de haberlo utilizado. Odiaba a Francia, como si no hubiese estado durante muchos años al servicio de París. Su odio abrirá nuevamente a España y al emperador el camino a la Península. Pero ahora sólo ve y siente lo inmediato: sólo las lanzas francesas en Ferrara, Brescia, Génova y Milán. Las siente como si fueran dirigidas contra su propio pecho. Le quitan el sueño y el apetito. Durante noches enteras camina por su habitación y exclama suspirando con voz oprimida: «¡Castiga a Luis! ¡Castiga a los franceses!». Al amanecer llama al embajador veneciano. «¡Nunca, nunca —le dice— seré el capellán de Luis! Soy el Papa a despecho de él». Julio ataca, sin declaración de guerra, las posiciones francesas en Italia, y secretamente envía las tropas a Genova, la ciudad de su padre, para levantar este puerto contra Luis. Él mismo, espantando a sus generales con su prisa, con coraza y casco, va a la guerra contra Ferrara en pleno invierno, por los senderos de los Apeninos cubiertos de nieve.

Los soldados, que marchan hacia Génova, atraviesan Toscana sin pedir permiso a la Signoria. El Consejo de los «Diez» y Soderini se estremecen. Muy corto fue el sueño tranquilo de la paz. Era hermoso estar en paz con Luis y con Julio, pero, de súbito, esta alianza se convierte en tenazas, y Florencia es la nuez que debe ser cascada. Oponerse a Julio es imposible. Este anciano poderoso y enérgico, una vez en movimiento, ataca antes de que Luis conteste a sus preguntas, mucho antes aún de que pueda oponerse con su ejército. Pero la Signoria es aliada del rey, y dejar pasar los soldados significa una ruptura abierta del tratado.

Maquiavelo debe dirigirse inmediatamente a Francia para aclarar la confusa situación y la desgracia de la República.

Nicolás encuentra a la corte francesa en Blois, desorientada e irresoluta, pues todos tienen la impresión de encontrarse en vísperas de una profunda crisis, que abrirá las puertas a todas las incertidumbres. Ni Luis, ni el canciller Robertet, ni el Nuncio, asediado por todos lados, ni los embajadores de España, ni los de Maximiliano, saben si estallará la guerra o habrá paz en Italia. La iniciativa está en manos de Julio únicamente. Nicolás escucha las maldiciones contra el Vaticano. El ataque del Santo Padre desconcierta e indigna. ¿No le había satisfecho el ser la cabeza de una coalición mundial, el haber podido agrandar su territorio y fortificar su Estado? ¿Por qué ha firmado la paz por separado con Venecia, con quien cuenta para atacar con sus débiles fuerzas las posiciones francesas en Italia? ¿Quiere solamente lograr nuevas concesiones, o encender nuevas guerras, las cuales se extenderían mucho más allá de la frontera de Italia? «Maquiavelo — pregunta un diplomático —, ¿nos envió Dios a este Papa para exterminar al mundo?» El canciller Robertet, enrojecido por la ira, jura que Francia revocará la obediencia eclesiástica a Julio, lo citará ante el Concilio y prohibirá, bajo pena de muerte, la unión de los clérigos con Roma.

La irritación contra la curia facilita la misión de Maquiavelo, pues éste esperaba se descargase una tormenta de reproches contra Florencia, y en vez de esto se le recibe amistosamente. Luis se muestra indulgente y habla con tono solícito: «Señor secretario, no me encuentro en guerra ni con Roma ni con ningún otro país. Pero en estos tiempos, cuando las amistades se cambian tan pronto, debo saber dónde están mis aliados y dónde están *mis* enemigos. Quiero saber en quién puedo confiar.»

Maquiavelo asegura que a la Signoria el interés propio le ordena guardar lealtad a la unión con Francia, y prueba de ello es que las factorías más ricas de Toscana se encuentran en suelo francés. Si Florencia ha dejado pasar las tropas del Estado de la Iglesia, fue porque se creía a Julio todavía aliado de Francia. Nadie podía sospechar el cambio del modo de pensar de Julio. Pero ya que

ahora se lo conoce y se habla seriamente de la guerra, él se siente obligado a describir detalladamente las condiciones topográficas de Toscana. Tres cuartas partes del país lindan con los Estados de Julio. El Papa puede penetrar en la República a lo largo de muchos kilómetros. El rey no puede exigir que la Signoria tome la ofensiva, sino que debe permitir a los florentinos defenderse exclusivamente en su propio territorio. Las fuerzas de su patria no alcanzan para nada más.

Luis está conforme con esta interpretación defensiva acerca de la alianza, la cual permite a los florentinos la posibilidad de negociar indefinidamente con todo el mundo. La misión de Nicolás termina con éxito; pero no abandona la corte, porque ve la inclinación de Luis hacia la paz, y todos los peligros le obligan imperiosamente a trabajar por esta paz.

La situación le impone una tarea muy por encima y superior a su cargo estrechamente limitado: ¡ser intermediario entre Julio y Luis! Nadie necesita más que Florencia la paz romano-francesa. Animado por el canciller Robertet, Maquiavelo escribe a la Signoria todo lo que podría apaciguar a Julio. Insiste en que Soderini envíe un negociador al Papa, ya que es sumamente importante que un diplomático florentino vaya a Roma; exagera la voluntad condescendiente de los franceses, y trata con sagacidad de ganar tiempo para la paz.

Al mismo tiempo pone a disposición de Luis y del canciller Robertet sus experiencias sobre las cosas italianas. Desde que murió el confidente del rey, el cardenal d'Amboise, los asuntos romanos se habían abandonado en Francia a la casualidad. «El rey — escribe Maquiavelo — no está acostumbrado a profundizar en los detalles de los negocios. Los deja marchar, y los que gobiernan no son bastante cuidadosos. No solamente hacen mal las cosas, sino que tampoco tienen una idea clara acerca de los asuntos.»

Luis y su canciller se dejan aconsejar de buena gana por Nicolás, quien, para no ofender a tan encumbrados señores, cumple su tarea como un consumado maestro de modestia. Su arte, practicado durante muchos años, insinúa hábilmente, le capta la simpatía del canciller. Es cierto, expresa Nicolás, que el Papa no sólo ha ofendido a Francia, no sólo la ha provocado, sino que también la ha asaltado. Combatir a Julio es una necesidad. Sin embargo, sería absurdo maquinar coaliciones, poner en movimiento a toda Europa contra Roma. Porque el Papa goza por todas partes del amor de los fieles. Pero hay otros métodos para exterminar a Julio: ¡pequeños medios, pero excelentes y experimentados! En la Rumania, en Roma, en la Campaña, viven los hijos de los «condottieri», a los cuales Francia siempre ha utilizado contra la curia. Con una parte de energías y otra de dinero, cosas que cuentan una guerra grande, podrían animar ahora a estos rebeldes a encender miles de guerrillas contra Julio, y lograr lo que no podrían conseguir las grandes batallas, las grandes coaliciones y las alianzas de una nueva todavía desconocida coalición general.

El canciller acepta el plan de Nicolás. El rey, sin embargo, afirma: «Si el Santo Padre me extiende sólo un dedo, yo le extenderé todo mi brazo.»

Durante dos semanas Nicolás vive con la esperanza de haber salvado la paz, de haber alejado de Florencia las grandes batallas decisivas en sus fronteras, y la posibilidad de la no invasión por los amigos o enemigos.

Pero el odio del Papa es inflexible, como el primer día. A la cabeza de su ejército sólo ve fortalezas hostiles, y no escucha las palabras pacíficas. Para colmo de la provocación, Julio detiene a un cardenal francés. El rey, burlado por Roma, amenazado peligrosamente en sus ciudades conquistadas, ya no detiene su ira contra Julio. «Haré — dice el Papa — de Italia un cielo nuevo y una tierra nueva.» Ante esta firmeza del Santo Padre las palabras de paz de Nicolás parecen como consejos del otro mundo. Maquiavelo reconoce que está al final de sus argumentos y, lleno de miedo y preocupaciones, se despide del canciller Robertet. El canciller no ha perdido la simpatía hacia su consejero. Lo consuela, le golpea amistosamente en el hombro, y le declara que Luis, protegido por la neutralidad benévola de España e Inglaterra y asistido por Maximiliano, irá a Italia a la cabeza de nuevos ejércitos. Ante esto, Nicolás no deja de advertir que cree que Julio tiene sus amigos secretos y seguros en Inglaterra y en Alemania, y, muy probablemente, también obra de secreto acuerdo con España. Robertet contesta que está seguro de la amistad de estas potencias, aunque no puede relatar todos los pormenores de los tratados. Ante tanta seguridad, la incredulidad de Nicolás vacila. Tal vez el canciller, que ha dirigido todas las negociaciones de Europa, y que debe saber exactamente todos los tratados secretos, tenga razón. ¿Se levantará tal vez, así como en los años anteriores contra Venecia, ahora contra Roma una

poderosísima coalición? El Papa es el responsable, ya que él empieza la guerra. Nicolás lo odia no sólo como pontífice, sino también como amenazador de Toscana. «Nada — escribe — sería más de desear que Robertet tuviese razón, y nuestros curas insolentes probaran también un poco de la amargura de este mundo.»

El éxito diplomático de Maquiavelo: el derecho de Toscana de permanecer a la defensiva, a pesar de la alianza con Luis, da a la República una reducida posibilidad de orillar el peligro y dejarse arrastrar todavía durante algún tiempo por las olas de la política mundial.

De súbito, con una rapidez inesperada para Maquiavelo, para la Signoria, para toda Toscana, los franceses vencen en Ravenna, en la batalla más grande registrada desde el comienzo del siglo, ¡quedando así abiertos todos los caminos que conducen a Roma! Pero el Papa, al margen de su vida y ante la invasión de sus territorios, sabe convertir al gran triunfo francés en una decisiva derrota francesa. Seducida por todos los medios de encantamiento de la diplomacia de Julio, al cabo de pocas semanas, toda Europa se levanta contra Luis. La liga de Cambrai se convierte en una «Liga Santa» para defender la cristiandad amenazada. Veinte mil miembros de la confederación se dirigen de Suiza al territorio de Milán para enfrentar al ejército francés. Desde Navarra, en el sur, Luis es amenazado por los españoles; desde Calais, en el norte, por los ingleses. Los franceses, que se ven en peligro por el levantamiento de todas las ciudades de Lombardía, abandonan Italia en continuas luchas de retirada. ¡Europa no ha visto aún una victoria más infructuosa que la de Ravenna!

Antes de que la República pudiese abarcar con la mirada la magnitud de la catástrofe francesa, fue rodeada en el norte y occidente por los ejércitos extranjeros. Soderini y su gente, grandes maestros en negociaciones prolongadas, son sorprendidos por los acontecimientos: la rápida victoria de los franceses, su repentina derrota, el triunfo del Papa, los paraliza. ¿No puede el enemigo perder en una noche la victoria ganada durante una noche? ¿No se podía encontrar un campo seguro, aunque fuese muy angosto, entre las dos batallas? ¡Cuántas veces ha cambiado ya la situación fundamental durante los dos últimos años: dos veces el Papa se encontraba en pérdida, dos veces Luis, dos veces estuvo el emperador Maximiliano aliado con Luis en contra del Papa, dos veces con el Papa contra Luis, una vez Inglaterra se unió con Francia contra España, una vez con España contra Francia! Y siempre en los primeros momentos la nueva situación parecía la más segura, la eterna, como fundida para todos los tiempos.

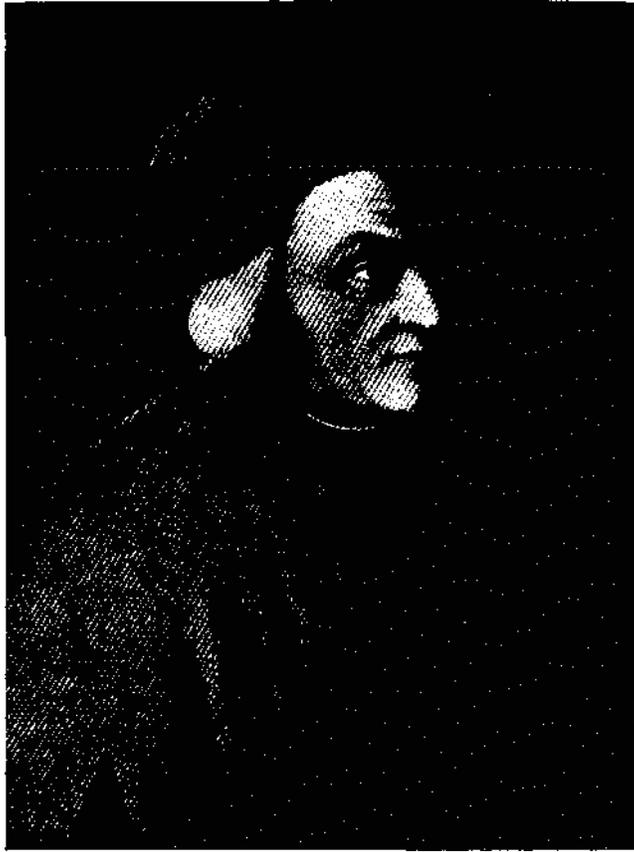
Soderini, el Gran Consejo, el Consejo de los Ochenta, los «Diez de la Libertad», no piensan ya en su propia fuerza, solamente piensan en negociar, para lo cual comisiones y subcomisiones deliberan permanentemente. La Signoria espera que la escisión dentro de la Santa Liga salvará la independencia de la República. Ni el emperador Maximiliano, ni Fernando de España, quieren ceder Florencia al Papa. Ambos soberanos prometen a Toscana la libertad a cambio de dinero. Pero la Signoria ya fue engañada tantas veces, que precisamente ahora los señores en el Consejo exigen seguridades tras seguridades, de los potentados dispuestos a negociar.

Pero en el campamento de la Liga Santa no triunfan los indecisos, ni el rey de España, quien se encuentra lejos de Italia, ni el emperador Maximiliano, que se halla en dirección opuesta, sino Julio, ofendido por Florencia.

Julio quiere aniquilar al gobierno popular, amigo de los franceses; quiere expulsar a Soderini por todos los medios.

¡Por eso entrega los asuntos de la República en las manos de la familia de los Médicis!

Hacia dieciocho años que los Médicis habían sido expulsados de Florencia, y desde la revolución de Savonarola permanecían en Roma. El cardenal Giovanni Médicis, más tarde el Papa León X, es la cabeza de la familia; éste ha minado la República con una red de agentes secretos, ha ido innumerables veces a la frontera de su patria, ha recibido a los ciudadanos y campesinos, ha conso-





LEÓN X Grabado que se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena

lado a los pobres y a los ricos, ha prometido una era dorada. Ninguna puerta importante en la República, ningún camino hacia el corazón del país, se halla hoy día libre de su gente. Desde el mes de junio hasta agosto el cardenal ha ganado diariamente más partidarios que antes durante todo un año. Sus amigos, que antes generalmente formaban un círculo estrecho junto con los más célebres potentados, que se dedicaban más a la poesía y la historia romana que a la política, hoy se han convertido en los bulliciosos e intrigantes dirigentes del partido. ¡Cómo se han reído de Soderini este verano del año 1512! El hombre de bien al frente del Estado, en su lucha por la República, no pudo hacer nada más que publicar un manifiesto. Pero, mientras tanto, ríos de desgracia de todos los manantiales de la discordia continental e italiana parecían desembocarse en el Amo. Aun la naturaleza misma se unió con la política, e hizo más difícil todavía la existencia de Toscana con la sequía que agostó los campos y que duró varios meses. Corazones temblorosos, desalentados, desesperados, oyen ya los pasos de los españoles, los himnos de victoria de las tropas del emperador, de las de los venecianos y del Papa. De las ciudades y pueblos llega a la capital la gente que huye. Aneé las puertas de la ciudad se acampan carros con niños, ancianos, avena, aceite, lienzo y con los baúles y enseres personales. En medio de esta desolación, que se divisa de lejos, consuela oír a los partidarios de los Médicis. Todos creen sentir que ellos son los señores del mañana, que serán dueños del país, y ésta es la única esperanza que se apodera de los corazones. Hasta algunos amigos de los «populares» aprueban ya el pensamiento pecaminoso de los Médicis. ¿No se han vivido días brillantes durante Lorenzo, el agosto? ¿No fue su tiempo el más hermoso de la patria? Un monje charlatán ha derribado al viejo gobierno, y un «gonfaloniere», siempre moralizado, puede mantenerse en el sitial con la ayuda de sus partidarios.

La gente se agolpa en la plaza delante de la Signoria. ¿Habrà guerra? A más de la miseria, también la curiosidad más bien que la decisión, es lo que expresan la mayoría de los rostros.

Algunos gritan: «¡Viva el «gonfaloniere!» En seguida son interrumpidas estas palabras por: «¿Tiene que perecer toda la ciudad por un solo hombre, por Soderini?» De las simples discusiones se llega a los altercados amenazadores. Algunos valientes, principalmente miembros de las corporaciones más bajas, van al Consejo de los Diez y exigen el equipo militar de los florentinos. Se ha resistido antes a Carlos VIII, dicen, porque exigía la restauración de los Médicis, cuando éste se encontraba dentro de la ciudad. ¿Tenemos que capitular ahora ante el enemigo que está a las puertas en las fronteras del país? Los «Diez» anuncian a unos y a otros que al cabo de pocas horas se decidirá el destino de la ciudad, pues todas las autoridades deliberarían en seguida, presididas por el «gonfaloniere». La Signoria tiene en las manos el «ultimátum» del virrey de España y del Papa. La guerra de la Liga Santa, dice este escrito, no va dirigida contra la independencia de la República. Más bien la Liga quiere librar a la República de Soderini y de la alianza francesa. Exigía la destitución del «gonfaloniere», y no reclamaba el trono ni cargo alguno para los Médicis, sino sólo el derecho de poder vivir como ciudadanos de su patria y dentro de ella.

Pedro Soderini, ya de 64 años de edad, está de pie ante sus partidarios, quienes como él sienten la amarga seriedad del momento. No tiene que convencer a nadie, pues estos hombres saben de qué se trata. Como él, sacrificarían todo el oro de sus arcas para evitar la lucha. Pero también se aman a sí mismos y a la libertad y a Florencia, y, por lo tanto, están dispuestos a soportar una dura lucha, como una pesadilla. La razón no les enseña ninguna otra posibilidad; y, razonablemente, sin palabras altisonantes, como si se tratase de iniciar un trabajo de canalización, les habla Soderini. Y en este momento de responsabilidad, cuando bien podría compartirla con otros, Soderini permanece tranquilo. Todos en este Gran Consejo saben (cosa que el «gonfaloniere» no necesita ni siquiera ya asegurar): que él renunciaría a su cargo, si se tratase de deponerle y no de la guerra contra la República. «Y si realmente se tratase —dice— sólo de dejar vivir a los Médicis aquí como ciudadanos, entonces no se debería poner ningún obstáculo a su regreso. . . Pero los Médicis no vivirán entre nosotros como gente tranquila y particular. . . Desposeídos por la República, educados en el destierro, apoyados por los ejércitos extranjeros, sólo pensarán en la soberanía absoluta y en la venganza. Si ustedes cediesen hoy, que están armados, conocerían el precio de la libertad sólo cuando ya la hayan perdido. . . La desgracia, que caería entonces sobre nosotros, me hace estremecer.»

El Consejo oye en el discurso del «gonfaloniere» su propia voz, y decide no sacrificar a Soderini. Pero, para no cerrar la puerta, en el último momento, a las negociaciones, no se rechaza la demanda del regreso de los Médicis, sino que se la pasa por alto en silencio.

Esta decisión intermedia, que demuestra la angustia de los ciudadanos, el asentimiento público y la negativa secreta de su alma, significa toda la guerra.

Los florentinos superan a los españoles en el número de soldados inactivos, en reservas, en posibilidades de nuevos reclutamientos, y en abastecimientos. Sin embargo, la República decreta su plan defensivo. Diez mil milicianos se concentran en Prato, a la distancia de un día de marcha de la capital. A lo largo de la frontera las compañías locales protegerán al país de las campañas aisladas del enemigo.

Pero el Consejo de Guerra de la República cambia este plan originario. La defensa se restringe más, no se extiende va sobre todo el suelo de Toscana, se contrae tímidamente. Las formaciones de la milicia, el eje de la defensa, no tienen que quedarse en Prato, sino venir a las murallas de la capital. Florencia, piensa el Consejo de Guerra, con sus miles de republicanos en las calles, donde pueden levantarse barricadas, es un lugar ideal para la resistencia.

Y así, mientras el Consejo de la Guerra celebra todavía sesión, los españoles ya habían traspasado las fronteras de la República, habían alcanzado las fuentes del Arno, y puesto fácilmente en fuga a las formaciones locales de las milicias mal armadas. Las comunicaciones entre los pueblos de la frontera con la Signoria están interrumpidas en su mayor parte y abandonadas a la casualidad. Cuanto menos exactamente se conoce el número de las fuerzas españolas, tanto más claramente se «cree» verlos por todas partes. El miedo impide abarcar con una mirada la situación y crea confusión que, generalmente, se convierte en el obstáculo de todas las operaciones guerreras.

Solamente tres días antes de la invasión de los españoles, siete años después de haberse fundado la milicia, fue nombrado, a instancias insistentes de Maquiavelo, un comandante superior, Jacobo Savelli. Pero Savelli desaparece sin dejar rastros después que la Signoria le entregó el cargo. En

vano lo buscan los mensajeros por toda la ciudad. Nicolás ocupa entonces su lugar, siendo así ahora el hombre más importante en la dirección de la guerra. Ahora tiene grandes poderes. Debe preservar la autoridad de la Signoria no sólo ante la milicia, sino también ante los «condottieri» de la República. Su palabra y sus órdenes son atendidas y obedecidas. Todos saben que, sólo gracias a su trabajo por la milicia, fue decidida la resistencia. Fue Nicolás quien venció la timidez de Soderini y lo impulsó a defender al gobierno de los «populares». Pero sus grandes poderes le son de tan poca utilidad hoy, como lo fueron sus pequeños poderes ante Pisa. Actúa activamente, se le ve por todas partes y en ninguna. Va a caballo a Firenzola, donde a novecientos metros de altura, en la pendiente de los Apeninos, se encuentran dos mil milicianos escogidos, los cuales han de amenazar el flanco de los españoles. Pero en Firenzola no hay ningún rastro del enemigo. De aquí continúa a caballo a lo largo de la frontera, inspira valor a las formaciones locales, hace cavar zanjas en los pasos de los Apeninos; trata, en vano, de conseguir en Florencia artillería y municiones para los lugares amenazados, y organiza pequeñas compañías por todas partes, aun donde el enemigo no se presenta. Nicolás está agobiado por la cantidad de responsabilidades de estos días. Se encuentra en las habitaciones interiores de la realidad, donde se vive al día, y no consigue abarcar los acontecimientos con la rápida ojeada de un general en jefe. Las flaquezas de los florentinos, que en el preciso momento de la decisión hacen vacilar toda voluntad, alcanzan también a la energía de Maquiavelo y oprimen también su imaginación guerrera. El estado espiritual de la República anula la magnitud de sus medios materiales: el número de sus tropas, su armamento, su abastecimiento. Nicolás es arrollado por las olas de la impotencia general. Su clarividencia es más bien de escritorio, cosa que él mismo comprende. Tiene la mirada de un crítico, no la de una persona de acción. No puede proceder tal como obraría ahora la figura ideal de su imaginación, el hombre de su virtud: tener la tutela del gobierno, aterrorizar a la oposición de los Médicis, inspirar a todos su propia voluntad, convertirse en un muro de la resistencia. Sin Maquiavelo, los florentinos tampoco hubiesen podido llevar más irreflexiva e imponentemente su contienda. Él se encontraba en el Consejo de la Guerra, y no levantó su voz contra la defensa ya casi destruida. Él, que debía en toda ocasión dar su última palabra para la batalla y para la decisión, no ha pensado nada en el peso de la guerra, en su objetivo, ni en las rápidas marchas y repentinos ataques. Ciertamente, los soldados mejores que él, los hombres que habían estado a la cabeza de las más feroces matanzas, que habían pasado toda su vida en el campamento y habían acumulado experiencia sobre experiencia, también éstos esperaban poder aniquilar al enemigo con maniobras y escaramuzas. Hasta el general de los españoles, Pescara, decía: «¡Que Dios me dé cien, años de guerra y ni un solo día de batalla!» Y el español Mendoza escribe: «Hay que deslizarse lenta y prudentemente, con pies de plomo, hacia la guerra.» « Si uno mueve su propio ejército con suerte — pensaban muchos generales — entonces se puede cansar y agotar las tropas del enemigo, ya que no aniquilarlos por dificultades de pago, o por falta de alimentos, o por el calor ardiente, por el frío perjudicial, o por la hostilidad de la población. Entonces el enemigo, para zafarse de lo peor, firma cualquier tratado o condición de paz.»

Y todas las circunstancias de la guerra en general, y no solamente la debilidad espiritual de los toscanos, hablan en favor de la aplicación de una táctica de maniobras y escaramuzas contra el enemigo de la República. Los españoles no se encontraban tampoco en el estado floreciente de la Liga Santa. Venecia y el Papa no les pagaban ya los subsidios, y su rey no les mandaba ni un ducado. El ejército español estaba sin dinero, y las tropas, ricas en triunfos y pobres como mendigos, no recibían refuerzos y no tenían ni municiones ni artillería. Antes de entrar en Toscana a cada tres soldados españoles se les daba diariamente un pan y unos cuantos higos. Sin el legado del Papa en sus filas, sin el cardenal Giovanni Médicis, y consumidos por la necesidad, hubiesen firmado cualquier compromiso. Sin embargo, las palabras del cardenal los alientan y les describen el cuadro de riqueza que ofrecía Florencia, estimulando con esto el deseo de sus ojos y el apetito de sus estómagos. Persuadía también al virrey Cardona a no cejar y a seguir siempre adelante y más rápidamente, afirmándole que la resistencia de los florentinos estaba quebrantada, gracias al partido de los Médicis; les enseña las listas de sus agentes y espías, les refiere cómo la defensa de las murallas estaba en manos de los republicanos, y les habla largamente de la conspiración que, en cualquier momento, podía estallar contra la Signoria. Sus palabras dan alas a los pies, y empujan hacia adelante, no sólo al virrey, sino a todos los soldados, tanto a los valientes como a los cobardes, y a los merodeadores así como también a los enfermos y a los heridos.

El sábado 28 de agosto de 1512, diez mil soldados españoles se encuentran ante los muros elevados, pero no muy resistentes, de Prato. Rodean la ciudad y someten a fuego los pináculos de la fortaleza. Como si Prato fuese un castillo encantado e invulnerable, éste no contesta al fuego reiterado del enemigo. Ni uno solo de los tres mil hombres de la guarnición osa asomarse a los muros para contestar a la agresión. En vista de la cobardía de los adversarios, el virrey Cardona da la señal de ataque. Pero los españoles son rechazados desde lo alto de las empalizadas. El virrey queda confuso ante tan repentina resistencia, y al contemplar la situación expuesta de su ejército, manda interrumpir el asalto. A la mañana siguiente forma en filas a sus soldados, y les dice: «No hay elección posible fuera de ésta: o morirnos de hambre u ocupamos Prato.» Después de estas palabras, se ordena el ataque, y «los españoles, escribe un testigo ocular, corren como perros feroces hacia una brecha abierta en la muralla». Este agujero, semejante a una ventana abierta, es más o menos de cuatro metros de ancho y dos de altura. En el mismo momento en que los toscanos ven penetrar a los primeros españoles, que pasan por esta brecha, echan a correr como ratas asustadas, y a lo largo de toda la muralla interior, de todas las empalizadas, y baluartes, arrojan las armas en vez de defender el lugar amenazado. Pero la huida salvaje no encuentra ninguna puerta abierta, pues ellos mismos habían tapado todas las salidas. Y empieza la gran matanza, sorda e inventiva.

Ya en las primeras horas del pillaje el cardenal Giovanni Médicis atraviesa Prato a caballo. El espanto le torna melancólico. «El saqueo — escribe al Papa — no transcurre sin haber matanzas y crueldades. Experimento disgusto a causa de ello; pero Prato tiene también su buen lado, pues servirá de ejemplo, un horrible ejemplo para otros». Aunque el cardenal hubiese querido detener la matanza, nadie lo hubiera escuchado. «Difícilmente se puede — dice el general Pascara — servir al mismo tiempo a Cristo y a Marte.» La crueldad consolida el poderío de la primera infantería del mando, ¡de la española!

La milicia de Maquiavelo, que, en número de diez mil hombres, se encontraba inactiva al mismo tiempo ante las murallas de la capital, no conocía esta furia de la batalla. Los hombres de la compañía no habían sentido todavía el olor de la sangre, ni el incentivo del botín, ni conocían las penurias de las largas horas de marcha, ni sabían qué es el ser empujado hacia adelante por el miedo y la desesperación. No tenían experiencia de la guerra. La aplicación y las teorías de Nicolás no podían reemplazar a la práctica, que los españoles habían adquirido en las llanuras de Calabria, en Lombardía, en África, en Aragón y en Castilla. Maquiavelo se ha equivocado en relación al pasado en quince siglos, al pensar en las legiones romanas, y con relación al futuro en dos siglos. Vio bien la conveniencia de estructurar al ejército, pero identificaba demasiado la vida total de su patria con la constitución romana. Mucho más tarde, y después del transcurso de un cambio políticomilitar de dos siglos, debía la mísera plebe ser educada para la guerra por medio del servicio militar obligatorio, disciplina y cuarteles. Pero la gente baja de todos los países debía primero conquistar su derecho para luchar por su patria en las barricadas de toda Europa,

Ahora la primera prueba trágica y a la vez genial del reclutamiento del pueblo queda destruida por sí misma.

El huracán, que soplaba desde Prato, dispersó los regimientos de la milicia como follaje. Ante tanto asombro y horror los soldados huyen, así como también en Florencia todos los partidarios de los Médicis quisieran irse lejos o encontrar un rinconcito donde guarecerse.

La Signoria está dispuesta a licenciar al ejército para no irritar más al virrey Cardona. En las condiciones de la capitulación el virrey exige la destitución del «gonfaloniere», el regreso de los Médicis, como gente particular, y, como castigo por la tentativa de resistencia durante una semana, presenta la cuenta: exige grandes sumas para el emperador, para Fernando, para sí y para su ejército. Sólo bajo estas condiciones Cardona está conforme en quedarse en Prato y no entrar en Florencia. Los señores están dispuestos a pagar, pero declaran, aunque titubeando, no poder prescindir de Soderini; y para que se le permita permanecer en su cargo quieren pagar sumas supletorias.

Los potentados de la ciudad, en unión con el virrey, resuelven por sí mismos la cuestión del «gonfaloniere». En el transcurso de una media hora arrojan a todos los guardias de la milicia de la casa de gobierno; ocupan todas las entradas y salidas de la municipalidad, la plaza, y todos los puentes de la ciudad. Hacen salir triunfalmente de la prisión a una docena de los partidarios de

los Médicis. Treinta jóvenes de las nobles familias florentinas enfadadas penetran en el escritorio de Soderini, y arrastran al asustado «gonfaloniere» a la casa de un potentado.

El «gonfaloniere», aunque prisionero, legalmente continúa siendo todavía el jefe de la República.

Francisco Vettori, el amigo de todo el mundo, el amigo de Soderini, de Maquiavelo, de los potentados y del gobierno de los «populares», visita al presidente prisionero, lo consuela, como sólo un hijo puede consolar a su desgraciado padre anciano, y luego se dirige apresuradamente a la gran sala de la Signoria, donde las autoridades celebran sesión. Con los brazos cruzados, con la voz ahogada por las lágrimas, Vettori dice a los «populares», dispuestos a la tolerancia, que deben destituir a Soderini, para salvar la vida del amado y benemérito presidente de la República. El consejo, que no está menos emocionado que Vettori, declara caducado el cargo de Soderini. Esa misma noche el presidente abandona Florencia. La autoridad, designada para eso, y ninguna otra, destituyó a Soderini. La constitución, puede decirse, fue regada con lágrimas de la debilidad, pero nadie la había transgredido por la fuerza.

Con la ayuda de España, Venecia, del Papa y del emperador, los Médicis pueden nuevamente escalar su vieja soberanía; y con la conspiración de los potentados logran una meta mucho más delicada: a pesar de su invasión, a pesar de sus guerras, a pesar de Prato, no habían infringido ninguna letra de la constitución.

Los Médicis habían aprendido de sus antepasados que, para conservar las apariencias, debían alcanzar sus fines por medio de sus amigos, y no de su intervención directa. Tampoco ahora, después de dieciocho años de emigración, después de dieciocho años de guerras e intrigas con todas las capitales del mundo, tampoco ahora, cuando se encuentran ante el odiado gobierno de los «populares», vencido por ellos, quieren aparecer ante las leyes como los violadores de la constitución. Los Médicis temen encadenar su destino a la victoria pasajera de los ejércitos extranjeros. Saben que no pueden vivir en esta ciudad con una enemistad eterna contra estos ciudadanos. A la sombra fresca de la legalidad quieren levantar su templo.

Introducidos por esta diplomacia, abandonan en las puertas de la ciudad sus atavíos militares y su victorioso acompañamiento español: Giuliano Médicis entra en Florencia, muy modestamente, con roja túnica republicana y un cinturón de terciopelo, rodeado por pocos amigos.

DESPUÉS DE UNA BATALLA PERDIDA

GRANDES PENAS Y PEQUEÑAS ALEGRÍAS

Cuando Maquiavelo entró a su oficina en la mañana del 2 de septiembre, faltaba en el palacio de la Signoria sólo un hombre: Pedro Soderini. Aquel de los empleados que no hubiese acudido en ese día al trabajo, hubiera pasado con buena razón por un rebelde. Ese tal, y no los Médicis, hubiese revelado su modo de pensar anticonstitucional. Cuando los señores cambian, los servidores tienen que callarse y mostrar la lealtad prescripta. Los temores y las esperanzas que movían a estos oficinistas les hacían concebir desenfundadas y grotescas suposiciones. Sus familiares habitaciones de trabajo les parecen incómodas, como si careciesen de ventanas y puertas, porque no sabían todavía exactamente qué era lo que debían hacer. Por un lado aún se hallaban en el poder

las instituciones de los «populares». De otro lado Florencia luce ya los resplandores de los escudos de los Médicis, aparecidos durante la noche. Los oficinistas se sienten como en un duelo, o un funeral. Al desaparecido Pedro Soderini se le dedican ya pocos pensamientos, y toda la esperanza de vivir vuela hacia la casa de los Médicis. Las familias de los potentados y de los «populares» no estaban divididas en castas, y solamente las amistades, uniones comerciales, las relaciones y los casamientos debilitaron a menudo a los grupos políticos. No sólo el cardenal Médicis, sino cerca de cincuenta dichosos mortales llevaban este nombre o pertenecían a esta familia por casamientos: el hermano del cardenal, sus tres hermanas, sus primos, sus cuñados, sus tíos, sus numerosos sobrinos, los más jóvenes, la línea descendiente del hermano del viejo Cosme, del «padre de la patria», y los hijos naturales de la dinastía, todos los cuales habían sido reconocidos. Lograr alguna relación con un miembro de esta numerosa familia, era la ocupación y la perentoria búsqueda del día. Se procuraba recordar a todos los amigos y todo lo que se hubiese hecho en días, aunque fuesen lejanos, en favor del partido de los Médicis, para ostentarlo como un antiguo título de adhesión a los mismos, aunque fuera una palabra fugazmente cambiada, o un saludo. Entre este grupo se encontraba también Maquiavelo, quien, como sus colegas de oficina, estaba también decidido a no perder su empleo. Hasta el 1º de septiembre no le había costado ningún trabajo ni significó para él peligro alguno defender a Soderini. Pero desde el 2 de septiembre no quiso convertirse en el mártir de una causa perdida. Ningún hombre muere por una causa, o por una autoridad que cede su derecho, poco a poco, para mantener a un jefe que huye, aunque sea por muchos motivos razonables.

Nicolás no tenía acceso a los Médicis por medio de sus amigos Francisco Guicciardini y Francisco Vettori. Estos mismos eran demasiado nuevos en el partido de los vencedores y estaban demasiado ocupados en borrar las huellas propias de sus antiguas actividades políticas. A Nicolás le quedaba sólo un medio directo: su propia pluma. Redacta, para una encumbrada señora de los Médicis, Alfonsina Orsini, la viuda del expulsado Pedro Orsini, una descripción detallada de la revolución florentina, pinta un cuadro claro de las esperanzas de los «populares» y de la derrota de éstos, muestra imparcial justicia para Soderini y menciona torpemente la devastación de Prato. Luego proclama con un optimismo tímido a los Médicis como sus señores y protectores. Al cardenal Giovanni escribe que se debe tener cuidado con los enemigos gritones de Soderini; éstos sólo son un peso para la nueva soberanía, y los considera capaces de formar dentro de la restauración su propio partido. Este consejo no satisface a Nicolás y escribe al cardenal, «que no se debería desposeer a la gente de las propiedades de Lorenzo Médicis que les proporcionó la revolución de Savonarola, porque la gente se queja más cuando se les quita una propiedad que cuando se les mata al padre o al hermano. Porque el hermano o el padre no resucitarán más, pero la propiedad puede ser recuperada por la próxima revolución».

Entre todos los aduladores de Florencia, Nicolás, que siempre se jactó mucho entre sus amigos de su arte de fingir, se revela como el peor embustero. No encuentra nada más inteligente que dar consejos tan justos como desagradables y no solicitados, a sus enemigos hostilmente intencionados hacia él. El concepto vulgar del «maquiavelismo», inventado por la fábula de los siglos, a nadie queda peor que a este gusano de oficina, el cual, oprimido por el peso de todas las preocupaciones de la vida, no puede componer ya con su pluma una alabanza perfecta; y así después de cada frase, aromatizada con incienso, se desvía nuevamente en seco razonamiento. La desdicha para este hombre de la realidad y de la verdad, no es que él no «debe» o no quiere mentir, sino que no puede, y como un prisionero debe sufrir por su hiper objetividad, que linda con la locura. Qué hábilmente, comparado con él, adulan sus amigos, los maestros del escéptico florentino. Francisco Guicciardini, ese sabio de treinta años de edad, había redactado el 1º de septiembre un informe acerca de la fundación del régimen republicano. El 6 de ese mismo mes demuestra todo lo contrario en un nuevo trabajo. Y Jacobo Nardi, el teórico e historiador del Gran Consejo, sabe cantar los himnos para la gloria de la casa de los Médicis.

El cardenal y su cuñada, que otorgan su amistad a Francisco Guicciardini y Jacobo Nardi, y hasta envían su perdón a Pedro Soderini en el destierro, se hallan prevenidos contra Maquiavelo. Si ambos Médicis han leído su memoria, ésta sólo ha provocado profunda aversión contra el fundador de la milicia. Y si Nicolás, que entra en su oficina todos los días más silencioso y más cabizbajo, para desaparecer rápidamente al concluir su labor, puede seguir trabajando en sus actas durante dos meses, es sólo porque los Médicis no disfrutaban todavía de plena soberanía y dejan tranquilamente a las autoridades populares deliberar acerca de los cambios de la constitución.

Como Maquiavelo y sus colegas de oficina, también se alegran los señores del consejo al suponer oficialmente que nada ha cambiado. Pero fuera del terreno oficial, en sus temores de todas horas y en todo sus sueños, esperan con angustia lo que van a exigir los Médicis. Los Médicis no quieren hablar, y su silencio es para las autoridades de los «populares» un seco fuego consumidor. La Signoria cree poder salvar solapadamente los fundamentos del gobierno de los «populares». Quiere sorprender a los Médicis con medidas amistosas, facilitarles la legalidad. Por eso las autoridades reunidas deciden licenciar para siempre a la milicia y no otorgar más el cargo de «gonfaloniere» vitalicio, sino solamente por un año. En todas las instituciones, después de una rápida elección, se nombra a los florentinos partidarios de los potentados. Pero el Gran Consejo, de los 3.000 ciudadanos que deciden en última instancia, debe seguir existiendo, aunque con derechos limitados.

Pero de la casa de los Médicis nunca llega ninguna contestación sobre ninguna reforma. La oculta batalla de nervios, de las palabras no pronunciadas y de los pensamientos, entre el cardenal Giovanni y los «populares» no ha terminado aún. Giovanni crea un modo de gobernar elegante, con sus cualidades de carácter que forja en las armas políticas. Funda la soberanía en su arte de soslayar todo lo desagradable, en su temor ante toda firmeza y todo esfuerzo, en su lentitud y en su costumbre, de nunca decir abiertamente que no, con falsedad cautivadora. Su brillante mezcla de dignidad moderada, humor, ingenio y generosidad, atrae irresistiblemente a la gente. Emocionado, sin una sombra de reproche, escucha los informes de los prosélitos y los consuela por sus pecados; y llorando amargamente o negando osadamente su pasado, los hombres de apellidos más sonoros del gobierno de ayer, hacen las paces con el Cardenal. Aunque no todos abandonan la habitación de Giovanni con el nombramiento para un nuevo puesto de dignidad, ninguno se va sin una gran esperanza. «Aquí las cosas van lo mejor posible —escribe Pedro a su hermano Francisco Guicciardini— en vista de la amable bondad de los Médicis, la opinión pública está tranquilizada.»

Los amigos nuevos hasta se encuentran más cerca del corazón de Giovanni que los viejos. Los viejos exigen, mientras que los nuevos están dispuestos a darlo todo; los nuevos se callan, los viejos declaran: «Las cosas futuras deben marchar según nuestra voluntad». Pero los viejos y los nuevos están de acuerdo contra las autoridades de la Signoria, que no hablan más que de la constitución. Los señores de las instituciones populares aparecen a los ojos del cardenal sólo como personas aisladas, que no pueden encontrar el camino liso y libre de la sumisión. Y para éstos construye un camino, envía a su hermano Giuliano con unos soldados al palacio del poder de los «populares», que está agonizando. Al ver al vencedor los señores enmudecen. Un «Signore» se levanta y pregunta a Giuliano qué quiere su Casa. «No queremos nada más —replica Giuliano— que las garantías de nuestra libertad, que las seguridades para nuestra igualdad de derechos, nada más que una revisión de la Constitución por el leal pueblo florentino.» Todavía la misma noche suenan las campanas llamando a los florentinos a un plebiscito, que consistía en levantar la mano ante la municipalidad.

«Pueblo mío ~ había dicho Savonarola veinte años antes —, cuando oigas la campana llamándote al parlamento, entonces levántate, desenvaina la espada y exclama: ¿Qué queréis? ¿No puede el Gran Consejo hacer todo? ¿Qué ley queréis? ¿No puede darla el Gran Consejo?»

Pero esa noche en una reunión tumultuosa, libre, pero bien dirigida en secreto — llamada «el parlamento» — el Gran Consejo, el fundamento de los últimos veinte años de la vida política florentina, es abolido. En las cámaras y salones de los 3.000 desde ahora sólo debe vivir el regimiento de guardia de los Médicis. Ante la Signoria los partidarios, mezclados con los soldados, los cuales tienen ocupadas todas las calles adyacentes, gritan de entusiasmo por la nueva constitución, la cual es la vieja del gran antecesor de Lorenzo Médicis. Cada uno de los presentes hubiera tenido el derecho de gritar: «¡No!», pero ésta hubiese sido su última palabra.

Una comisión de 45 hombres, cuyos nombres se leen, y que forman la médula de los partidarios de los Médicis, la Balía, obtiene la facultad de nombrar un «Consejo de los Setenta» para toda la vida, y un «Consejo de los Cien», que se renovará cada seis meses. Las numerosas instancias y tribunales de la República siguen celebrando la sesión; pero los hombres son dirigidos por hilos invisibles, que se encuentran en las manos de la Balía. El señor de la Balía, que nunca aparece en escena, sino que ordena desde sus palacios, es el jefe de la casa de los Médicis.

Después que fue nombrado un «gonfaloniere» por dos meses y se ordenaron todas las cuestiones personales en general, el cardenal parte para Roma y entrega el poder de Florencia, por el derecho de primogenitura a su sobrino Lorenzo, de veintiún años de edad. Ahora hay tiempo para examinar más de cerca a los escribientes de las cancillerías. Los nuevos señores no están

excesivamente sedientos de venganza; pero quieren tener en la Signoria a sus propios ojos y oídos. Los empleados son considerados no sólo separadamente como piezas de muebles, sino también en conjunto con la nueva instalación del régimen. Cada uno de ellos quisiera aparecer insignificante y secundario, no más importante que la alfombra o la salivadera. Marcelo Virgilio, el jefe inmediato de Nicolás, siempre había sido prudente y siempre se había cuidado de no hacer más de lo que era su deber. Es considerado como el sello vivo de la oficina y por eso se le permite continuar en su cargo; pero en cambio todas las razones aconsejan se prescinda de Nicolás. Este hombre nunca abandonará su celo excesivo, ni desistirá de querer hacer política. Puede acentuar más resignadamente su lealtad, pero los nuevos distribuidores de los cargos son bastante inteligentes para saber que ese carácter no puede cambiarse. Particularmente él aparece como el mal espíritu del pasado, como el empleado más hábil de Soderini, como un hombre que siempre aconsejó medidas extremas contra los Médicis. Nicolás recibe la ruda comunicación de su despedida. «Dispensamos a Nicolás, el hijo de Bernardo Maquiavelo, de su cargo de secretario de la segunda cancillería, y lo' relevamos de todas sus otras obligaciones».

El expulsado Maquiavelo, de cuarenta y tres años de edad, hace el balance de su existencia. Éste es el momento en la vida cuando el pasado, tal como era, y el presente, tal como es, aparecen claramente. Como no cree en Dios, el pasado y el presente se condensan para él en una sola imagen. Aunque difícil le había sido hasta ahora, el trabajo práctico podía, sin embargo, ayudarle siempre. Nicolás podía buscar olvido en los acontecimientos generales. Había podido leer en los ojos de los poderosos el destino de los pueblos. Pero, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Cómo emplear las horas, los días, los años? ¿A qué se dedicaría? Aun despedido y despreciado sigue ocupándose de su cancillería, quiere dar consejos a su sucesor, molesta a sus ex colegas, ¡no se le puede sacar de los escritorios! Una nueva orden de la Signoria le da el último puntapié, le prohíbe, bajo pena de prisión, entrar en el municipio. Esta humillación despierta en su corazón sólo una nueva desesperación y al llorar se desencaja su rostro. Cuando se encuentra con un desocupado recorre su vida pasada y piensa. ¡Cuántos pueden vivir! Otros saben hacer muchas cosas. «Pero yo —escribe— no entiendo de nada, ni de la seda, ni de los tejidos de lana» ni de la ganancia, ni de la pérdida. ¡Sólo entiendo algo del Estado!»

En este servicio para el Estado se ha quedado completamente pobre. Aunque era grande la necesidad hasta ahora, sin embargo, a fin de mes disfrutaba durante algunos días de consuelo y seguridad. Sólo ahora empezará la miseria. Siente cómo ésta lo ase por la nuca, para sacudirlo con fuerza. Él mismo está avergonzado de su desgracia. «Soy ridículo a causa de la pobreza», escribe. Nunca ha podido ver una moneda, pues con la rebeldía en el corazón de toda persona libre de la pobreza, gastaba descuidadamente las monedas menudas, las cuales, al sumarse, se convertirían en grandes sumas. Ahora no podrá ya hacerlo; no poseyendo más bienes que una pequeña quinta heredada, leerá en los ojos de su mujer y de sus cuatro hijos la muda interrogación de la rendición de cuentas.

«Quiero ver — escribe Maquiavelo — sí la fortuna por fin no se avergonzará de pisotearme siempre.» El destino, mientras tanto, parecía querer vengarse, por haber emprendido la alabanza del dolor, de la fuerza, contra la malicia oscura de la fortuna.

Inesperadamente Maquiavelo es detenido.

Dos jóvenes florentinos de noble familia, Agostino Capponi y Paolo Boscoli, habían tramado una conspiración ridícula contra Giuliano Médicis. Habían querido matarlo. En una hoja de papel escribieron varios nombres de personas que creían dispuestas a seguirlos en la rebelión, y Maquiavelo se encontraba en esa lista. La casualidad había ayudado a la traición, y el simple pero comprometedor papel llegó a manos de la Signoria, Nicolás se encuentra encadenado en un calabozo sucio y oscuro de la prisión florentina. «Por las paredes corren los piojos tan grandes como mariposas». El mal olor lo ahoga. Al lado oye los gritos de un desgraciado que cuelga atado demasiado alto por encima del suelo. Una mañana oye los pasos de Capponi y Boscoli, al ser conducidos a la muerte. En el alma de estos jóvenes la República piadosa de Savonarola discute con la del romano Bruto. Consideran la muerte como el día bienvenido de la liberación. En el último trayecto quieren demostrar a su confesor que Tornas de Aquino no cree que es pecado el exterminio violento de un *tirano*. No temen a la muerte, sino el morir como paganos. «Padre — dice con un suspiro Boscoli delante del verdugo —, sáqueme de mi cabeza lo que tengo de Bruto, para que pueda abandonar este mundo como cristiano».

Aunque Nicolás tenga el mismo entusiasmo por Bruto que Boscoli, sin embargo, considera la maquinación de estos conspiradores como un hecho ridículo, que amenaza arrastrarlo a esa caída ajena. Piensa... ¿le tocará el turno después de la muerte de estos dos? Sus nervios pueden soportar tan asquerosa prisión, como los nervios de Savonarola, quien, sin embargo, creía en Dios. Nicolás es torturado seis veces. En la fiebre de su martirio escribe a Giuliano sonetos de afecto, le recuerda sus amigos comunes, ¡y pondera a los Médicis con el cuerpo todavía completamente torturado por los golpes de los Médicis!

No los sonidos de su lira rastrera, sino las confesiones que hicieron ambos mártires ejecutados lo liberan, al cabo de cuatro semanas, de la oscuridad de la cárcel. ¡Al fin es libre!

Nicolás no va todavía a su casa, sino que vaga durante días por la festiva Florencia, que celebra la elección del cardenal Giovanni Médicis, de 37 años de edad, como Papa, con, el nombre de León X.

La «bacanal» que sirvió de desahogo a semejante alegría jamás la había visto todavía ni Maquiavelo, ni ninguno de sus contemporáneos. La ciudad lanza gritos de júbilo y toma parte en un banquete gigantesco, en el que de los pozos se vierte el vino y carros tirados por bueyes reparten en las calles carne asada, tortas y barriles de Chianti. El hermano, los sobrinos y cuñados del nuevo Papa arrojaban a la multitud, desde los balcones de sus palacios, durante tres noches seguidas, ducados de oro de bolsas llenas. «Y cuando una bolsa estaba casi vacía — escribe un testigo ocular— entonces las grandes señoras y señores la lanzaban a la multitud allí, donde más gente veían, arrojando la mayor parte». Copas de plata, sombreros, mantas, birretes, terciopelo y seda se convierten en nubes de felicidad, que descienden sobre los florentinos. Las familias más ricas imitan la profusión en honor del nuevo príncipe de la Iglesia. Desde el palacio de los Salvan, desde el de los Rucellai, y del de los Strozzi, corren ríos de ofrendas. Nicolás ha esperado desde el primer día de la restauración toda esta reconciliadora generosidad de los Médicis. Todavía con la cabeza confusa por las semanas de prisión, mira ahora esta lluvia fantástica, y sabe que la fortuna repartida en Florencia es sólo una muestra débil en comparación con el resplandor de la generosidad del Papa en la misma Roma.

«Es más fácil — dicen los amigos de Nicolás — que pueda volar una piedra, que el Santo Padre retenga mil ducados.» El corazón de Nicolás se enardece al pensar en los literatos que rodean el trono del Papa. «León regala oro por los acordes plateados de la lira», cantan éstos. El Papa, en su primer *Breve* ha anunciado con orgullo que había sido educado por su padre Lorenzo entre los libros y los códigos, y rodeado de todas las creaciones del arte. Considera como el deber de la Iglesia el cuidar y aumentar las bibliotecas, recoger todos los tesoros de la antigüedad y allanar el camino hacia la realidad de todas las ideas poderosas que se muestran en los arquitectos, pintores, escultores, poetas, compositores e historiadores. Nombra para sus secretarios gente de confianza y como familiares a los mejores latinistas de Italia, y de la cancillería de la Curia son expulsados los teólogos. Ésta cae bajo el dominio desordenado e indiscreto de los humanistas. Los literatos de todos los países peregrinan a Roma. La turbamulta de los poetas persigue al Santo Padre más obstinadamente de lo que lo hubiese hecho el rencoroso Lutero a la cabeza de sus iconoclastas. Ni en su dormitorio, ni en su baño, encuentra León protección contra la indiscreción de los poetas. Pero no pierde por eso la paciencia, pues le gusta ser llamado «el sostén de la literatura». Tristemente mira Nicolás el brillo de las bibliotecas de Roma, las villas exclusivas de los cortesanos, las casas abiertas de las prostitutas, la celebridad del arte de Rafael, Bramante, Miguel Ángel, del historiador Jovios, el teatro, la libertad desenfrenada para hablar de política, el auge de la sátira, las cacerías del Papa en compañía de las celebridades europeas, la mesa del banquero Chighi, quien regala ducados a sus numerosos huéspedes literatos, además de carne asada. Para él, la Roma dispuesta a la ayuda es una pompa de jabón, pues ningún sendero le conduce a este campo de alegría. «Sólo yo —escribe— debo permanecer bajo las ruinas de Pergamon en la dicha tan grande de los florentinos.» Pero lo que no mata al hombre, le trueca en fuerte. La prisión devolvió a Nicolás no solamente a la libertad, sino también a la vida. El letargo se ha roto. La fuente de la desgracia es infinitamente profunda. Nicolás ha experimentado tanta pena, que parece ser superior a cualquier tristeza, y sólo busca en este momento el poder reír. A pesar de su inocencia cree que ha escapado su cuello de la justicia, del juez indiferente, y de la tortura, por un milagro. «Gozo — dice — de la vida nuevamente recuperada y creo soñar». Tiene el consuelo del escéptico, el cual trata de vivir irónicamente consigo mismo. Nicolás se dirige hacia sus

semejantes, hacia los compañeros de desgracia, y se divierte de su locura. Pasa horas enteras sentado en un banco delante de la casa de un tal Girolamo del Garbo, cuya mujer ha muerto hace unos días, y quien observa junto con él a cada mujer que pasa por si le serviría o no para casarse con ella. Se ríe hasta derramar lágrimas de un conde, quien se ha enamorado de un muchacho de Ragusa y que comete innumerables majaderías. Discute por cuatro céntimos durante una semana con un tal Tomás, algo loco, que ha comprado para una cena común una libra de ternera. Por la noche, con todos sus amigos, va a la casa de Donna Sandra di Pero, la cual disfruta de la renta de una casa de lenocinio. Desde la ventana de esta casa observan los amigos la procesión en honor del Papa León X.

Al amanecer los amigos vuelven a sus casas, pero Nicolás se queda durante una semana en la casa de Donna Sandra. Aquí se refugia de su familia, de la ciudad festiva, de la dicha de los demás. Cuenta a las muchachas miles de historias del Papa, de! emperador, del rey de los franceses, inventa cuentos cortesés, encuentros inverosímiles. Les refiere pormenores acerca de los numerosos colegas que había conocido en Francia e Italia. Nicolás se convierte en un charlatán como en sus mejores días, y se alegra de poder hablar a sus anchas. Las «magdalenas» le rodean, le escuchan abriendo sus grandes y hermosos ojos y acarician agradecidas a este guerrero herido por la vida. Estas mujeres son más que una botella de vino, más que un hermoso día de otoño, más que el consuelo de un amigo, más que la Beatriz de Dante, son los regalos del azar, de los cuales el inteligente disfruta con inteligencia, y el necio estúpidamente. Siempre fueron el alivio en la vida de Nicolás, pues en sus días oscuros fueron para él nobles, bondadosas y estuvieron dispuestas a ayudarlo. Su charla, sus risas y sus rudas voces y no los diálogos platónicos con las marisabidillas o duquesas, le inspiraban valor y consuelo,

«La política — escribe — sólo me ha traído desgracia; en cambio, las mujeres, alegría y placer.»

Celebra su salvación con una señora gorda, casi monógama, como su amiga Riccia. Ésta lo abraza alegremente. Nicolás no la deja cocinar, y rompe su vajilla. «Estos sabios, estos sabios — se queja ella —, nunca saben lo que hacen, hacen todo al revés. Éstos sabios son todos unos locos.»

Por fin tiene que irse a su casa — ¡a la realidad! —. La valiente Marietta se persigna de alegría al verlo. Nicolás cuenta que viene directamente de la cárcel, tan pronto como le han permitido sus pies, y le muestra lo mismo que a sus hijos las huellas de las cadenas en sus nudillos.

Mientras tanto, las autoridades no lo han olvidado. No le conceden la quietud de su triste casa. Los espíritus atormentadores de las oficinas pueden vengarse recordando sus chistes y sus grandes días. Así, pues, es citado por sus sucesores para rendir cuentas de la teneduría de libros de su oficina y legitimar el gasto de cada ducado. Este correr a la municipalidad, donde espera nuevamente todos los días que le conduzcan a la prisión, hace que le parezca como una liberación el destierro a su quinta, que le fue anunciado. Allí espera encontrar la tranquilidad, poder trabajar y pensar; porque en cualquier hondonada de su vida siente todavía en sí mismo la luz de su ingenio,

«Si alguien más tarde leyere nuestras cartas — escribe a Francisco Vettori — creará a primera vista que somos hombres absolutamente serios, llenos de ideas nobles y grandes. Pero al hojearlas de nuevo verá todo lo contrario, que sólo somos frívolos, inconstantes, imprudentes, y que nos desparramamos en puras nulidades. Pero en esto sólo imitamos a la naturaleza, que es tan variada. Y quien hace esto está por encima de toda reprobación.»

LA DESGRACIA Y LA INMORTALIDAD

Francisco Vettori, por medio del cual Maquiavelo esperaba todavía obtener la merced de los Médicis, llegó a ser embajador de Florencia ante la Santa Sede. Pero desde que los Médicis reinaban al mismo tiempo en el Vaticano y en Toscana, este alto cargo diplomático sólo ostentaba un gran nombre, pues el puesto de embajador se convirtió en un distinguido lugar de destierro de un conocido hombre público, célebre en todos los campamentos, del cual una parte de la fracción vencedora quería tenerle alejado por pura envidia. A Nicolás, que suspiraba por ayuda, Francisco podía hacerle comprender su propia situación subalterna. Pero si el exilio de Vettori se podía calificar de ascendente a la antesala del poder, el de Maquiavelo, empero, era descendente hacia el rincón de los pisoteados. El infortunio de Vettori era el del dichoso, al cual aun en la desgracia

los días proporcionaban abundante consuelo; el de Nicolás, en cambio, era el del pobre, el del siempre perseguido por los acontecimientos adversos.

Vettori vivía como magnífico modelo del egoísta inteligente, el cual tiene miedo hasta de perder una lágrima, y que no concede al amigo ni una queja. Su mente sólo se ocupa de sí misma. Las preocupaciones, que describe a Nicolás, son las agradables preocupaciones del amor. Recibe numerosas señoras y hermosas romanas, fáciles en deshojar su virtud, y se atormenta con la elección más agradable. En su elegante residencia, cerca de los jardines del Vaticano, en sus habitaciones bien arregladas, en las cuales las alfombras, la vajilla, las encuadernaciones de los libros y los cuadros llevan el sello de un gusto exquisito, sin riqueza, pero también sin preocupaciones de dinero, este aristócrata puede esperar paciente y razonablemente la merced del Santo Padre. Ama la razón, que existe para él, en una medida justa, en todas las cosas. Hasta de su amiga escribe, que tiene una «belleza razonable». Su vecina le disgusta sólo porque debido a su brillante gracia le gusta demasiado. Este placer podría convertirse en una pasión y en una carga. Para un hombre casado, padre de una hija adulta, por cuya dote él debe preocuparse, tener cerca semejante mujer todo vehemencia sería poco razonable. El mismo buen sentido le dice que pronto él tomará lugar en la mesa recién tendida del poder de los Médicis, y ordena a su razón ocultar su ardiente ambición detrás de la indiferencia. Vettori va diariamente al Vaticano, pero habla con el Papa lo menos posible, y así deja adelantarse a los otros embajadores de todos los países soberanos. Nunca él hubiese exigido algo para sí o para sus amigos. A menudo almuerza con el cardenal Giulio Médicis, el hombre de confianza del Santo Padre, y se queja del cúmulo de suplicantes florentinos. León, cree Francisco, no debía de tener absolutamente ningún motivo para mostrarse agradecido a su patria, ya que ésta se ha mostrado con respecto a los Médicis más inconstante que una mujer libertina. En general, habría que hablar en una forma completamente distinta con esos señores tornadizos, que según los acontecimientos son partidarios ya de unos, ya de otros. Vettori puede fácilmente enumerar los nombres de aquellos que primero aclamaron al augusto Lorenzo, después a Savonarola, luego a Soderini, y ahora aplauden a León, y ni hasta su pasado popular le oculta, cosa que refiere con una sonrisa, como un pecado propio de la juventud, simpático y perdonable. Pero ahora los años y los acontecimientos le han enseñado cuan repugnante, cuan fútil es la tempestad arrebatadora de cualquier entusiasmo. Esta «libertad» tan celebrada no es más que un fantasma de los florentinos, una palabra, con la cual juegan como los chicos con las bolas de nieve.

«A excepción de la imaginaria República de Platón y de la descrita por el inglés Tomás Moro —escribe Vettori— no hay ninguna forma de soberanía que no huela a tiranía. Todo poder tiene su raíz en la usurpación.»

Toda soberanía es para él el gobernar de una parte de la población contra la otra. Los señores, que tanto hablan de la libertad, deberían mejor pensar en las consecuencias de esta palabra. Confundida por esta palabra, la población podría exigir la repartición de los bienes. Vettori recomienda a los Médicis preservarse de la formación de un partido, que arraigue sólo en una capa de la población, ya sea en la clase media, ya en la plebe o ya en los potentados. Los Médicis no tienen que comprometerse con ningún partido, el cual generalmente se presenta como su propia casta y levanta la voz contra sus señores. La base más segura la ve en ganar a los ambiciosos de todas las clases. Los ambiciosos no solamente se inclinan hacia la rebelión, sino que hasta están dispuestos a arriesgar su vida. Se les puede ganar despertando en ellos la ilusión de que gobernarán, de que disfrutarán del poder verdadero.

Pero Vettori sólo raras veces se expresa en un tono tan serio. Como el amante que cede a todas las debilidades, está muy lejos de cualquiera pasión de perfeccionamiento. Son sólo discretos consejos, que no obligan para nada, los que da y de los cuales piensa que no «son apropiados para ser anotados».

Ve lo hermoso y lo agradable del mundo en su fragilidad. El fundamento de la existencia terrestre y al mismo tiempo lo bueno de esta existencia es para él el engaño, y éste es el que mantiene a todo ser viviente, el que forma los pensamientos y da rienda suelta a las energías. Sólo el engaño muestra en cualquier sociedad humana un progreso de variados y resplandecientes colores. Unos torturan sus cerebros para encontrar nuevos medios, y los otros para defenderse contra estos medios. A la cabeza de la mala fe están los sacerdotes, después vienen los profesores de derecho, después los médicos, los astrólogos y, finalmente, todos los soberanos mundanos con sus satélites.

Su amigo Maquiavelo está de acuerdo con él sobre la utilidad de las finezas y maquinaciones. Pero Maquiavelo no señala al engaño un fin tan importante. El engaño es para él una necesidad de segundo grado. Reconoce los sucesos elementales y las leyes en la vida de los pueblos, que no se pueden evitar en este mundo aun ni con suma habilidad. El político no es ningún zapatero, que arregla los hechos con engaños, sino el hombre que no teme ninguna dificultad y que, con los ojos del espíritu y del carácter, trata de ver a través de la oscuridad, que siempre rodea al futuro.

Francisco no polemiza con Nicolás acerca de las ideas fundamentales que los separan, ni acerca de estos problemas inalterables de la inmensa humanidad. Vettori sólo exige a su amigo, a quien considera como al hombre más inteligente de sus conocidos, le informe sobre la situación política, informes que le promete hacer llegar al Papa. De este modo piensa ayudar a Nicolás. El Santo Padre lee los informes, pero pasa por alto el nombre del redactor. Este tímido intento por ayudar a Maquiavelo fracasa. Y Nicolás, aunque siempre está más orgulloso en su fuero interno, se muestra cada día más sumiso a las solicitudes exteriores. «Los Médicis — escribe a Vettori — deben emplearme en su servicio, aunque al principio tuviera que despeñarme por lograrlo.» Francisco se disculpa por no haber conseguido todavía su objetivo, y cree que se debe a su torpe manera de exigir. Ya que la política no puede salvar a su caído amigo, le describe siempre nuevamente sus aventuras de amor. ¡En este tema Nicolás no se queda atrás ni se deja vencer por Vettori! Inventa muchas historietas, en las cuales siempre aparece como un héroe juvenil y dichoso: «Me acerco a los cincuenta, pero cuando se trata de amor no me dejo detener por mis años, ni cansarme por los caminos espinosos», así escribe a Vettori.

Pero, en realidad, le atormentan preocupaciones completamente distintas. Como el grito de un animal herido suenan por la noche sus lamentos desde el valle del destierro. En su quinta San Andrés, en la región Perugina, alejada de Florencia a un día de viaje a caballo, Nicolás se convierte en un campesino. La correspondencia con Vettori es lo único que lo une con el mundo. Los días pasan por encima de él con opresiva uniformidad. Todas las mañanas se levanta al amanecer, se viste con su traje rústico y comienza a inspeccionar los trabajos en el campo. Desde hace unos días vigila la tala de su bosquecito de robles. Espera poder pagar con ese producto los impuestos y las deudas más urgentes. Apura a los taladores y fiscaliza los trabajos del día anterior. Por último hay que vender la madera. Cada uno de sus locos camaradas de Florencia quiere recibir una brazada a un precio especial. Uno le paga diez liras menos, porque afirma que Nicolás le quedó debiendo dinero en el juego de naipes hace cuatro años. Otro, que también compró una carretada, se hace ayudar al cargar por su mujer, hijas e hijos, así que le roban más de lo que compran. Al fin se decide, y declara que para los conocidos no tiene ya madera.

Después de dos o tres horas ocupadas durante la mañana, Maquiavelo empieza a sentir el silencio triste del día, que comienza. La tierra silenciosa, el viento que ruge en las cimas de los árboles, las hojas amarillas del otoño que cubren el suelo, sólo despiertan en él la hostilidad y martirizan su paciencia. Debe hablar, debe escapar de esta naturaleza muerta. Y cualquier compañía es para él mejor que estar solo. Así va en su busca, y se sienta en la hostería al lado de la carretera. Desde la ventana de la taberna habla a la gente que pasa, le hace preguntas, la entretiene con su arte de gran conversador. Cree sacar con eso algún provecho. «Escucho toda clase de historias, presto atención a los más diferentes gustos, a las distintas disposiciones de ánimo y preocupaciones de la gente.»

A la hora del almuerzo vuelve a su casa, donde encuentra a su mujer y a sus hijos. Pueden consumir sólo lo que produce la quinta. Nada se compra en la ciudad. Queso, pan, habas, higos, peras y carne ahumada son su comida permanente. Después de la comida vuelve a la hostería. Ahí permanece sentado en compañía de un carnicero, dos molineros y dos ladrilleros, durante largas horas. Los hombres ya están hartos de sus cuentos. Él conoce sus preocupaciones y ellos las de él, y sólo le escuchan todavía cuando cuenta alguna historia picante; de lo contrario tiene que someterse a ellos. Son mayoría y vencen. Maquiavelo juega con ellos a los naipes y a los dados, dados y naipes, hasta enloquecer. A menudo los compañeros discuten, y entonces sus gritos se oyen hasta en el pueblo.

«Así me cubro de moho — escribe — entre esta plebe, y doy libre desahogo a todos los disgustos.»

Sólo cuando comienza a oscurecer va a su cuarto de trabajo. Allí lo rodea la soledad, que busca con regularidad a esta hora, la soledad de los pensamientos, no el mutismo de la

naturaleza. En el umbral «me quito la ropa sucia y cubierta de lodo de campesino y me envuelvo en los trajes principescos y festivos. Así, dignamente vestido, me presento ante los hombres de la antigüedad. .. No siento ningún enojo, olvido todas las quejas, no temo a la pobreza, no experimento miedo ante la muerte. Vivo con ellos. Y como Dante dice que no es ningún saber el haber aprendido algo si no se retiene en la memoria, he anotado lo que he adquirido del trato con todos».

La dorada era republicana de Roma, como la describe Tiro Livio, es la época que busca Maquiavelo. Escucha la voluntad de los dioses y se mueve entre las legiones de campesinos de los Escipiones. Ve la tierra romana fresca, nueva, sin heridas, sin sombras, cual ésta nunca había sido. Todo lo que le gusta lo acepta sin críticas en su libro *Discorsi*. Contra cada uno de sus ejemplos históricos la ciencia especializada puede aducir documentos justificativos; pero del conjunto del libro se eleva la impresión de una realidad eterna. Al lado de Livio están sus testigos Polibio y Aristóteles. Es una mezcla arbitraria de lo antiguo, en la cual Aristóteles con su política del estado de la ciudad, con su descripción de la tiranía, tenía más que decir para la Italia de los siglos XV y XVI que Tito Livio. A Nicolás en su crítica política, en sus máximas, se le ve más influido por Aristóteles, aunque lo nombre menos que a Livio. Su propio querer y el de su siglo lo compara y mide con unos cuantos axiomas políticos.

César Borgia, la milicia, la política francesa, española y del emperador, sus numerosas legaciones, las luchas de fracciones y por la existencia de los florentinos, todo, lo que ha aprendido en la «escuela de la desgracia», como él llama a su experiencia, es enderezado y puesto ante su vista por los jueces infalibles de la era antigua. Y aunque encierra su propio tiempo en el pasado, aunque compara la segunda centuria precristiana con los siglos XV y XVI, a pesar de su máximo subjetivismo, se esfuerza siempre por demostrar que Roma es sólo su símbolo, y que su objeto es el presente de Italia. Lucha por la objetividad y huye de sus propios axiomas.

Quiere huir de los ejemplos aislados, de las sentencias generales, para llegar al terreno firme de la experiencia. Mas esta es para él más decisiva que la razón ideal.

El hombre es para Maquiavelo siempre el mismo desde los tiempos primitivos y en todos los tiempos, y la idea humana siempre la misma con un aspecto siempre nuevo. El hombre más hermoso, el mejor, el más adicto al Estado es, en la imaginación y voluntad de Nicolás, el hombre de la era antigua romano-republicana. Le conoce desde hace un cuarto de siglo. Ahora lo describe, lo sistematiza en su *Discorsi*. Pero, ¿por qué, puesto que el hombre siempre es el mismo, no tiene ya en el siglo XVI la elevación de los tiempos precristianos? ¿Porque ha perdido la experiencia romana! Para levantar, para los hombres el presente a la altura de la época de Livio, Nicolás descubre las experiencias de Roma. La suma de las experiencias antiguas son a su ver las instituciones republicanas. Estas instituciones nacieron, según él, durante un largo proceso de luchas interiores de clases, sostenidas por la libertad. En medio de la lucha entre los propietarios y no propietarios por la repartición de los bienes ha nacido el conquistador romano del mundo. Esta libertad de la lucha interior de las clases ha mantenido vivas en Roma todas las virtudes de la disciplina y de la guerra.

«Sí se condenan — escribe Maquiavelo — las luchas entre el pueblo romano y los nobles, entonces se reprueba la primera causa del mantenimiento de la libertad romana. Y si se hace eso es porque se presta más atención a los gritos y el tumulto, compañeros de tales luchas, y no se toman en cuenta los buenos resultados que producen las mismas, al no pensar que en toda la república los deseos de los grandes y los del pueblo son diferentes y que de sus querellas nacen todas las leyes a favor de la libertad».

Pero no hay nada más difícil que organizar la libertad, nada más difícil que protegerla, nada más difícil que mantenerla en el estado de llevar las armas para defenderse del exterior, nada más raro que de la libertad surja un acontecimiento histórico mundial. La libertad, difundida por Nicolás como «la era dorada», en la cual todos tienen derecho a emitir su propia opinión y a defenderla, es amenazada por el derecho republicano por la acusación, que se convierte a menudo en el desenfreno de la calumnia. La libertad es amenazada por la revolución de los pudientes, temerosos de perder. Los que no poseen nada quieren vengarse por medio del robo, quieren de su parte disfrutar riquezas, quieren ellos mismos desempeñar los cargos de los cuales han abusado sus enemigos. La libertad está amenazada por el pueblo mismo, el cual, engañado con frecuencia, no

confía ya en nadie e irresistiblemente, como ya lo vio Dante, se precipita a la perdición con el santo y seña interno: «Viva mi muerte y muera mi vida».

Hombres osados pueden matar la libertad a consecuencia de los errores, debilidades y omisiones de los que reinan por medio de los manejos clandestinos imprevistos. Maquiavelo explora todos los senderos, por los cuales podría pisar el futuro dictador. Nicolás quisiera anotar como advertencia eterna todos los encantos de felicidad que experimenta la multitud al ver al tirano, y todas las esperanzas de las minorías pudientes, que arrojan a los brazos del soberano absoluto. Con su pluma acecha las disposiciones de ánimo, las situaciones generales, los acontecimientos concretos que echan a perder a la libertad.

Contra el individuo vencedor de la soberanía absoluta proyecta todas las posibilidades de conspiraciones, y escribe las frases más brillantes que en tiempo alguno se estamparan acerca del asesinato del tirano. En este punto su sentido político se mezcla con su sentido dramático-teatral, para dejar a los tiempos las páginas más interesantes de la literatura histórica. Maquiavelo sigue paso a paso el asesinato del tirano; le mira a los ojos, ve sus temores, le acompaña cuando se forma su idea del asesinato, cuando duda, cuando consulta a los otros, cuando se traiciona por su falta de atención, cuando hunde el puñal en el pecho del enemigo, cuando el atentado fracasa, cuando es detenido y es conducido al patíbulo. Nicolás advierte que el asesinato no es cosa de juego. «Sin haber hecho antes la prueba, que nadie se confíe en su valor para estas grandes empresas... La majestad del príncipe y el respeto que inspira su presencia son tan grandes que fácilmente confunden e intimidan al asesino.»

Nicolás no se aparta de su objeto e investiga todas las clases y todos los motivos de la conspiración. Ve al asesino del tirano entre los nuevos o viejos amigos del príncipe, amigos que conspiran contra el dictador en su mismo ambiente y círculo más próximo; y afirma que estas conspiraciones son las que más éxito tienen. Muchos de estos asesinatos ocurren como resultado de beneficios demasiado grandes de los príncipes y también de las malas acciones y ofensas. «Los príncipes; pueden otorgar a sus favoritos sólo tanta autoridad que deje entre ellos y el trono un espacio, en medio del cual brille todavía algo de valor para ellos. En caso contrario raramente morirán de una muerte natural». Luego describe el «asesinato grandioso del tirano», cuya causa es el deseo ardiente de librar a la patria de ser prisionera de un individuo. «Ante semejantes golpes ningún tirano puede defenderse, salvo si desistiera de la fuerza ilimitada. Pero como nadie lo hace, la mayoría de ellos también tienen un mal fin.»

Cual desafío arroja al rostro de todos los tiranos esta sentencia: «El príncipe debe tener cuidado, porque nunca se puede expoliar a un hombre de tal forma que no le quede algún cuchillo para vengarse.»

Si la amenaza de asesinar al tirano es para Maquiavelo un acto desesperado de la libertad, su último recurso inseguro, entonces la dictadura es su permanente y legal defensa contra los inmediatos peligros internos y externos.

«La marcha general de los asuntos en las Repúblicas es lenta — escribe—. Ningún consejo, ninguna autoridad puede decidir todo por sí misma... Hasta que se hayan juntado todas las opiniones en una bolsa pasa el tiempo... Y el peligro no espera.»

¡La libertad no debe convertirse, gracias a sus virtudes, en el animal de caza no vedada! Hay que desarrollar el máximo ímpetu guerrero. No hay que dejar para último momento esta necesidad pasajera de la reunión del poder en una mano, ni al azar de las fuerzas irrefrenables. Nadie tiene derecho a proclamarse dictador por su propia cuenta, ni aun en vista de enormes peligros nadie debe violar la ley, aunque estas violaciones fuesen útiles momentáneamente para las instituciones. El legislador de la libertad tiene obligación de prever las organizaciones para la dictadura.

El concepto, el nombre de la dictadura, no puede perjudicar a la libertad, sí las relaciones de la soberanía están colocadas en debida forma. «Ni el nombre ni el cargo del dictador condujo a Roma al servilismo... Sí en Roma hubiese faltado el título de dictador, entonces se hubiera encontrado otro título, porque el poder se crea fácilmente un nombre, y no el nombre al poder...»

¡De pronto su trabajo se detiene! Los capítulos empezados, las notas, los libros, llegan a ser para él objetos ajenos, indiferentes. Las horas adquieren su peso, suenan fuertemente, para decir que están ahí, que son más fuertes que él. Nicolás no ve ya a Roma, ni a la libertad, ni a la *virtù*; ve sólo su habitación, un pequeño cuarto con ventana enrejada, el cual durante el día sirve como

de administración, y en el cual se siente olor a estiércol. Hasta ayer creyó haber captado en palabras y frases algo nuevo, lo que nadie sospechaba todavía. Este consuelo, que le proporciona el escribir, es lo malo. Le encanta su miseria. Lo acaricia durante largas noches, como sólo pueden acariciar las ideas. El puesto más insignificante de escribiente en la Signoria, el lugar más olvidado delante de un pupitre en la oficina del Vaticano, sería para él un viaje triunfal en el carruaje del éxito, en comparación con esta meditación y reflexión en tal ambiente de miseria. Maquiavelo lee una carta de Vettori; ahí está escrito con la indiferencia del despreocupado que el Papa tiene pensado regalar a su hermano Giovanni y a su primo Lorenzo, Estados y poder. A Nicolás, que nunca había tenido la ambición de ser un sabio, que estudiaba a Tito Livio no para conocer la verdad acerca del pasado, sino para encontrar los fundamentos para el presente, esta participación de su amigo aparece ante él como el mandamiento superior para obrar inmediatamente. ¿Qué le importan los *Discorsi*? ¿Para qué servirán los *Discorsi*? Con excepción de una docena de amigos, nadie los leerá, no le proporcionarán nada, absolutamente nada, ni una botella de vino, ni un día de viaje a Florencia. ¿Por qué escribir acerca del poder en general, por qué no para los poderosos mismos, para los únicos que están en condiciones de recompensar los libros?

De los *Discorsi*, los cuales Nicolás deja a un lado con gran alivio, y que deberán ser terminados más tarde en un trabajo de años, pero sólo de modo ocasional, nace rápidamente, en el transcurso de pocos meses, el *Príncipe*, obra dedicada a Lorenzo Médicis. «He redactado un pequeño escrito: *De principatibus*... A un príncipe y especialmente a uno recién llegado a la cumbre del poder, éste debería ser bien venido... A dedicarlo me impulsó la necesidad, que me anonada.»

Maquiavelo estaba resuelto a adular, estaba resuelto a demostrar a los Médicis por medio de su pluma: «que en los quince años que he dedicado al estudio del arte del Estado, no he perdido ni descuidado el tiempo...» Pero el hombre no es dueño ni de sus buenos ni de sus malos proyectos. Es impulsado a sus acciones no sólo por uno, sino por innumerables motivos. También Maquiavelo vacila. Quiere elevar la fuerza de los Médicis al cielo, y la Roma de la libertad aparece ante sus ojos. Quiere creer en Italia y debe reírse de la discordia de los príncipes, de los soldados, que no valen ni un maravedí. Pero, en medio del trabajo, en medio de la sumisión, Maquiavelo es arrastrado por las olas fuera de la realidad de Italia para mirar las orillas de los mundos venideros. Su mísera situación se mezcla con la miserable situación de toda Italia. Llora por sí mismo y por Italia al propio tiempo. Ya no es el mismo, sino el profeta mendigante del más bello y del más infeliz de Europa,

«Los habitantes de Italia —escribe— han caído en el abismo más profundo de la miseria, están más esclavizados que los israelitas, más oprimidos que los persas, más dispersados que los atenienses, sin jefe, sin ley, despreciados, saqueados, destrozados, tiranizados por los extranjeros.»

Ante Nicolás se levantan con una fuerza atrayente e hipnótica las posibilidades objetivas de los Médicis. Por primera vez Tos-cana y Roma — el territorio desde Nápoles hasta la llanura del Po, bañado por el Mar Adriático y el Mediterráneo — es un solo país; en una mano, en poder exclusivo de la familia de los Médicis, Nicolás quiere lo mismo que querrán tres siglos más tarde los tres generales Scharnhorst, Gneisenau, Clausewitz, cuando hicieron Alemania de Prusia; lo que quería Cavour, quien, en el siglo XIX, creó del Piamonte una Italia unida.

Para hacer de Roma-Toscana el centro de la independencia nacional, debe aparecer el hombre de la *virtù*, el hombre de la ambición poderosa, el salvador. «En esta hora Italia no puede tener confianza en nadie más que en su Casa, ilustre duque», escribe Nicolás a Lorenzo Médicis, el soberano de Florencia. Nicolás sueña para Lorenzo todo el sueño del poder; con su pluma quiere atravesar con surcos más profundos los campos de Italia de lo que lo pudiesen hacer todos los arados. Quiere seducir a Lorenzo no sólo con la magnitud de la tarea, sino también con las dificultades. «Para un príncipe recién llegado al poder — dice en el *Príncipe* — es un regalo de la suerte si los enemigos se levantan contra él, y de este modo tiene oportunidad de someterlos y subir por la escalera que ellos mismos, sus enemigos, levantaron.»

Con insistencia — para demostrar la posibilidad, la realidad de su *Príncipe* — Nicolás cita a Lorenzo los ejemplos de los nuevos fundadores del estado de la época: César Borgia, quien de la nada había edificado el Estado de la Iglesia, y disponiendo de medios mucho más débiles y de posibilidades mucho más limitadas que los Médicis- Nicolás quisiera volcar en el alma de Lorenzo todas las palabras de César, todos sus grandes arrebatos y pequeñas costumbres, su temeridad

sangrienta. ¿Por qué no debe lograr toda Italia lo que logró el Estado de la Iglesia? Nicolás canta a Lorenzo la elevada canción del fundador del Estado de España, Fernando. Maquiavelo ha sentido durante quince años de servicio el peligro de España.

Fernando y César Borgia deben ser el espíritu de la dictadura italiana de los Médicis.

¿Ha olvidado Maquiavelo su canto de la libertad de los *Discorsi*? ¿Eran sus sonidos sólo mentiras de un soñador, v son los del *Príncipe* la realidad de un adulador? No. Son la realidad del mundo, tal como era, y el autor del *Príncipe*, no ha anulado la actualidad del ideal de la libertad de los *Discorsi*. Nicolás no ha sepultado su imagen de la libertad. Tampoco en los *Discorsi* se muestra como escritor sensible, que borra los límites de las cosas e, inclinado sobre los papeles, disuelve en sus lágrimas todos los cuadros de la vida y de la muerte. «Quien da a una República constitución y leyes ha de suponer que todos los hombres son malos», dice en los *Discorsi*. Y en los *Discorsi*, no sólo en el *Príncipe*, habla del deber de la dictadura de mantenerse a sí misma: «Las repúblicas, que en un urgente peligro no acuden a la dictadura o a una fuerza parecida, siempre perecerán en los acontecimientos graves».

Sin duda, esta dictadura era la de la libertad romana.

La Italia del año 1514, que vivía bajo la amenaza de ser dividida hasta el último rincón por el emperador Maximiliano, por Fernando de España y por el rey de los franceses, la Italia del *Príncipe* no conocía ninguna república romana. El suelo de la Península estaba cubierto con Estados impotentes de una estructura ya superada generalmente en Europa.

En estas débiles creaciones v ficciones de soberanía ningún hombre político, que conociera los aspectos aislados y su conjunto, podía esperar la tormenta desde abajo. Sólo una espada poderosa desde arriba, a la cabeza de una milicia armada, hubiese podido, según la opinión de Nicolás, exterminar la Edad Media, y luchar, al mismo tiempo, contra los forasteros. Maquiavelo llena teóricamente el lugar vacío que deja en Italia un Fernando de España, un Luis de Francia. Su corazón está allí entretejiendo una novela de libertad.

Sólo una Italia unida podría ser el reino de su libertad. Pero como transición, al mismo tiempo contra el enemigo exterior y contra la pereza y desenfrenos interiores, como medio de fuerza v de perfección, debe actuar la dictadura. El soldado, que crea nuevamente la destituida milicia de Florencia en su Estado, para conducir después la guerra contra los bárbaros, crea primero las posibilidades territoriales y nacionales para la libertad futura. Además, este dictador enseñará por fin a los italianos a respetar las leyes. Porque sin la estimación de las leyes no puede existir ninguna libertad. El dictador necesario, impuesto por todos los acontecimientos políticos, prepara primero la libertad en su escuela. El poder del dictador ideal arregla e instala la casa del Estado en tal forma que el arquitecto llega a ser superfluo. Aun cuando el camino es sucio, la meta queda limpia, «Seguramente — escribe —, en toda cosa hay oculto un mal.» Pero si Lorenzo Médicis es realmente el salvador, entonces él también tendrá la fuerza necesaria para aparecer superfluo a través de la regeneración de todo el cuerpo político.

Una vez declarado partidario de la dictadura de Lorenzo Médicis, no se satisface ya con las intimaciones generales y con los ejemplos de la época, sino que quisiera penetrar en todo el espíritu y en todas las horas de la soberanía. Siguiendo su deseo, Lorenzo no debe ser un tirano de la vieja escuela ni un histérico del poder, que se estremezca ante su propia sombra, que por la mañana tiene que palpase para asegurarse de que vive todavía, y que perece en un asesinato de familia e intrigas de los amigos. Debe absolutamente del mismo modo que el dictador de la república romana, tener la libertad de su propia decisión, la dirección independiente de un gran ejército y arraigar en una amplia base de la población. ¡El mismo dictador popular de los *Discorsi* vive también en el *Príncipe*! La imagen de César Borgia en la que este hijo del Papa acaricia con una mano a sus enemigos vencidos y con la otra a la plebe — lo obsesiona sin cesar. Cree que sólo estos dictadores entendieran algo de su profesión, «los cuales tienen a la multitud por amiga y a los grandes por enemigos, porque así su fuerza tiene un fundamento más fuerte que si tuviesen al pueblo por enemigo y a la nobleza por amiga». Esta vieja observación hecha por Aristóteles, Tucídides y Jenofonte y la enseñanza de la tiranía de la plebe, fue olvidada durante la Edad Media, debido a los dominios muy limitados territorialmente de los señores feudales. Sólo la Iglesia permaneció fiel a este axioma de los griegos. Nicolás exhuma esta enseñanza de las masas desde el olvido. La plebe

es para él más fiel, más afecta, más adicta a la soberanía, que los potentados intrigadores, que la nobleza testaruda. La lucha interna de la dictadura debe ser dirigida contra estos nobles.

Lorenzo Médicis reinará con el amor general y no con las fortalezas. Él como su abuelo, que llevaba el mismo nombre, considerará «las corporaciones y los gremios de los cortesanos, se reunirá oportunamente con ellos, demostrará su amabilidad y generosidad, pero con todo eso siempre conservará su dignidad; porque a ésta no tiene que descuidar en ninguna oportunidad.» Lorenzo será para todas las conmociones y reflejos del poder un déspota claro y completamente sin prejuicios.

Esta coronación de Lorenzo por Maquiavelo no corresponde en nada a la realidad papalflorentina. Lorenzo, que sólo gracias a la dedicatoria del *Príncipe* ha quedado en la memoria de la gente, era un joven arrogante. Ninguna idea, ninguna ambición del Estado lo anima, y sólo la vanidad, la obstinación e intrigas de familias llenaban su vida. El mayor anhelo de sus días era reinar como señor de una corte principesca, y así se rodeó en Florencia de una guardia aristocrática de los jóvenes. Los uniformes de pesadas sedas, las libreas de sus sirvientes, los escudos bordados y pintados, las alfombras de color en sus habitaciones, las chucherías y los muebles de madera hermosamente tallada eran el objeto de su pasión. A menudo buscaba la soledad y pasaba por sonador. Por las noches vagaba enmascarado por los suburbios para buscar sus novias del pueblo. Creía no ser ningún príncipe verdadero en esta Florencia, siempre republicana todavía por su constitución, hasta que viera su legitimidad confirmada por medio de su matrimonio con una duquesa de la casa, francesa reinante. Toda su aspiración política tendía a convertirse en pariente del rey de Francia. Francisco Vettori, que medró rápidamente de nuevo en la merced de los Médicis, llegó a ser su hombre de confianza, y le buscaba una novia en Francia. Lorenzo confesaba a Vettori sus temores y preocupaciones. «Hay que preocuparse — le escribe — por mí matrimonio con una princesa. No pienso en nada más, no deseo nada más; sólo así puedo participar en la dicha de los Papas... Los parientes y nepotes fueron perseguidos en el pasado por tantos infortunios, que siempre pienso nuevamente cómo podría protegerme de una desgracia, y no veo ningún otro camino que un matrimonio principesco.» Para quitar todos los obstáculos del camino hacia este casamiento, el joven Médicis y Vettori traicionaron, tanto como estaba en su poder, la política de León X, la cual no quería atarse exclusivamente a Francia. Pero cuando por fin el rey casó a su parienta Madeleine de la Tour d'Auvergne* con Lorenzo, éste llegó a ser sólo como un instrumento de París.

Una mañana, poco antes de la cacería en el jardín del castillo, rodeado de sus galgos, le fue entregado a Lorenzo por uno de sus lacayos un ejemplar del *Príncipe*, bellamente escrito sobre pergamino. Lorenzo no le prestó atención. Pero por la noche, después de la cacería, vio el manuscrito cuidadosamente atado en la mesa de su habitación de trabajo raramente usada. El príncipe reconoció la envoltura, leyó el nombre del autor, llamó a su criado y le ordenó llevar a Maquiavelo, como agradecimiento, ¡dos botellas de vino!

Con excepción de pocos amigos, para los cuales el fiel Buonaccorsi copiaba con gran aplicación el manuscrito del *Príncipe*, nadie se preocupó por el libro. En vano esperaba Nicolás alguna resonancia. Creyó que lo había escrito con la pluma en el aire, pues ni la impresión de su obra logró ver en su vida.

El eco que el *Príncipe* debía tener a través de los siglos, pareció castigar a Nicolás con el tormento de una desesperada falta de éxito, para que se convirtiera en verdad la palabra del evangelista: «No es posible que no haya contrariedades, pero desgraciado del que es causa de ellas.»

AL SERVICIO DE LOS MÉDICIS

Maquiavelo permanece más tiempo en el campo de lo que le ordena su destierro. Por más de cinco años la necesidad le obliga a seguir la misma existencia limitada y rústica. Durante este tiempo, en que empieza a sentir el peso de los años, la corriente contenida de sus experiencias, pensamientos y

* De este matrimonio nació Catalina Médicis, reina de Francia.

melancolías encuentra el cauce del ordenado y paciente trabajo. Al borde de la desgracia se queja, maldice, lamenta y escribe la mejor prosa de Italia. Maquiavelo termina los *Discorsi*, empieza su libro acerca del arte de la guerra, compone novelas, comedias, canciones de carnaval, malas poesías de circunstancias y un diálogo sobre la lengua.

Es un desconocido entre los literatos. Nadie lo menciona. Cualquier ordinario escritor de rimas, comedias, historias o novelas es más considerado que este hombre de cincuenta años, quien, con el ímpetu de un joven, permanece sentado las noches de largos años ante su lámpara de trabajo y describe a la humanidad de su tiempo. Ariosto en el *Orlando furioso*, menciona todos los escritores de Italia; sólo Nicolás no es nombrado. «Si usted encuentra a Ariosto en Roma — ruega Maquiavelo a un amigo — háblale en favor mío. Dígale también que me ha olvidado sólo a mí, como a un perro, en medio de tantos escritores.»

La paciencia de Nicolás es invencible. Escribe la mejor comedia de Italia, hasta su tiempo: la *Mandragora*. Nicolás ataca al hombre, por el cual él se cree más perseguido: ¡el hipócrita! Nicolás sigue la pista de Tartufo, al que muestra vestido de cura.

Timoteo, el confesor en *Mandragora*, por el dinero demuestra todo. Demuestra que nada es más honroso que cuando la monja hace abortar su fruto en el monasterio, porque con eso se salva el honor del monasterio, de la pecadora y de su familia. Hace ver a una virtuosa ciudadana, Lucrecia, cuyo marido es impotente, que bajo ninguna condición es pecado dar a luz un hijo. Porque el fin es regalar al paraíso el alma de un nuevo hombre. Nunca se debe, dice a Lucrecia, dejar de hacer el bien por miedo al mal. Todas las figuras de esta pieza teatral, el esposo, la madre, los conocidos de Lucrecia, se unen para denigrar la virtud. Las personas actúan en diversas y distintas situaciones, así que ni un santo puede resolver quién es bueno y quién es malo. Los necios dicen sabidurías, y los sabios hablan como necios. Y Lucrecia, que conserva su virtud todavía en el tercer acto, en el cuarto cree, que por la lujuria curiosa de su madre, por la majadería de su marido, por la bajeza de su confesor debe hablarle la voluntad de Dios, la cual quiere endulzarle el placer con la buena conciencia. La *Mandragora* despierta en los amigos y en los conocidos una risa entusiasta. Todos los días llegan a Maquiavelo felicitaciones, preguntas, invitaciones y promesas. *Mandragora* se representa en las villas, durante las orgías, y en los teatros ambulantes. Un rico comerciante florentino la hace representar en su jardín, en presencia de la familia reinante Médicis, la cual por su parte vuelve a hacerla representar. También en Faenza, Bolonia, Venecia y Roma la *Mandragora* se acepta con júbilo. Quince años de servicio al gobierno, siete años de escribir libremente acerca del poder, no pudieron dar a conocer tanto el nombre de Nicolás como lo hizo esta obra teatral. Nicolás no logró reputación como oficinista, mas se le saluda como escritor. *Mandragora* no libra aún a Nicolás de preocupaciones. Éste, empero, no tiene ya el sentimiento de que su enfermedad incurable es una desgracia. Puede oír quedamente en su corazón el alborozo de las esperanzas reprimidas. A sus encumbrados amigos, Vettori, Guicciardini y al rico Filippo Strozzi, este éxito inesperado facilita el trabajo a favor de Maquiavelo. No recomiendan ya a un pájaro de mal agüero, sino que defienden al héroe del día, a alguien, cuyo nombre ahora se recomienda por sí mismo. León X se cree más que suficientemente perseguido por los consejos políticos. Pero un hombre que puede escribir buenos diálogos para el escenario, no es ningún solicitante común; éste puede tal vez decir algo nuevo también en política.

Por primera vez el Papa escucha con aprobación el nombre de Maquiavelo. Exige ver la comedia, hace promesas generales a Nicolás, aunque no se apresura a cumplirlas. Maquiavelo espera esta merced política y goza del éxito de la *Mandragora*. El oculto contacto con el éxito, creador del reconocimiento del hombre, ayuda a Nicolás sólo ahora, en el otoño de su vida. A pesar de todas las alegrías nuevas, se oye su profunda nostalgia por la vida política perdida. Así lo hace ver y se disculpa- en el prólogo de la *Mandragora* con las palabras:

*Me es negado probar en otros territorios
Los dones que me fueron concedidos,
Porque falta el reconocimiento de mi aspiración,*

Después de muchos años de soledad las luces, sonidos, disfraces y rostros de la escena son para Nicolás un país de hadas, convertido en realidad. La actriz principal en *Mandragora*, Bárbara, llegó a ser su amante. Es una señora casada, que, quiéralo o no, pronto tendrá que cumplir sus cuarenta años. Llena de despreocupación, siempre de buen humor, canta todas las canciones de Toscana, todas las jácaras de Florencia; puede imitar las voces de los curas y de todas las personas importantes del consejo municipal. Alrededor de Bárbara se junta una alegre compañía, la cual saluda la mañana con el vaso de vino, pasa durmiendo el día, y durante toda la noche se divierte. Nicolás siempre está presente. Aquí sus chistes encuentran eco en sus nuevos conocidos, que ríen de buena gana. Él y Bárbara muestran su ingenio- y su arte, y como cada uno habla, continuamente y sin descanso, más fuertemente que los demás, contagia a sus amigos con su buen humor, y por último, se van a sus casas. «Diga a Maquiavelo — escribe Francesco Vettori a un amigo — que es mucho más agradable cenar con Bárbara que esperar aquí en Roma haciendo antesala detrás de una puerta durante la hora de comer.»

Nicolás, no pudiendo lograr en Roma para sí nada definitivo, intercede por su amiga. Filippo Strozzi tiene que proporcionarle un contrato, como cantante del Vaticano. Nicolás es su empresario, escribe canciones para ella, estudia con ella los textos y la música. Su amigo, el gobernador del Papa, Guicciardini, ha de facilitarle una gira por la Rumania. Nicolás le escribe: «Prepare usted para Bárbara una representación para los monjes, y si éstos no pierden la cabeza, entonces no valgo ni un céntimo.» Guicciardini, generalmente serio y reservado, se muestra encantado, y desea esa gira. Cree, sin embargo, que el éxito de sus afanes es dudoso, «pero si nos ocupamos en los preparativos de la comedia, entonces por lo menos no corremos el riesgo de perder el tiempo.»

Si Nicolás trabaja en Roma para Bárbara, ésta trabajará en favor de Nicolás en Florencia. Después de su destitución, Maquiavelo se ha convertido en ciudadano de segunda categoría, y según las leyes no puede nunca más desempeñar cargos oficiales. La valiente Bárbara puede hablar de otra manera con los señores de la Signoria, que Guicciardini, que Filippo Strozzi y que los demás protectores de su amigo por muy encumbrados que estén. Maquiavelo recibe otra vez el derecho de ser elegido, puede nuevamente desempeñar cargos políticos, ser habilitado oficialmente. Éste es el éxito de Bárbara, escribe el historiador Nerli a su amigo Nicolás. También los círculos literarios de Florencia se esfuerzan para hacer algo por Maquiavelo. La familia de los Rucellai, pariente de los Médicis, le abre las puertas de sus jardines.

En casa de los Rucellai, cuyo palacio testimonia la antigua riqueza, la fortuna, el arte y la literatura, según la tradición tos-cana, se unen en un ambiente feliz.

Cosme Rucellai, el vástago más joven de la familia, paralítico en una litera portátil, dirige la corte literaria. A la sombra de los viejos árboles, protegidos por la recatada y señorial quietud del jardín, hablan profesores, historiadores, poetas, latinistas y novelistas acerca de la antigua Roma, acerca de Grecia y del futuro de Italia. A menudo Nicolás irrita a los eruditos oficiales, dice que los sabios de la cátedra, en efecto, saben todo, pero lastimosamente nada más que esto. Gracias a sus *Discorsi*, dedicados al señor de la casa, Cosme Rucellai, gracias a su diálogo acerca del arte de la guerra, que es la teoría suplementaria de su práctica como fundador de milicia, disfruta en poco tiempo de alta autoridad.

El entusiasmo literario se desvía, empero, de vez en cuando hacía las conversaciones políticas, perturbadoras de los acordes amistosos del jardín. Aunque Cosme Rucellai no quiere que sus reuniones se asemejen a un club político, ni desea oír nada de la lucha de las fracciones, sin embargo, se abstiene de tutelar a sus amigos. Y en las libres discusiones, en los diálogos ordenados, que se prolongan desde la hora temprana de la tarde hasta que oscurece, se traen a colación siempre con más frecuencia, todas las críticas y descontentos de la ciudad.

La muerte de Lorenzo Médicis, fallecido a los 27 años como un hombre maduro, dio a los «populares» la ocasión imprevista de demostrar impunemente su descontento. En la comitiva fúnebre de este Médicis fueron algunos priores de las corporaciones vestidos con su roja túnica republicana. Florencia daba al muerto una escolta alegre, llena de esperanzas. A la luz de los cirios, detrás de los velos de duelo, detrás de las banderas negras, los ciudadanos se felicitan, como si recogiesen la sucesión de una gran fortuna. Muchos creían poder heredar la soberanía de la ciudad. Pero más que el amor a la libertad unía a los florentinos la burla del distinguido y tiránico esplín del muerto.

El sobrino del Santo Padre, el cardenal Julio, que permanece en Florencia como sucesor de Lorenzo, conoce esta hostil disposición de ánimo. Julio ha mostrado sólo desprecio por la vida des-

preocupada de Lorenzo, y está dispuesto a que se reconcilien todas las clases de la ciudad. Él quisiera reconciliar, al mismo tiempo, a los querellantes de todos los partidos, a los extremos potentados y a los «populares». En el acogedor jardín de Rucellai espera poder percibir lo más exactamente los deseos de los florentinos. Este huésped principesco es recibido con discursos sobre la libertad. Los distinguidos jóvenes de ojos brillantes le aseguran que la república sola puede ser la fuente de pura soberanía. El cardenal es un hombre paciente, experimentado y sin prejuicios. Había esperado encontrar aquí proposiciones prácticas y escucha fantasías. Todos, contesta Julio, podrían haber aprendido bastante en la experiencia que ni los mismos florentinos, buscadores de innovaciones, pueden vivir sin un jefe. Si la Signoria por su propia voluntad ha elegido a Pedro Soderini como «gonfaloniere» vitalicio, ¿por qué no deben los florentinos depositar voluntariamente su confianza en un Médicis, portador de riquezas a Toscana y que otorgó al país frente al mundo la autoridad máxima de su familia y de la Santa Sede?

El cardenal tiene sus regimientos de guardia en la ciudad; su gente está en todos los puestos importantes, el poder del Papa lo protege; ¿no tiene nada que temer! Y menos podrían significar un peligro para él estos literatos. Pero Julio estaba siempre dispuesto a oír los consejos. Su innata indecisión le hace buscar las ideas de los demás. La eterna vacilación de Julio adquiere,

por su amor a los recuerdos y a las negociaciones, la apariencia de una profunda reflexión. El cardenal pide a los huéspedes de Rucellai, entre ellos también a Maquiavelo, su opinión sobre el presente y el futuro de Florencia.

Nicolás establece como cosa conocida en su informe el descontento hacia los Médicis. «Dos caminos hay —escribe— para resolver la crisis: o se intimida a los ciudadanos en tal forma que ya no se atreverán a hablar sin ser preguntados, como lo ha hecho el difunto Lorenzo; o se reforma la constitución de la ciudad de tal modo que pueda Florencia administrarse sola, y el cardenal sólo necesita vigilarla desde lejos. El segundo camino preserva de los peligros y las contrariedades; el primero sólo de las contrariedades.» Maquiavelo recomienda, como único medio contra el descontento, reabrir el Gran Consejo, pero siempre influir en las elecciones con un sistema secreto. La soberanía de los Médicis podría correr con eso tanto menos peligro, cuanto que el cardenal seguiría teniendo en sus manos los puestos más importantes del mando: el ejército, las finanzas y la justicia. Pero en el futuro, si la casa de los Médicis llegara a extinguirse, Maquiavelo exige la plena libertad para Florencia.

Maquiavelo escribe como si no supiese que la gran ambición de los Médicis es la soberanía libre de conflictos para su dinastía. En el palacio florentino del cardenal dos niños son educados para el poder. Uno, Ippolito, es el hijo de Juliano⁸ y su amante ferraresa; otro, Alejandro, el hijo de Lorenzo, recién fallecido, y de la mujer de un carretero. El cardenal mismo es un hijo ilegítimo, cuya acta de nacimiento fue falsificada para poder lograr la dignidad eclesiástica. Abre la sucesión para los bastardos de los Médicis y quiere alejar del poder a la línea más joven, descendiente del hermano de Cosme, del «padre de la patria».

Julio no toma a mal el informe de Nicolás. El cardenal ve que Maquiavelo se empeña por resolver la cuadratura del círculo: satisfacer, al mismo tiempo, las exigencias de la soberanía de los Médicis y el ideal republicano. Las palabras sinceras de su opinión y los acontecimientos políticos, que él calla discretamente, le gustan. El cardenal ha aprovechado del proyecto las ideas prácticas, y expresa su satisfacción. Semejantes palabras de reconocimiento atraviesan rápidamente la ciudad, y todos los que las oyen las amplifican un poco más. Los amigos de Nicolás cuentan que ha llegado su hora. Filippo Strozzi lo llama un «hombre del futuro». Ciertos rumores aseguran que Maquiavelo acompañará al cardenal a Francia, otros creen que nada se opone en su camino para ocupar nuevamente el antiguo puesto en la Signoria. Nicolás espera como el príncipe heredero la realización de sus propios deseos. La merced de los poderosos es insondable. No se gana al desconfiado cardenal tan pronto como el aplauso en el teatro. Le gusta al purpurado, contrariamente a otros Médicis, poner a prueba la paciencia de sus prosélitos. Sólo un año después de su informe, Nicolás fue llamado. ¡Con qué gusto abandonaría todos los éxitos literarios por el territorio hirviente de la política! Desde la casa de Maquiavelo hasta la Signoria no hay más que veinte minutos de camino. Cada paso lo aproxima al poder y hechiza su imaginación.

⁸ Juliano era hermano de León X.

¿Realmente se le abrirá de nuevo el mundo de la acción? ¿Y una vez conquistada la confianza del cardenal, no serán entonces todos los caminos hacia su meta un fácil comienzo? Llegado al segundo piso de la municipalidad, ante el secretario, el cual le comunica la merced del cardenal, que se ha dignado enviar a Nicolás a la vecina ciudad de Lucca, sus sueños se disipan bruscamente. Es una misión secundaria, ni siquiera política, que podría cumplir cualquier jurista. Maquiavelo debe defender en Lucca las reclamaciones privadas de los toscanos. Pero pronto se consuela. El cardenal no es el responsable de sus esperanzas. Y esta misión, por secundaria que fuese, significa, sin embargo, la primera expresión visible de la merced de los Médicis.

Nicolás debe permanecer unos meses en Lucca, resolviendo esta cuestión jurídica. Tiene mucho tiempo libre. La literatura le ha indicado en los días de desesperación el camino hacia el éxito. La *Mandragora* ha sido para él como un puente tendido para la reconciliación consigo mismo y con el mundo. Ahora escribe para sus amigos de los jardines de Rucellai la biografía romántica de Castruccio Castraccianis⁹. Nicolás concreta en esta biografía ficticia las cualidades, que exige en el *Príncipe*, de un soberano: «Agradecido para los amigos, terrible con los enemigos, justo con los súbditos, infiel con los forasteros, nunca buscaba vencer con la fuerza donde podía vencer con el engaño, porque decía que la victoria y no la manera de obtener la victoria trae la gloria. También solía decir que Dios ama a los hombres fuertes, porque se ve que castiga a los débiles por medio de los fuertes».

Este breve escrito, leído en voz alta en los jardines de Rucellai, provoca el entusiasmo de los invitados. Aunque algunos profesores indican que la descripción de Castruccio responde más a la fantasía que a la realidad, sin embargo, todos los demás son de opinión de que Nicolás es el llamado a escribir la historia de Florencia. Debe ser el director de los cronistas de Toscana; sólo él, se cree, podría animarlos. El cardenal y el Papa dicen su última palabra a favor de Nicolás. Se le otorga una renta anual de cien ducados.

Pero algunos jóvenes del jardín de Rucellai entienden la política de forma diferente que Maquiavelo. Sus cabezas están llenas todavía, como la de Bruto, de libertad y de república. Cuando llega la noticia de la muerte del Papa León X, creen que es el momento propicio para deshacerse en Florencia de su sobrino el cardenal. Apoyados por el hermano del «gonfaloniere» Soderini, traman una conspiración, para asesinar a Julio, a este indulgente soberano. Los jefes de la conspiración son los amigos íntimos de Nicolás, sus partidarios, a los cuales él ha dedicado sus *Discorsi* y la vida de Castruccio, alumnos que citan entusiasmados sus sentencias y anuncian su gloria por todas partes. Nerli cree que este atentado es el resultado inmediato del capítulo de los *Discorsi* sobre la conspiración. «Pero si estos jóvenes hubiesen comprendido mejor a Maquiavelo, entonces o no habrían cometido ese hecho, o lo hubieran preparado mejor.»

Estas palabras excusan, pero, sin embargo, muestran entre Nicolás y el asesinato una relación inmediata, escribe un amigo: ¿qué dirán los enemigos, qué dirá el cardenal?

Amenazante se levanta de nuevo el pasado ante Nicolás. Todas las circunstancias se conjuran mil veces más contra él que hacía diez años, cuando tuvo que expiar el confuso entusiasmo de los jóvenes republicanos.

Pero el cardenal ni por un momento cree en la complicidad de Nicolás. Sabe que éste se halla ocupado en los archivos de familia de los Médicis. Los historiadores no acostumbran desenvainar ningún puñal. Julio, como jefe de la casa reinante, ha sepultado todos los rencores contra Nicolás.

Maquiavelo no intenta con su sumisión o con el silencio agradecer esta tibia merced del Médicis, en la historia florentina. Él no es un literato prisionero, que teje coronas de laureles para su señor con su trabajo concienzudo.

Mira desde tal altura el cambio de Europa, el estado del ejército, la lucha de los partidos en Florencia, que olvida su verdadero encargo; componen la historia de la casa de los Médicis. Escribe a Guicciardini que el trabajo lo alegra, porque puede acusar a los príncipes, quienes hicieron todo lo posible por hundir a Italia.

Nicolás procede con el mismo espíritu que desde hace más de un siglo anima todos los sistemas y enseñanzas, todos los estudios y academias, todos los círculos aristocráticos y platónicos, y que es el espíritu de la libertad. Esta libertad con sus amplificaciones, sus libelos, sus atrevimientos vacíos, su extravagante insolencia, imprime su sello al renacimiento florentino romano y ante todo a la época de los Médicis, La independencia espiritual, la exploración libre, no es consecuencia de la reforma o de

⁹ Príncipe de Lucca a principios del siglo XIV.

la revolución francesa. Alcanza su realización en la curia preluterana. La Iglesia con su sabiduría ha alimentado también las leyes que lo eran contrarias. Hasta que la reforma de la Santa Sede obligó a ocultar su sonrisa indulgente, la variedad del catolicismo contenía todos los aspectos de la genialidad. Era la casa grande de la humanidad, en donde se daban la mano el brillo y la poesía de todo lo antiguo y lo nuevo, de todas las ideas grandes y sentimientos poderosos. Los Papas no advertían ningún contraste entre la verdad y los intereses de la organización eclesiástica. Se sentían tan poco amenazados por la ciencia como por el hecho de que dos y dos son cuatro. La Iglesia daba pan a los hombres de espíritu. Y el que da, es siempre el señor. Estos señores no eran ricos. Vivían penetrados por la dignidad del hombre, imagen de Dios. Como la dependencia del escritor del mundo exterior es un hecho natural, es más soportable depender del príncipe que de la masa de los servidores. Entre los hombres de espíritu y la aristocracia puede existir la acción recíproca de dependencia que no puede nacer entre los intelectuales y la multitud.

Maquiavelo y el círculo de los pensadores políticos e históricos de su época trataron de superar con escepticismo el contraste que siempre existirá entre el arte y la lucha por el pan. Esta fundamental disposición de ánimo ayudaba a su trabajo, era la guardia ante su papel, para dispersar las sombras de la dependencia. Si los intelectuales de los tiempos posteriores a Lutero alardeaban de sus virtudes, en cambio los del Renacimiento lo hacían de sus supuestos vicios.

«En el arte de la hipocresía — escribe Maquiavelo — ya hace mucho que he recibido el bautismo, la confirmación y la comunión. En el mentir, hasta poseo la dignidad del doctor. La vida me enseñó a mezclar lo falso con lo verdadero y lo verdadero con lo falso.»

El gran historiador Jovius*, que durante 37 años gozaba de una renta en la corte del Papa, acostumbraba hacer ostentación de estas palabras: «Tengo una pluma de oro y una de hierro, la de oro para los que pagan, y la de hierro para, los¹ que no pagan». Pero en su obra no ha tenido miramientos con su protectora la Iglesia, no ha ocultado ningún hecho. León X seguía su trabajo con infatigable interés. A menudo Jovius debía leerle la obra en voz alta hasta el amanecer. El Papa escuchaba interesado cómo su historiador acusaba a la política vaticana de los Médicis de ser «una injusticia vergonzosa y de incontables infamias.»

Guicciardini, encanecido por las experiencias de todas clases que traen consigo el servicio a tres Papas, ha mostrado en su historia de Italia una desconsideración no superada. Los actores pasan, se dicen amabilidades, sonríen y estrangulan uno a otro. No ven rostros, sino máscaras. En centenares de páginas investiga el presente. Muestra todas las pasiones, todos los sentimientos. Pero ni una sola acción tiene su origen para él, contrariamente como para Maquiavelo, en la religiosidad, conciencia o virtud. Desde el comienzo del mundo y hasta el fin de todos los tiempos el historiador ve sólo egoísmo, ambición y vicios, determinadores de los acontecimientos.

Francisco Guicciardini disfrutó los más altos cargos y dignidades que puede otorgar la Iglesia. En el curso de su carrera fue teniente general del ejército del Papa, gobernador de la Romania, gobernador de Bolonia, Parma y Reggio. Por eso era tenido como el oráculo europeo. Carlos V acostumbraba decir: «En un momento puedo hacer cien Grandes de España, pero en cien años ni un solo Guicciardini.»

Entre Nicolás envejecido y Francisco existía una íntima amistad. Cambian ideas permanentemente. Guicciardini critica los *Discorsi* y su crítica es el fruto de la experiencia, -que conoce la política de su propio poder de mando. Ve los sucesos, no como su amigo desde el vuelo alto del águila, sino de cerca; ve más los poros de las cosas que la corriente de los acontecimientos; por eso ve a menudo los pormenores a una luz peor, pero más verdadera.

En este tiempo ocupa la gobernación de Módena. Quiere estar distanciado de todos los hombres. Pero a Nicolás quiere tenerlo cerca de sí. A menudo lo ha invitado. Por fin su amigo se halla hoy en una no muy importante misión oficial en su Estado, alejado unos kilómetros de su residencia. En el monasterio de los franciscanos en Capri debe elegir Nicolás un predicador por encargo de la corporación de lanas de Florencia. El gobernador general del Papa no puede por menos de sonreír. «¡Qué idea!» le escribe, «enviar precisamente a usted en busca de un predicador.»

«Siempre he servido a la república — contesta Nicolás — según mi mejor saber y entender. Pero en este caso particular de mi misión no estoy de acuerdo con mis conciudadanos. Quieren un predicador que les enseñe el camino hacia el Paraíso. Pero yo quiero buscarles uno que les enseñe el

camino hacia el infierno. Deseo encontrar a un indigno, un mentiroso, un hipócrita. Porque el camino verdadero hacia el Paraíso presupone que uno conoce el del infierno y así lo evita.»

Guicciardini le manda todos los días un mensajero con cartas. Pronto los franciscanos creen que Nicolás es un elevadísimo funcionario del Papa en una misión importante, y abren al misterioso forastero todos los tesoros de sus bodegas y de su cocina. Nicolás vive como en un sueño. Estira sus miembros entre suave sábana y blandas almohadas; se hace servir y halagar desde la mañana hasta la noche, y azuza siempre más la curiosidad de los ingenuos monjes. Maquiavelo gruñe en voz alta, como para sí, algunas frases de las cartas de Guicciardini. Los hermanos creen que él espera en el monasterio a los mensajeros del emperador, y que el gobernador general le comunica diariamente las instrucciones del Santo Padre. «Mientras escribo esto — dice una carta de Nicolás a Guicciardini — forman los clérigos boquiabiertos un círculo alrededor de mí. Miran cómo permanezco sentado largo rato ante un papel, completamente hechizados, como si yo fuese un iluminado. Para sorprenderlos más todavía, me rebullo intranquilo, juego muy significativamente con la pluma. Si supieran lo que escribo, quedarían más sorprendidos todavía de lo que están.» Guicciardini le contesta que él debe aprovechar el tiempo en el monasterio y tratar de incitar a los hermanos uno contra otro, para que produzcan un alboroto infernal. Pero debe hacerlo con cuidado para no convertirse en un malvado tan listo como esos beatos. Nicolás asegura que ya en él no hay nada que se puede echar a perder.

La broma termina únicamente porque Nicolás teme que el prior de Capri — más guasón que 30.000 diablos — empiece a ver a través de la correspondencia. Maquiavelo acude a Módena a ver a su amigo; ahí pueden recapitular la farsa de Capri con toda tranquilidad.

Un funcionario del Papa como Francisco Guicciardini, como Francisco Vettori, un historiador del Papa como Jovius y Maquiavelo hubiesen sido imposibles después del Renacimiento, después de las tormentas de la Reforma. Para el brillo de una conciencia, que vive sólo de inteligencia, de ironía y jugando con todo lo más alto y más bajo, ya no hay cabida en el nuevo mundo, donde la seriedad obligatoria se introdujo por los nuevos y horribles preceptores de la humanidad.

LA CRISIS MUNDIAL Y LA MUERTE DE MAQUIAVELO

Al holandés Adriano VI, sucesor de León X, le pareció la sede del poder del Papa como el sepulcro de Dios. Los cuadros de Rafael, los trabajos de Miguel Ángel y Bramante eran para él la fantasía del mal. Su mirada se estremecía ante el Apolo de mármol, ante el torso de Hércules, ante las estatuas de Venus, Tíber y Nilo. Todo le produce vértigos. Aquel anciano alto y delgado creía ver a la humanidad separada de Cristo, cómo aquella se derrumbaba, cómo caía en la «Nada» insondable del paganismo. Siempre sentía más frío, continuamente veía pecados y más pecados. Ante el grupo de Laocoonte cubrióse el rostro con ambas manos y dijo llorando: «¡Nada más que ídolos, nada más que ídolos!»

Adriano quería huir del Vaticano, para vivir en un simple pabellón. Sólo los ruegos de sus amigos holandeses y los consejos del embajador del Emperador lograron persuadirle a permanecer en el palacio de los Papas. Pero convirtió el Vaticano en un monasterio y vivió como un beato. Hizo cerrar todas las puertas que se abrían a los jardines de Belvedere, donde se encontraban las estatuas antiguas y guardó él mismo las llaves. Los discípulos de Rafael tuvieron que interrumpir las pinturas empezadas, pues ni un martillazo debía oírse ya ni moverse ningún pincel. Adriano moraba en una pequeña habitación llena de libros de teología; habitación contigua a su dormitorio. Sus horas estaban rigurosamente divididas. Recibía poca gente, diariamente decía la santa misa e intentaba encontrar el anclaje para el barquito de Cristo, azotado por todos lados.

Si León tenía cerca de cien pajes, su sucesor se conformaba con dos sirvientes y una vieja cocinera holandesa. Si los cardenales daban banquetes, en los cuales fueron servidos 75 platos, y comían en los días de ayuno esturiones, cada uno de los cuales costaba 18 ducados, Adriano entregaba todas las noches a su ayuda de cámara un ducado para la cocina del día siguiente. Con santa indignación interviene contra los cardenales. Les prohibió llevar armas, quiso fiscalizar sus ingresos, investigaba toda queja dirigida contra ellos y declaró que ningún prelado debía tener más que una prebenda. Preparó radicales medidas contra la compra de cargos, contra el negocio con las bulas de indulgencias, contra el nepotismo. Despidió a los humanistas de las cancillerías y llamó en su lugar a los teólogos. Como un sabio buscador de Dios, quiso levantar nuevamente la ciencia teológica a su más alto honor. Todos los beneficios y rentas de los literatos fueron anulados. Sólo el

historiador Jovius pudo seguir recibiendo su sueldo, con la expresa aclaración de que Jovius no era ningún poeta. Contra los poetas intervino en los primeros días de su soberanía, y de un día a otro se quedaron en la calle centenares de hombres de ingenio. Expresamente los hizo responsables de la conducta licenciosa, de las representaciones de los dioses paganos, de los amoríos y de todos los vicios. La queja de los literatos se eleva vociferando contra el Vaticano. Su grito, «Roca cayó bajo los bárbaros», se repite en las sátiras y poesías indignadas. Todo lo que concierne a este Papa es objeto de burla: Su avaricia, su pronunciación dura del latín, su ambiente extranjero, alemán y holandés. «Roma no es ya Roma», dice una carta. «Este Papa no conoce a nadie, no regala nada. Todo está lleno de desesperación.»

Adriano, que cual el viento encolerizado, quiere apagar todas las luces esplendorosas de los Médicis, no es, sin embargo, ningún asceta extraviado en el trono del Papa. Tiene una misión histórica y mundial que cumplir desde el principio de su breve pontificado. Se trataba de salvar la unidad de la Iglesia ante Martín Lutero. El Santo Padre trata de hacerlo, al pensar y al decir él mismo lo que dijo Lutero sin sus blasfemias. «Sabemos, dicen las instrucciones del Papa a sus nuncios, que desde hace poco tiempo han tenido lugar en la Santa Sede muchas cosas dignas de aborrecimiento. Desde la cabeza la perversión se extendió a los miembros, del Papa a los preladados. Todos nos hemos desviado. No hay nadie que haya obrado bien, ni uno solo siquiera.»

Pero las nuevas fuerzas estimuladoras del continente no se dejan vencer por la predicación, la piedad y el arrepentimiento. La religión se ha emancipado en muchos territorios de Europa. Martín Lutero está por cambiar la marcha del mundo más poderosamente que el descubrimiento de América, que la navegación alrededor de África, que la pólvora y que el arte de la imprenta. Martín Lutero declaró a todo cristiano que cada uno es su propio Papa, Encendió en cada uno la «luz interna». Poderosa se despertó la conciencia en millones de almas y pretendió resolver todos los problemas de lo perecedero e imperecedero. En las covachas de la miseria, en las casas de los patricios y de los plebeyos, en los palacios- de los príncipes vivió el ansia de los hombres por la renovación. Energías salvajes animan ciudad y campo, y embriagadas por las nuevas esperanzas, se vuelven contra la Iglesia antigua, la injurian y se burlan de ella. Las ciudades se estremecen; los hombres no están ya solos; la mano del nuevo piadoso busca la espada, corno su ojo al Salvador. Innumerables hombres estudian el espíritu y las letras de la Biblia, la cual, por primera vez, es el libro de los pueblos. Profundas fuentes de energías guerreras brotan bajo la corteza del viejo suelo de Europa; la más pequeña sacudida política les hará inundar el continente. Las batallas constituyen para los neófitos sólo enfermedades de niños, su mayor delicia radica en los peligros, y sólo es triste el día en que no agrega un correligionario más al número de los piadosos.

Adriano no sólo ha de orar sino también buscar un brazo más poderoso para defender a la Iglesia.

El brazo más poderoso es el del sucesor de Maximiliano, el del emperador Carlos V. Para el joven Carlos, nieto de Maximiliano, Martín Lutero es una demostración de cómo todos los miembros del «Corpus Christianuin» se echan a perder, debido a la debilidad de la fuerza imperial central, y cómo se levantan de éstos los sucios miasmas que apestan la atmósfera. Carlos puede oponerse a todas las fuerzas surgidas de las profundidades del mundo convulsionado. Porque ha ceñido nuevamente la fuerza desmenuzada de sus antepasados con el poder español.

Pero ser el soberano de Occidente, significa ante todo la conquista de Italia. No sólo por causas tradicionales, no sólo porque la idea del emperador estaba unida con la ciudad romana, sino también porque Lombardía forma el puente desde Austria a lo largo del Rin hacia los Países Bajos. Pero Lombardía es el centro de las pretensiones francesas. Lombardía en poder del emperador significa el reconocimiento de la nueva supremacía hispano-austríaca en Europa. Al mismo tiempo Lombardía en las manos del emperador es la amenaza de Roma. Los españoles ya se encuentran en el sur de Italia: *En Nápoles*, Si se encontrasen también ahora en el norte, en Milán, entonces Roma estaría acorralada por las fuerzas del emperador, y el Papa perdería no sólo su independencia espiritual, sino también la territorial. Sería un capellán casero de los españoles y no el príncipe de la cristiandad. Éstos eran los pavorosos problemas que se levantaban en el alma piadosa de Adriano. Él, que sólo ha pensado en la pureza de la fe, se ve prisionero de todas las tendencias y contradicciones políticas. Con amargura debe pensar en las palabras de su cardenal Soderini, quien le dijo desde el principio que para poder combatir con éxito la nueva herejía, se deberían llevar a cabo innumerables guerras. Adriano, este hombre solitario en el trono de Pedro, se asusta ante la realidad. Su corazón deja de latir, después de un pontificado de dieciocho meses.

Su sucesor, el Cardenal Julio Médicis, el soberano de Florencia, elegido Papa con el nombre de Clemente VII, despierta muchas esperanzas. Su sobriedad, su aplicación, su seriedad, su experiencia de muchos años del mundo, lo hacen aparecer ante los ojos de los iniciados como un verdadero hombre de Estado.

Clemente, prosaico por naturaleza, no es impulsado ni por el ascetismo de Adriano, ni por el ansia de lujo de León, ni por las gigantescas energías de Julio II. Aspira a un pontificado pacífico y ordenado. Pero este pontífice realista no tiene una conexión continua con la realidad. No ve toda la profundidad de la rivalidad de las fuerzas españolas y francesas que luchan en Italia por Europa. Piensa hallar solución a la política sólo con hábiles manejos.

Sí Clemente por un lado negocia abiertamente con el emperador, por otro lo hace ocultamente también con Francisco I. A todo acercamiento a uno de los monarcas siguen sus afectuosos saludos secretos al otro. A menudo es aliado de ambos contra ambos. Los diplomáticos vaticanos no están a favor ni de los franceses, ni del emperador y cortan recíprocamente los hilos de su trama. Ambas tendencias tienen en el estado mismo de Iglesia sus partidarios armados, que no retroceden ante nada y están dispuestos a abrir al enemigo todas las puertas de Roma. A menudo el Papa permanece sentado silencioso durante largo rato anee el laberinto de su correspondencia diplomática. Los embajadores, los emisarios secretos, los generales españoles y franceses lo visitan uno después del otro. Pero no pueden penetrar sus pensamientos. Todos oyen de la boca del Santo Padre sólo generalidades y aseveraciones vagas. «El Papa — informa el embajador de Carlos V a su señor— es el hombre más misterioso del mundo y tan lleno de incógnitas, como nunca he conocido en mi vida.»

Esta política, que podría parecer el ejemplo de máxima falsedad, no es otra cosa que la prueba de máxima debilidad.

La casualidad quiere que Clemente, a principios del año 1525, se encuentre del lado de Francia y no del emperador. Después de 21 años de lucha de los franceses por Lombardía, Francisco I intenta de nuevo ocupar a Milán. En las mangas de su guardia de corps hace bordar con letras doradas las palabras: «Una vez más y nunca más.»

En Pavía Francisco I es vencido y apresado por el general español Pescara. Pavía abre para Carlos V el camino hacia Francia, Lyon y Aviñón. Pavía da derecho al emperador, que ya reina en Milán, Viena, Constanza, Ginebra y Amsterdam, a celebrar su reciente poder nacional como el nuevo imperio mundial.

El temeroso sentimiento general de Europa: de que Carlos es el soberano designado por el destino, no deja ver al Papa, en ninguna parte, fuerza de resistencia, Clemente está aturdido por el miedo. Está como muerto, escribe un testigo ocular. Se somete: Envía a los generales del emperador correo tras correo, promete todo; está dispuesto a entregar todo. Clemente firma un humillante convenio con el emperador, quien a cambio de una crecida suma de dinero toma bajo su protección la soberanía de los Médicis en Roma y en Toscana y se obliga también a retirar todas las tropas del estado de la Iglesia.

Pero la catástrofe de Clemente fue que no ocultó su miedo y se mostró dispuesto durante días y semanas a planes superiores a su voluntad y a su carácter. Como un jugador que pierde, se deja guiar supersticiosamente por cualquier influencia. Su timidez es aún más grande que su impotencia. Un pequeño hombre no se convierte en grande por las poderosas ideas que le son impuestas. Y las perspectivas de los patriotas italianos, especialmente del secretario del Estado y del obispo Ghilberti, eran de una osadía refrenada sólo por su sagacidad. El Santo Padre vivía como prisionero de esperanzas ajenas. Es cierto que Clemente es un aliado del emperador por el último tratado de paz. Pero precisamente esta alianza podría, según la opinión de los italianos, ser la protección tras la que se podía preparar la resistencia contra la superioridad de Carlos. Pero los patriotas italianos no tenían tras sí la fuerza guerrera y la buena disposición de la nación. Solamente cuentan con las combinaciones de la política.

En esos momentos en que la alta traición en Europa es todavía más que antes el componente de la política, cuando todo potentado prevé la posibilidad de la revolución en el territorio de su vecino, cuando el gran dignatario francés — el Condestable de Borbón — conduce los ejércitos de Carlos V contra Francia, los príncipes alemanes son aliados de Francisco I contra el emperador, y también entonces los italianos miraron a su alrededor, buscando a un gran traidor. Lo creyeron ver en el general Pescara, quien en Pavía había hecho prisionero a Francisco I. Pescara había sido ofendido por Carlos V. Era italiano. Rodeado por la aureola de una gran batalla victoriosa, él debía convertirse, según los cálculos de los patriotas italianos, en su general en jefe.

La victoria de Pavía, aunque inspiraba miedo, no podía anular el movimiento dentro de los pueblos, el impulso de las sanas fuerzas revolucionarias, el *pathos* de la acción. En el continente no reinaba paz, sino el

estruendo de una crisis mundial, la cual ponía sobre el tapete todo lo constituido, todas las fronteras, todos los tronos, todas las relaciones de propiedades agrarias; crisis la más profunda que debía experimentar Europa hasta las guerras de Napoleón. En Alemania los campesinos revolucionarios quemaban todo lo hostil. Lutero no era ya el señor de los neófitos, el relámpago de su revolución alcanza también los palacios de sus protectores. En España se levantan algunas ciudades en una sangrienta y desesperada lucha contra Carlos, En la región de Donau aparece un misterioso y guerrero poder de los musulmanes. En Inglaterra nacia una desconfianza armada contra Madrid, y en Francia la prisión de Francisco I no provocó ninguna desesperación, sino más bien la voluntad de la existencia nacional.

La Corte del Papa con sus grandes posibilidades parece a los italianos un suelo ideal para unir las tendencias contra el emperador.

La cancillería vaticana es para aquellos el territorio de la oposición. Con el deseo de reunirse para la vida naciente por doquier, de crear de la fuente de toda oposición guerrera del continente su propia corriente de resistencia, los nacionalistas se congregan alrededor de Clemente. Están también conscientes de la hora. «Ahora no se trata — escribe el obispo Ghilberti — ni del punto de honor ofendido, ni de la venganza, ni de la actitud de esta u otra ciudad, sino de la libertad de Italia o de su eterna esclavitud. Nunca hubo una oportunidad más favorable.»

Del propio Guicciardini huyen sus habituales dudas. Califica el comienzo contra el emperador Carlos como un mandamiento santo y necesario. Guicciardini no está demasiado entusiasmado, pero demuestra el máximo de confianza de que es capaz, cuando escribe a Maquiavelo: «Espero que todos cumplirán con su deber, y aunque no todo sucederá con la exactitud y rapidez necesarias, no será tampoco tan lentamente que se nos escape el momento favorable.»

En este punto culminante de la crisis, durante la espera intensa de Italia, Guicciardini y Maquiavelo — los dos representantes más inteligentes de la política de su tiempo, como los llama Leopoldo von Ranke — viven de la misma esperanza. Durante varios meses Nicolás no tiene más ninguna vida personal, y puede decirse que desaparece entre los acontecimientos. La fe, que se levanta de repente del suelo italiano, dona a Maquiavelo, de 57 años de edad, un corazón juvenil. Enfermo, roído por una dolencia intestinal, sin embargo se siente bien. Tanto más cree en el éxito cuanto que a la cabeza de la resistencia nacional se encuentra Guicciardini.

Animado por su amigo, Nicolás va apresuradamente a Roma, para entregar al Papa su historia de Florencia. Este trabajo sólo es el pretexto para acercarse al Santo Padre, el centro de la oposición, precisamente en ese momento, cuando cada día puede traer consigo el destino de la guerra.

Clemente lo recibe lleno de benevolencia. En su conversación menciona el libro sólo de paso. Más como señal de merced que como muestra de interés Clemente, generalmente tacaño, prolonga y aumenta la pensión para terminar el trabajo. La visión de las luchas que se avecinan presta a Nicolás una precipitada aunque positiva elocuencia. El Papa está embriagado por el cuadro poderoso de las energías populares, que le pinta su historiador. Ya al cabo de unas horas el Santo Padre está conforme con la creación de la milicia. Clemente envía a Nicolás a Guicciardini, el gobernador de la Romania, para conferenciar con éste acerca de un reclutamiento sobre , una nueva y amplía base; da a ambos plenos poderes en esta cuestión cardinal de la resistencia. «Con Nicolás Maquiavelo — dice el *Breve* a Guicciardini — hemos investigado y estudiado detalladamente el asunto. Te informará acerca de nuestros proyectos y fines. El asunto es importante para la dicha de la Iglesia y del Estado, para toda Italia, y para toda la cristiandad.»

Maquiavelo está convencido de que podrá ganar a Guicciardini para la milicia. Muy contento lo abraza Guicciardini. Le agrada ver a Nicolás en una importante misión oficial, y protegido por la confianza del Papa. Nunca hubiese deseado un mejor compañero para actuar. Pero a ambos patriotas italianos separa, durante la primera hora, en la cuestión militar, la diferencia del temperamento, del carácter y de la interpretación general de los asuntos. Guicciardini no puede familiarizarse con la idea del reclutamiento en masa. Su gusto retrocede horrorizado ante el hecho de armar al pueblo, «este monstruo sombrío con innumerables pies y sin cabeza». Su conocimiento práctico de Clemente, debido a su largo trato personal, le dice que la conformidad del Papa no procede de elevados motivos. Maquiavelo ha dicho a Clemente que la milicia no exige ninguna ayuda del Estado; que las comunidades deberían armarse ellas mismas. El Santo Padre nuevamente desesperado cada día por los gastos militares, ha oído entusiasmado al guerrero Nicolás la excusa deseada de facilitar dinero. Y si Maquiavelo ha olvidado la derrota de Prato, Guicciardini no la olvidó. ¿Hay que ir al encuentro de los soldados de Pavía, de las brigadas españolas de una fama mundial recién

conquistada, de los soldados mercenarios del célebre Frundsberg, intimidados campesinos romanos? Estos campesinos odian la soberanía de Clemente, a la cual conocen mejor que al enemigo sanguinario o al que aun no han experimentado. A Guicciardini le parece la milicia, en vísperas de la guerra, como un asunto estudiado, en el que su amigo ha puesto todo su corazón.

Este incidente no deja ninguna sombra de desunión. Maquiavelo no permite que su idea se convierta en manía, lo que le podría dificultar su acción.

Gracias a la nueva confianza del Papa y a las insistentes recomendaciones de Guicciardini, Nicolás pertenece ahora a los hombres más influyentes de la Signoria. Se empeña por conseguir una ocupación militar y es nombrado canciller de la comisión de las fortificaciones. Con entusiasmo se ocupa de la nueva materia; proyecta planes, anula los ya admitidos, pasa la mitad del día en la periferia de la ciudad y quiere, a pesar de todos los obstáculos financieros y burocráticos, convertir a Florencia en la primera fortaleza de Italia. Durante este tiempo hasta olvida la correspondencia con Guicciardini. «Discúlpeme por haber callado tanto tiempo. Mi cabeza está llena de baluartes», le escribe.

Con cada nueva noticia que llega a Florencia, la fortificación de la ciudad le parece más urgente. Los acontecimientos, como lanzados por la gente que actúa en aquel escenario, se levantan en un número incontable hacia el cielo, resplandecen claramente y dejan flotando pesadas nubes, que envuelven a los italianos en niebla.

Es cierto que las secretas negociaciones romanas con Francia y Venecia han dado por resultado la Liga de Cognac, pero esta Liga se convirtió en una tragedia de decepción. Al cabo de pocas semanas muere una esperanza tras otra. Pescara no quiere abandonar al emperador, el rey de Inglaterra no envía ningún dinero, ni los franceses y venecianos las tropas. La coalición mundial que despertara miles de esperanzas, deja a Roma aislada y paraliza por eso todas las fuerzas de ataque y de defensa. Los momentos continentales de la crisis, en las cuales confiaban los patriotas del Vaticano, son fuerzas que luchan y tendencias persistentes, al mismo tiempo más fuertes y más débiles que un ejército. En vano espera Vettori, así él escribe, la noticia de, «que los turcos hayan ocupado Hungría y marchan contra Viena, que los luteranos en Alemania hayan triunfado y que los moros hayan expulsado al emperador de Aragón y Valencia». La guerra es más concreta, se lucha dentro de un marco más estrecho. La crisis mundial no envía ningunos batallones para ayudar a los italianos. Al contrario, los ejércitos del emperador traspasan sin impedimentos los Alpes y están en San Giovanni, no lejos de Bolonia, cerca del ejército inactivo de la Liga de los italianos. De un día a otro se abren para el ejército de Carlos V los caminos hacia las dos ciudades más ricas de la península, Florencia y Roma.

Los dos centros de la resistencia nacional, Florencia y Roma, se convierten en los centros del pánico.

En Roma, Clemente es amenazado por la familia de barones Colonna y está dispuesto, presa de nuevo y súbito miedo, a firmar la paz con Carlos. El Papa, un verdadero cúmulo de debilidades, atezado por el susto, infesta con su timidez al ejército de la Liga.

En Florencia reina la indignación por la manera como el Papa conduce la guerra. El viento gélido de peligros horribles hace estremecer a la ciudad. El soberano Médicis, de Toscana, el Cardenal Passerini, es un remedo de todas las debilidades de su Señor, el Papa. En la Signoria nadie conoce la situación de Bolonia, de Roma, ni de las llanuras de los Alpes, de Genova y la Liorna, donde se espera en vano la flota aliada de los franceses. Para informarse los Signori mandan a Maquiavelo ante Guicciardini, el comisario general del Papa en el ejército de la Liga.

En esta primavera invernal del año 1527 ambos amigos sienten toda la desesperación de la impotencia. Su rabia arde tanto más profundamente cuanto a menudo ven muy cerca las posibilidades del triunfo. Pero todas las ventajas de los italianos se convierten para ellos en desdicha, mientras que para el emperador todas las desgracias se convierten en su ventaja. Quejas furiosas resuenan en los informes de Nicolás. Escritas con mano presurosa a la luz del fuego de campamento, se pierden en el laberinto de la incapacidad y de la mala voluntad. De las sesiones de guerra de los comandantes oye sólo el «impotente ladrido de perros», los oficiales son para él! cobardes y presuntuosos, el duque de Urbino, el generalísimo de la Liga, le parece un hombre más enfermo del espíritu que del cuerpo. Si no se produce un milagro, que brinde a los italianos un plan aceptable para todos y valor y disciplina, entonces la catástrofe será inevitable. Ve la disolución del ejército provocada por las continuas negociaciones del Papa. Clemente es amenazado por el sur desde

Nápoles, por el norte desde Siena y ante las murallas del Vaticano por los Colonna y quiere negociar la paz.

Pero los soldados del emperador, atraídos por esta debilidad, ven sólo sangre y oro, gritan a sus propios comandantes y quieren de una vez salir de pobres. La ya vieja invención de veinte años de vida del comando español, de entregar a los soldados el territorio, conquistado en acción de guerra, es el único motivo que tiene unido al ejército de Carlos. El general del emperador, el condestable Borbón, es el intérprete de los deseos de los ansiosos por el botín. Para que éste no se venda en las negociaciones de paz, lo fiscaliza el consejo de los soldados. Borbón es un decidido pescador de oro. Él no sólo quisiera saquear a Roma y a Florencia, sino que hasta que se le fijara precio por desistir del saqueo. El condestable negocia el precio del armisticio, guarda luego el dinero para su gente hambrienta y hace continuar la marcha. Su ejército ya se encuentra en el suelo de Toscana, en Arezzo, y todavía Maquiavelo no puede informar si estas hordas invadirán Roma o Florencia. Borbón mismo no lo sabe; el comando del emperador no dirige: es empujado por sus soldados.

Ahora, ya que Italia está perdida, por lo menos hay que salvar a Florencia. Guicciardini y Maquiavelo logran concentrar las fuerzas de la Liga en los caminos que conducen a Florencia al norte de Arezzo. Nicolás manda a la Signoria noticia tras noticia, para que fortifique todo en el fondo y en Florencia misma. Tratar de alejar el pánico de Toscana. No sólo el fuerte ataque, escribe tratando de conjurar el peligro, sino hasta una defensa decidida disolverá irresistiblemente los ejércitos del emperador.

Borbón evita la resistencia de Toscana y emprende el camino más fácil y más atractivo a Roma. Los soldados del emperador, con sus ropas destrozadas, descalzos, sin sueldo y hambrientos, acompañados por miles de mendigos de las carreteras, marchan apresuradamente atravesando los ríos crecidos y los escarpados senderos montañosos hacia el Tíber.

Clemente, que generalmente nunca confiaba en un solo hombre y se dejaba arrastrar por la duda, ahora cree con obediente sumisión a su intendente de la ciudad Da Ceri. Da Ceri se ríe del mensaje de Guicciardini, de que el Santo Padre debe huir de Roma, rechaza la ayuda de 6.000 hombres, que le ofrece el teniente general del Papa y proclama a la Ciudad Eterna como inexpugnable.

La mañana del 5 de mayo de 1527 la Sede de la cristiandad se despertó por última vez como la ciudad más rica del mundo. Al atardecer del mismo día 25.000 furiosos mendigos con espada y antorcha en la mano, con el santo y seña: «Imperio, España, Victoria!», invaden rugiendo Roma. «Allí debía morir todo el que se encontraba en la calle, ya fuera un civil, ya cura o monje.» Los merodeadores de todos los países vinieron a través de los mares y los llanos, para saquear y destrozar con sus garras los pórticos de la riqueza mundana y para luego derrochar todo en una noche de gigantesca orgía. Allí las iglesias se convirtieron en establos, los cardenales y barones en aguadores, los protonotarios en banqueros; los generales condecorados sirven como criados en sus palacios y villas. Las señoras más finas, las marquesas, duquesas y baronesas son abrazadas con tan poca delicadeza, que desde ahora se las llama únicamente «las reliquias del saqueo de Roma». Los soldados se ponen las vestimentas sacerdotales, van a caballo, acompañados por mujeres medio desnudas, a San Pedro y se hacen coronar como Papa. Por todas partes, «gritos, ruidos de armas, llanto de mujeres y niños, chisporroteo de llamas, estrépito de los techos que se derrumban», escribe un testigo ocular desde los pináculos del Palacio Vaticano, a donde ha huido el Papa. Pronto es tomada también esta última fortaleza. Secamente escribe el capitán alemán Schärtlein a su familia en Wittemburgo: «Aquí hemos encontrado al Papa Clemente con sus 12 cardenales en una sala estrecha; lo hemos apresado.' Un gran lamento se levanta entre ellos, lloraban mucho; nosotros todos nos hemos hecho muy ricos.»

Lo que era mortal en el esplendor de Roma, pereció...

Extraño es este mundo disparatado. Poco tiempo antes el emperador junto con el Papa había publicado un manifiesto en común contra la revolución del mundo; para proteger el ideal y tradicional orden europeo, para salvar a la Iglesia y al hogar de la incredulidad y del crimen. Pero la ciudad de la cristiandad está ardiendo, incendiada por los soldados desbordados de este emperador, cuya alma vive en el severo espíritu católico y que está dispuesto por un solo dogma a declarar la guerra contra cada herejía. El destino, bestia feroz que ataca la vida de los hombres, anima lo caduco por lo nuevo y lo nuevo por lo viejo. Todas las fuerzas conspiran para perturbar la inteligencia humana, pero no la voluntad humana. La voluntad conoce sólo un impulso: el poder. Rejuvenecido se levanta el poder, de la crisis mundial, y corona a un César, Carlos V. El marco de estos acontecimientos es el mayor conocido: Martín Lutero, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la

revolución de los precios, la desvalorización del oro, la ofensiva de los turcos contra Europa, el levantamiento independiente de los pueblos alrededor del mar Báltico. Los eslabones materiales y espirituales de esta cadena son positivos, no teológica, no bíblicamente sumados, sustraídos, multiplicados y divididos por la política del emperador.

El primer profesor de aritmética de esta escuela ha sido el florentino Maquiavelo. Éste había esperado servir con su método a la unidad de Italia. Pero Italia era desde el principio la víctima impotente del nuevo razonamiento del Estado.

Si el destino ha levantado a Maquiavelo en los meses pasados por última vez, después de años de inactividad política, sentida por él vivamente, y le ha llevado al campo de acción, a la guerra, a las proximidades del gobierno, fue sólo para que viese más exactamente las olas negras de la derrota., Es como si el gran amante de la libertad de Italia cerrase los ojos a la Italia muerta, para morir él mismo poco tiempo después.

En Civitavecchia, donde Nicolás se encuentra desde hace unos días por encargo de Guicciardini, puede ver cómo su anunciada *virtù* — la nueva virtud de la soberanía — castiga con la perdición la Ciudad Eterna. Escucha el trueno de la realidad, presentida por él, y se hunde de dolor en sí mismo. Ahora le parece secundaria la misión de solicitar ayuda para el Papa del almirante de los franceses. Sabe que no hay ayuda ya para este pontífice, contra la debilidad del cual se han unido encolerizados todos los acontecimientos. El almirante se excusa amistosamente para no tener que ir en defensa de Roma.

Nicolás va tambaleándose sin fuerzas por las calles. En el puerto están amontonados muchos fugitivos de Roma, entre ellos también los comerciantes florentinos, quienes se habían librado del saqueo por medio de dinero. Nicolás se esconde. Por primera vez en su vida sus ojos están cubiertos con niebla, su boca está cerrada. Se siente solo en una taberna y espera a su criado. Poco antes de la partida oye una gran noticia: ¡Revolución en Florencia! Los florentinos han acudido a las armas contra los españoles, contra el deseo del gobierno de los Médicis. Florencia cree poder salvarse del Papa prisionero y del destino de Roma solucionando el problema de la dirección de la guerra y su diplomacia.

Mientras exista un solo movimiento contra las olas de la derrota, Nicolás quiere expulsar la queja de su alma, el cansancio de los miembros y seguir clamando como el primer día de la resistencia: «¡Matad a los, españoles!»

Se dirige a caballo hacía su casa, tan pronto como le permiten su cabeza afiebrada y sus rodillas temblantes. Las llanuras y prados, los pueblos y castillos muestran este verano nuevos cuadros de miseria. El país está agostado debido a la guerra, al miedo y a la peste. Los campesinos se han escondido en los bosques. Los campos se encuentran sin arar. La vida ha desaparecido de las ciudades y de las plazas de los mercados. Sólo las carreteras están atestadas de gente: fugitivos de Roma se mueven lentamente hacia el norte, miran mudos, sin pensamientos, en la lejanía, como en un mar desconocido y sombrío. Pero Florencia está alegre. Se alegra de poder arrojar después de quince años los escudos y los estandartes de los Médicis al Amo. Los florentinos celebran el cambio — del gobierno de los Médicis al republicano — con discursos y canciones. Las agrupaciones antiguas de los días de Savonarola y Soderini se despertaron en la primera hora de la libertad, como si la dictadura hubiese sido sólo un soplo.

El Gran Consejo, por primera vez desde hace 15 años, celebra sesión, eleva encolerizado la cabeza y espera la guerra contra España. . La nueva Signoria examina rápidamente los funcionarios según su pasado y el modo de pensar republicano. El hombre, que en tiempo de los Médicis ha desempeñado el cargo- de Nicolás como secretario de la segunda cancillería, es despedido. En seguida solicita este puesto Maquiavelo.

Pero desde el primer día de su llegada a Florencia Nicolás advierte alrededor de sí un cerco frío de enemistad, que no quiere entender, ni tomar en cuenta. Los conocidos pasan a su lado sin dirigirle la palabra. Los partidarios, sus discípulos, los literatos, lo rehuyen. El modo de pensar y el cambio de modo de pensar está ahora en acción. La revolución examina a los ciudadanos con mirada miope de hombre pequeño. Aunque Nicolás no es juzgado como evidente traidor, sin embargo parece sospechoso a todos los partidos, y no sólo a los republicanos viejos y nuevos. Otros hombres, encanecidos y convertidos en ricos por la merced de la Casa reinante, representan un papel indiscutible así como los republicanos de nuevo cuño. La mayor parte de los nobles, asustados de la debilidad de Clemente, abandonan al Papa. Pero en todos estos señores no molesta lo personal, lo que siempre irrita en Nicolás. Hasta sus amigos Vettori y Guicciardini, sus partidarios en sus dudas, si no en sus creencias, que también son cooperadores de la nueva república, se hubiesen atrevido a

mostrarse en medio de sus conciudadanos antes en paños menores que sin cierta gravedad y seriedad en el rostro.

Maquiavelo creía que era amado, porque siempre pasaba por alto a los descontentos y tenía de su parte a los zumbones, a los borrachines y a los pocos realmente inteligentes. Pero todos los que temían su crítica, todos a los que sus permanentes preocupaciones por dinero parecían un signo de desorden, todos los que estaban extrañados por su osadía, descubrieron su gran pecado: *El Príncipe*. Las copias del *Príncipe*, no impreso, pasaban de mano en mano. Se juzgaba a su autor como envenenador del absolutismo, como el hombre, que había revelado a los Médicis todas las intrigas posibles contra Florencia. De repente todo lo que es de Nicolás disgusta. Su rostro se convierte a los ojos de sus conciudadanos en una caricatura. ¿No ha hablado él mismo mal de sí? preguntan. Maquiavelo puede aprender ahora, que nada es más peligroso que criticarse a sí mismo ante los necios. Lo que queda de esa mofa, se revela más tarde en los momentos importantes como la venganza del hombre mezquino, que siempre exige la seriedad.

El 10 de junio de 1527 está en la orden del día del Gran Consejo la candidatura de Nicolás Maquiavelo. De los nueve que se presentan para informar, ocho dicen palabras amargas contra él. El primero declara: Nicolás ha calumniado a los florentinos, los ha caricaturizado, los ha entregado a la burla de los forasteros. El segundo: la tarea de Maquiavelo es escribir comedias sucias, no servir a la ciudad. El tercero: Maquiavelo no conoce a Florencia en absoluto, durante muchos años se ha ausentado en viajes y con eso se ha enajenado las simpatías de sus conciudadanos. El cuarto: Maquiavelo no es ningún buen italiano, tiene la tendencia a glorificar las costumbres de los extranjeros del otro lado de los Alpes. El quinto: ¿Dónde estaba el ciudadano Maquiavelo cuando el pueblo ha luchado en las calles contra los Médicis? El sexto: Maquiavelo tal vez sea buen literato, pero no buen funcionario, ni hombre que cumple las obligaciones puntualmente. El séptimo: Maquiavelo ha aprendido de César Borgia el arte de cómo se roba a la gente pobre y cómo se apuñala a la libertad. El trato con este tirano lo ha echado a perder para toda la vida. El octavo: Maquiavelo se ha reído de Savonarola y hasta se ha burlado de su bienhechor Soderini. Lleva una vida vacía, incrédula. Es peor que un luterano.

Sólo Luigi Alamani, un amigo y literato de los jardines de Rucellai, se levanta y defiende al ultrajado: Maquiavelo, dice, pasa entre los hombres serios por un hombre serio y entre los necios por necio. La verdad es que él gustaba a los príncipes, pero no porque vendiera su libertad, sino por su inteligencia. Pero precisamente esta confianza lo predestina al trabajo diplomático para la república. Durante doce años, la mitad de la vida activa de un hombre, ha estado al servicio de la Signoria y cada hoja de las actas, del tiempo republicano, demuestra sus méritos, extraordinarios. Después de innumerables misiones, después de años plenos de trabajo, él pertenece ahora a los más pobres. Es un hombre de honor por sus cuatro costados y en toda la extensión de la palabra. Durante sus 58 años de vida no ha traicionado a nadie, sino que ha servido lealmente. En él ustedes pueden confiar en cualquier condición. ¿Qué es lo que le reprochan ustedes a decir verdad? ¿Que ha trabajado por encargo de Clemente? ¿Que ha ayudado a defender Florencia? ¿Cuántos entre ustedes eran anteaer todavía amigos de los Médicis?

Aquí el discurso es interrumpido por la majestad ofendida de la sala popular. Gritos rugientes, puños cerrados se oyen en el Gran Consejo. «¡Traidor! ¡Muerte a los Médicis! ¡Basta!», gritan a Alamani. Nicolás Capponi, el «gonfaloniere», termina el alboroto, al poner la candidatura a votación. ¡El escrutinio da de 600 votos 12 para Maquiavelo!

Maquiavelo está postrado enfermo de muerte en su casa en Florencia y se hace repetir los discursos que acerca de él pronunciaron. No los entiende del todo. Nicolás sueña con los ideales de su vida. Todos los pensamientos y esperanzas le parecen vanidosos. Toda su vida ha pensado acerca del poder y tenía esperanzas en la *virù*, en César, en León, en Lorenzo, en Florencia y en Italia. Pero los sucesos le han mostrado sólo sus lados trágicos, y la gente su lado ridículo. ¡Ahora otra vez, como 15 años atrás, es un proscrito! ¿Debe perderse nuevamente en los senderos de la humillación, en la confusión de la pobreza? ¿Debe nuevamente jugar al tric-trac con los campesinos de la taberna de su finca en San Andrés y pedir noticias, como un viejo cómico, desde la ventana de la hostería, a la gente que pasa? Él moribundo siente que debe desaparecer ante toda la miseria que se le presenta ahora. Los pensamientos vuelven a la realidad, ve a su mujer y a sus cinco hijos, que rodean su cama. Dulcemente acaricia la mano de Marietta, agradecido por la vida. Mira silencioso a los hijos. No puede hablar ya. Y desaparecen para él en la oscuridad, en la cual se apaga para siempre la luz de su alma...

El 22 de junio de 1527 * el mismo día de su muerte, fue llevado a la tumba. Sólo su familia y unos pocos amigos acompañan el féretro. Su muerte pasa inadvertida en la lucha que se enciende por Florencia.

La ciudad pacífica corona y termina su existencia independiente en una lucha de tres años contra Clemente, aliado con Garios V. En Toscana, que durante siglos fue el refugio de las ideas y formas más nobles, arde la guerra y brilla la espada de Miguel Ángel, el arquitecto de las fortificaciones, y general de los florentinos. La lucha no fue sólo por una constitución, ni sólo por la independencia de Italia, sino también por el espíritu de Florencia. Toscana defendía el sentimiento eterno de la libertad. Este ideal de la libertad sobrevive la existencia de todos los poderes separados. Un día, la libertad destroza pirámides de esclavitud, que parecían elevarse hacia el cielo para la eternidad. La libertad vuelve siempre, acaricia a la gente, le muestra su dignidad, con Dios en su pecho, y pone a prueba las espadas.

Toscana al someterse perdió su libertad y su genialidad. Le quedaron la gratitud y la admiración, las cuales la humanidad siempre hará resurgir en loor del pasado de los florentinos.

Sólo después de la derrota, sólo cinco, años después de la muerte de Maquiavelo, apareció impreso su *Príncipe*. Pronto se convirtió en el abecedario de los reyes. Por ser el *Príncipe* la brillante expresión del presente — del absolutismo venidero — todos los soberanos tienen el libro en la mano. Le añaden comentarios, descubren sus ocultas ideas, oyen latir el corazón de sus enemigos, quieren superarlo y aprenden a deletrear la razón del Estado. Se dice que Carlos V sabía de memoria capítulos enteros. La reina Catalina de Médicis se sentía familiarizada con el libro, que una vez fue dedicado a su padre. Enrique III y Enrique IV no se separaban del libro ni un solo día. Cristina de Suecia redactó un largo comentario sobre el mismo. Federico de Prusia escribió como príncipe heredero un «Anti-Maquiavelo». Él ha escupido en su torta favorita, dice Voltaire, para que nadie pueda comer más de la misma.

Pero no sólo los fundadores del absolutismo, sino también sus adversarios, en ninguna parte veían tan claramente las fibras separadas del poder en general y las de sus enemigos en el trono en particular, como en el libro de Maquiavelo. Escribí, dice Maquiavelo, «para los que quieren conservar la libertad de una república, así como también para los que tienen intención de suprimirla». Juan Jacobo Rousseau proclama el *Príncipe* como el libro de los republicanos. El «Risorgimento» italiano confirma a Nicolás como santo mundial. Para Cavour es el profesor. Y los hombres que se levantan de la masa al poder, acerca de los cuales Maquiavelo había escrito: «No creo que alguna vez se llegue a encontrar un hombre que se haya levantado de un estado bajo al de soberano por la fuerza honrada, sino que más bien lo ha conseguido sólo por el engaño» —también estos hombres sienten la chispa de la *virtù*, que los une con los florentinos. «Tácito, dice Napoleón, ha escrito sólo novelas, Bibbon es un narrador de cuentos de hadas. El único libro político que se puede leer, es el de Maquiavelo.» Y Lenin lo recomienda en sus «Enfermedades de niños del comunismo» a sus fieles como el veneno contra la estupidez.

Al lado de esta inmortalidad de la gloria acompaña al recuerdo de Maquiavelo el de la infamia. Los Papas de la contrarreforma condenaron la obra de Maquiavelo, aparecida por primera vez en la imprenta vaticana. Afirmaban que el *Príncipe* está escrito por Satanás mismo. Unos años después de la maldición romana un nieto de Nicolás pensaba publicar nuevamente las obras del abuelo, expurgadas de los pecados. La censura quería dar permiso sólo bajo la condición de omitir el nombre ominoso de Maquiavelo. Al nieto no le pareció bien esta exigencia. En vez de esta edición aparecieron innumerables ejemplares de Maquiavelo falsificados y echados a perder por las correcciones. Sobre ningún libro se han escrito tantas estupideces como sobre el *Príncipe*.

El espejo irrompible que Nicolás pone ante el alma del hombre, no puede ser raspado ni deteriorado por el tiempo, por la alabanza o la reprobación. No brilla ni refleja menos que el primer día.





* Nombre latinizado de Pablo Giovio. (N. del T.)

* Maquiavelo murió a los 38 años de